



quinteto



HENRY ASHBY TURNER

**A TREINTA DÍAS
DEL PODER**

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

Henry Ashby Turner
**A TREINTA DÍAS DEL
PODER**

— oOo —

Título Original: *Hitler's thirtht days to power*

Traductor: León Gómez, David

©1996, Edhasa

Colección: Quinteto, 31

ISBN: 9788435069083

Generado con: QualityEbook v0.35

— oOo —

La improbable ascensión del canciller Hitler

Sabemos el final de esta historia y estamos familiarizados con cada uno de sus episodios y de sus personajes, pero una y otra vez sentimos la necesidad urgente de que nos la cuenten de nuevo, y según nos adentramos en ella casi se nos olvida que sucedió hace mucho tiempo, y deseamos angustiosamente que los hechos no tomen el mismo curso inevitable, y se apodera de nosotros la mezcla de incertidumbre y esperanza con que solemos volvernos hacia un futuro sombrío que sin embargo no está prescrito. El lector de un libro de historia es una Casandra clarividente y abatida que profetiza el devenir del pasado, y sin embargo las lecciones que obtiene de él difícilmente le empujan al fatalismo: la historia nos cuenta o intenta contarnos lo que sucedió, pero también nos advierte, por la minuciosidad con que revela los encadenamientos de los hechos, que lo sucedido no era inevitable, y que la variación de cualquier circunstancia podría haber provocado una cadena de acontecimientos por completo distinta. Detrás de la firmeza indudable de lo que ha sido se insinúa la fragilidad y la indeterminación de lo que pudo no ser, de lo que estuvo a punto, en el filo mismo de haber sido de otro modo. En este sentido creo que debe entenderse la paradoja enunciada por Borges de que el pasado es tan conjetural como el futuro: sabemos que el 30 de enero de 1933 Adolf Hitler fue nombrado canciller de Alemania, pero según

vamos aprendiendo más pormenores de la historia, de manera instintiva esa forma verbal en pasado se convierte en conjetura improbable, pierde la macabra legitimidad que otorgamos siempre a lo que ha sucedido. Tendemos a pensar que las cosas, porque sucedieron, no tenían más remedio que suceder. Y sin embargo, la averiguación atenta de los pormenores de la historia nos lleva siempre a la conclusión contraria, a una rebeldía en apariencia inútil, pero yo creo que en el fondo saludable, contra la fatalidad de lo real.

Pocos asuntos merecen y necesitan tanto estudio como el advenimiento de Hitler al poder: en ningún libro como en este de Henry Ashby Turner se explica con tanto detalle el proceso de su llegada a la cancillería, y también la improbabilidad de ese desenlace. En la primera página de su extraordinaria biografía, Ian Kershaw argumenta que Adolf Hitler ha sido el personaje que más ha influido en la historia del siglo XX: en un estudio mucho más breve, en poco más de trescientas páginas, Henry Ashby Turner concentra su atención en sólo treinta días y en un breve reparto de figuras entre despreciables y patéticas y nos enfrenta a la evidencia inquietante de que ese gran influjo devastador sobre el mundo pudo haberse evitado.

Uno de mis primeros recuerdos de la escuela es la lectura de esa fábula en la que la pérdida de la herradura de un caballo acaba provocando el hundimiento de un imperio. Se ha quedado tan nítidamente en mi memoria como el mandilón azul marino que vestía por primera vez, con un cuello de celuloide blanco, como la penumbra del aula y la luz nublada que había en la ventana. Esa clase de leyendas serían tal vez interpretadas ahora en término de la teoría del caos o de los sistemas inestables, pero durante muchos años fueron denostadas por los partidarios de la historia que se impartía mayoritariamente cuando yo ingresé en la universidad, a mediados de los años setenta. La doctrina dominante era el llamado materialismo histórico, que ni era materialista ni prestaba mucha atención a los hechos de la historia, de la que quedaban excluidos rigurosamente la influencia del azar y la de los individuos singulares.

Las leyes históricas eran tan inmutables y tan impersonales como las de la física. Cualquier acontecimiento de cualquier período formaba parte del gran proceso de la lucha de clases, o de la evolución desde el comunismo primitivo a través de cada uno de los estadios que llevarían fatalmente a la sociedad sin clases, según el ritmo de progreso de las fuerzas productivas. Del esclavismo se pasaba al feudalismo, y de éste al capitalismo, tan rigurosamente como el agua pasa de un estado a otro. La historia avanzaba en una dirección, y por lo tanto tenía un motor, que era la lucha de clases. En medio de esos grandes movimientos tectónicos, quedaba muy poco sitio para el albedrío de los seres humanos reales: la única tarea posible era, a través de la conciencia de clase, averiguar la posición política correcta, es decir, la que se correspondía con el desarrollo de las fuerzas productivas y la correlación de fuerzas entre los grupos sociales.

Parece mentira, pero ésa era la jerga que se usaba, que usábamos, lo mismo en una clase de historia medieval que en una asamblea política. Casi lo primero que se nos enseñaba al ingresar en la facultad era el desdén hacia la llamada «historiografía burguesa», que era toda aquella que no se ajustara estrictamente a la ortodoxia marxista más vulgar, más siniestramente soviética. El resultado era triple: en primer lugar, no se estudiaban las cosas concretas y reales que habían sucedido, sino elucubraciones escolásticas sobre «períodos de transición» o «modos de producción» (la cacofonía era otro rasgo de aquel rancho mental); en segundo lugar, quedaba legitimado cualquier horror o desastre en virtud de su necesidad histórica, lo cual venía estupendamente para justificar las barbaridades cometidas por los sistemas comunistas; la tercera consecuencia era la eliminación de la responsabilidad personal: si todo estaba determinado históricamente, y si además los seres humanos sólo actúan en virtud de su conciencia o su instinto de clase, las opciones políticas o éticas individuales son irrisorias, o incluso culpables de antemano.

Hay un cuarto efecto de aquel oscurantismo, que puede parecer secundario, pero que no es en absoluto desdeñable: convertida en simulacro de ciencia, en especulación casi teológica, la historia perdía su antiguo carácter narrativo, de modo que quedaba abolido el placer de *leerla*.

Pero la historia, que abarca tantas cosas, que tiene la amplitud y la pluralidad de los actos humanos, ha sido desde su mismo origen una narración, desde los relatos tan sabrosos de Herodoto, que cuenta lo que ha visto en sus viajes y también lo que le han contado, y que cuando refiere un hecho fabuloso o improbable hace saber que él no puede atestiguar su verdad, con lo cual ya está ejerciendo esa crítica de las versiones sobre lo acontecido que es el elemento cardinal de la actitud del historiador. Quizá lo que vuelve tan atractiva la historia es esa doble condición, la de relato que seguimos porque nos absorbe, como seguimos los de la ficción, y la de actitud de conocimiento y comprensión de las cosas reales, su tentativa de desvelar eso que se llama en *Macbeth* «las semillas del tiempo». En virtud de un tonto especialismo, se estudia historia o se estudia literatura, y parece que son dos reinos ajenos entre sí, y entonces se olvida que algunas de las mejores obras de la literatura no pertenecen al reino aceptado de ésta, el de la ficción, sino al de la historia.

Herodoto, Tucídides, Plutarco, Tácito, son imprescindibles no sólo para el historiador, sino también para cualquiera que desee aprender a manejar las palabras, a retratar los actos y los caracteres humanos. En muy pocos novelistas se aprende a manejar la concisión o el caudaloso arrebatado narrativo como en Gibbon. En su estela admirable escribió Dozy su historia de los musulmanes en España, que ningún escritor o historiador español había sabido contar con tanta belleza y solvencia, y si Dozy tiene todavía mucho de romántico su mejor discípulo, Levi Provençal, termina de convertir la historia de al-Andalus en una disciplina perfectamente seria, pero también esplendorosamente literaria, no en vano su mejor heredero

español, Emilio García-Gómez, es un escritor de primera fila de la generación del 27 al mismo tiempo que un arabista ejemplar.

Quienes piensan que la literatura narrativa sólo está en las novelas no imaginan que los historiadores más sólidos son con frecuencia narradores extraordinarios, ni que la belleza y la claridad del estilo nunca son más valiosas que cuando se ponen al servicio de la máxima precisión. Fernand Braudel o Georges Duby son dos narradores de primera categoría, y la fuerza de Michelet no es inferior a la de Balzac, que aspiraba él mismo a ser historiador de las vidas privadas. A Karl Marx, que decía de sí mismo que no era marxista, le debemos una obra de una claridad y una ironía incomparables, *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, que tiene toda la jugosa concisión de una novela corta y el suspense de una trama policial. Y conozco pocas experiencias de lectura tan subyugadoras, tan abismales, como la de *Hitler y Stalin: vidas paralelas* del gran Alan Bullock, en el que hay algo de las amplitudes épicas de Tolstoi y al mismo tiempo de los retorcimientos sombríos de Dostoievski. *Los últimos días de Hitler*, de Hugh Trevor-Roper, es un modelo de investigación histórica, de testimonio personal y de literatura, de atención a esos matices que revelan mejor la médula de una situación o de un tiempo que largos informes o interpretaciones: es alucinante descubrir que en el búnker de la cancillería, en las últimas horas del apocalipsis nazi, la bajeza, las menudas intrigas, la más mezquina tontería humana, eran tan poderosas como en los días triunfales del poder, y que lo primero que hicieron los funcionarios encerrados en aquellos sótanos al saber que Hitler se había suicidado fue encender ávidamente cigarrillos, porque el Führer les tenía prohibido fumar.

A ese linaje de historiadores pertenece Ashby Turner: como Bullock, o como Ian Kershaw, tiene siempre presentes las vastas concatenaciones de los hechos públicos y los caracteres personales, de la política y los estados de ánimo y las condiciones sociales y económicas; pero se parece a Trevor-Roper en su manera de ceñirse en su indagación y su relato a un ámbito temporal y espacial muy

limitado, los treinta primeros días de 1933, las idas y venidas de unos cuantos individuos que sin darse cuenta, arrastrados por su estupidez, por su vanidad, por su oportunismo, desataron el comienzo del régimen político más sanguinario y destructivo que ha conocido la humanidad.

Tan aterrador como ir sabiendo lo que ocurrió día por día es darse cuenta de que nadie lo percibiera entonces de verdad, en todo su horror y toda su hondura. Nadie en la derecha alemana parecía reparar en la ideología bestial del nazismo; nadie en la izquierda concedía mucha importancia a Hitler; la ciudadanía hastiada de política y desmoralizada por la crisis económica no llegó a enterarse de las conspiraciones en las que se enredaba una clase política deleznable ni prestó mucha atención al cambio de gobierno del 30 de enero. En el noticiario cinematográfico de esa semana, explica Ashby Turner, la noticia del nombramiento de Hitler llegaba en sexto lugar, muy por detrás de un concurso de saltos de esquí y de una carrera de caballos. Las formidables organizaciones obreras de Alemania no se movilizaron: a los pocos meses ya no existían. George Grosz cuenta en sus memorias que unos meses antes había advertido que su kiosquero habitual ya no llevaba en la solapa una insignia con la hoz y el martillo, sino una pequeña esvástica.

El arte del novelista es hacer que se vuelvan reales seres imaginarios: el del historiador, que se vuelva presente el pasado. Hemos leído muchas veces el relato del ascenso de Hitler al poder, pero yo nunca tuve tantos detalles no sólo sobre lo que ocurrió, sino del modo en que las personas que vivieron entonces veían el presente, o dejaban de verlo, o sobre la textura cotidiana de sus vidas reales: el día de Año Nuevo de 1933 Adolf Hitler, wagneriano furibundo hasta las lágrimas, vio en Múnich *Los maestros cantores*; el miércoles 18 de enero estuvo en el cine y se emocionó con una vacua película patriótica, *El Rebelde*, sobre un joven alemán que se sacrifica heroicamente en la lucha contra Napoleón; en casa del fatuo de Von Ribbentrop, los conspiradores se achispaban bebiendo el champán que proveía el anfitrión; el domingo 22 amaneció muy

frío y con niebla, y con la primera claridad gris de la mañana fuerzas de policía se alinearon en la principal barriada obrera de Berlín, que iba a ser invadida unas horas más tarde por un desfile de provocadores uniformados con las camisas pardas de las SA.

Hay que saber qué pasó, y cómo se percibía entonces lo que estaba pasando, y también cómo *no pasaron* algunas cosas que habitualmente se dan por verdaderas. Hitler *no* conquistó el poder: le fue entregado; Hitler *no* llegó a canciller en virtud de unas elecciones democráticas, sino gracias a una conspiración en la que participaron algunas de las personas que tenían más responsabilidad en la defensa de la democracia alemana. Pero, sobre todo, nada era inevitable, y ésta resulta quizá la lección más amarga, si se piensa en lo que vino después de esos días de enero de 1933, en la proporción entre los horrores desatados y los millones de muertos y la devastación de países enteros, por un lado, y la idiotez y la frivolidad de unos cuantos políticos, por el otro, su ineptitud, su ceguera, el grado insondable de su culpa. Nos rebelamos contra el pasado, leemos día a día los detalles mezquinos de cosas que tuvieron lugar hace casi setenta años y deseamos con todas nuestras fuerzas que la cadena de la fatalidad y la idiotez se rompa, y llegamos al desenlace con una sensación de derrota inconsolable, con todo el pánico por el espanto que está a punto de empezar. Pero no creo que sea vana esta rebelión contra el pasado: lo que ha ocurrido, dice Primo Levi, puede volver a ocurrir, y lo que parecía imposible en cualquier momento se hace ominoso y real. Estudiando la historia y aprendiendo que no hubo nada inevitable tal vez cobremos la lucidez y el coraje necesarios para no resignarnos a la inevitabilidad del presente, a las peores amenazas del porvenir.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Prefacio

Todo el mundo ha oído hablar de Hitler. La gran mayoría sabe que fue el dictador de Alemania que provocó la segunda guerra mundial y asesinó a millones de judíos. Pero la cuestión de cómo obtuvo el poder es bien diferente: pocos entienden la manera en que su dictadura se hizo realidad. Como Alemania era una república cuando Hitler fue nombrado canciller, muchos dan por hecho que fue elegido democráticamente por una mayoría de ciudadanos alemanes. Sin embargo, ése no fue el caso. Su ascenso al poder fue, con mucho, más complicado y, sobre todo, más azaroso. De hecho, le faltó muy poco para fracasar en numerosos aspectos. Gran parte de la historia de Hitler se ha narrado de forma eficiente en libros anteriores; pero nadie ha sometido todavía a un análisis exhaustivo los espectaculares sucesos de enero de 1933, el mes crucial tras el que Hitler se convirtió en jefe del Gobierno alemán. Esa es precisamente la intención de este libro.

El presente trabajo se ha beneficiado en gran medida de la generosa ayuda de otras personas, a las que estoy muy agradecido. William Sheridan Alien, Peter Gray, Richard F. Hamilton y Peter Hayes leyeron los borradores del manuscrito y aportaron sus valiosas sugerencias. Además de sus comentarios sobre el manuscrito, a William L. Patch hijo le debo el haber compartido conmigo documentos relevantes procedentes de sus propias investigaciones, como también hicieron Larry Eugene Jones y Hagen Schulze. Por su parte, Pertti Ahonen obtuvo para mí copias de otras pruebas

trascendentales; Renate Köhne-Lindenlaub me ahorró un viaje de miles de kilómetros al proporcionarme la copia de un documento del archivo Krupp; Mary E. Sarotte me ayudó a conseguir algunas de las fotografías; George O. Kent y Mary R. Habeck aportaron su valiosísima colaboración al localizar y obtener una copia del Documento de Moscú que se describe en el Apéndice; por último, mi editor, Henning P. Gutmann, me animó de manera inquebrantable y me ofreció valiosos consejos, y Lynne Reed se encargó de que el manuscrito se publicase con toda fidelidad.

Abreviaturas empleadas en las notas

AdR Archiv der Republik (Viena)

AdRk/KvP Akten der Reichskanzlei: Kabinett von Papen, ed. de Karl Dietrich Erdmann y Hans Booms, 2 vols., Boppard, 1989

AdRk/KvS Akten der Reichskanzlei: Kabinett von Schleicher, ed. de Karl Dietrich Erdmann y Hans Booms, Boppard, 1986

AHR American Historical Review

AzDAP Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik

BA/FA Bundesarchiv/Filmarchiv (Berlín)

BAK Bundesarchiv Koblenz

BA/MA Bundesarchiv/Militärarchiv (Friburgo de Brisgovia)

BAP Bundesarchiv Potsdam

BDC Centro Documental de Berlín

BPKb Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz

BSB Bayerische Staatsbibliothek

BSV Bilderdienst Süddeutscher Verlag

BT Berliner Tageblatt

BVz Bayerische Volkszeitung (Nuremberg)

CEH Central European History

DA Der Angriff

DAZ Deutsche Allgemeine Zeitung

DB-Z Deutsche Bergwerks-Zeitung

DBFP Documents on British Foreign Policy

DDF Documents Diplomatiques Françaises
DDS Documents Diplomatiques Suisses
DHM Deutsches Historisches Museum
DoN Documents on Nazism 1919-1945, ed. de Jeremy Noakes y
Geoffrey Pridham, Nueva York, 1974
FAHV F. A. Herbig Verlagsbuchhanlung
FAZ Frankfurter Allgemeine Zeitung
FH Frankfurter Hefte
FZ Frankfurter Zeitung
G Germania
GiW&U Geschichte in Wissenschaft und Unterricht
IfZ Institut für Zeitgeschichte
IMT Tribunal Militar Internacional (Núremberg)
Jd Der Jungdeutsche (Berlín)
JCH Journal of Contemporary History
JMH Journal of Modern History
KV Kölnische Volkszeitung
KZ Kölnische Zeitung
LbsB Landesbildstelle Berlin
MM Militärgeschichtliche Mitteilungen
MNN Münchner Neueste Nachrichten
MZ Münchener Zeitung
NAUSA National Archives, Washington, D. C.
NFP Neue Freie Presse (Viena)
NPA Neues Politisches Archiv (en Archiv der Republik, Viena)
NPZ Neue Preussische Zeitung (Berlín)
NSHSAH Niedersächsisches Hauptstaatsarchiv Hannover
PS Politische Studien
RA Regensburger Anzeiger
RF Rote Fahne (Berlín)
R-MVz Rhein-Main Volkszeitung
SBWB Senatsverwaltung für Bau und Wohnungswesen Berlin
SEG Schulthess' Europäischer Geschichtskalender

TbJG Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente, ed. de Else Fröhlich, München, 1987

TR Tägliche Rundschau (Berlin)

TsGA Tsentralnyi Gosudarstvennyi Arjiv (Moscu)

UB ULLSTEIN Bilderdienst

V Vorwärts (Berlin)

VB Völkischer Beobachter

VfS&Wg Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte

VfZ Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte

VZ Vossische Zeitung (Berlin)

ZfM Zeitschrift für Militärgeschichte

Zs Zeugenschriftum (IfZ)

ZSg Zeitgeschichtliche Sammlungen (BAK)

CAPÍTULO 1

Introducción: El mariscal de campo, el cabo y el general

El primer día de 1933, los defensores de la amenazada República alemana de Weimar dejaron escapar un suspiro de alivio y júbilo. El joven Estado se había visto sujeto durante tres años a un acoso cada vez más pronunciado por parte de las fuerzas antidemocráticas, entre las que sobresalía, por su poder y su carácter amenazador, el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler, y por fin las aguas parecían haber vuelto a su cauce. EL PODEROSO ASALTO NAZI AL ESTADO DEMOCRÁTICO HA SIDO RECHAZADO, proclamaba el editorial de Año Nuevo del prestigioso *Frankfurter Zeitung*. LA REPÚBLICA HA SIDO RESCATADA, anunció un periodista del *Vossische Zeitung*, un venerable diario de Berlín. *Vorwärts*, el periódico de los socialdemócratas, el partido que había tenido mayor responsabilidad en la creación de la República catorce años antes, encabezaba su editorial con el título ASCENSO Y CAÍDA DE HITLER. Un influyente diario católico de Colonia, el *Kölnische Volkszeitung*, señalaba que mientras que su predicción, expresada un año antes, de que Hitler nunca alcanzaría el poder había parecido atrevida entonces, esta idea se había convertido, en vista de los resultados, en un lugar común. Rumiano qué contaría a sus futuros nietos sobre sus tiempos, un escritor del *Berliner Tageblatt* sugirió: «Por todas partes, en cualquier lugar del mundo, la gente hablaba de...

¿Cómo se llamaba? Adalbert Hitler. ¿Y qué pasó con él? ¡Se desvaneció!». ¹

Volviendo la vista atrás, a la luz del hecho de que Hitler se vería ascendido legalmente en menos de un mes a canciller alemán, estas expresiones de optimismo republicano no parecen sino una fantasía colectiva. Sin embargo, un estudio de lo que había ocurrido con anterioridad revela que las esperanzas de los oponentes del nazismo no eran en absoluto infundadas en aquel momento.

A lo largo de sus turbulentos catorce años, la primera República alemana, fundada en la ciudad de Weimar en 1919, tuvo que enfrentarse a grandes obstáculos. ² Desde el principio se vio rechazada por millones de alemanes. Los de extrema izquierda la consideraban una mera democracia burguesa, y exigían por tanto una revolución proletaria que la derrocara. Por su parte, los monárquicos acérrimos de la derecha veían como una traición la revolución que, en el despertar de la derrota alemana de la primera guerra mundial, había destronado a la dinastía Hohenzollern de Prusia bajo la cual el país se había unido al Imperio creado en 1871. Junto con otros enemigos de la democracia, tacharon de antialemana a una República cuyas instituciones habían sido creadas por una asamblea nacional libremente elegida sobre los principios del sufragio universal. Los militaristas que habían llevado al país a la guerra se unieron a los enemigos de la República afirmando en falso que el Ejército no había sido vencido en el campo de batalla, sino que había recibido una «puñalada por la espalda» asestada en el mismo frente interno de manos de los políticos que instauraron la República. El nuevo régimen, por tanto, llevaba para muchos alemanes el estigma de la traición y la humillación nacional. Las democracias occidentales vencedoras acrecentaron la impopularidad de la República de Weimar cuando la obligaron a aceptar un tratado de paz punitivo. El Tratado de Versalles partió porciones considerables del territorio que Alemania poseía antes de la guerra, cargó al país con toda la culpa de haber originado la contienda, hizo a la República responsable de las cuantiosas indemnizaciones de los

vencedores y limitó su soberanía en muchos sentidos, como muestran las férreas restricciones que se impusieron a sus fuerzas armadas.

Es un hecho que honra a los republicanos alemanes el que el nuevo Gobierno sobreviviese a estos primeros años a pesar de dichas obligaciones, a las que se unieron la hiperinflación que destruyó su moneda, varios intentos armados de derrocamiento (procedentes tanto de la izquierda como de la derecha) y la ocupación de diversas zonas del país por parte de las potencias vencedoras de la primera guerra mundial. A mediados de los años veinte la democracia parecía haber arraigado en Alemania, y el país disfrutaba de un lustro de algo cercano a la estabilidad y la prosperidad. Pero con el inicio de la Gran Depresión, que supuso para la economía alemana un golpe más fuerte que para la de ningún otro país europeo, la República de Weimar entró en sus peores tiempos. En 1930 el gobierno parlamentario suspendió su actividad cuando los partidos políticos moderados se vieron colapsados ante el problema de la financiación de las ayudas al desempleo para una multitud cada vez mayor de alemanes en paro. Como consecuencia de esta crisis, el poder político decisivo pasó del Parlamento a la presidencia, con el resultado de que la República no volvió a funcionar como habían pretendido sus fundadores.

El presidente en cuyas manos pasó a concentrarse todo el poder fue Paul von Hindenburg, que había estado al mando del Ejército alemán durante la primera guerra mundial como mariscal de campo.³ Elegido en 1925, fue reelegido para gobernar durante un segundo período de siete años en 1932, a la edad de ochenta y cinco años. El venerable Hindenburg, a quien su actuación en la guerra había convertido en una figura legendaria, era para millones de alemanes la personificación de alguno de los capítulos más gloriosos del pasado de su país. Pertenecía a los *junkers*, descendientes de una de las familias aristocráticas que, siglos antes, habían establecido las regiones fronterizas orientales de Alemania. De joven había participado como oficial del Ejército prusiano en las

guerras de unificación y estuvo presente cuando en 1871 se proclamó el Imperio. En 1911 se retiró tras una carrera poco sobresaliente de oficial; pero fue requerido de nuevo para el servicio tres años más tarde, cuando estalló la guerra. Cuando las fuerzas que se hallaban bajo sus órdenes cortaron el avance del Ejército ruso que se dirigía hacia el territorio alemán, no tardó en convertirse en héroe nacional, a pesar de que se había exagerado, por motivos de propaganda interna, el alcance de su contribución personal a esta victoria. Cuando más tarde fue elevado al cargo de comandante supremo del Ejército, se las arregló para mantener intacta su condición de héroe tras la derrota alemana en la guerra, lo que en parte se debió a la leyenda de «la puñalada por la espalda», en cuya propagación representó él mismo un papel fundamental.

Su altura y robustez hacían a Hindenburg poseedor de una figura imponente. Aunque hacía tiempo que había cumplido los ochenta años, mantenía el porte erguido de un oficial prusiano. Sus modales corteses y refinados evocaban su nostalgia del siglo anterior, mientras que su semblante ancho y cuadrado, que coronaba un peinado corto al estilo militar y surcaba un largo mostacho ralo, parecía congelado en una expresión de tristeza pensativa. Para muchos alemanes, su rostro transmitía una profunda gravedad y una resuelta devoción por las labores arduas. Aunque su imagen pública era de una fuerza imperturbable, Hindenburg carecía de una voluntad fuerte e independiente, y raras veces tomaba decisiones por sí mismo. A lo largo de su carrera, dependió en gran medida del consejo de los que lo rodeaban, y este rasgo se fue acentuando con la edad.

A pesar de su apariencia impassible, Hindenburg estaba sujeto, en los momentos de tensión, a arrebatos emocionales que hacían que su voz se quebrase y las lágrimas corriesen por sus mejillas. Concebía las relaciones políticas en términos de camaradería y valoraba la lealtad por encima de todo, aunque a lo largo de su vida volviese repetidamente la espalda a los aliados que le habían servido de manera leal. Sin embargo, a pesar de los persistentes rumores de

su senilidad, todas las fuentes dignas de confianza indican que, aunque lento y pesado, Hindenburg permaneció lúcido hasta que la enfermedad acabó con su vida en 1934, poco antes de llegar a los ochenta y ocho y mucho después de verse reducido a un hombre de paja por el régimen autoritario de Hitler. La rotunda corpulencia de Hindenburg, su aire de distante solemnidad y su condición de vínculo viviente con las glorias pasadas le proporcionaban un aura que lo hizo digno del temor respetuoso de la mayoría de sus contemporáneos.

Como jefe de Estado, el presidente Hindenburg ocupaba a primera vista una posición similar a la de las testas coronadas de las monarquías parlamentarias de Europa; pero la Constitución de la República confería a su cargo poderes muy superiores a los del resto de monarcas. El presidente ejercía la máxima autoridad sobre las fuerzas armadas y disponía de amplios poderes extraordinarios que lo autorizaban a restringir los derechos civiles y promulgar leyes por decreto si estimaba necesarias estas medidas. Nadie más que el presidente podía nombrar al jefe de Gobierno, al canciller y a los otros ministros que formaban el gabinete. Como en otras democracias europeas, el canciller necesitaba de la mayoría del Parlamento nacional, el Reichstag, y debía dimitir en caso de que éste presentase un voto de censura. El presidente podía, no obstante, destituir al canciller y al gabinete en cualquier momento, así como disolver el Reichstag antes de que éste agotase los cuatro años que duraba su legislatura y convocar nuevas elecciones. Como demostraron los sucesos de enero de 1933, estos poderes convertían al presidente en una figura crucial en tiempos de inestabilidad política, de manera que su influencia era decisiva en el desarrollo de los acontecimientos.

Aunque inicialmente fue elegido como candidato de los derechistas conservadores y reaccionarios, Hindenburg sorprendió gratamente a los defensores de la República durante un tiempo, a pesar de que nunca renunció a sus sentimientos monárquicos. A lo largo de cinco años presidió obedientemente la República a la

manera de un jefe de Estado constitucional: nombró a cancilleres y gabinetes que habían sido propuestos por coaliciones mayoritarias o que eran aceptados por la mayoría cuando no se lograban tales alianzas. Pero el viejo mariscal de campo empezaba a impacientarse a raíz de los frecuentes acuerdos y maquinaciones entre partidos, que dieron lugar a una sucesión de diecisiete gabinetes bajo nueve cancillerías diferentes durante los once primeros años de la República. Se sentía particularmente contrariado por la resistencia ante los gastos militares que ejercía el mayor partido republicano, el de los socialdemócratas de centroizquierda, que contaba entre sus filas con un gran número de pacifistas. Su carácter profundamente conservador también se veía ofendido por la fanfarronería de los socialdemócratas acerca de la ideología marxista de su pasado, que practicaban mucho después de que se hubiese dejado a un lado en favor de un reformismo pragmático.

Cuando el hundimiento político de 1930 dio al traste con el gabinete dirigido por los socialdemócratas y el Reichstag se vio incapaz de llegar a un acuerdo con respecto a su sustitución, el grupo de altos mandos del Ejército que servían a Hindenburg como asesores de confianza lo persuadió a que rompiese con el sistema parlamentario y excluyese a la izquierda de cualquier puesto de autoridad. Con el objetivo declarado de elevar al Gobierno por encima de la política, Hindenburg inauguró la costumbre de nombrar personalmente a cancilleres libres de cualquier obligación ante una mayoría parlamentaria. Inició, por tanto, lo que llegó a ser conocido como un sistema de gobierno de gabinetes presidenciales. Para hacer posible que los cancilleres que presidían dichos gabinetes burlasen la autoridad legislativa del Reichstag, puso a su disposición los poderes extraordinarios que la Constitución había otorgado a la presidencia. Desde 1930, prácticamente todas las leyes nacionales (incluso aquellas que autorizaban los impuestos y las apropiaciones del Gobierno) fueron promulgadas no mediante la acción parlamentaria, sino más bien por decretos presidenciales a petición del canciller y su gabinete. La autoridad del presidente no era

absoluta; el Reichstag podía, si existía mayoría, abrogar sus decretos extraordinarios o presentar una moción de censura ante el canciller y su gabinete. Sin embargo, para desalentar el uso de estas prerrogativas parlamentarias, el presidente podía dotar al canciller del derecho a disolver el Reichstag y obligar así a los partidos a enfrentarse a los votantes en unas nuevas elecciones generales.

El primero de estos cancilleres presidenciales fue Heinrich Brüning, un parlamentario de prestigio del Partido del Centro Católico que había sido uno de los baluartes de los gabinetes republicanos. Durante dos años, a partir de mayo de 1930, Brüning gobernó con la aquiescencia de los socialdemócratas, de firmes creencias republicanas, que habían sido excluidos de su gabinete. Temiendo que la oposición a Brüning pudiese provocar un gabinete aún más derechista, su partido se abstuvo de emitir un voto de censura y prefirió no desafiar los decretos presidenciales gracias a los cuales gobernaba el canciller. De esta manera, los socialdemócratas unieron su destino al de Brüning. Esto tuvo unas consecuencias muy poco afortunadas para la causa republicana, pues las políticas fiscales deflacionarias del canciller no hicieron sino agravar los efectos de una depresión excepcionalmente severa y continuada. A principios de 1932 más de uno de cada tres asalariados se hallaban en paro, y Brüning se había convertido en «el canciller del hambre» para millones de alemanes. En primavera de ese año éste desempeñó un papel fundamental en la campaña de reelección de Hindenburg y estuvo a punto de llevar a buen puerto las negociaciones para acabar con el pago de las indemnizaciones por parte de Alemania a las potencias vencedoras de la primera guerra mundial. Sin embargo, instigado por sus consejeros conservadores, el presidente se mostró descontento con la poca disposición del canciller a dar de lado a los socialdemócratas en favor del apoyo de la derecha. A finales de mayo, de pronto Hindenburg destituyó a Brüning.⁴

En la caída de Brüning fue decisiva la actuación del hombre que en primavera de 1932 se había convertido en el primer consejero del

presidente, el general Kurt von Schleicher. A pesar de pertenecer a la baja nobleza, y no a la aristocracia oriental de los *junkers*, que dominaban los más altos escalones de los cuerpos de oficiales, Schleicher había experimentado un rápido ascenso como oficial de carrera. Había sido admitido a edad temprana en el grupo de peritos de élite del Ejército, el estado mayor, y pasó gran parte de la primera guerra mundial atendiendo problemas de aprovisionamiento y transporte que lo pusieron en contacto con las autoridades civiles. Tras la guerra fue instado por el Ministerio de Defensa a trabajar como enlace entre el Ejército y el Gobierno republicano. Comoquiera que el *establishment* militar, que en lo esencial no había sido reformado, se las había ingeniado para retener un considerable grado de autonomía frente al control civil a pesar de la revolución republicana, la suya era una actividad de gran importancia.

A finales de los años veinte, Schleicher se había establecido como una importante figura entre bastidores en la escena política alemana. Había conseguido un rápido ascenso al rango de general y llegó a presidir una oficina de asuntos políticos subordinada sólo al ministro de Defensa. Esta circunstancia lo situaba por encima del control de generales que gozaban de un grado muy superior al suyo, y también contribuyó a su inclusión en el reducido grupo de dirigentes militares de cuyo asesoramiento político dependía cada vez más el presidente Hindenburg. En 1930 él fue uno de los que lo alentaron a romper con el sistema parlamentario. También tomó parte en la elección de Brüning como primer canciller presidencial dos años más tarde, y desempeñó un papel primordial en su destitución.⁵

A instancias de Schleicher, Hindenburg nombró sucesor de Brüning a Franz von Papen, un aristócrata de cincuenta y dos años poco conocido en el mundo de la política, militante del sector de extrema derecha del Partido del Centro Católico. A principios de junio de 1932, Von Papen tomó el cargo de jefe de lo que no tardó en ser conocido como «el gabinete de los barones», debido al gran número de aristócratas conservadores que había entre sus ministros.

La capacidad de Von Papen para ejercer de canciller era discutible debido a su falta de experiencia en la política nacional. En cuanto diputado del Partido del Centro Católico en la asamblea legislativa del estado federal de Prusia durante gran parte del período republicano, asistió con escasa frecuencia a las sesiones, en las que nunca tomó la palabra. Era, sin embargo, viejo amigo de Schleicher, al que había conocido cuando ambos eran oficiales subalternos del Ejército. El general esperaba que Von Papen actuara como elegante testaferro y se dejase guiar por él. Para ocupar una posición que le permitiera ejercer su influencia en el nuevo gabinete, Schleicher asumió el cargo de ministro de Defensa, renunciando a su graduación de general y convirtiéndose en civil, al menos nominalmente, para tener acceso a dicho puesto.⁶

Al asumir la cancillería, Von Papen tuvo que enfrentarse al problema de encontrar un respaldo político para su gabinete. Al igual que Brüning, había sido nombrado canciller presidencial, lo que le permitía gobernar por medio de decretos extraordinarios promulgados por Hindenburg. Pero, con todo, necesitaba el apoyo parlamentario suficiente para evitar un voto de censura en el Reichstag. En este sentido, su posición era desde el principio mucho más precaria que la de Brüning, ya que perdió el respaldo de su propio partido poco después de convertirse en canciller. Los dirigentes del Partido del Centro Católico consideraban que estaba implicado en la expulsión de su colega Brüning y se indignaron ante el hecho de que aceptase la cancillería sin el permiso del partido. Sólo dimitiendo del cargo logró evitar su propia expulsión cuando aquél lo repudió e hizo frente común con la oposición. Al hacer que se cumplieran las expectativas del presidente relativas a la ruptura con la izquierda, Von Papen se proponía compensar la sujeción de su predecesor a los socialdemócratas con el apoyo de la derecha política, lo que suponía atraer al movimiento nazi encabezado por Adolf Hitler, que estaba creciendo rápidamente.

El movimiento que desde principios de 1920 fue conocido como el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, del que

Hitler no tardó en tomar el control, proporcionó tras la primera guerra mundial un hogar político a la minoría nacionalista de tendencias racistas que despreciaba tanto el viejo régimen imperial como la nueva República democrática. Siguió siendo un insignificante grupo marginal bávaro hasta que en 1923 se desató el escándalo a resultas del intento fallido de derrocar a la República, el *putsch* de la cervecería de Múnich, que le ayudó a obtener representación en el Reichstag al año siguiente en coalición con partidos de similar ideología. Durante el período más próspero y estable de la República, la importancia del nazismo disminuyó de manera considerable: en 1928 sólo consiguió un 2,6 por ciento de los votos, que le supusieron doce de los cuatrocientos noventa y un escaños del Reichstag, debidos únicamente al sistema republicano de representación proporcional. Pero cuando la Gran Depresión extendió las privaciones y el desempleo por toda Alemania, los nazis empezaron a sacar provecho de la angustia y ansiedad de millones de ciudadanos.⁷

Ayudados por la responsabilidad del Gobierno sobre estos hechos, los nazis aumentaron su popularidad culpando a los republicanos de todos los males del país y ofreciendo un futuro de reformas radicales sin necesidad de cumplir ninguna de sus promesas. Se hicieron con el respaldo de los antisemitas tras encabezar una campaña desenfadada de difamación contra la minoría judía. Manifestaron su militancia a través de las calles alemanas con las tropas de asalto auxiliares, la SA.^[1] Mediante sangrientas batallas callejeras contra los socialdemócratas y los comunistas, que también tenían sus respectivas organizaciones paramilitares, la SA contribuyó a crear una violenta atmósfera política que despertó la inquietud de muchos ciudadanos. La promesa de restaurar el orden permitió a los nazis convencer a algunos votantes. En las elecciones de 1930, que tuvieron lugar precisamente cuando los efectos de la crisis económica empezaban a agravarse, su voto se octuplicó, de manera que consiguieron ciento siete de los quinientos setenta y siete escaños del Reichstag. En la

primavera de 1932 Hitler intentó arrebatarle la presidencia a Hindenburg y, aunque fue derrotado, logró unos resultados lo suficientemente buenos como para forzar una segunda ronda de votaciones, en la que se hizo con un sorprendente 36,1 por ciento.

En el verano de 1932 Hitler era el político de más éxito de Alemania, lo que suponía un impresionante logro para alguien que había llegado al país diecinueve años antes desde Austria, un artista frustrado con una formación académica mínima, recién salido de los refugios vieneses para desahuciados en los que se había visto obligado a vivir durante varios años.⁸ Desde el momento en que se unió al incipiente movimiento nazi en 1919, tras servir en el Ejército alemán como cabo en el frente occidental, hasta que se suicidó entre las ruinas de Berlín un cuarto de siglo más tarde, la política ocupó el centro de su vida. Pronto se erigió en el guía del partido — el *Führer*— y logró una autoridad plena dentro de éste. Ejerciendo un dominio mesiánico sobre sus seguidores, forjó una desarrapada corte de radicales y reaccionarios, intelectuales y matones, profesionales fracasados e inquietos veteranos de guerra y los convirtió en una impresionante organización que combinaba de manera efectiva el liderazgo carismático y la disciplina burocrática.

El nazismo no era un partido político corriente, sino más bien, como Hitler repitió con incansable insistencia, un movimiento que requería una entrega total e incondicionada por parte de sus miembros. Después de pasar más de un año en prisión a resultas del *putsch* frustrado, Hitler volvió a emerger imperturbable y reconstruyó su partido en ruinas, y, tras abandonar cualquier esperanza de derrocar a la República por la fuerza, se preparó para lograrlo por medios legales en las urnas. Durante la segunda mitad de la década de los años veinte, cuando la estabilización política permitió a la amenazada República consolidarse bajo auspicios políticos moderados, Hitler mantuvo la unidad del partido al margen de la política nacional a fuerza de puro carácter. Cuando millones de alemanes sufrían la angustia y el abatimiento de la Gran Depresión,

formó toda una multitud de seguidores por medio de una demagogia desenfundada y un calculado embaucamiento.

La clave del éxito del futuro dictador reside en la imagen que ofrecía de sí mismo. A los ojos de aquellos que no sucumbieron a su hechizo, físicamente recordaba al estereotipo popular de un barbero o un camarero; pero su hábil manipulación de la opinión pública (sólo se dejaba fotografiar en posturas que le favoreciesen y por un fotógrafo experto fiel a su causa, por ejemplo) construyó una imagen de sí mismo capaz de transmitir profundidad y dedicación abnegada a millones de alemanes atribulados. Cuando actuaba como político irradiaba con extraordinaria intensidad una convicción y certidumbre que muchos encontraban irresistible, especialmente en tiempos inestables. El talento de Hitler como orador lo convirtió en el mayor demagogo de su tiempo. Con una energía física desconocida para la mayoría de sus contemporáneos, llevaba a su sensible audiencia al borde de la histeria colectiva mediante discursos prolongados, apasionados, que explotaban con gran habilidad la inseguridad y prejuicios de aquélla. Y lograba un efecto semejante cuando mantenía conversaciones con sus seguidores, abrumándolos con un torrente de palabras y desarmándolos con su arrollador aplomo.

Lo que en última instancia convirtió a Hitler en una verdadera amenaza política fue, no obstante, su habilidad para enmascarar su brutal fanatismo tras una fachada de normalidad siempre que esta actitud podía servir a sus propósitos. Cuando consideraba ventajoso sembrar el favor de personas influyentes, era capaz de mostrarse amable y respetuoso, e incluso humilde. Cuando perseguía una victoria sobre aquellos que sabía que no compartían sus opiniones extremistas, ocultaba sus verdaderas intenciones. Esta característica había permitido a Hitler convertirse en una figura de peso en el panorama político alemán de 1932, a pesar de que nunca había sido elegido para ocupar un cargo en el Gobierno.

Con la esperanza de ganarse el apoyo de los nazis, el canciller Von Papen había llegado, con la conformidad de Schleicher, a lo que

creía que era un acuerdo con Hitler para hacerse con el poder en junio de 1932. Cuando le preguntó al dirigente nazi si estaba dispuesto a colaborar con el gabinete, éste manifestó su intención de acceder siempre que se cumpliesen dos condiciones: que se levantase la prohibición que el gabinete de Brüning había impuesto sobre sus tropas de asalto y que se disolviese el Reichstag elegido en 1930 para dejar paso a unas nuevas elecciones, a pesar de que aún le quedaban dos años de legislatura. Von Papen no tardó en lograr el permiso del presidente Hindenburg para llevarlas a cabo. Además, aprovechó un sangriento brote de violencia política entre nazis y comunistas como pretexto para recurrir a los poderes extraordinarios del presidente y destituir al Gobierno de Prusia. Éste era con mucho el mayor de los diecisiete Estados federales de la República, y como tal, un objetivo político prioritario, ya que comprendía, en cuanto a territorio y población, tres quintas partes de Alemania. La adquisición de su gobierno por parte del gabinete de Von Papen dejó impotente al gabinete republicano de socialdemócratas y católicos del centro de Prusia, que había sido durante mucho tiempo una espina para la derecha, y en concreto para los nazis.⁹

Las nuevas elecciones generales, que se celebraron a finales de julio de 1932, resultaron catastróficas para los partidos moderados. Tuvieron lugar en el momento más duro de la Depresión, cuando la desesperación y la rabia convirtieron a millones de personas en objetivo sumamente vulnerable de la demagogia extremista de la izquierda y la derecha. Los comunistas minaron las fuerzas de los socialdemócratas, mientras que los nazis doblaron con creces los resultados de 1930. Tras conseguir un 37,4 por ciento de los votos y doscientos treinta escaños, el partido de Hitler logró reemplazar al de los socialdemócratas como partido más numeroso del Reichstag.

Después de las elecciones de julio, Hitler renegó de sus promesas de cooperación con el gabinete de Von Papen y reclamó para sí mismo el cargo de canciller.¹⁰ Imbuido por su triunfo en los comicios, el enemigo consumado de la democracia empezó a invocar los

principios democráticos, afirmando que, en cuanto dirigente del partido más fuerte del Parlamento, tenía derecho a presidir el Gobierno. En lugar de eso, Von Papen le ofreció el cargo de canciller adjunto de su propio gabinete, así como diversos cargos ministeriales para otros nazis. Pero Hitler renunció indignado, afirmando que el de canciller adjunto era un título vacío, sin ninguna autoridad. Cuando el presidente Hindenburg recibió personalmente al dirigente nazi a mediados de agosto y le preguntó si él u otros miembros de su partido tenían interés en formar parte del gabinete de Von Papen, Hitler exigió de nuevo la cancillería. Hindenburg, al que los dos encuentros anteriores con el hombre al que se refería en privado como «el cabo» le habían infundido un profundo recelo, rechazó su petición de manera categórica. Además, su oficina dio a la prensa una versión del encuentro que hizo a Hitler objeto del reproche general al dar a entender que el dirigente nazi había reclamado un poder total e insinuando que Hitler había roto la promesa personal que había hecho al presidente de colaborar con el gabinete de Von Papen. Ni la conciencia de Hindenburg ni su deber para con el Estado podían permitir, según el comunicado oficial, que el presidente entregase el poder a un movimiento que pretendía usarlo con intenciones partidistas. Hitler, furioso, respondió al ataque declarando su total oposición al gabinete de Von Papen.¹¹

El rechazo por parte de Hindenburg al intento de Hitler por hacerse con el poder tranquilizó a los republicanos alemanes. La mayoría había respaldado en primavera la reelección del viejo mariscal de campo (por la única razón de que no había ningún otro candidato capaz de derrotar a Hitler), no sin recelo, pues temían que el hecho de que Hindenburg hiciera uso de los poderes presidenciales extraordinarios para burlar la autoridad legislativa del Reichstag estaba minando la Constitución. Los republicanos, que habían respetado al canciller Brüning, quedaron consternados cuando Hindenburg nombró a Von Papen canciller de un gabinete reaccionario que apenas contaba con respaldo en el Reichstag. Y a esta preocupación se añadió la que provocó la voluntad del

presidente tras las elecciones de negociar con Hitler y otros nazis funciones secundarias en el gabinete. Sin embargo, y a pesar del triunfo electoral de los nazis, Hindenburg parecía haber descartado la posibilidad de que Hitler se convirtiese en canciller, y ambos habían acabado como rivales políticos. Los republicanos, por lo tanto, podían al menos consolarse pensando que, por más que el presidente pudiese forzar la Constitución, nunca la traicionaría poniendo a Adolf Hitler a la cabeza del Gobierno.

La confianza que los republicanos habían depositado en Hindenburg se habría tambaleado sin duda de haber conocido lo que, en privado, había acordado el presidente, tan sólo dos semanas después de rechazar a Hitler. El alegato de oposición del dirigente nazi puso a Von Papen ante un posible voto de censura cuando se reuniese el nuevo Reichstag. Aquél sólo contaba con el apoyo de un único partido de relevancia, el de los reaccionarios del Partido Nacional del Pueblo Alemán, que en el pasado se habían aliado con los nazis pero acabaron rompiendo con ellos dramáticamente a raíz, entre otras cosas, de las elecciones presidenciales. En total, menos de un 10 por ciento de la cámara apoyaba a Von Papen. Incluso existía la posibilidad de que las avanzadas negociaciones entre nazis y católicos del centro, que juntos gozaban de mayoría en el nuevo Reichstag, pudiesen desembocar en un resurgimiento de la autoridad parlamentaria y dar paso a un gabinete de coalición católico-nazi capaz de derribar a Von Papen del poder. Hindenburg, no obstante, era reacio a deshacerse de éste, por lo que a finales de agosto accedió a la petición del canciller de un decreto que diese a éste la facultad de disolver el Reichstag si le parecía conveniente. Comoquiera que no podía esperarse un parlamento de composición muy diferente en caso de celebrarse unas nuevas elecciones, el gabinete de Von Papen también requirió —y consiguió— el beneplácito del presidente para no convocar una nueva ronda de votaciones, que, según estipulaba la Constitución, debía tener lugar dentro de un período de sesenta días desde la disolución del Parlamento. Esto permitiría al gabinete gobernar de manera

dictatorial por medio de decretos presidenciales sin temor a que el Reichstag rescindiese dichos decretos o emitiese un voto de censura. Para mantener en el poder a un gabinete elegido por él, Hindenburg dio el visto bueno a una violación de la Constitución que había jurado mantener.¹²

Cuando se reunió el Parlamento en septiembre, el plan del canciller Von Papen de burlar la Constitución naufragó a causa de un giro inesperado de los acontecimientos. Von Papen pretendía disolver la cámara antes de que ésta pudiese emitir un voto de censura, y hacer que el presidente declarase el estado de excepción con el fin de no convocar nuevas elecciones. Pero cuando intentó evitar la moción de censura de los comunistas presentando el decreto de disolución, el recién elegido presidente del Reichstag, Hermann Goering, del Partido Nazi, ignoró al canciller y llevó a cabo el recuento de la moción. El resultado supuso la derrota parlamentaria más humillante que jamás había sufrido un gabinete alemán, con quinientos doce diputados a favor de la moción y sólo cuarenta y dos que apoyasen al gabinete de Von Papen. Contra las protestas de Goering, el presidente Hindenburg dictaminó que la cámara había sido disuelta legalmente por el canciller antes del voto de censura; pero el daño ya estaba hecho. Después de haberse expuesto la vulnerabilidad de su gabinete de forma tan evidente, el canciller y la mayoría de sus ministros llegaron a la conclusión de que no era el momento oportuno para llevar a cabo el arriesgado plan de violar la Constitución. En lugar de eso, se convocaron para principios de noviembre las segundas elecciones parlamentarias de 1932, bien dentro del plazo de los sesenta días estipulados.¹³

Las elecciones de noviembre supusieron un duro golpe para Hitler y su partido. Después de una sucesión continuada de espectaculares avances con respecto a los tres años anteriores, la maquinaria nazi empezaba a renquear. Muchos ciudadanos que habían dado su voto a los nazis en julio, con la esperanza de que tomasen el poder enseguida y diesen una solución rápida y decisiva a la situación de Alemania, desertaron frustrados por el fracaso de

Hitler al intentar acceder a la cancillería. Otros se sintieron ofendidos cuando los nazis eliminaron cualquier esperanza de una «oposición nacionalista» amplia y de derechas al denunciar al gabinete de Von Papen como una camarilla reaccionaria y vilipendiar a los del Partido Nacional por respaldarlo. Y no faltaba quien se horrorizaba ante la creciente violencia de las tropas de asalto nazis. Algunos de los que se habían sentido atraídos por el partido de Hitler debido a su rechazo militante de la República parlamentaria se echaron atrás cuando los nazis empezaron a invocar principios democráticos con la intención de aprovechar su control sobre el bloque más extenso de escaños del Reichstag. Muchos alemanes conservadores que habían votado a los nazis en julio se ofendieron ante su mordaz agitación no sólo frente a Von Papen, sino también frente al presidente Hindenburg. En total, el día de las elecciones dieron su voto a los nazis dos millones menos de votantes que en julio. El partido consiguió ciento noventa y seis de los quinientos ochenta y cuatro escaños del nuevo Reichstag, tras haber perdido treinta y cuatro. Todavía contaba con la mayor delegación del Parlamento, y no obstante, en las que resultaron ser las últimas elecciones generales anteriores al nombramiento de Hitler como canciller, más de dos tercios de los alemanes que fueron a las urnas rechazaron el nazismo.

Los resultados de la votación de noviembre eliminaron la posibilidad de un Reichstag de mayoría nazi-católica, pero la situación parlamentaria permaneció inalterada. El grueso de los que habían abandonado el partido de Hitler prefirió serle fiel el día de las elecciones antes que cambiar su voto. Sólo los comunistas incrementaron su poder de manera apreciable, y se convirtieron en el tercer partido más poderoso con cien escaños. Este impulso se realizó en gran medida a costa del segundo partido más votado, el de los socialdemócratas, los mayores defensores de la causa republicana. Estos, que aún constituían el partido con mayor número de miembros, habían visto sus escaños reducidos a ciento veintiuno. Juntos, los dos partidos de izquierdas habrían supuesto una fuerza

política de primer orden; pero ambos se hallaban opuestos de forma irreconciliable. Bajo la dirección de la Unión Soviética, los comunistas concedían prioridad absoluta al hecho de ganarse a los mucho más numerosos seguidores de los socialdemócratas denunciando a éstos como «fascistas sociales» que estaban más enfrentados a los intereses de los trabajadores que a los nazis.

Los dos partidos católicos, el Partido del Centro Católico y el Partido Popular Bávaro, sufrieron pérdidas poco relevantes en noviembre, de manera que juntos aún encabezaban un bloque de noventa escaños. Los dos partidos liberales, a los que los fracasos de los tres años anteriores habían vuelto insignificantes, lograron salvar un total de trece escaños, mientras que los partidos originados de escisiones, favorecidos por el sistema republicano de representación proporcional, mantenían otros doce. Los del Partido Nacional, los principales seguidores de Von Papen, experimentaron un incremento en el número de escaños, que ascendió a cincuenta y dos, fruto principalmente de los votantes desengañados con los nazis. Pero esto no alteró el hecho de que casi un 90 por ciento de los votantes que fueron a las urnas en noviembre lo hiciesen otra vez en contra del gabinete de Von Papen. Después de que las negociaciones con el resto de dirigentes de partido confirmasen esta falta de respaldo, Von Papen presentó su dimisión, aunque accedió a permanecer como canciller de un Gobierno de transición.

Cuando, tras las elecciones de noviembre, Hindenburg tanteó a Hitler sobre la posibilidad de que su partido formase parte del gabinete, el dirigente nazi mostró su disposición a buscar el apoyo de otros partidos si el presidente le encargaba formar su propio gabinete como canciller. Dando por sentado que un gabinete encabezado por Hitler nunca lograría el voto mayoritario del Reichstag, Hindenburg puso en marcha una estrategia diseñada por sus consejeros para desacreditar al dirigente nazi a los ojos de la opinión pública. Para ponerlo en evidencia, le pidió que en tres días le informase de si podría conseguir una mayoría factible en el Reichstag dispuesta a apoyarlo como canciller de un gabinete

parlamentario. Y añadió, además, una serie de condiciones a esta oferta, como la de que sería él quien elegiría a los ministros de Defensa y Asuntos Exteriores.

Como era de esperar, Hitler declinó la propuesta de Hindenburg. Se quejó de que las condiciones de ésta eran incompatibles con la Constitución de la República, pues asignaba al canciller la elección de su gabinete de ministros. Como alternativa, sugirió a Hindenburg que accediese a nombrarlo canciller y a darle acceso a los poderes extraordinarios de la presidencia, si lograba presentar en poco tiempo un programa de gobierno satisfactorio y una lista aceptable de miembros para el gabinete, que incluiría, según prometió, al ministro conservador de Asuntos Exteriores de Von Papen y a Schleicher en calidad de ministro de Defensa. Esta propuesta revelaba el verdadero objetivo de Hitler: erigirse en un canciller presidencial, y no en uno parlamentario. Como tal, se vería libre de toda dependencia con respecto a otros partidos, y podría gobernar por medio de los decretos extraordinarios presidenciales, como habían hecho Brüning y Von Papen. Sin embargo, la proposición de Hitler fue desdeñada por el presidente y sus consejeros, de manera que dejó de ser candidato a la cancillería.¹⁴

Este segundo rechazo de Hitler por parte de Hindenburg reafirmó la creencia, cada vez más extendida entre los republicanos de Alemania, de que el venerable presidente nunca entregaría la cancillería a Hitler. En este sentido, fue especialmente esperanzadora la carta abierta que la oficina del presidente envió al dirigente nazi para concluir las negociaciones de noviembre. Después de aclarar la diferencia entre los gabinetes presidenciales y los parlamentarios, la carta afirmaba:

[El presidente] cree que no puede ser responsable ante el pueblo alemán de dotar de poderes presidenciales al dirigente de un partido que ha resaltado de manera reiterada su exclusividad y se ha opuesto a él personalmente al rechazar las medidas políticas y económicas que consideraba necesarias. El presidente debe temer, bajo estas circunstancias, que un gabinete presidencial dirigido por

usted desembocaría inevitablemente en una dictadura de partido que tendría como consecuencia un incremento de las contradicciones de la nación alemana, cosa que él nunca podría reconciliar con su deber y su conciencia.¹⁵

Cuando el asunto del posible nombramiento de Hitler como canciller volvió a surgir dos meses después, los defensores de la causa republicana cobraron ánimos recordando estas palabras.

Confirmado el empecinamiento de Hitler a finales de noviembre, Von Papen se preparó para permanecer como canciller, aunque su impopularidad política no había dejado de crecer. Un miembro de su gabinete, al parecer, bromeaba diciendo que su lema era: «Se admiten declaraciones de guerra».¹⁶El único logro que pudo reclamar como propio fue el acuerdo por el que los poderes vencedores de la primera guerra mundial cancelaron las deudas de Alemania en concepto de indemnizaciones, y, con todo, los observadores informados sabían que la mayor parte del mérito a este respecto correspondía a su predecesor, el canciller Brüning. En el ámbito nacional, la política económica de Von Papen había ofendido por completo a los trabajadores sindicados. Su gabinete agravó las privaciones de los más afectados por la Depresión, al reducir las indemnizaciones por desempleo y someter a los solicitantes a una estricta prueba de haberes. Con las empresas, por el contrario, se acordaron desgravaciones fiscales, y, como incentivo para que contratasen a un mayor número de empleados, se les autorizó a reducir los salarios establecidos por las negociaciones colectivas. La toma de poder por parte de Von Papen del Gobierno estatal de Prusia había indignado a los dos partidos que encabezaban la defensa de las instituciones republicanas, el Socialdemócrata y el del Centro Católico. Éstos consideraron que esta jugada representaba una expansión anticonstitucional de la autoridad del Gobierno nacional y lamentaban haber perdido el control de la extensa burocracia civil prusiana.

Von Papen agravó aún más su impopularidad cuando proclamó públicamente que su objetivo era alcanzar una dictadura y aprobó

diversas propuestas de alterar la Constitución con la intención de restringir su carácter democrático. Como consecuencia, tendría que afrontar otro humillante voto de censura cuando se reuniese la nueva cámara si pretendía conservar el puesto. Pero, según informó a su gabinete la última semana de noviembre, nada de eso importaba, ya que Hindenburg estaba «firmemente decidido a tomar cualquier medida necesaria» para respaldarlo, lo que significa que Hindenburg estaba preparado para otorgar de nuevo a Von Papen un decreto que le permitiese disolver el Reichstag sin convocar nuevas elecciones como exigía la Constitución.¹⁷ Una vez dado ese paso, Von Papen podría gobernar de modo dictatorial por medio de decretos presidenciales, sin tener que consultar al Parlamento.

Aunque Von Papen disfrutaba del apoyo del presidente, había perdido, sin embargo, el de su patrocinador y ministro de Defensa, Kurt von Schleicher. Este, cuando eligió a Von Papen para el puesto de canciller, había dado por hecho que sería capaz de utilizarlo para sus propios fines («No soy el alma del gabinete, pero sí quizá su voluntad», parece ser que alardeaba).¹⁸ Para el general, por tanto, supuso una desagradable sorpresa la creciente firmeza que mostraba su protegido tras asumir el cargo. Con gran disgusto, vio cómo Von Papen se independizaba cada vez más de él a medida que se congraciaba con el presidente Hindenburg. A finales de noviembre, a pesar de que había tomado parte en casi todos los proyectos del gabinete de Von Papen, Schleicher había empezado a sentirse inquieto acerca de los riesgos que suponía mantener en el Gobierno, burlando la Constitución, a un canciller tan despreciado. Temía que si no se convocaban elecciones tras la disolución de Reichstag, prácticamente todas las fuerzas políticas del país, incluidas las legiones de obreros sindicados, se unirían en oposición al Gobierno. Sólo algunas semanas antes, la cooperación de nazis y comunistas en una huelga en Berlín había bastado para llevar a la capital al borde de la parálisis en vísperas de las elecciones al Reichstag.

Temiendo que el nuevo nombramiento de Von Papen pudiese desembocar en una guerra civil, Schleicher se propuso acabar con el hombre al que sólo seis meses antes había hecho canciller. Al mismo tiempo, se convirtió en candidato para el cargo desligándose de las medidas más impopulares del gabinete de Von Papen al mantener conversaciones con dirigentes políticos y sindicales. No obstante, su empresa estuvo a punto de fracasar cuando Hindenburg se mantuvo en su intención de violar la Constitución para mantener a Von Papen en el cargo. Finalmente, logró poner al propio gabinete del canciller en contra de éste al revelar los resultados de un estudio del Ministerio de Defensa que concluía que el Ejército era incapaz de afrontar una posible guerra civil que enfrentase tanto a nazis como a comunistas con el Gobierno. El 2 de diciembre de 1932, un afligido Von Papen presentó su dimisión ante Hindenburg, que la aceptó a regañadientes. Al día siguiente, Schleicher juró el cargo de canciller tras recibir del presidente garantías de su total respaldo. Con tan sólo dos excepciones, su gabinete estaba constituido por los ministros de su predecesor. El mismo continuó en el cargo de ministro de Defensa y también sucedió a Von Papen como comisario de Prusia, un cargo creado cuando en julio se despojó de su autoridad al Gobierno de ese estado.¹⁹

A sus cincuenta años, Kurt von Schleicher impresionaba siempre en gran medida a todo el que hablaba con él.²⁰ Y lo hacía a pesar de su apariencia física poco atractiva: estatura mediana, aspecto cetrino, calva prematura y tendencia a engordar a pesar de ser de mediana edad. Era un conversador alegre y hábil, y sobresalía ganándose a su interlocutor en los encuentros cara a cara, su modo favorito de comunicación. Como observó un periodista: «Tiene el don de dar a todo el que va a verlo la impresión de que comparte por completo su opinión».²¹ Gracias a su agilidad de pensamiento y a su facilidad para usar giros idiomáticos, Schleicher también pasaba por ser alguien ingenioso. Era un maestro haciendo bromas sutiles y lograba efectos cómicos salpicando su conversación con expresiones jergales derivadas del dialecto corrompido del vulgo berlinés. De

porte desenvuelto y entusiasta, optimista inquebrantable y aparentemente imperturbable, gozaba de una buena dosis de la actitud desenfadada y apuesta que tanto admiraban los oficiales alemanes.

Sus detractores lo consideraban una persona despótica y altanera, un cínico maestro de la intriga, inexorablemente inclinado a un comportamiento arribista. Su gusto por la manipulación entre bastidores dio pie a que se bromease con el significado literal de su apellido, cuya traducción sería la de «rastrero». Su reiterada costumbre de abandonar a sus asociados con la intención de salvaguardar sus propios intereses en tiempos de crisis lo hizo merecedor de la fama de persona poco fiable. Lo que nadie ponía en entredicho, sin embargo, era la confianza en sí mismo de que gozaba el general. En primavera de 1932, durante una cena en un restaurante de moda en Berlín, se le oyó exclamar con su penetrante voz nasal: «Lo que Alemania necesita es un hombre fuerte». Y para que nadie tuviese dudas sobre quién encajaba mejor en ese papel, se golpeó el pecho.²²

Schleicher, a la vez hablador y reservado, continuó siendo en cierta manera un enigma político cuando se hizo con la cancillería. Un periodista republicano lo retrató como «una esfinge de uniforme», y el disidente bolchevique León Trotsky lo vio en cierta ocasión como «un signo de interrogación con charreteras de general».²³ Sin embargo, a pesar de que muchos izquierdistas, y también los nazis, lo acusaron de reaccionario, esa etiqueta no le sentaba del todo bien. Al contrario que muchos de sus colegas oficiales, Schleicher no lloró el derrocamiento del Imperio y tampoco anheló la restauración de la monarquía. Por razones de pragmatismo, aceptó la realidad política fruto del colapso del antiguo régimen y la sustitución de éste por la República. Tras reconocer que las discusiones acerca de la forma de gobierno no harían sino dividir a una Alemania debilitada, había dictaminado a mediados de los años veinte: «No se trata ahora de elegir entre república o monarquía, sino más bien de discutir sobre cómo debería ser la

República». ²⁴No obstante, al igual que sucedía con muchos dirigentes militares, su lealtad no se debía tanto a la República como a lo que consideraba los intereses permanentes del Estado alemán, que iban más allá de cualquier régimen en particular. Para él, el Ejército representaba una fuerza independiente, por encima de la política, cuya función era la de servir como contrapeso que equilibrase al Estado y asegurase su capacidad para defender los intereses de seguridad de Alemania en el ámbito internacional.

En diciembre de 1932, durante sus primeras semanas como canciller, Schleicher disfrutó de lo que podríamos definir como una luna de miel política como resultado del alivio general que había provocado la marcha de Von Papen. Al hacer público que no tenía ninguna intención de secundar las intenciones de su predecesor de alterar la Constitución, logró calmar a los defensores de la República. Por su parte, los dos partidos católicos adoptaron una actitud conciliadora hacia su gabinete, al igual que hicieron los dirigentes de los sindicatos cristianos, animados por la promesa de medidas decisivas para poner de nuevo a trabajar a los desempleados. Los socialdemócratas, que temían perder seguidores en favor de los comunistas si colaboraban con un dirigente militar, mantuvieron su oposición, fortalecida por el recuerdo de la participación de Schleicher en el derrocamiento, por parte del gabinete de Von Papen, del Gobierno del estado de Prusia dirigido por uno de ellos. Pero los dirigentes del sindicato afiliado a los socialdemócratas, el mayor del país, veían a Schleicher como un mal menor comparado con Von Papen, y reaccionaron de manera positiva ante la promesa de medidas contra el desempleo. Alentado por la respuesta favorable de los sindicatos, el nuevo canciller llegó con alivio a la conclusión de que había logrado disipar el peligro de una revuelta popular general contra el Gobierno que se había generado en el mandato de Von Papen; aunque todavía quedaba por resolver el problema de cómo evitar un voto de censura en el Reichstag. ²⁵

Schleicher depositó sus esperanzas de evitar una colisión con el Parlamento en ganarse el apoyo político de los nazis. Si los ciento

noventa y seis delegados con que contaban en el Reichstag lo respaldaban, o al menos no tomaban parte en la oposición, habría logrado un gran paso hacia su objetivo de evitar la formación de una mayoría hostil. Como muchos oficiales del Ejército, Schleicher admiraba el patriotismo de tono militarista que profesaba el movimiento de Hitler, aunque desdeñase su populismo demagógico. Para él, los nazis eran un contrapeso útil, si bien rebelde, ante a los partidos de izquierda. Según había confesado a un amigo meses antes, los veía como «tipos problemáticos» de los que había que «disfrutar con una precaución extrema».²⁶ Igual que bastantes otros conservadores destacados, entre los que se incluían el canciller Brüning e incluso un número considerable de figuras judías respetadas, pensaba que se podía «domar» a los nazis asignándoles parte de la responsabilidad del Gobierno. Pero mientras otros se habían visto empujados a tal opinión sin un pleno convencimiento y preferían la destrucción del nazismo, Schleicher nunca consideró en serio esta última opción. Temiendo que la destrucción del Partido Nazi provocase una desbandada de sus elementos más dinámicos al bando de los comunistas y aumentase considerablemente la fuerza de la izquierda revolucionaria, se opuso a cualquier medida de represión contra los seguidores de Hitler.²⁷ Como escribió a su amigo: «Si no existiesen, habría que inventarlos».²⁸

Schleicher basó en parte su optimismo acerca de domar a los nazis en el paralelismo que creyó ver entre éstos y la historia de un movimiento revolucionario de masas anterior: el Partido Socialdemócrata. El intento frustrado por parte del artífice del Imperio alemán, Otto von Bismarck, de suprimir dicho partido mediante la persecución medio siglo antes era una prueba para Schleicher de que la represión no hacía otra cosa que aumentar la militancia y popularidad de este tipo de movimientos radicales. La moderación de los socialdemócratas y su pérdida de popularidad tras conseguir parte del poder en la revolución de 1918 dieron pie a que pensase que también los nazis se moderarían si se les permitía formar parte del Gobierno. Cuando tuviesen que enfrentarse a las

intratables realidades de la crisis económica, daba por hecho que se volverían más realistas; y cuando no pudiesen afrontar sus exageradas promesas, perderían gran parte de su respaldo popular. Al igual que el Partido Socialdemócrata, el nazismo, al asumir parte de la pesada responsabilidad de las medidas —casi siempre irremediablemente impopulares— del Gobierno, dejaría de ser el movimiento militante en rápida expansión que amenazaba al Estado y se convertiría en uno más de los partidos políticos. Estas expectativas, por supuesto, eran erróneas hasta un extremo grotesco, ya que Schleicher no supo reconocer la gran diferencia entre el republicanismo de los socialdemócratas y el totalitarismo de los nazis.²⁹

Los nazis también encajaban en los planes de Schleicher en calidad de ministro de Defensa. Tras prolongadas negociaciones con los vencedores de la primera guerra mundial, Alemania estaba a un paso de asegurar la aceptación del principio de paridad armamentística por parte de aquéllos. Como no parecía probable que aquellas naciones tomaran parte en el desarme general previsto por el Tratado de Versalles, la consecución de la paridad despejaría el camino para que Alemania lograra el antiguo objetivo militar de ampliar sus fuerzas armadas. Éste había sido durante mucho tiempo uno de los proyectos prioritarios de Schleicher, y estaba decidido a iniciar el proceso de rearme lo antes posible. Pero, antes que arriesgarse a provocar la alarma entre los vencedores incrementando de pronto las dimensiones de su Ejército, pretendía avanzar hacia el establecimiento de un servicio militar obligatorio universal mediante la creación de una milicia capaz de proporcionar entrenamiento a un gran número de civiles. Como fuente inicial de soldados, recurrió a las organizaciones paramilitares que habían proliferado desde la guerra, y la SA sobresalía entre dichas organizaciones, que no estaban armadas pero sí uniformadas y reglamentadas. Con más de cuatrocientos mil soldados de asalto uniformados en 1932, la SA superaba en una proporción de cuatro a uno al pequeño Ejército que el Tratado de Versalles permitía a Alemania. Con la esperanza de

allanar el camino al reclutamiento de soldados de asalto para la milicia que tenía planeada, Schleicher había mantenido durante algún tiempo contactos encubiertos con la jefatura de la SA a través del estado mayor de su Ministerio de Defensa.³⁰

Schleicher reconocía que Hitler era la clave del respaldo de los nazis, y esperaba llegar a un acuerdo con él. Tras varios encuentros personales durante los dos años anteriores, había sido incapaz de darse cuenta de que Hitler era un fanático implacable que sólo buscaba una transformación radical de Alemania. Tras su primer encuentro, Schleicher describió al dirigente nazi como «un hombre interesante, dotado de facultades retóricas poco corrientes, [que] se entusiasma con facilidad ante sus propios planes».³¹ Incluso teniendo en cuenta la destreza de Hitler para dejar en un segundo plano, y aun omitir, su antisemitismo fanático y otras opiniones extremistas cuando hablaba con miembros del *establishment* conservador, es evidente que Schleicher subestimaba de manera frívola al futuro dictador. El verano anterior, mientras seguía la poderosa actuación de los nazis en las elecciones al Reichstag, no había dudado en imaginar a Hitler investido como canciller, hasta que Hindenburg excluyó esa posibilidad. A finales de noviembre, conociendo la voluntad del presidente de aceptar al dirigente nazi en el Gobierno en calidad de subordinado, había tanteado a éste para ver si estaba dispuesto a asumir el cargo de canciller adjunto en un gabinete encabezado por el propio Schleicher. Pero, como ya había hecho antes, Hitler dejó muy claro que sólo formaría parte de un gabinete dirigido por él mismo.³²

Ante la inflexibilidad de Hitler, Schleicher dirigió su atención hacia el director del complicado aparato administrativo del Partido Nazi, Gregor Strasser, un dirigente veterano cuya popularidad dentro del movimiento estaba sólo por debajo de la de Hitler, y al que muchas personas ajenas al partido consideraban el dirigente nazi más sensato. En su calidad de farmacéutico retirado, contaba con una experiencia comercial práctica, algo extremadamente raro entre los altos cargos nazis. Comparado con la colección de excéntricos y

fanáticos que conformaban el movimiento, parecía un hombre pragmático, sobrio y equilibrado. Tenía fama de ser de los pocos nazis que se habían tomado en serio la palabra «socialista» que ostentaba el nombre del partido, y gracias a esto llegó incluso a granjearse un cierto respeto, si bien no exento de desconfianza, en los círculos sindicales. Schleicher podía, por tanto, aspirar a colaborar con Strasser sin ofender a éstos. Su interés por Strasser, unido a sus gestos conciliadores hacia los dirigentes de los sindicatos, llevó entonces a algunos observadores a la conclusión equivocada de que Schleicher estaba intentando reunir un «eje sindical» (*Querfront*), separando del Partido Nazi a los partidarios de Strasser y agrupándolos, junto con los sindicatos, en torno a su gabinete. No obstante, no hay ninguna prueba que corrobore esta teoría, que ha influido en gran parte de las interpretaciones sobre la estrategia de Schleicher que se han propuesto desde entonces.³³

Las famosas dudas de Strasser sobre la estrategia de todo o nada de Hitler lo hicieron potencialmente útil para Schleicher. Aquél, más realista que otros nazis destacados, había inferido por los resultados de las elecciones de noviembre que el partido no tenía muchas posibilidades de hacerse nunca con el control absoluto del Gobierno mediante una mayoría en las urnas. Por tanto, lamentaba que la negativa de Hitler a aceptar otro puesto que no fuese el de canciller hubiese impedido que los nazis se hicieran con un lugar en el gabinete de Von Papen mientras su poder de negociación mantenía el nivel óptimo que había alcanzado en virtud del triunfo electoral del verano anterior. El conocimiento por parte de Strasser de las condiciones de las bases del partido lo llevó a prever un descenso de la moral y un aumento de las dificultades financieras si la base de los activistas nazis no recibía la recompensa de, al menos, una parte del poder. En tales circunstancias, temía que el partido sufriese pérdidas devastadoras si se producía otra confrontación con el gabinete que provocara la disolución del Reichstag y la convocatoria de nuevas elecciones. Schleicher, que conocía sus dudas gracias a diversos intermediarios, confiaba en poder atraerlo

hacia su gabinete. Su objetivo no era, sin embargo, dividir el movimiento nazi, como dieron por sentado algunos observadores, sino más bien conseguir el respaldo del partido en su conjunto.

El 4 de diciembre, un día después de asumir el cargo, Schleicher se reunió en secreto con Strasser en Berlín. No existe testimonio alguno de lo que discutieron, pero pruebas circunstanciales indican que Schleicher tenía en mente un plan minuciosamente elaborado, cuyo elemento clave era la presidencia del Consejo de Prusia. Allí, el éxito de los nazis y los comunistas en las elecciones legislativas estatales de abril había acabado con el respaldo mayoritario del que gozaba el gabinete prusiano dirigido por Otto Braun, el prominente socialdemócrata que había dominado el panorama político de ese gran estado durante el período republicano. Puesto que los partidos no se pusieron de acuerdo en cuanto a quién debería sustituirlo, el gabinete de Braun continuó en activo en calidad de gobierno de transición, pero fue desposeído de su autoridad en julio por el gabinete de Von Papen, con la participación de Schleicher. A finales de otoño parecía posible que esta crisis desembocase en la formación de un nuevo gabinete mediante una coalición mayoritaria del Partido Nazi y el Partido del Centro Católico. Con frecuencia se hablaba de Strasser como futuro presidente de dicho gabinete, ya que los católicos parecían aceptarlo. Si Strasser se hacía con el puesto, Schleicher estaría en condiciones de ofrecer la restauración de la autoridad de dicho cargo a condición de que Strasser accediese a formar parte del gabinete del Reich. Un acuerdo de este tipo resolvería la turbulenta relación entre el gobierno de Prusia y el nacional que había provocado el derrocamiento del gabinete de Braun. También sería improbable, si no imposible, que los nazis se opusieran al gabinete de Schleicher si éste contaba en sus filas con uno de los dirigentes más destacados de su partido.³⁴

Pero Hitler no tardó en frustrar este plan. Insistió en que el candidato nazi para la presidencia del Consejo de Prusia debía ser su obediente consejero Hermann Goering, y no Strasser, aunque aquél no gozaba de la aceptación de los católicos ni de Schleicher. El 5 de

diciembre, la víspera de la sesión de apertura del nuevo Reichstag, la cúpula del Partido Nazi se reunió en Berlín para planear su siguiente movimiento. Un día antes, su partido había sufrido un nuevo revés en las urnas; en esta ocasión, en las elecciones locales del estado de Turingia, donde los nazis perdieron casi un 40 por ciento de los votos que habían conseguido en las elecciones del Reichstag de julio y casi un cuarto de los mermados resultados de noviembre. La derrota de Turingia, que superaba a las sufridas en otros tres estados desde el desastre electoral en el Reichstag en noviembre, constituía una prueba evidente de que el partido estaba perdiendo el apoyo de los electores a pasos agigantados.³⁵

En vista de que la suerte de los nazis estaba declinando, Strasser presentó en el encuentro de dirigentes nazis del 5 de diciembre sus argumentos en favor de cooperar con el gabinete de Schleicher. Arguyó que el nuevo canciller había advertido que disolvería la cámara si se encontraba con una mayoría hostil. Esto supondría para los nazis la tercera campaña electoral de ámbito nacional —con sus consiguientes gastos— en seis meses y, a todas luces, les reportaría unas pérdidas aún mayores. Indiferente a los argumentos de Strasser, Hitler se mantuvo en su intención de ejercer una total oposición si él mismo no era nombrado canciller. Después del encuentro, presentó el caso ante una junta secreta de diputados nazis del Reichstag. Ante la mirada silenciosa de un Strasser de expresión pétrea, Hitler denunció que la búsqueda de un acuerdo en ese sentido era indignante para el honor del partido. Como rechazaban los métodos democráticos por considerarlos antialemanes, los nazis no tomaban las decisiones según un voto mayoritario; pero cuando concluyó la junta, era evidente que ninguno de los diputados tenía intención de desafiar al dirigente del partido. Incluso los que simpatizaban con Strasser se sometieron a la voluntad de Hitler. Se acordó que buscarían una tregua evitando un enfrentamiento inmediato con el gabinete de Schleicher y aceptando unas vacaciones prematuras del nuevo Reichstag. Pero

los cargos dirigentes del partido siguieron comprometidos con la postura inflexible de Hitler.³⁶

Cuando se reunió el nuevo Reichstag el 6 de diciembre, el comportamiento de los nazis alentó a Schleicher, que no sabía hasta qué punto Hitler había vencido a Strasser. En la sesión de apertura, los diputados nazis ayudaron a frustrar una moción comunista que proponía que el primer punto de la reunión debía ser un voto de censura. También estuvieron de acuerdo en abreviar el orden del día, de forma que la cámara pudiese tomarse unas vacaciones de duración indefinida después de una sesión de tan sólo cuatro días. El gabinete de Schleicher no tuvo ninguna objeción que hacer a los pocos proyectos de ley que contenía el orden del día, entre los que se incluían una amnistía para los condenados por violencia política y la rescisión de un decreto extraordinario promulgado por el gabinete de Von Papen que había indignado especialmente a los trabajadores.³⁷ El 7 de diciembre, Schleicher predijo de manera confidencial ante su gabinete que los nazis acabarían retirando su oposición. Mantenía el proyecto de una mayoría en el Reichstag formada por los nazis, los dos partidos católicos y una serie de partidos fruto de la escisión de otros, que darían el visto bueno a que el gabinete gobernase mediante decretos presidenciales extraordinarios. Un acuerdo de este tipo constituiría en la práctica una réplica de la fórmula con la que el canciller Brüning había gobernado durante dos años; pero presentaría una diferencia vital: mientras que éste había dependido de los socialdemócratas, la intención de Schleicher era depender de los nazis.³⁸

El 8 de diciembre, un día después de que Schleicher hubiese confiado estas predicciones a su gabinete, Hitler quedó anonadado al recibir una carta de Gregor Strasser en la que anunciaba su dimisión como director del aparato organizativo del partido. La obstrucción por parte de Hitler de sus esfuerzos por afianzar su autoridad administrativa sobre las unidades regionales del nazismo era, según Strasser, el motivo inmediato de su renuncia, aunque también reveló que no tenía ninguna intención de seguir aceptando

la estrategia de todo o nada del dirigente del partido, que para él era apostar por el caos. Era hora, sostenía, de aceptar su participación en el poder y convertirse para ello en parte de un frente nacional constructivo y de base amplia. No obstante, aseguró a Hitler que seguiría siendo un miembro leal del partido y que no tenía ninguna intención de convertirse en el centro de la oposición dentro de éste. Y con la intención de desalentar tales expectativas, anunció que pensaba abandonar Berlín y marcharse al extranjero. Sin embargo, estas promesas perdieron credibilidad cuando Hitler se enteró de que, antes de presentar esta carta, Strasser había denunciado su estrategia en un encuentro con oficiales superiores nazis y les había advertido de que si esperaban que su dirigente se hiciese con la cancillería bajo tales condiciones, el partido se hundiría. Por otra parte, Hitler recibió con pocas horas de diferencia una carta similar remitida por otro nazi veterano, el economista Gottfried Feder, que había sido una pieza clave en la entrada de Hitler en la política. La cacareada unidad que había constituido uno de los elementos clave del éxito del nazismo parecía estar desmoronándose.³⁹

Ante estos acontecimientos, Hitler estuvo más cerca que nunca de sufrir un ataque de pánico. Tras haber recibido noticias de que Strasser se había reunido en secreto con Schleicher y éste le había ofrecido el puesto de canciller adjunto, empezó a temer que los rumores de que su antiguo teniente pretendía unirse al gabinete y dividir al partido llevándose consigo a sus seguidores podían ser ciertos. «Si el partido se derrumba —había confesado temblando a su futuro ministro de Propaganda, Joseph Goebbels—, me quitaré la vida con una pistola en menos de tres minutos.»⁴⁰ Reunió a los oficiales nazis que ese mismo día habían oído a Strasser denunciar su estrategia y apeló a su lealtad mediante un discurso apasionado. La consecuencia de que sus seguidores lo desobedecieran, según insinuó, sería su suicidio.⁴¹

Esta intervención melodramática sofocó cualquier vacilación que Strasser pudiese haber ocasionado entre los oficiales superiores nazis, que reafirmaron unánimemente su lealtad a Hitler. Reforzado

por su apoyo, éste aleccionó a los diputados nazis del Reichstag la tarde del 8 de diciembre con una arenga similar. En un intento de desalentar las especulaciones sobre una ruptura del partido, entregó a la prensa una declaración en la que anunciaba que había concedido a Strasser, por petición de éste, una baja por enfermedad de tres semanas. Para alivio de Hitler, no hubo más desertiones, y Strasser, como había prometido en su carta, partió de vacaciones al norte de Italia. En lo que quedaba de año, se mantendría fuera de la vista del público y renunciaría a la actividad política. Por su parte, Gottfried Feder se retractó en cuanto se vio abandonado por aquél y fue readmitido en el redil nazi. Hitler se erigió en sucesor de Strasser como jefe de organización del partido e instaló a hombres sumisos en puestos estratégicos. Para afianzar la moral, se apresuró a recorrer el país pronunciando discursos a congregaciones de asalariados nazis.⁴²

A pesar de que los peores miedos de Hitler no se habían hecho realidad, la deserción de Strasser fue sólo uno de los muchos signos de que la suerte del aspirante a dictador estaba menguando a medida que 1932 llegaba a su final. Debido a su negativa a aceptar cualquier cargo que no fuese el de canciller, se veía más alejado del poder de lo que había estado durante el verano, cuando la fuerza de su partido había alcanzado su cénit. Las pronunciadas pérdidas electorales que había sufrido desde entonces revelaban un creciente desengaño entre aquellos alemanes cuyos votos lo habían convertido en un factor político de primer orden. El elevado puesto al que aspiraba estaba en manos de un general que había sido durante mucho tiempo confidente del máximo árbitro del poder, el presidente Hindenburg, el mismo que le había negado enérgicamente ese cargo en dos ocasiones, y que había llegado a sentir una manifiesta aversión hacia él.

Para colmo de males, la depresión económica que había convertido a Hitler en alguien importante estaba empezando a suavizarse. Desde primavera, el valor de las acciones y bonos con que se comerciaba en la Bolsa de Fráncfort había subido por encima

del 30 por ciento. «La depresión se ha acabado —declaró el instituto de estudios económicos más prestigioso de Alemania a finales de 1932—; hemos tocado fondo y con toda probabilidad nos espera un nuevo período de alza.» ¡TIERRA A LA VISTA!, proclamaba un titular de la sección económica del *Frankfurter Zeitung* en su edición de Año Nuevo.⁴³A principios de 1933 Hitler parecía políticamente aislado, sin resultados tangibles que ofrecer en un año de frenética actividad política y perdiendo terreno por lo que respecta al número de votantes. Este hundimiento parecía justificar plenamente el optimismo que reflejaban los periodistas republicanos en los editoriales de Año Nuevo. Como Goebbels anotó pesimista en su diario: «1932 ha sido una larga racha de mala suerte».⁴⁴

Notas

1. *FZ*, 1-2 (1 de enero de 1933); *VZ*, 1 (1 de enero de 1933); *V*, 1 (1 de enero de 1933); *KV*, 1 (1 de enero de 1933); *BT*, 1 (1 de enero de 1933).

2. Los estudios más recientes sobre la historia de la República son los de Heinrich August Winkler (*Weimar 1918-1933*, Múnich, 1993) y Hans Mommsen (*The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill [Carolina del Norte], 1996).

3. No existe ninguna biografía moderna de Hindenburg. A pesar de haber sido superada en muchos aspectos por estudios más recientes, es útil la introducción de Andreas Dorpalen, *Hindenburg and the Weimar Republic*, Princeton, Nueva Jersey, 1964.

4. Winkler, *Weimar*, pp. 334 ss.

5. *Ibíd.*, pp. 462 ss.

6. Thilo Vogelsang, *Reichswehr, Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962, pp. 203 ss.; Winkler, *Weimar*, pp. 477 ss.; Jürgen A. Bach, *Franz von Papen in der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1977.

7. Para los orígenes y evolución del partido, véase Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party*, 2 vols., Pittsburgh, 1969 y 1973.

8. Las mejores biografías hasta la fecha [1996] son las de Alan Bullock (*Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952) y Joachim Fest (*Hitler*, Nueva York, 1974).

9. Winkler, *Weimar*, pp. 478 ss.

10. *Ibíd.*, pp. 510 s.

11. Aunque en numerosas ocasiones se ha dicho que el presidente describía a Hitler como «el cabo austríaco», Oskar Hindenburg, su hijo, insistió ante el Tribunal de Desnazificación el 14 de marzo de 1949 en que su padre sólo había hablado de «el cabo» (NSHSAH, Spruchkammerverfahren gegen Oskar Hindenburg, Nds. 171 Lüneburg, Uzn/Nr. 11363, Bd. 3, p. 58). *AdRk/KvP*, vol. I, p. 392, n. 5.

12. Winkler, *Weimar*, pp. 518 s.

13. *Ibíd.*, pp. 522 ss.

14. *AdRk/KvP*, vol. 2, pp. 984-986, 988-1000.

15. *Ibíd.*, pp. 988-1000.

16. Rudolf Fischer, *Schleicher: Mythos und Wirklichkeit*, Hamburgo, 1932, p. 54. Este relato periodístico recorre la trayectoria de Schleicher hasta su llegada a la cancillería.

17. *AdRk/KvP*, vol. 2, p. 1017.

18. Fischer, *Schleicher*, p. 25.

19. Winkler, *Weimar*, pp. 546 ss.

20. Aunque todavía no hay una biografía completa y fiable de Schleicher, es de gran utilidad el breve bosquejo que ofrece Thilo Vogelsang, *Kurt von Schleicher: Ein General als Politiker*, Gotinga, 1965. También es interesante, por su carácter altamente informativo, el perspicaz estudio de Peter Hayes, «“A Question Mark with Epauettes”? Kurt von Schleicher and Weimar Politics», *JMH*, 52 (1980), pp. 35-65. La tesis doctoral de Theodore Albert Cline, *The Chancellorship of General Kurt von Schleicher* (Universidad de Texas, 1976) también ofrece una amplia información en este sentido, si bien hoy está anticuada en muchos aspectos. Menos fiables son la biografía hagiográfica de Friedrich-Karl von Plehwe (*Reichskanzler Kurt von Schleicher*, Esslingen, 1983) y los relatos periodísticos de Hans Rudolf Berndorff (*General Zwischen Ost und West*, Hamburgo, 1951) y Kurt Caro y Walter Oehme [*Schleichers Aufstieg*, Berlín, 1933).

21. Fischer, *op. cit.*, p. 11 (la cita pertenece al periodista conservador Adolf Stein, que escribía bajo el pseudónimo de

Rumpelstilzchen).

22. John W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power*, Londres, 1956, pp. 237 s., n. 3.

23. *Acht-Uhr Abendblatt* de Berlín, en *DA*, 254 (6 de diciembre de 1932); Hayes, *op. cit.*, p. 35.

24. Vogelsang, *Reichswehr*, p. 410.

25. Winkler, *Weimar*, pp. 559 s. y 562; *AdRk/KvS*, p. 26, n. 4; William L. Patch., Jr., *Christian Trade Unions in the Weimar Republic, 1919-1933*, New Haven (Connecticut), 1985, p. 215. El secretario de prensa de la Cancillería de Schleicher, Erich Marcks, alardeó ante un periodista el 10 de enero de que el canciller había logrado su objetivo de acabar con la constelación de fuerzas extraparlamentarias que se habían unido para enfrentarse al gabinete de Von Papen (Georg Dertinger, «Informationsbericht vom. 11 Januar 1933», en *BAK*, Sammlung Brammer, ZSg 101/26).

26. Carta de Schleicher a Wilhelm Groener, del 25 de marzo de 1932, en Gordon A. Craig, «Brief Schleichers an Groener», *Die Welt als Geschichte*, 11 (1951), p. 130.

27. Uno de los que veían con buenos ojos la idea de admitir a los nazis en el Gobierno era el dirigente socialdemócrata Rudolf Hilferding, antiguo ministro de Finanzas, que afirmó el 18 de noviembre de 1932 a Reinhold Quaatz (del Partido Nacional) que ésa sería la mejor forma de ahogar el radicalismo de los nazis (Hermann Weiss y Paul Hoser, eds., *Die Deutschnationalen und die Zerstörung der Weimarer Republik*, Múnich, 1989, p. 211). A este respecto son también interesantes las apreciaciones del banquero berlinés Oskar Wassermann al embajador británico en abril de 1932 (*DBFP 1919-1939*, Londres, 1948, serie 2, vol. 3, p. 128), y las del banquero de Hamburgo Carl Melchior y Hans Schäffer, director de la editorial Ullstein y antiguo funcionario superior del Ministerio de Finanzas, que datan de septiembre de 1932 (Henry Ashby Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985, p. 277). En cuanto al miedo de que la destrucción del partido favoreciese a los comunistas, véase Hayes, *op. cit.*, p. 43, así como los informes del

embajador británico del 21 de diciembre de 1932 y 11 de enero de 1933 (*DBFP, 1919-1939*, Londres, 1950, serie 2, vol. 4, pp. 383 s. y 386).

29. De Schleicher a Wilhelm Groener, 25 de marzo de 1932, en Craig, *op. cit.*, p. 130.

30. Hayes, *op. cit.*, pp. 48 s.

31. *Ibíd.*, pp. 45 s.; Michael Geyer, «Das zweite Rüstungsprogramm (1930-1934)», *MM*, 17 (1975), pp. 125-172; Edward W. Bennet, *German Rearmament and the West*, Princeton, Nueva Jersey, 1979, pp. 284-288. Véanse también los documentos de Ferdinand von Bredow, ayudante de Schleicher en el Ministerio de Defensa, en BA/MA, especialmente el «Kurzorientierungen» del 26 de julio de 1932 (N97/1), 19 de diciembre de 1932 (N97/2), y 5, 6, 16, 20 y 23 de enero de 1933 (N97/3), así como la carta de Schleicher a Röhm fechada el 4 de noviembre de 1931 y recogida en Carl Severing, *Mein Lebensweg*, Colonia, 1950, vol. 2, p. 322.

32. Citado en 1946 por uno de los ayudantes del Ministerio de Defensa de Schleicher, Hanshenning von Holtzendorff, en su manuscrito «Die Politik des Generals von Schleicher gegenüber der NSDAP 1930-33», IfZ, ZS/A36/1, p. 5.

33. Hayes, *op. cit.*, pp. 49 s. Schleicher informó de su encuentro con Hitler (que tuvo lugar el 23 de noviembre) en la reunión del gabinete de Von Papen del 25 de noviembre (*AsRk/KvPvol.* 2, p. 1.013). En vísperas de su nombramiento como canciller, envió a un ayudante del Ministerio de Defensa para que renovase su oferta a Hitler; pero obtuvo los mismos resultados negativos (Vogelsang, *Reichswehr*, p. 330).

34. Sobre Strasser, véanse Udo Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978, y Peter Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983. La idea de que la estrategia de Schleicher pretendía crear un eje sindical parece haberse originado con Hans Zehrer, editor del diario berlinés *Tägliche Rundschau*. Aunque es posible que Schleicher hubiese desviado fondos para que Zehrer y su grupo comprasen dicho periódico en

verano de 1932, no hay pruebas de que el editor pudiese hablar en nombre de Schleicher; ni siquiera las hay de que mantuviesen una relación estrecha durante la cancillería de éste. Para la opinión contraria, véase Ebbo Demant, *Von Schleicher zu Springer*, Maguncia, 1971, pp. 101-111. Se ha recurrido con frecuencia a las memorias de Von Papen, cuya fiabilidad es altamente dudosa, como prueba a este respecto. Sin embargo, no hay ninguna razón de peso para suponerle credibilidad en el asunto, ni es probable que conociera los pormenores.

35. Véase Otto Braun, *Von Weimar bis Hitler*, Nueva York, 1940, pp. 431 ss. Los recuerdos de Braun acerca de lo que le contó Schleicher el 8 de diciembre de 1932 gozan de la corroboración de otras fuentes contemporáneas; véase Vogelsang, *Reichswehr*, pp. 341 s., o los siguientes reportajes de dos periodistas que tenían acceso al personal del canciller: Heinz Brauweiler, «A.— Brief Nr. 311», 7 de diciembre de 1932, en *Nachlass Brauweiler*, IfZ, 102/2, y R. K. [Robert Kircher], «Ein vergeblicher Fühler Goerings», FZ, 930 (13 de diciembre de 1932), así como la entrada del diario de Goebbels del 13 de diciembre de 1932, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 304.

36. Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 170 s.; «38.1 Prozent Verlust», VZ, 628 (31 de diciembre de 1932), expone un análisis de los resultados oficiales de Turingia. En cuanto a las elecciones que se celebraron en Lübeck y Sajonia el 13 de noviembre, véase Cuno Horkenbach, *Das Deutsche Reich von 1918 bis heute*, Berlín, 1932, p. 378. Para las de Bremen, del 27 de noviembre, véase «Flucht aus der Nazipartei», V, 561 (29 de noviembre de 1932).

37. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 292 s.

38. Winkler, *Weimar*, pp. 559 s.

39. *AdRk/KvS*, pp. 22-24 (actas del gabinete).

40. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 295. Nunca se ha encontrado la carta original de Strasser; sin embargo, se conserva un borrador (véase Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 202 s.). El grupo de oficiales al que se dirigió estaba formado por miembros de la

Landesinspektore que él mismo había nombrado poco antes. El informe que con posterioridad hizo Hinrich Lohse, uno de los presentes, puede consultarse en *DoN* (1974), pp. 141 s. En cuanto a la carta de Gottfried Feder, véase Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 173 s.

41. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 295. La referencia a la pistola fue añadida por Goebbels a la hora de editar su diario (ibíd., p. 297).

42. Véase el *informe de Hinrich Lohse en DoN* (1974), pp. 143-146.

43. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 298-300; «Gregor Strassers Beurlaubung», *DA*, 257 (9 de diciembre de 1932). Ese mismo mes, con posterioridad a la declaración de Hitler, los nazis publicaron un desmentido de los rumores de la marcha de Strasser (a petición suya, al parecer) que contradecía las declaraciones originales y hablaba de dimisión (*Rücktritt*). Véase «Alles Kombinationen!», *VB*, 356 (21 de diciembre de 1932). Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 177; «Eine Erklärung Feders», *FZ*, 923 (10 de diciembre de 1932); Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 298-299; Ulrich Wörtz, «Programmatik und Führerprinzip: Das Problem des Strasser-Kreises in der NSDAP», tesis doctoral, Erlangen-Núremberg, 1966, pp. 236 s.

44. «Die Börse im Jahre 1932», *Wirtschaft und Statistik*, vol. 13, núm. 2 (25 de enero de 1933), p. 61. La información procede del Institut für Konjunkturforschung, y aparece, al igual que el titular citado, en «Frankfurter Handelsblatt», *FZ*, 1-2 (1 de enero de 1933).

44. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 314.

CAPÍTULO 2

La conspiración contra el canciller

La noche del día de Año Nuevo de 1933, Adolf Hitler asistió a una representación de la ópera de Wagner *Die Meistersinger von Nürnberg* en el Teatro de la Corte de Múnich, dirigida por la batuta del célebre Hans Knappertsbusch. La pasión de Hitler por el compositor alemán y el insaciable apetito que sentía por sus óperas habían surgido en su juventud. Fue así como más tarde conoció a la familia de Wagner, que lo recibió como algo parecido a una mascota política en el festival del maestro de Bayreuth. En un país orgulloso —con razón— de su herencia musical, esta asociación confirió al dirigente nazi un aura de intelectualidad de la que muy raras veces habían gozado los políticos alemanes. Este entusiasmo de Hitler por las óperas de Wagner también le abrió las puertas, al principio de su carrera política, de los círculos reaccionarios acomodados y con inclinaciones estéticas de Múnich. Fue en las reuniones sociales en casa de estos mecenas donde aprendió a comportarse en la buena sociedad y a vestir en las ocasiones solemnes. Y fue mezclándose con la élite cultural de la capital bávara como adquirió el barniz de refinamiento suficiente para ser considerado a los ojos de muchos alemanes un candidato plausible para las altas esferas de la política, a pesar de su origen humilde y de su escasa formación académica.

Tras la representación de *Die Meistersinger*, Hitler se unió a la fiesta de Año Nuevo que se celebraba en casa de uno de sus

patrocinadores acaudalados, el marchante Ernst Hanfstaengl, *Putzi*, un licenciado de Harvard que se había convertido en nazi militante. Hitler era la atracción principal de la fiesta, y los demás invitados, obviamente, estaban allí para complacerle. Entre éstos se encontraban dos de los toscos acompañantes que lo servían en calidad de guardaespaldas y factótum, su fotógrafo personal, Heinrich Hoffmann, y el secretario de su partido, Rudolf Hess, acompañado de su esposa. Para rematar la reunión había unas cuantas jóvenes solteras que Hanfstaengl y su esposa habían invitado a sabiendas de que a Hitler le gustaba estar rodeado de miembros atractivos e inseguros del sexo opuesto. Una de ellas era Eva Braun, la coqueta rubia que trabajaba de ayudante en el estudio de Hoffmann y que se convirtió en amante de Hitler durante sus años de dictador, hasta que contrajeron matrimonio minutos antes de suicidarse en abril de 1945. Reunidos en torno a la chimenea de Hanfstaengl para tomar café, los invitados escucharon un concierto para piano de Rajmaninov en el fonógrafo y conversaron hasta la madrugada. Hitler criticó la dirección de Knappertsbusch de la ópera a la que habían asistido esa noche. Hanfstaengl refirió más tarde que, mientras Hitler firmaba el libro de invitados antes de irse, «levantó la vista hacia mí y me dijo conteniendo la emoción: "Este año nos pertenece; te lo garantizaré por escrito"». ¹

En enero de 1933, con cuarenta y tres años, Hitler era un hombre bastante próspero. Los derechos de su libro *Mein Kampf*, un gran éxito de ventas, le reportaron unos ingresos sustanciales que se vieron incrementados gracias a donaciones de patrocinadores acaudalados. Vivía en un apartamento amplio y confortable en el distrito de moda de Múnich. La sede de lo que había sido un partido oscuro al que él se había unido siendo un antiguo cabo del Ejército bávaro ocupaba un suntuoso palacio neorrenacentista, situado de manera prominente en el centro de la ciudad que los nazis consideraban «la capital del movimiento». Hitler viajaba en una cara limusina Mercedes-Benz, acompañado de su chófer personal. Pasaba sus frecuentes vacaciones en un pintoresco chalé de su propiedad

en los Alpes de Baviera. Durante sus numerosas, y por lo general prolongadas, visitas a Berlín, residía con su séquito de ayudantes en el ostentoso Hotel Kaiserhof, situado en el centro de la capital, a media manzana de la Cancillería del Reich. Libre de obligaciones establecidas, llevaba una existencia semibohemia llena de excesos. Raras veces se levantaba antes del mediodía, y por lo general se demoraba a la hora del café en elegantes cafeterías, rodeado de serviles criados y admiradores lisonjeros. Pasaba con frecuencia las tardes en butacas selectas en la ópera o como invitado de honor en casa de admiradores ricos como Hanfstaengl. Llevaba, en resumen, una vida regalada, llena de lujos, que sólo conocía en sueños la mayoría de alemanes, en aquellos tiempos marcados por la depresión.²

A pesar de los contratiempos de 1932, Hitler aún estaba potencialmente en situación de ejercer una gran influencia política a principios del nuevo año. Incluso tras las considerables pérdidas sufridas por el partido en las elecciones de noviembre, éste contaba con la mayor delegación del Reichstag y gozaba del respaldo de sus tropas de asalto, tan numerosas como agresivas. A Hitler se le había dado a entender de forma repetida que a él y al resto de dirigentes nazis los esperaban altos cargos en el Gobierno y una gran influencia sobre la política de éste. Lo único que tenía que hacer era renunciar a su exigencia de la cancillería y acceder a compartir el poder con los conservadores a los que el presidente Hindenburg había puesto al cargo del Estado.

Compartir el poder era, sin embargo, imposible para Hitler. No era un político ordinario, sino un fanático profundamente convencido de que debía cumplir una misión. Se veía destinado a convertirse nada menos que en el creador de una Alemania radicalmente nueva. Un cometido de tal magnitud sólo podría lograrse mediante el poder absoluto, libre de todo compromiso. Desde que se unió al movimiento nazi en ciernes en 1919 hasta que se suicidó un cuarto de siglo más tarde, el afán por llevar a cabo esta misión acaparó toda la atención de Hitler. Carecía casi por completo de cualquier

asomo de vida privada, y sublimaba cualquier impulso humano a la firme persecución de lo que él creía de manera incuestionable que era el destino que, en sus palabras, le había impuesto la «providencia». Incapaz de imaginar una realidad que no se ajustase a su concepción del futuro, Hitler avanzaba en la vida, como él mismo expresó, «con la certeza de un sonámbulo».³

La concepción que Hitler tenía del futuro de Alemania derivaba de las corrientes subterráneas del pensamiento decimonónico. Aunque se había formado como autodidacta, leyendo vorazmente periódicos y publicaciones baratas durante sus días ociosos de juventud en Viena y Múnich, impresionaba a personas mejor educadas que él con una abrumadora variedad de información, en particular sobre lo concerniente a la historia. Su mente enérgica y retentiva carecía, sin embargo, de la disciplina del análisis sistemático y el escepticismo. Como consecuencia, se imbuía de manera poco crítica de muchas nociones pseudocientíficas que circulaban en la época. Todas configuraron la concepción del mundo que guió su pensamiento a lo largo de toda su carrera, y que amalgamaba la doctrina social de Darwin de una lucha a muerte por sobrevivir con la propuesta racista de una sociedad irrevocablemente segmentada en grupos étnicos mutuamente hostiles. Para él, el mundo era una selva en la que la fuerza marcaba las leyes y las razas: o bien se imponían y se hacían más fuertes, o bien se debilitaban y perecían. Partiendo de esta idea, llegó a la conclusión de que el combate mortal entre las razas era un dictado de la naturaleza, su manera de garantizar el progreso de la especie. La guerra, en su opinión, no sólo era inevitable, sino también ennoblecedora.⁴

Hitler no tenía dudas acerca de cuál era el grupo étnico que debía triunfar en esta lucha total por la supervivencia. Imbuido de falsas doctrinas etnológicas que entonces estaban en boga en Centroeuropa, pensaba que todos los alemanes pertenecían a una raza superior, la aria. En su opinión, sólo podían alcanzar su elevado destino aplastando a los pueblos inferiores que se interponían en su

camino. De entre todos éstos, los más peligrosos eran los judíos, pues estaba convencido de que se habían infiltrado en la sociedad alemana y la estaban minando. Alemania, en su opinión, estaba condenada si sucumbía a la doctrina extranjera y debilitante de la democracia, que reconocía a los judíos como ciudadanos y otorgaba un poder político decisivo a las masas ignorantes. Otra fuente de debilidad era para él el marxismo, ya que había fragmentado al pueblo alemán en clases mutuamente hostiles. El objetivo del nacionalsocialismo era, por tanto, unificar a la nación alemana bajo una nueva élite racialmente pura, encabezada por él mismo, que establecería su derecho al poder total derrotando al resto de fuerzas políticas y destruyendo la república democrática. Una vez eliminados los elementos que habían debilitado a la nación, el nuevo liderazgo liberaría al país de impurezas étnicas, iniciaría una guerra total para imponer su dominación sobre Europa y garantizaría el crecimiento futuro de Alemania para el milenio siguiente mediante la conquista de «espacio vital» en las fértiles regiones de Rusia.

A principios de los años treinta, Hitler había dejado de pregonar en público sus planes megalómanos, aunque podían rastrearse en las rimbombantes páginas de *Mein Kampf*, libro que pocos miembros de la élite política alemana se molestaron en leer. Tras el fracaso del *putsch* de 1923, había perseguido el poder mediante el uso de las amplias libertades políticas y civiles garantizadas por la Constitución democrática de la República, con la intención de destruir a la propia democracia; y como esto implicaba atraer al mayor número posible de votantes, creyó oportuno ocultar sus objetivos finales en sus declaraciones públicas. Comprometiéndose a alcanzar el poder a través de la Constitución y enfriando incluso su virulento antisemitismo, concentró sus ataques cada vez más en los republicanos, que, según denunciaba, habían vendido a traición el pueblo alemán al marxismo y a los enemigos vencedores de la guerra que habían impuesto al país el Tratado de Versalles.

En 1930 Hitler había reconocido que no podría tener éxito frente a la oposición mediante recursos puramente políticos. Por lo tanto,

intentó apaciguar a la jefatura militar imponiendo su control personal sobre el cuerpo auxiliar de represión de su partido, la SA, y desbaratando las ambiciones de sus dirigentes de infiltrarse en el Ejército con la intención de acabar tomándolo. También se propuso aprovechar para sus propios fines la hostilidad que profesaban hacia la República otras fuerzas de derechas. Según crecía el potencial electoral de los nazis, lograron entrar en el Gobierno de diversos estados formando coaliciones con los conservadores. Sin embargo, en opinión de Hitler estos acuerdos demostraban ser insatisfactorios, pues dejaban a su partido en una situación de dependencia respecto a sus compañeros de coalición, que podían limitar su influencia en cuanto a personal y programa y, en caso de retirar su apoyo, excluirlos del gobierno. Otros intentos de encontrar aliados también tuvieron resultados decepcionantes, sobre todo por la imperiosa reivindicación de primacía por parte de Hitler.

Estos contratiempos no desalentaron al dirigente nazi. Tuvo, de manera ocasional, momentos aciagos, como cuando su teniente Gregor Strasser lo abandonó en diciembre de 1932; pero nunca abandonó su convicción mesiánica de que estaba destinado a convertirse en el dirigente absoluto de Alemania. Su marcha implacable hacia el poder se vio también acelerada por un sentido de la urgencia provocado por el temor —proveniente de su hipocondría crónica— de que no viviría lo suficiente para llevar a término su misión histórica. «¡No hay tiempo que perder! —dijo a un seguidor—. No puedo malgastar otro año: debo hacerme pronto con el poder si quiero cumplir con mi colosal tarea en el tiempo que me queda. ¡Debo hacerlo! ¡Debo hacerlo!»⁵ Los muchos intentos de investigar la mente de Hitler que se han realizado de manera retrospectiva no han producido más que un cúmulo desconcertante de diagnósticos conflictivos y poco concluyentes. Pero, al margen de cuál haya sido el mecanismo de su mentalidad, es evidente que se sintió impulsado a lo largo de su extraña carrera política por la convicción inamovible de que la realidad acabaría por someterse a su voluntad. Se veía a sí mismo como un hombre predestinado.

A pesar de los reveses que había sufrido durante 1932, Hitler afrontó el nuevo año con una insolente resolución de mantener su actitud de todo o nada. Pasó los últimos días de diciembre en su retiro alpino, dictando un discurso de Año Nuevo y leyéndolo en voz alta ante Joseph Goebbels y otros miembros de su séquito para así tantear sus reacciones. Su propósito inicial consistía en proporcionar una defensa de la táctica del todo o nada que lo había dejado con las manos vacías a finales de 1932. Ayudado por la sagacidad que hacía de él un temible estratega político, Hitler presentó su análisis de los motivos que en noviembre habían llevado al presidente Hindenburg a ofrecerle la cancillería si lograba reunir una coalición mayoritaria en el Reichstag:

Quieren que participemos en el Gobierno y abrumarnos con esa responsabilidad, pero nos niegan un papel que sí es realmente decisivo. [...] Pues si nuestros oponentes nos invitan a tomar parte en tal Gobierno, no lo hacen con la intención de otorgarnos más poder de forma lenta y gradual, sino más bien porque esperan de ese modo arrebatárnoslo para siempre.

La declaración de Hitler no dejaba lugar a dudas: estaba determinado a seguir la misma línea de actuación durante el nuevo año:

Cualquier solución intermedia —advirtió— trae consigo las semillas de la destrucción del partido y, por tanto, del futuro de Alemania. [...] Me niego en redondo a la participación en un gabinete mediante la venta del derecho al poder que tiene nuestro movimiento.⁶

Evitando mencionar por su nombre a Gregor Strasser, comparó a aquellos nazis que se mostraban favorables a aceptar sin más una parte del poder con los «traidores del frente interno» que al final de la primera guerra mundial, según alegaba, habían llevado a los alemanes a creer que recibirían un acuerdo de paz justo de los insidiosos enemigos extranjeros que luego les impusieron el Tratado de Versalles. Goebbels, que aprobó entusiasta la estrategia de su dirigente contra cualquier solución intermedia, registró en su diario

los siguientes elogios referentes a la declaración: «Feroz contra los derrotistas [...]. Hiriente como un cuchillo [...]. Radical a más no poder».⁷

Aunque el día de Año Nuevo la portada del periódico de Hitler, el *Völkischer Beobachter*, se veía dominada por su desafiante MENSAJE DE BATALLA, los nazis no estaban preparados para enfrentarse de forma tan prematura al gabinete de Schleicher. Eso se hizo evidente el 4 de enero, cuando el comité del orden del día del Reichstag se reunió para decidir cuándo debía volver a convocar a la cámara. Erwin Planck, secretario de Cancillería de Schleicher, que asistía a la reunión en representación del gabinete, adoptó una actitud confiada. Según anunció, el gabinete estaba preparado para comparecer ante el Reichstag en cualquier momento y exponer su programa, y añadió que cuando llegase ese momento, el gabinete esperaría una aclaración de la situación política por parte de la cámara y se opondría a otro aplazamiento antes de que se emitiesen los votos de una moción de censura. En respuesta a este desafío, los portavoces comunistas y socialdemócratas presentaron mociones exigiendo que las sesiones de la cámara se reanudasen a principios de la semana siguiente. Como ambos partidos ya se habían declarado a favor de un voto de censura, indicaron de esta manera su determinación a derribar al gabinete. Por el contrario, los portavoces nazis no parecían tener ningún interés en una demostración de fuerza inmediata. Propusieron que la decisión de cuándo debía convocarse la cámara fuese dejada en manos del presidente del Reichstag, el nazi Hermann Goering. Como era de suponer, tal acuerdo no obtuvo el apoyo de ningún otro partido.

La razón por la que los nazis no mostraron ningún entusiasmo en que se reconvocase el Reichstag parecía obvia a los observadores ajenos al partido. Era predecible que una reunión prematura del Parlamento acarrearía mociones de censura, y, dados los ataques al gabinete de Schleicher que habían protagonizado los nazis, éstos tendrían que secundar dichas mociones o, de lo contrario, perderían toda credibilidad. Si, como sucedería según todos los indicios, el

canciller respondía disolviendo el Reichstag que había sido elegido en noviembre, los nazis se enfrentarían a la desalentadora posibilidad de sufrir pérdidas aún mayores en unos nuevos comicios. Ansiosos por evitar tal situación, los portavoces nazis del comité del orden del día se abstuvieron de dar su voto a las mociones de comunistas y socialdemócratas, que no tuvieron ningún éxito. El asunto se resolvió cuando los portavoces de los dos partidos de izquierda apoyaron una moción del Partido del Centro Católico para reconvocar al Parlamento el 24 de enero, a condición de que el comité del orden del día se volviese a reunir para examinar de nuevo la situación el día 20.⁸

Ese mismo día, el 4 de enero, Hitler llegó a la ciudad universitaria renana de Bonn a primera hora de la mañana, tras viajar desde Múnich *en un tren nocturno* acompañado de otros nazis destacados. Semejante destino dejó desconcertado al jefe de prensa, Otto Dietrich. Le habían informado de que el propósito del viaje de Hitler era pronunciar una serie de discursos para la campaña de las elecciones legislativas locales del diminuto estado de Lippe, bastante alejado de Bonn en dirección nordeste, al que podía accederse de manera más sencilla a través de una ruta ferroviaria diferente. Hitler y sus acompañantes fueron recogidos en la estación por la larga limusina Mercedes-Benz de aquél y conducidos a uno de sus mesones *favoritos*, el del hotel Dreesen, en Bad Godesberg, para desayunar. Sin revelar sus intenciones en ningún momento, Hitler subió con tres de sus compañeros a un segundo coche que tenía las cortinas echadas. Su destino seguía siendo un misterio para Dietrich y el resto, que siguieron sus instrucciones de avanzar en dirección norte con su limusina hasta llegar a un punto situado en una autopista a dos millas al norte de la ciudad de Colonia, donde debían esperarlo.

Aquella tarde, el coche que había recogido a Hitler y sus tres acompañantes los dejó en el punto de encuentro convenido. Por la conversación que mantuvieron de camino a Lippe, según relató Otto Dietrich más tarde, podía inferirse que la causa del comportamiento

reservado de Hitler había sido la reunión con alguna figura política relevante. De hecho, lo que había pasado estaba a punto de causar un revuelo de ámbito nacional, pues el político en cuestión había sido, pocos meses antes, objeto de algunas de las invectivas más mordaces de los nazis. Se trataba del antiguo canciller Franz von Papen.⁹

Los orígenes de Von Papen lo convertían en un candidato insólito para desempeñar un papel crucial en la política de más alto nivel.¹⁰ Descendía de una familia católica noble, venerable pero poco conocida, procedente de Westfalia, en Alemania occidental, y, como su abuelo y su padre, había emprendido en un principio la carrera militar. En cuanto jinete consumado y excelente corredor de obstáculos, recibió la formación de un oficial de caballería antes de asistir a la Academia Militar de Berlín, y en 1913 logró ser admitido en el estado mayor. En el transcurso de su carrera como militar entabló amistad con el también oficial Kurt von Schleicher, que era tres años más joven que él. Gracias a una serie de conexiones familiares, Von Papen conoció a la hija de un próspero fabricante y finalmente contrajo matrimonio con ella. La riqueza de aquél permitió al joven oficial viajar a sus anchas y adquirir fluidez en la lengua inglesa y la francesa. Poco después de estallar la guerra de 1914, fue destinado a la embajada alemana de la ciudad de Washington como agregado militar, y logró cierta notoriedad cuando fue expulsado de Estados Unidos un año más tarde por su complicidad en varios intentos de fomentar las huelgas entre los trabajadores de origen alemán y austríaco de fábricas americanas que vendían armamento a británicos y franceses. Durante la *guerra sirvió en el frente occidental* así como con las fuerzas alemanas que lucharon junto con los turcos contra británicos y palestinos. Al final de la guerra se vio ascendido al rango de comandante.

Tras la revolución de 1918 y 1919, Von Papen se alineó en lo político con una minoría agraria reaccionaria del Partido del Centro Católico que desaprobaba la participación del partido en gobiernos republicanos en coalición con los socialdemócratas. En 1921 ganó las

elecciones al Parlamento del estado de Prusia como diputado por un distrito electoral rural de Westfalia, que lo reeligió por otros cuatro años en 1924. Respaldo por los recursos financieros de los nobles católicos conservadores, se hizo con el control del periódico de su partido en la capital, *Germania*. Sin embargo, a pesar de moverse en los círculos sociales aristocráticos de Berlín, no desempeñó ningún papel político de relieve hasta que Schleicher logró que lo nombrasen canciller en junio de 1932. Al aceptar el cargo sin el consentimiento de la dirección de los católicos del centro, Von Papen se granjeó la enemistad del partido y se quedó sin su respaldo.

El embajador de Francia, André François-Poncet, describió así en sus memorias la reacción que provocó el nombramiento de Von Papen como canciller: «Nadie quería creerlo, y cuando se confirmó la noticia, todos se echaron a reír o sonrieron». *El* embajador, que lo conocía de cerca, hizo de él este certero retrato:

Tiene la particularidad de no ser tomado en serio por sus amigos ni por sus enemigos. Su rostro está marcado por una frivolidad inalterable de la que nunca ha sido capaz de deshacerse. En cuanto al resto, no es precisamente una personalidad de primera categoría [...]. Tiene fama de superficial, chismoso, falso, ambicioso, engreído, astuto y aficionado a la intriga. Sin duda posee una cualidad: descaro, atrevimiento, un atrevimiento afable del que parece no darse cuenta. Es una de esas personas a las que no deberían desafiar a que se haga cargo de una empresa peligrosa, porque acepta cualquier reto, cualquier apuesta. Si tiene éxito, se llenará de alegría; si no, hará mutis con una pirueta.¹¹

Después de su primer encuentro con el canciller Von Papen, en noviembre de 1932, el enviado suizo a Berlín escribió:

Cuando dejé al señor Von Papen me quedé con la impresión de haber hablado con un verdadero charlatán que no tiene la culpa de que uno se aburra en su presencia. Si ése debería ser el rasgo más sobresaliente del hombre que gobierna Alemania hoy es, sin lugar a dudas, otra cuestión.¹²

También el embajador británico sir Horace Rumbold expresó, tras una conversación con él en enero de 1933, «el asombro que siente un observador al comprobar que el destino de este gran país haya estado, si bien por un breve espacio de tiempo, en manos de semejante medianía». ¹³ Por su parte, Konrad Adenauer, el primer canciller de la República Federal de Alemania surgida tras la guerra, que había conocido a Von Papen a principios de la década de los años veinte cuando ambos eran políticos del Partido del Centro Católico, recordó: «Siempre le otorgué el beneficio de las circunstancias atenuantes en vista de sus enormes limitaciones». ¹⁴

A pesar del carácter poco halagüeño de los testimonios citados, Von Papen aparecía en los círculos sociales berlineses como una persona imponente. Sus modales impecables y su elegancia cosmopolita, unidos a su facilidad de palabra y a un interminable repertorio de amena conversación, lo convertían en un hombre muy solicitado. Dichas cualidades también le abrieron las puertas del círculo de oficiales al que pertenecía Kurt von Schleicher, con el que compartió muchas horas de ocio en los tiempos en que éste comenzaba a ser conocido. Los componentes de dicho grupo solían referirse a él en broma con el condescendiente diminutivo de *Fränzchen*. De hecho, como señaló el embajador François-Poncet, «no era extraño que Von Papen fuera el centro de sus bromas: lo pasaban bien riéndose de él y tomándole el pelo sin que él lo considerara una ofensa». ¹⁵

Tras ser elevado al puesto de canciller, Von Papen se congració enseguida con el presidente Hindenburg. François-Poncet es uno de los numerosos contemporáneos que se dieron cuenta de ello, como demuestran las siguientes observaciones que recogió en sus memorias:

Él es el preferido, el favorito del mariscal. Entretiene al anciano con su vivacidad y su carácter alegre, lo halaga mostrándole respeto y devoción, lo cautiva con su atrevimiento... Es, a los ojos de Hindenburg, el caballero perfecto. ¹⁶

La separación de éste y Von Papen se llevó a cabo no sin que el primero hubiese mostrado una gran reticencia y sólo después de una emotiva escena por su parte. Haciendo gala de un comportamiento inusitado con los cancilleres que dejaban el cargo, Hindenburg expresó a Von Papen en una carta personal el gran vacío que sentía y lo obsequió con una fotografía de sí mismo firmada y adornada de su mano con el estribillo de una famosa canción sentimental de guerra que hablaba de un compañero caído en batalla.¹⁷

La amistad de Schleicher y Von Papen se había vuelto cada vez más tensa durante la cancillería del último, y llegó a su fin cuando el patrocinador de éste provocó su caída. El general había propuesto a Von Papen para tan alto puesto con el convencimiento de que sería capaz de controlar a su protegido. No tenía una opinión muy elevada de las habilidades de éste. Así, por ejemplo, cuando tras el nombramiento de Von Papen un conocido de ambos señaló a Schleicher que el hombre que había elegido para la cancillería no debía su renombre precisamente al hecho de tener la cabeza bien puesta sobre los hombros, parece ser que el general respondió: «No la necesita más que para llevar sombrero».¹⁸ Por tanto, la firmeza de la que Von Papen comenzó a hacer gala una vez en el cargo sorprendió e incluso enojó a Schleicher. En cierta ocasión, tras hablar con el canciller por teléfono en calidad de ministro de Defensa, el general se volvió a sus ayudantes y dijo bromeando con aire triste: «¿Qué os parece? Fränzchen se ha encontrado a sí mismo».¹⁹

Después de tramar la caída de Von Papen y sustituirlo como canciller, Schleicher trató de apaciguar al protegido del que acababa de deshacerse. En un discurso radiofónico dirigido a la nación en diciembre, elogió a su predecesor como un «caballero sin miedo y sin tacha»,²⁰ y envió un telegrama de Año Nuevo a «mi querido Fränzchen», refiriéndose a él como «el abanderado de las batallas decisivas del pasado año».²¹ Pero aunque el destinatario de tales alabanzas ocultaba sus sentimientos bajo signos externos de cordialidad, la amistad por su parte había dado paso a un odio

vehemente hacia el hombre que lo había puesto en el candelero para después desembarazarse de él.

Von Papen codiciaba el poder una vez que lo había probado, y también estaba ansioso por vengarse del que había sido su amigo y patrocinador. Como se sabía beneficiario del continuado afecto de Hindenburg, se imaginaba volviendo al cargo y llevando a término la misión de convertirse en canciller de un gabinete que uniese conservadores y nazis que en un principio le había asignado el presidente. Para lograr este objetivo, al final de su mandato había establecido contactos con la cúpula nazi a través de diversos intermediarios. Con el fin de seducirlos, hizo que creyeran que estaba dispuesto a conseguir un gabinete de derechas cuyo liderazgo fuese finalmente asignado a Hitler. Él conocía muy bien la aversión declarada que Hindenburg profesaba al dirigente nazi, y podía imaginar que éste nunca asumiría el cargo de canciller. De esa manera, el apoyo de los nazis para que Von Papen volviese a la cancillería era el único medio viable de lograr un gabinete de derechas del estilo que quería el presidente.

A mediados de diciembre, Von Papen vislumbró la oportunidad de armarse para un contraataque político. Después de pronunciar un discurso dirigido al Club de Caballeros de Berlín —el *Herrenklub*—, en el que expresó su pesar porque los intentos de formar un gabinete que incluyese a los nazis se hubieran frustrado, entabló conversación con uno de sus oyentes, el barón Kurt von Schröder, un banquero de Colonia que simpatizaba con el movimiento. El ex canciller le reveló su resentimiento hacia Schleicher, y además le hizo saber que los métodos solapados del general habían ofendido a Hindenburg, mientras que él mismo aún gozaba de la confianza del presidente. A pesar de los ataques que había recibido de los nazis siendo canciller, Von Papen comunicó al banquero sus deseos de reunirse con Hitler.²²

Estas revelaciones echaron a rodar los preparativos que culminarían con su encuentro con el dirigente nazi el de enero de 1933 en Colonia. El barón Schröder telefoneó enseguida a un

intermediario nazi para referirle lo que Von Papen le había contado, de manera que Hitler no tardó en enterarse. El dirigente nazi vio en esta inesperada propuesta una oportunidad para escapar de la inacción política a la que se había visto reducido. Si conspiraba con Von Papen tendría la posibilidad de hacer uso de la influencia del antiguo canciller sobre el presidente Hindenburg en beneficio propio. Cabía incluso la posibilidad de que aquél estuviese actuando como emisario del presidente. Pero la invitación ofrecía posibilidades muy tentadoras, independientemente de su procedencia. De antemano, el único movimiento posible de Hitler era sumarse al voto de censura contra el gabinete de Schleicher cuando el Reichstag volviese a convocarse. Si, como era de esperar, se lograba una mayoría (desde nazis hasta comunistas) que apoyase dicha moción y provocase por tanto una disolución de la cámara y unos nuevos comicios parlamentarios, tendría que afrontar la posibilidad de sufrir mayores pérdidas en las urnas. Pero si con la ayuda de Von Papen podía convertirse en canciller antes de unas nuevas elecciones, saldría del atolladero en que se encontraba y lograría su objetivo. Si esto sucedía, no tendría por qué temer otra ronda de votaciones de ámbito nacional. De hecho, una campaña electoral guiada por la «fórmula Hindenburg-Hitler» prometía unos resultados muy atractivos.

Hitler, por tanto, consintió en reunirse con el ex canciller. Durante la última semana de diciembre, dos intermediarios llevaron a cabo los preparativos para la cita en casa de Schröder, en Colonia, ya que esta localidad encajaba con los proyectos de viaje de los que habían sido enemigos políticos y, por otra parte, facilitaba que se mantuviese el secreto en que tanto habían insistido los nazis. En un principio, el intermediario de Hitler sugirió a Schröder que el encuentro debería tener lugar después del anochecer, de manera que el peligro de que los descubrieran fuese mínimo. Sin embargo, acabó por fijarse para el mediodía del miércoles, 4 de enero, para acomodarlo al programa de viaje de Hitler. Tras llegar a la suntuosa residencia del barón, los antiguos rivales se encerraron durante

varias horas. Su anfitrión estuvo sentado con ellos durante gran parte de la conversación, pero no tomó parte en ella; los tres acompañantes de Hitler esperaban en otro lugar de la casa.

Según refirió Schröder con posterioridad, Hitler asumió enseguida la ofensiva recordando una serie de antiguos agravios. Censuró, con especial crudeza, el comportamiento de Von Papen al haber inducido a Hindenburg a negarle la cancillería a pesar del triunfo que su partido había obtenido en los comicios de julio. Aquél invirtió los términos y afirmó que había sido Schleicher, y no él, el responsable de frustrar el nombramiento de Hitler, mientras que él lo había apoyado.²³ Como Hitler comunicó algunos días después a Goebbels, Von Papen hacía gala de una hostilidad implacable hacia Schleicher. «Quiere provocar su caída y deshacerse de él por completo», anotó Goebbels en su diario. El ex canciller también informó a Hitler de que el presidente tenía sus reservas acerca de Schleicher y que todavía no lo había provisto con el decreto que lo autorizaría a disolver el Reichstag, y, lo que es aún más importante, dio a entender al dirigente nazi que él mismo seguía ejerciendo una considerable influencia sobre Hindenburg. Como lo expresó Goebbels tras escuchar el relato de Hitler: «Tiene enchufe con el viejo».²⁴

Cuando Von Papen y Hitler comenzaron a hablar del futuro, descubrieron que estaban de acuerdo en muchas cosas. No tardaron en darse cuenta de que compartían la misma opinión acerca de la necesidad de sustituir el gabinete de Schleicher por otro, basado en la alianza de nazis y conservadores, que eliminase a los partidos de izquierdas de una vez por todas. Sin embargo, dado que Von Papen era un hombre sin partido que podía reunir como máximo al mismo eje reducido de diputados de derechas del Reichstag que habían respaldado su funesto gabinete, no había ninguna esperanza de lograr una mayoría parlamentaria para dicha alianza, que sólo lograría su propósito en calidad de gabinete presidencial. En ese sentido, el ex canciller aseguró a Hitler que confiaba en poder ganar el consentimiento del presidente para llevarlo a cabo.

Los interlocutores no pudieron, sin embargo, resolver la cuestión de quién debería presidir dicho gabinete en calidad de canciller. Von Papen recurrió a la famosa resistencia del presidente Hindenburg a nombrar a Hitler. Instó al dirigente nazi a abandonar su exigencia de la cancillería y a delegar en alguno de sus tenientes de confianza la labor de representarlo en un gabinete encabezado por Von Papen como canciller. A modo de incentivo, dio a entender a Hitler que nombraría a ministros nazis de Defensa e Interior. Comoquiera que estos dos ministerios tenían el control de las fuerzas armadas y de la ejecución de las leyes federales, su adquisición dejaría a los nazis en una posición formidable. No obstante, Hitler se obstinó en repetir que la multitud que apoyaba a su partido le daba derecho a acceder a la cancillería. Tras discutir sobre la creación de un triunvirato que les permitiese compartir el poder, los dos políticos pusieron fin a su intercambio de opiniones sin llegar a ninguna conclusión cuando Schröder les anunció que la comida ya estaba preparada. Antes de partir, Von Papen y el dirigente nazi acordaron continuar sus negociaciones, aunque no fijaron ninguna fecha concreta.²⁵

El encuentro de Colonia tuvo consecuencias trascendentales, pues acabó con el aislamiento político de Hitler, al tiempo que supuso un enorme empuje para su cada vez peor fortuna. Como dirigente de un partido que se había erigido en muy poco tiempo en el panorama político pero que parecía haber perdido su oportunidad de formar parte del poder, con los efectos debilitadores y de ruptura que esto había supuesto, se encontraba en un mal momento. Parecía no tener ninguna esperanza de lograr su objetivo de hacerse con todo el poder. No había mostrado la menor intención de considerar ninguna estrategia al margen de su terca exigencia de la cancillería bajo sus propias condiciones, perspectiva que el presidente había rechazado en dos ocasiones de manera tajante. Y, con todo, había salido de su encuentro con Von Papen convertido en un elemento de gran importancia en una constelación política que había sufrido drásticas alteraciones. Por fin había abierto una brecha en el anillo protector de consejeros que hasta entonces había

protegido al que en última instancia era el árbitro del poder, el presidente Hindenburg. Había sido invitado a aliarse con el anterior canciller, cuya actuación en el cargo le había hecho merecedor de la admiración de conservadores influyentes y el afecto del jefe del Estado.

Hitler obtuvo una gran cantidad de información relevante de su conversación con Von Papen el 4 de enero; por ejemplo, supo que el ex canciller estaba dispuesto a colaborar con él a pesar de sus antiguas diferencias; también conoció el odio que éste profesaba al que había sido su patrocinador, el canciller Schleicher, y su intención de destruir su carrera política. En futuras negociaciones con Von Papen, esperaba sacar provecho del viejo adagio según el cual los enemigos del enemigo son nuestros amigos. También tenía razones para suponer que la posición de Schleicher podía no ser tan invulnerable como parecía. De hecho, si la información de Von Papen era correcta, el canciller estaba pisando un suelo muy poco estable, pues si era cierto que Hindenburg le había negado el decreto que lo autorizaba para disolver el Reichstag, correría un serio peligro en caso de haber un voto de censura cuando la cámara volviera a reunirse. Y, lo más importante, la influencia sobre Hindenburg de la que Von Papen disfrutaba le ofrecía por primera vez a Hitler la esperanza de abrir un camino a través del cual podría superar las negativas del presidente. La cancillería, el objetivo que se había ido haciendo cada vez más difícil de conseguir durante los últimos meses, parecía estar de nuevo al alcance de Hitler.

El encuentro de Colonia reanimó también la fortuna política de Franz von Papen. Había llegado a casa de Schröder en calidad de antiguo canciller cuya breve estancia en el cargo lo había dejado con pocos admiradores y con muchos más enemigos políticos, y le había supuesto perder el apoyo de su mismo partido; sin embargo, salió de la reunión con la esperanza de usar al movimiento político más multitudinario y dinámico del país para vengarse del hombre que lo había elevado al poder sólo para despojarlo de él. Claro que la continua falta de disposición de Hitler a ceder la cancillería suponía

un verdadero obstáculo a la ambición de Von Papen por recuperar ese cargo. Pero en este sentido podía tener esperanzas en que el dirigente nazi acabaría echándose atrás en el supuesto de que Hindenburg se volviese a mostrar reacio a nombrarlo canciller. En cuanto a su propio nombramiento, Von Papen no preveía ninguna dificultad, en virtud de la influencia que ejercía sobre el presidente. Al fin y al cabo, éste había accedido dos veces el año anterior, con el propósito de mantenerlo en el cargo, a violar la Constitución y disolver el Reichstag sin convocar nuevos comicios dentro de los sesenta días estipulados. Además, el presidente también le había pedido, tras su derrota, que declinase la oferta de convertirse en embajador en Francia que le había hecho Schleicher, rogándole que, por el contrario, permaneciese en Berlín para poder ejercer de consejero. A Von Papen, por tanto, no le faltaban motivos para creer que podría persuadir a Hindenburg de que lo volviese a nombrar para el poderoso cargo que tanto deseaba recuperar.²⁶

A pesar de lo expuesto, el encuentro de Colonia no fue un éxito completo, ya que los intentos de mantenerlo en secreto no sirvieron para nada. El día anterior, un periódico de Berlín había predicho que Hitler y Von Papen estaban a punto de reunirse. El último no dudó en negar por completo tal afirmación, como también hizo el periódico popular de Goebbels en Berlín, *Der Angriff*. Cuando el antiguo canciller salió del taxi que lo había llevado hasta la puerta de la residencia del barón Schröder el 4 de enero, recibió la desagradable sorpresa de un fotógrafo que lo apuntaba con el objetivo de su cámara. Entonces dio por hecho que el servicio de inteligencia militar se había enterado del evento interviniéndole el teléfono por orden de Schleicher.²⁷ La verdad, sin embargo, era otra bien distinta: el fotógrafo había sido enviado a Colonia por un dentista Berlínés relacionado con el mundo político entre cuyos pacientes se encontraban el antiguo canciller Heinrich Brüning, Gregor Strasser y Schleicher.²⁸

El dentista había oído rumores del encuentro de antemano, posiblemente procedentes de Brüning, que más tarde afirmó

haberlos conocido a finales de diciembre de boca de Gregor Strasser, al que posiblemente alertó uno de sus aliados dentro del partido. Con la intención de ayudar a Strasser y Schleicher, el dentista lo arregló todo para que uno de los partidarios del primero siguiese y fotografiase a Von Papen. Cuando le confirmaron la noticia de que el antiguo canciller se había reunido con Hitler, el dentista transmitió enseguida las noticias al *Tägliche Rundschau*, un diario de Berlín que apoyaba a Schleicher, y también envió una copia de la fotografía de Von Papen al canciller. Cuando la información llegó a la redacción del periódico, las rotativas se detuvieron a mitad de la edición del 5 de enero y se insertó el asunto en la portada con grandes titulares que rezaban: HITLER Y VON PAPEN CONTRA SCHLEICHER.²⁹

Las noticias del encuentro de Colonia cayeron como una bomba sobre lo que había sido un breve descanso vacacional en la política alemana. Durante varios días, los artículos sobre ello ocuparon las portadas de los periódicos de todo el país. Por toda respuesta, los conspiradores intentaron afrontar con expresión de inocencia lo que había ocurrido. El 5 de enero Von Papen presentó una declaración con la que pretendía suavizar, calificándola de «invención», la acusación de que el encuentro había sido concebido como un ataque a Schleicher. Hitler y él se habían limitado a discutir una cuestión en la que él había estado trabajando durante los últimos seis meses: cómo introducir a los nazis en un gabinete abierto de derechas. El 6 de enero, el barón Von Schröder anunció que él era el único responsable de la reunión de los dos políticos, y aseguró que su objetivo había sido el de explorar la manera de conseguir un entendimiento entre todas las fuerzas nacionalistas (es decir, de derechas). También el día 6, Hitler y Von Papen hicieron pública una declaración conjunta en la que afirmaban haber discutido sólo «la posibilidad de un frente político nacionalista unitario» y negaban de forma explícita haber intercambiado opiniones sobre el gabinete de Schleicher. Ese mismo día, el periódico de Goebbels, *Der Angriff*, declaró que no había nada fuera de lo normal en este tipo de intercambios entre políticos. Sin embargo, el diario nacional de los

nazis, el *Völkischer Beobachter*, que en un principio describió el encuentro como una «conversación distendida acerca de los acontecimientos políticos de las últimas semanas», al día siguiente, 7 de enero, atribuyó la reunión al deseo de Von Papen de compartir con Hitler «algunos detalles interesantes» de su destitución como canciller y del nombramiento de Schleicher para sustituirlo.³⁰

Estos torpes intentos y la ofuscación que los acompañó no consiguieron toda la atención exhaustiva que merecían por parte del público, debido a la ineptitud de los medios de comunicación. En un intento por explicar el encuentro de Colonia, gran parte de la prensa había sido víctima del sentimiento capitalista que por entonces estaba de moda entre los intelectuales de Alemania.³¹ En aquellos tiempos, el mito de que los nazis habían sido financiados por capitalistas alemanes se había convertido en un artículo de fe en muchos círculos, y como Hitler y Von Papen habían ido a reunirse a casa de un banquero, los periodistas socialdemócratas y comunistas, así como algunos de los que escribían para diarios liberales e incluso el periódico conservador inconformista que hizo pública la noticia, el *Tägliche Rundschau*, asumieron de inmediato que detrás debía de haber una conspiración capitalista. Un titular de *Vorwärts*, el periódico nacional de los socialdemócratas, resumía así su interpretación: ¡COGIDOS IN FRAGRANTI! Los lectores del diario comunista *Rote Fahne* se enteraron de que «ya que Hitler ha recibido una sustanciosa financiación por parte de numerosos grupos industriales de Renania-Westfalia, y puesto que tales subvenciones se canalizan generalmente a través de casas de banca privadas, el trasfondo de este encuentro parece evidente».³²

Durante los días siguientes la prensa se vio inundada de alegatos, imaginativos aunque sin mucho fundamento, de maquinaciones entre bastidores llevadas a cabo por intereses comerciales siniestros y de gran influencia en lo político. En dichas especulaciones, Hitler y Von Papen quedaron relegados a un segundo plano, como simples marionetas de fuerzas económicas supuestamente más poderosas. Y fueron muchas más las versiones

que se unieron a la confusión. Algunos periodistas aceptaron el desmentido de los participantes al pie de la letra; otros, sin embargo, contemplaron la posibilidad de que Von Papen estuviese actuando con el consentimiento de Schleicher, en un intento de persuadir a Hitler para que respaldase a su gabinete. Sólo una minoría reconoció que la explicación más sencilla era también la más probable; es decir, que los dos políticos hostiles al canciller Kurt von Schleicher se hubiesen reunido para conspirar contra él en lo que pretendía ser una reunión secreta.³³

Entre aquellos que no fueron capaces de entender lo que parecía obvio se encontraba el mismo Schleicher. Sorprendido por la noticia de lo que había pasado en Colonia, se sentía profundamente enojado con la actitud presuntuosa de Von Papen, e hizo llegar una queja a Hindenburg pidiéndole que le ordenase desistir de embarcarse por su cuenta en tales empresas de futuro.³⁴ Pero el canciller no tomaba a Von Papen tan en serio como para atribuirle motivos malintencionados. La opinión que tenía del antiguo canciller puede verse reflejada en el comentario que dirigió a su secretario, Erwin Planck, con motivo del discurso que pronunció en el Club de los Caballeros a mediados de diciembre. Cuando un miembro de la audiencia intentó advertir a Planck de que Von Papen había hecho públicas sus intenciones hostiles a Schleicher y del peligro que esto suponía debido a sus lazos con Hindenburg, Planck contestó: «Déjalo que hable: es insignificante por completo. Nadie lo toma en serio; *herr* Papen es un burro con ínfulas. Su discurso es el canto de cisne de alguien que no sabe perder».³⁵

En lugar de reconocer los peligros que revelaba el encuentro de Colonia, Schleicher supuso que, con la esperanza de recuperar el favor que había perdido, Von Papen había asumido la inoportuna labor de intentar una reconciliación entre Hitler y el gabinete de Schleicher. Esto se hizo evidente cuando el canciller confió su opinión sobre el asunto al embajador François-Poncet mientras tomaban té la tarde del 6 de enero. Ambos mantenían relaciones cordiales, en parte porque Schleicher era de los que pensaban que

se debía buscar una reconciliación con Francia con la esperanza de ganar su aquiescencia para modificar las fronteras orientales que el Tratado de Versalles había impuesto a Alemania. Intentando explicar a François-Poncet el encuentro de Colonia, el canciller le dijo que Von Papen había cometido un grave error al entrevistarse con Hitler, pero le aseguró que el antiguo canciller no había tenido intención de hacerle ningún daño.

El muy ingenuo —dijo al embajador— imaginó que estaba a punto de ejecutar un golpe maestro y servirnos a Hitler en bandeja. ¡Como si Hitler no hubiese demostrado muchas veces que no es digno de confianza! Ahora Von Papen está avergonzado: teme que se lo reprochemos. Yo no pienso amonestarlo; simplemente le diré: «¡Querido Fränzchen, has vuelto a meter la pata!». ³⁶

El lunes, 9 de enero, Von Papen volvió a Berlín y fue a ver a Schleicher. Más tarde describió la visita como una reunión cordial entre dos viejos amigos que sirvió para desmentir cualquier malentendido por parte del canciller acerca de su encuentro con Hitler. Para respaldar este argumento, se sirvió del comunicado oficial que habían facilitado a la prensa conjuntamente tras esta visita, que aseguraba que los informes sobre las diferencias entre ambos no tenían «ningún fundamento». ³⁷

Schleicher, por su parte, no dejó ningún testimonio de su charla con Von Papen; pero las apreciaciones que hizo días más tarde, mientras hablaba en tono confidencial a un pequeño grupo de periodistas a los que invitó a cenar, constituyen una prueba de lo que dijo aquél. Von Papen le informó, según refirió el canciller a los periodistas el 13 de enero, de que Hitler había insistido en que debía convertirse en ministro tanto de Defensa como del Interior. ³⁸ Esto difería mucho de lo que Hitler había dicho a Goebbels, que registró en su diario que Von Papen había ofrecido dichos ministerios a dos miembros del partido de Hitler elegidos por éste si se adhería a su segundo nombramiento como canciller. ³⁹ Schleicher no especificó a los periodistas quién estaba previsto que fuese, según Von Papen, el canciller del gabinete del que supuestamente Hitler había reclamado

para sí los dos ministerios mencionados. No parecía muy plausible que éste hubiese exigido además la cancillería, y, por otra parte, es evidente que Von Papen no mencionó a Schleicher la discusión que mantuvo con Hitler sobre la posibilidad de un segundo nombramiento por su parte. El único gabinete posible en ese caso era, pues, el de Schleicher. El 9 de enero, por tanto, Von Papen refirió a Kurt von Schleicher la misma versión falaz del encuentro de Colonia que volvería a repetir una vez tras otra después de la caída del Tercer Reich; es decir, que su única intención era conseguir que Hitler respaldase al gabinete de Schleicher. Y como el mismo Schleicher reconocería más tarde, cuando Von Papen le estrechó la mano, lo miró a los ojos, evocó su vieja amistad y le dio su palabra de honor, «fui lo suficientemente tonto para creerle».⁴⁰

Después de la conversación del día 9, Von Papen visitó a Hindenburg y le dio una versión diferente de lo que se había tratado en Colonia. Otto Meissner, secretario de Estado, recordó en sus memorias que, según Hindenburg, el ex canciller había señalado que Hitler había dejado de pretender la cancillería de un gabinete presidencial con acceso a poderes extraordinarios. Por el contrario, aseguró Von Papen, el dirigente nazi estaba dispuesto a formar un gabinete de coalición con los conservadores. Hindenburg, por tanto, llegó a la conclusión de que tendría que buscar otro canciller, ya que suponía que Hitler no respaldaría al gabinete de Schleicher. Y el hombre ideal para ejercer dicho cargo sería, como dio a entender a Meissner, Von Papen. De hecho, el presidente también informó a Meissner de que le había dado permiso para que mantuviese los contactos con Hitler, de forma personal y estrictamente confidencial.⁴¹

Según las memorias de Von Papen, Hindenburg le dijo el día 9 que Schleicher había denunciado su encuentro con Hitler como un hecho desleal y había pedido al presidente que no volviese a recibirle. Pero, tras explicar al presidente lo que había pasado en el encuentro, éste respondió que desde el primer momento estuvo convencido de que la versión de Schleicher no podía ser cierta.

Recordando esta muestra de confianza por parte del presidente, Von Papen afirmaba que el encuentro de Colonia no afectó a sus relaciones. Hacía tan sólo tres días que el canciller Schleicher había informado al embajador François-Poncet de que el presidente se había mostrado «profundamente ofendido» por el encuentro no autorizado de Von Papen y Hitler. Pero parece ser que la citada conversación con el ex canciller había bastado para disipar todas sus dudas. Según Meissner, Hindenburg le ordenó el 9 de enero que no revelase a Schleicher que había autorizado a Von Papen a seguir en contacto con Hitler.⁴²El jefe de Estado, el mando supremo del poder, el único con suficiente autoridad para nombrar al canciller y concederle poderes extraordinarios, se convirtió por tanto, quizás inconscientemente, en cómplice de la conspiración que tenía por objetivo deponer al hombre al que había propuesto para ese cargo hacía tan sólo cinco semanas.

Notas

1. Estos dos párrafos están basados en las memorias de Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Missing Years*, Londres, 1957, pp. 194 ss. (la cita de Hitler pertenece a la p. 195); Münchner Stadtmuseum, *München-«Hauptstadt der Bewegung»*, Múnich, 1993, p. 124 (catálogo publicado para una exposición con el mismo título).

2. Véase Oren J. Hale, «Adolf Hitler: Taxpayer», *AHR*, 60 (1955), pp. 830-842.

3. Discurso pronunciado el 14 de marzo de 1936, recogido en Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, Múnich, 1965, vol. 2, p. 606.

4. La mejor introducción al pensamiento de Hitler es Eberhard Jäckel, *Hitler's Weltanschauung*, Middletown (Connecticut), 1972.

5. Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP*, Stuttgart, 1959, p. 137.

6. «Adolf Hitlers Kampfbotschaft für 1933», *VB*, 1-2 (1-2 de enero de 1933).

7. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 319 s.

8. «Reichstag am 24 Januar», *BT*, 13 (5 de enero de 1933); «24. Januar Reichstag», e «In Verlegenheit», *BT*, 7 (5 de enero de 1933); «Reichstag erst am 24 Januar», *V*, 7 (5 de enero de 1933).

9. Otto Dietrich, *Mit Hitler in die Macht*, Múnich, 1934, pp. 169 s.

10. Existen dos biografías recientes sobre Von Papen: la de Joachim Petzold (*Franz von Papen*, Múnich y Berlín, 1995) y la de Richard W. Rolfs (*The Sorcerer's Apprentice*, Lanham [Maryland],

1996. Menos fiable es la biografía hagiográfica de Henry M. Adams y Robin K. Adams (*Rebel Patriot*, Santa Bárbara [California], 1987). Véanse también los dos volúmenes de memorias de Von Papen, de los cuales el segundo repite en gran medida el contenido del primero (*Der Wahrheit eine Gasse*, Múnich, 1952, y *Vom Scheitern einer Demokratie*, Maguncia, 1968).

11. André François-Poncet, *Souvenirs d'une ambassade á Berlin*, Paris, 1946, pp. 42 s.

12. *DDS, 1848-1945*, Berna, 1982, vol. 10, p. 505.

13. *DBFP*, serie 2, vol. 4, pp. 389 s.

14. Carta de Adenauer a la condesa Fürstenberg-Herdringen del 22 de octubre de 1946, en Adenauer, *Briefe 1945-1947*, Bonn, 1983, p. 350.

15. François-Poncet, *op. cit.*, p. 44.

16. *Ibíd.*

17. Von Papen, *Gasse*, pp. 250 s. La foto de Hindenburg aparece reproducida al lado de la p. 225.

18. El conde Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas de Von Papen, Schleicher y Hitler, refirió esta anécdota, que había oído de alguien que a su vez la había oído de otra persona, en una entrevista el 24 de abril de 1952 (IfZ, ZS 145). En 1951 fue recordada por otro contemporáneo que asegura habérsela oído al mismo Schleicher (Karl Dietrich Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Stuttgart y Düsseldorf, 1957, p. 519, n. 179).

19. Citado en una entrevista los días 28 y 31 de enero de 1953 por Hermann Foertsch, uno de los ayudantes de Schleicher en el Ministerio de Defensa en 1932 y 1933 (IfZ, ZS, 37, p. 10).

20. *AdRk/KvS*, p. 102.

21. Von Papen, *Scheitern*, pp. 336 s.

22. Sobre lo expuesto en este párrafo y los siguientes, véase Turner, *German Big Business*, pp. 315 ss.; Heinrich Muth, «Das "Kölner Gespräch" am 4 Januar 1933», *GiW&U*, 37 (1986), pp. 463-480, 529-541.

23. Véase la declaración jurada que Schröder hizo el 21 de julio de 1947 frente a la acusación estadounidense por crímenes de guerra en Núremberg (NAUSA, RG 238, NI-7990).

24. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 332, entrada del 10 de enero.

25. Basado en la declaración jurada de Schröder del 21 de julio de 1947 (NAUSA, RG 238, NI-7990). Las versiones que Von Papen ofrece en los dos volúmenes de sus memorias (*Gasse*, p. 256, y *Scheitem*, pp. 334-339) no merecen demasiada confianza. Günther Gereke, comisario de creación de empleo del gabinete de Schleicher, le dijo a un periodista el 5 de enero que el presidente Hindenburg le había informado entre los días de Navidad y Año Nuevo de que había aprobado los planes de Von Papen de encontrarse con Hitler (véase BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 5 Januar», de Georg Dertinger). Sin embargo, parece improbable que eso sea cierto, ya que si Von Papen hubiese contado con el beneplácito de Hindenburg, sin duda lo habría expuesto para defenderse de la acusación de haber conspirado solo contra Schleicher.

26. Von Papen, *Gasse*, p. 251.

27. «Hitler schwenkt zu Papen», *Jd*, 2 (3 de enero de 1933). Para el desmentido de Von Papen, «Aufmarsch zum Wahlkampf», *Jd*, 4 (3 de enero de 1933), que recoge la declaración de éste a la agencia de noticias Telegraphen-Union; para el de Goebbels, «Keine Unterredung Hitler-Papen», *DA*, 2 (3 de enero de 1933). En una carta con fecha del 21 de mayo de 1933, Von Papen se quejó de lo sucedido con el fotógrafo al comandante Mülnheim, que intentó sin éxito mediar entre aquél y Schleicher (documentos de Von Papen, TsGA, vol. 5). Véase también Von Papen, *Gasse*, donde describe al fotógrafo como un detective.

28. El dentista era Hellmuth Elbrechter; en Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978, se recoge la declaración de éste, así como la carta de Brüning del 10 de enero. Véase también

Gottfried Treviranus, *Das Ende von Weimar*, Düsseldorf, 1968, pp. 346 s. y 355 s.

29. Brüning, *Memoiren, 1918-1934*, Stuttgart, 1970, p. 639. *TR*, 4 (5 de enero de 1933). Los ejemplares que se habían impreso antes de que la noticia llegase a la redacción llevaban el mismo número y fecha; pero en la parte superior de la portada había un artículo cuyo titular rezaba: «Reichstag erst am 24 Januar».

30. «Eine Erklärung von Papens», *KV*, 6 (6 de enero de 1933); «Eine Auslassung des Freiherrn von Schröder» y «Eine gemeinsame Erklärung Papens und Hitlers», *FZ*, 19 (7 de enero de 1933); «Die Unterredung Hitler-Papen», *DA*, 5 (6 de enero de 1933); «Das Zusammentreffen Adolf Hitlers mit Papen», 6 (6 de enero de 1933) y 7 (7 de enero de 1933).

31. Véase Turner, *op. cit.*, pp. 316 s.

32. «Hitler beim Herrenklub. In flagranti ertapp», *V*, 10 (6 de enero de 1933); «Bei den "feinen Leuten"», *RF*, (6 de enero de 1933).

33. Pueden encontrarse ejemplos de estas teorías en «Geheime Verhandlungen Hitler-Papen bei rheinischen Bankfürsten», *RF*, 5 (6 de enero de 1933); «Der Agent der Grossindustrie», *V*, 11 (7 de enero de 1933); «Die Unterredung v. Papen Hitler», *Jd*, 6 (7 de enero de 1933). El mismo Schleicher llegó a sospechar de la implicación de las fuerzas capitalistas. El 10 de enero le aseguró a un periodista que «se ha sabido» que el antiguo presidente del Reichbank, Hjalmar Schacht, era quien había organizado la reunión (*IfZ*, ED 23, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner, periodista de la Ullstein Verlag). Con respecto a las opiniones de que Von Papen y Hitler decían la verdad, véase «Die Unterredung Hitler-Papen», *FZ*, 16 (6 de enero de 1933); «Hitler klopft an die Hintertüren», *VZ*, 9 (6 de enero de 1933); «Anderthalbstündige Aussprache Schleicher-Papen», *DAZ*, 14 (9 de enero de 1933); «Die Lage des Kabinetts Schleicher», *FZ*, 29 (10 de enero de 1933). Un ejemplo de los que pensaban que Von Papen contaba con el beneplácito de Schleicher lo

constituye «Reichsregierung und Nationalsozialisten», *KV*, 6 (6 de enero de 1933); en cuanto a los que supieron entrever la verdad, véanse «Was war in Köln?», *BT*, 10 (6 de enero de 1933), y «Das Komplot», *BT*, 9 (6 de enero de 1933).

34. Otto Meissner, *Staatssekretär unter Ebert-Hindenburg-Hitler*, Hamburgo, 1950, p. 261.

35. Theodor Eschenburg, *Die improvisierte Demokratie*, Múnich, 1963, p. 280.

36. Véase Gaines Post, Jr., *The Civil-Military Fabric of Weimar Foreign Policy*, Princeton (Nueva Jersey), 1973, pp. 302-303, así como Michael Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit*, Wiesbaden, 1980, pp. 47 y 181. Para la cita, comunicado de François-Poncet a París del 7 de enero de 1933, en *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol. 2, p. 375.

37. Von Papen, *Gasse*, p. 260.

38. Véase «Informationsbericht vom 14 Januar 1933», de Georg Dertinger, uno de los presentes (BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26), así como el Documento de Moscú (véase Apéndice).

39. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 322, entrada del 10 de enero.

40. «Schleicher's Political Dream», *The New Statesman and Nation*, 7 de julio de 1934. Existen diversas pruebas que corroboran la autenticidad de este relato anónimo.

41. Otto Meissner, *op. cit.*, p. 261.

42. Von Papen, *Gasse*, p. 261; comunicado de François-Poncet a París el 7 de enero, en *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol. 2, p. 375; declaración de Meissner en los juicios de Núremberg el 4 de mayo de 1948, en *NAUSA*, RG 238, caso 11, p. 4612; Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 261 ss.

CAPÍTULO 3

El dudoso triunfo de Hitler en plena crisis nazi

Tras su primer encuentro con Von Papen el 4 de enero, Hitler se sumergió directamente en la campaña para las elecciones legislativas del pequeño estado de Lippe, que se celebrarían el día 15. El viaje desde Colonia era de trescientos diez kilómetros, y las condiciones meteorológicas hicieron que llegase con dos horas de retraso a la ciudad donde esa tarde tenía programado su primer discurso. El público abarrotaba la tienda que constituía su único refugio frente al frío, y lo esperó paciente para acogerlo con una gran ovación cuando por fin apareció, a las diez de la noche. Tras hablar ante sus ávidos oyentes durante más de una hora, Hitler se trasladó a la capital del estado, donde a medianoche fue objeto de una recepción igualmente entusiasta por parte de una audiencia que también había esperado durante horas para oírlo. A lo largo de los once días siguientes pronunciaría quince discursos más, sobre todo en ciudades pequeñas y remotas de Lippe. En otros puntos del estado, una docena más de nazis conocidos en todo el país tomarían la palabra en un total de veintitrés mítines como parte de una campaña de intensidad inusitada.¹

Consciente de que sumar otra derrota en las urnas a las que habían sufrido a finales de 1932 acabaría de confirmar la creencia popular, cada vez más extendida, de que el nacionalsocialismo estaba en decadencia, Hitler había decidido apostar alto en Lippe.

Como era uno de los diecisiete estados federales, la victoria allí, si la lograban, no pasaría inadvertida. Si la participación personal de Hitler y los otros nazis destacados comprometidos con la campaña producía beneficios en las urnas, el partido daría la imagen de un movimiento emergente en cuanto a poder. El éxito proporcionaría también el empuje que tanto necesitaban los mermados ánimos de sus seguidores. Sin embargo, todo esto implicaba un gran riesgo: si los nazis no conseguían un buen resultado después de ese supremo esfuerzo por parte de la cúpula del partido, los efectos perjudiciales aumentarían de manera descomunal. En este caso, como en muchas otras ocasiones a lo largo de su vida, Hitler demostró ser un político que por lo general se jugaba el todo por el todo, sin hacer caso de las consecuencias de un posible fracaso.

Fue uno de los numerosos golpes de suerte de Hitler que se celebrasen elecciones en Lippe justo en el momento en que necesitaba desesperadamente una oportunidad para demostrar que su movimiento no había perdido fuerza. En este sentido, ese estado ofrecía un gran número de ventajas. Tanto en extensión como en número de habitantes, ascendía a poco más del 0,25 por ciento del total de Alemania, lo que permitía a los nazis cubrirlo de mítines y propaganda hasta un punto que sólo habría sido posible en muy pocos rincones del país. Además, pertenecía al tipo de regiones en que los nazis tenían mejor relación con los votantes. Casi un 90 por ciento de la población era protestante, y más de un 60 por ciento vivía en el campo o en aldeas rurales, lo que suponía casi el doble de la media nacional. Por lo general los nazis no lograban un gran éxito en regiones con una alta tasa de industrialización, donde los obreros votaban en masa a socialdemócratas y comunistas, y también en ese sentido Lippe ofrecía perspectivas favorables, pues no contaba con un número significativo de minas y el número de fábricas estaba muy por debajo de la media nacional. En esa zona los pequeños centros productores de magnesita y muebles eran más frecuentes que los grandes complejos industriales que abundaban poco más al oeste, en el distrito de Ruhr. Al haber apostado por las

elecciones de Lippe, Hitler tenía todas las de ganar. La localización de Lippe también era favorable al partido de Hitler. Puesto que estaba rodeado de regiones más populosas, los nazis lo tenían fácil para complementar sus recursos locales por medio de refuerzos. Como observaron varios periodistas, una gran proporción de los que asistían a sus mítines eran grupos de fuera del estado. Y ya que éstos pertenecían al partido, su presencia no sólo incrementaba el número de oyentes, sino que también garantizaba una respuesta entusiasta. El día de los dos primeros mítines de Hitler, llegaron a Lippe (región que no era precisamente una meca turística en invierno) no menos de seis trenes especiales, así como un gran número de autobuses, cargados de visitantes. Antes habían llegado unos seiscientos o setecientos soldados de asalto, la mayoría en bicicleta, con el fin de engrosar las unidades locales durante la campaña. Estos soldados de importación tuvieron que refugiarse en muchos casos en graneros y almacenes desprovistos de calefacción, sin otra cama que un lecho de paja. A ninguno de ellos, ni a ningún otro seguidor nazi, le pareció extraño que Hitler, famoso por su denuncia de las distinciones de clases, se alojase con todos los lujos como invitado en el castillo de un barón durante el tiempo que duró la campaña.²

La situación política de Lippe prácticamente garantizaba a los nazis el triunfo electoral. Las últimas elecciones de ámbito estatal habían tenido lugar en 1929, justo antes de que la depresión económica hiciera que millones de votantes acudiesen en bandada a su partido. Los nazis llegaron a la campaña electoral con sólo uno de los veintiún escaños de la asamblea legislativa, por lo que dichos comicios supusieron un aumento espectacular de su representación. Y todavía gozaban de otra ventaja: la falta de competencia. El canciller Schleicher no podía utilizar los recursos del Gobierno nacional para apoyar la campaña de ningún partido, ya que ninguno estaba firmemente alineado con su gabinete. Los liberales, que tuvieron algún peso en el programa de Von Papen, vieron reducida su importancia de forma considerable en 1933 debido a las pérdidas

masivas que sufrieron en las elecciones generales, y el Partido del Centro Católico, uno de los pilares de la República, nunca había representado un papel de relevancia en un estado de mayoría protestante.

Los reaccionarios del Partido Nacional del Pueblo Alemán, el más importante de los que rivalizaban con los nazis por los votos de los granjeros conservadores y los habitantes de las pequeñas ciudades, predominantes en Lippe, contaban con una gran desventaja en la campaña de enero. Con la esperanza de acabar con la enemistad que había enfrentado a los dos partidos de derechas durante más de un año, el dirigente del partido, Alfred Hugenberg, se abstuvo de atacar a los nazis y moderó asimismo los editoriales del diario más importante del partido en Lippe.³ Así pues, la única campaña que podía competir con la de los nazis en intensidad era la de los socialdemócratas. Sin embargo, la estrecha relación que unía a este partido con los sindicatos le otorgaba muy pocas oportunidades de aumentar de forma significativa el respaldo mínimo con el que contaba, en un estado en el que escaseaban los trabajadores industriales.

Como había sucedido durante años en toda Alemania, los que asistían a un mitin nazi de Lippe durante enero de 1933 sabían que serían testigos de un espectáculo que ningún otro partido podría superar. Conscientes de que el estilo austero del programa republicano no causaba ningún efecto entre los muchos alemanes que añoraban la pompa colorista del Imperio, los nazis convirtieron sus mítines en representaciones teatrales. Aproximadamente una hora antes del inicio del evento, bandas de soldados de asalto uniformados atraían la atención del público interpretando conmovedoras marchas militares a través de la ciudad hasta que llegaban al lugar del mitin. Éste se hallaba protegido de manera ostentosa por soldados de asalto en formación que se habían ganado una bien conocida reputación por enfrentarse a los saboteadores de manera expeditiva y, por lo general, violenta. Después de que un presentador calentara el ambiente y creara cierta

expectación, los soldados de asalto formaban en dos filas, creando así un pasillo para que entrase, tras otra explosión de música militar, el orador principal.⁴ Como observó el embajador británico, en comparación con las monótonas representaciones de los otros partidos, los nazis ejercían «la atracción magnética de una banda de jazz».⁵

Los discursos de la campaña nazi de Lippe seguían un patrón general. Después de atribuir los males de Alemania al «sistema» republicano, presuntamente dominado por judíos y marxistas, el orador del partido prometía una Alemania nazi pura en cuanto a la raza, henchida de orgullo y poder. Las elecciones se describían como una batalla, crucial para el futuro de la nación, entre los patriotas nazis y los traidores marxistas. En cambio, se prestaba relativamente poca atención a las preocupaciones locales de los votantes de Lippe. Desde la revolución el gobierno de este estado lo había encabezado un presidente del Consejo de los republicanos socialdemócratas, que habían conseguido más votos que cualquier otro partido sin excepción en los anteriores comicios del estado. Durante la década de los años veinte, el presidente del Consejo había colaborado con los partidos no socialistas moderados, ganando así su respeto y confianza. Sin embargo, siguiendo su inveterada costumbre, los nazis intentaron desacreditarlos, a él y a su partido, tachándolos de intemacionalistas marxistas antipatrióticos e identificándolos con los comunistas, enemigos acérrimos de los socialdemócratas que tenían un poder insignificante en Lippe.⁶

Los nazis también intentaron identificarse a sí mismos durante la campaña electoral con Hermann Arminio el Querusco, el jefe teutón que, según la leyenda, había derrotado al Ejército romano en el Bosque de Teutoburgo el año 7 d. C. Sin embargo, como ya se encargó de señalar el diario republicano *Vossische Zeitung* de Berlín, no era fácil imaginar a un presidente del Consejo socialdemócrata sin pretensiones en el papel de general romano, y, como observó otro periódico de la cercana Bielefeld, eran precisamente los nazis, con sus tropas de asalto uniformadas y sus brazos derechos

levantados en un saludo de origen romano, los que más se parecían al enemigo de la legendaria batalla.⁷

Hitler, como venía siendo habitual, aprovechó sus apariciones en público para defender su estrategia de todo o nada. Su primer discurso, la noche del 4 de enero, contenía la mayoría de los temas que repetiría durante los diez días siguientes. Como de costumbre, evitó cualquier referencia al hecho de que había rechazado la oferta que le había presentado Hindenburg en noviembre de nombrarlo canciller si podía reunir una mayoría parlamentaria. En lugar de eso, habló sólo de las propuestas de Von Papen y Schleicher referentes a otorgarle el cargo de canciller adjunto, que él había declinado, según expuso, porque no tenía ninguna intención de comerciar con su buen nombre y el del movimiento nazi por «un título desprovisto de poder». Rechazó la opinión de que tenía que haber aceptado el puesto de canciller adjunto y desde allí tratar de hacerse con el poder de forma encubierta. «Sólo puedo decir —añadió— que no he aprendido a jugar entre bastidores y tampoco quiero aprender a hacerlo.»⁸ Esta justificación, pronunciada pocas horas después de su entrevista clandestina con Von Papen, proporciona una buena pista de lo que debía de tener en mente esa noche.

Aunque todo parecía favorecer a los nazis en Lippe, las elecciones tuvieron lugar en una época en que muchos nazis consideraban que la estrategia de Hitler de lograr el poder legalmente mediante las urnas había llegado a un callejón sin salida. El intento frustrado de acceder a la cancillería tras el triunfo electoral en julio, unido al fracaso de noviembre, había provocado una creciente desilusión entre sus filas. Los que se habían afiliado al partido con la esperanza de poder saborear en poco tiempo los frutos de la victoria empezaban a desesperarse, como sucedía con muchos de los que habían seguido a Hitler confiando en que les proporcionaría una panacea para su grave situación económica. Como consecuencia, la desmoralización se extendió por las bases del partido. A finales de diciembre la policía política republicana encargada de vigilar al Partido Nazi en Múnich, su lugar de

nacimiento y baluarte, observó indicios de que empezaba a desintegrarse:

Cada día se presentan un gran número de dimisiones, las cuotas empiezan a llegar con cierta irregularidad y las expulsiones debidas a retrasos en el pago son cada vez más frecuentes [...]. Todas las secciones del partido [...] dan la impresión de estar debilitadas.

En cuanto a la moral, el informe policial añadía: «La opinión de que los buenos tiempos ya han pasado y que las perspectivas favorables se han perdido con toda probabilidad es muy frecuente entre los nacionalsocialistas».⁹

Esta crisis sumergió al movimiento nazi en graves dificultades económicas. Con las arcas seriamente mermadas en 1932 por los gastos que supusieron las dos rondas de los comicios presidenciales, las dos elecciones al Reichstag y las parlamentarias que se llevaron a cabo en Prusia (el mayor estado de Alemania), el partido estaba experimentando un claro desgaste de sus rentas. Años antes, el nazismo había sido una organización en gran medida autosuficiente, que contaba con las cuotas de los afiliados acaudalados como principal fuente de ingresos para la organización nacional. Como las filas del partido se engrosaron rápidamente durante los años de depresión, el dinero había fluido en abundancia en una época en que la caída de los precios hacía sus crecientes ingresos más valiosos todavía. Sin embargo, el partido había llegado a un punto en que la afluencia de miembros había disminuido considerablemente; los que cambiaban de bando eran cada vez más numerosos, y muchos de los que seguían siendo miembros nominales dejaron rápidamente de pagar sus cuotas. Según disminuían las esperanzas de una victoria, los que en el pasado habían hecho donaciones que excedían la cuota regular de afiliación se mostraban en 1933 menos dispuestos cuando se recaudaban fondos. Otro tanto hacían los simpatizantes no afiliados que anteriormente habían contribuido a llenar las arcas de un partido que parecía estar destinado a hacerse con el poder. Los ingresos provenientes de la venta de entradas para los mítines del partido,

que constituían un recurso de máxima importancia en el ámbito local, cayeron en picado a medida que disminuía la asistencia en 1932, a pesar de que los precios de aquéllas se vieron drásticamente rebajados según decrecía el interés del público por el partido.¹⁰

A final de año el dinero se había convertido en un serio problema para los nazis. Comoquiera que el equipo y las provisiones necesarios para las campañas electorales se habían obtenido con frecuencia a través de créditos, los empleados locales del partido se veían acosados por negociantes que les exigían que pagasen de su bolsillo las deudas contraídas por el partido. Obtener un nuevo crédito para hacer frente a esas deudas se había hecho cada vez más difícil, cuando no imposible, y lo mismo sucedía a la hora de satisfacer las excesivas nóminas del partido. Durante los años prósperos en que los ingresos no dejaban de aumentar habían sido contratados miles de nazis en calidad de asalariados del partido a tiempo completo con ingresos generosos en el marco de la Depresión. El personal de la sede nacional, por ejemplo, pasó de cincuenta y seis en 1930 a doscientos setenta y cinco en 1932. Cuando las rentas del partido empezaron a disminuir, mientras que los salarios y el resto de gastos se mantenían elevados, las acusaciones de malversación de fondos y otras formas de corrupción no se hicieron esperar. Los roces comenzaron a surgir entre los integrantes del movimiento a medida que los recursos, cada vez más escasos, llevaron al partido y a las tropas de asalto a competir por las exiguas donaciones. Los apuros económicos de los nazis se hicieron visibles al público cuando los soldados de asalto empezaron a abordar a los viandantes agitando sus latas para pedir unas cuantas monedas. En algunos lugares, las unidades del partido organizaban loterías con la intención de recaudar fondos, y presionaban a los miembros para que comprasen billetes.¹¹

Ante tales circunstancias económicas, habría sido complicado en extremo llevar a cabo una campaña intensa y elaborada en otro lugar diferente del territorio pequeño y compacto de Lippe, donde los gastos de transporte eran mínimos y el alojamiento, al igual que

las instalaciones para los mítines, no suponía un coste excesivo. Los miembros del partido aportaban casi toda la mano de obra necesaria, así como los vehículos que recorrían los campos para anunciar con megáfonos las concentraciones. El estado se vio plagado de voluntarios que, de puerta en puerta, se acercaban a los hogares de los votantes para conseguir su apoyo. Para economizar, se reciclaron los carteles que habían sobrado de los comicios de noviembre pegando información nueva sobre la antigua, y se complementaron con pancartas caseras. Como la mayoría de los mítines contaban con la presencia de dirigentes nazis famosos en el ámbito nacional, las entradas se vendieron sin dificultad a pesar de que sus precios eran elevados en el contexto de la Depresión. Los gastos generales de los mítines no fueron muchos: la mayoría de los nazis destacados que actuaron como oradores eran asalariados del partido o parlamentarios con abono ferroviario, por lo que no hubo que pagar honorarios ni gastos de transporte. Y cuando no se convencía a los taberneros o a los propietarios de salas de reuniones para que aceptasen un alquiler bajo, tres tiendas alquiladas hacían las veces de refugio para los mítines.¹²

Sin embargo, aun a pesar de las condiciones favorables que ofrecía Lippe, los nazis se vieron acuciados por las necesidades económicas durante toda la campaña de enero. En un gesto inusual en extremo, Hitler se vio obligado a echar mano de los derechos de *Mein Kampf*, que constituían su principal fuente de ingresos, para aumentar los recursos cada vez más exiguos del partido local. En determinado momento, uno de sus ayudantes se acercó desesperado al jefe de prensa, Otto Dietrich, para solicitar un préstamo personal considerable, pues no disponían de dinero suficiente para pagar la cantidad que se les había solicitado por adelantado para alquilar la sala donde debía hablar al día siguiente el dirigente del partido. En otra ocasión, un alguacil embargó los ingresos de taquilla de un mitin para satisfacer las impacientes reclamaciones de algunos acreedores locales.¹³

La campaña electoral nazi de Lippe se llevó a cabo no sólo bajo estas dificultades económicas, sino también acosada por la incertidumbre acerca de las intenciones de Gregor Strasser, el antiguo jefe de organización del partido. Como éste había permanecido alejado de la vida pública desde que dimitió a principios de diciembre, Hitler y algunos confidentes, como Joseph Goebbels, empezaron a preocuparse por los persistentes rumores que circulaban en la prensa acerca de que estaba intrigando entre bastidores con la intención de dividir al partido y unirse al gabinete de Schleicher. Y su inquietud no era del todo infundada. Algunos de los admiradores de Strasser, entre los que había diputados del Reichstag y *gauleiters* —jefes regionales de partido—, se habían negado a abandonarlo. Tras su dimisión, empezaron a establecer contactos informales con el fin de perpetuar lo que consideraban su legado; es decir, tomar en serio los aspectos socialistas del nacionalsocialismo. En enero, ya circulaban por diversas partes de Alemania boletines informativos publicados por nazis disidentes. Uno de los partidarios de Strasser, el *gauleiter* de Hesse-Darmstadt, que también era diputado del Reichstag, dimitió de su cargo en el partido o fue expulsado a mediados de diciembre. Junto con otros, había divulgado la advertencia de Strasser de que la estrategia de todo o nada de Hitler sólo provocaría la disolución del Reichstag elegido en noviembre y la convocatoria de nuevas elecciones que costarían al partido aún más votos.¹⁴

Siguiendo un patrón endémico del nazismo a lo largo de su existencia, los disidentes no atribuyeron a Hitler la responsabilidad de la dimisión de Strasser, sino a paladines como Goebbels y Goering, que supuestamente ocultaban la realidad al dirigente del partido y lo embaucaban con consejos erróneos. En un principio, los disidentes buscaban simplemente una reconciliación que permitiese el regreso de Strasser al bando de Hitler. Sin embargo, a medida que crecía su frustración ante la inactividad de Strasser en enero, sus declaraciones empezaron a hacerse cada vez más desafiantes frente al rumbo que estaba siguiendo el partido con Hitler.

Las dudas sobre el papel que estaba desempeñando Strasser en todo esto preocuparon sobremanera a Hitler y Goebbels a lo largo de la campaña de Lippe. El 10 de enero recibieron informes preocupantes que aseguraban que la actitud de apoyo al antiguo jefe de organización estaba minando la lealtad de los nazis de Hamburgo, la segunda ciudad más grande del país. Se decía que el dirigente del partido local simpatizaba en secreto con el renegado. «Strasser quiere luchar bajo la consigna: “Contra Goering y Goebbels”», anotó este último en su diario. El 12 de enero, cuando se recibieron en Lippe noticias de que Strasser se había reunido con Hindenburg la semana anterior, los temores de la comitiva de Hitler parecían haberse confirmado. Goebbels señaló en su diario: «Strasser está tramando algo. Ha estado con Hindenburg [...]. No es más que un traidor. Desde el principio vi claramente sus intenciones. Hitler corre peligro».¹⁵

El mismo día 12 pudo verse en Lippe una embarazosa muestra de disensión en las filas nazis. Un periódico local publicó la furiosa carta de dimisión de un médico que había sido veterano nazi y dirigente del partido de su distrito. En ella calificaba de verdadero fracaso la estrategia de Hitler consistente en perseguir el poder a través de las urnas y denunciaba la baja calidad de los asalariados del partido. Demasiados «politiquillos charlatanes [...], aprendices de brujo [y] negociantes fanfarrones» habían ascendido a altos cargos del partido, según afirmaba, debido únicamente a su talento para entusiasmar al populacho. Les reprochó que su «bizantinismo desenfrenado» no hacía más que enojar a los miembros leales del partido, a lo que añadió la siguiente advertencia: «Uno no puede pretender dirigir una batalla por la libertad si tiene el alma de un esclavo». Los portavoces nazis repitieron en diversas declaraciones públicas que el autor no era sino un perturbador aislado; de hecho, a ésta no siguió ninguna otra deserción. Sin embargo, el fantasma de la rebelión echó a perder los últimos días de la campaña electoral nazi.¹⁶

Además de batallar contra la desmoralización en el partido propiamente dicho, Hitler tuvo que enfrentarse a las disensiones que tuvieron lugar en las filas de las tropas de asalto auxiliares del partido, la SA, que contaba con cuatrocientos mil soldados. Las relaciones entre los dirigentes políticos y las tropas de asalto paramilitares, de las cuales pocos miembros pertenecían también al partido, habían sido tensas en muchas ocasiones. Algunos dirigentes de la SA se habían mostrado siempre escépticos ante la decisión de Hitler de hacerse con el poder por medios legales, y preferían prepararse para un derrocamiento violento del Estado republicano por medio de sus soldados. Esta tensión aumentó de forma considerable cuando, en 1932, el número de miembros del partido empezó a descender a raíz del fracaso de Hitler, y se redujo la parte proporcional de las cuotas mensuales que la SA había recibido con anterioridad. Las dudas de algunos de sus comandantes acerca de la trayectoria política del partido parecían haberse confirmado. A medida que el sentimiento de frustración se hacía mayor durante el verano y el otoño de 1932, los actos terroristas violentos llevados a cabo por soldados de asalto contra sus oponentes políticos, que a menudo se saldaban con víctimas mortales, aumentaron de manera considerable. En ocasiones, eran comandantes de la SA quienes habían ordenado estos ataques; otras, surgían como consecuencia de la falta de disciplina. Donde los actos de terrorismo habían sido numerosos y ostensibles, no faltaron furiosos empleados del partido que achacasen las grandes pérdidas de los nazis en las elecciones de noviembre en parte a la indignación pública frente a los crímenes de los soldados de asalto. Otros también se quejaron de la participación inadecuada de los paramilitares en la campaña de esas elecciones. Durante las últimas semanas de 1932, el deterioro de las relaciones entre el partido y la SA se hizo evidente. A principios de enero, un comandante mayor de la SA dio el extraordinario paso de publicar en un periódico ajeno al partido un artículo en el que denunciaba la carrera de Hitler hacia el poder por medios legales y lo exhortaba a que adoptase métodos más directos.¹⁷

En medio de la campaña de Lippe tuvo lugar uno de los brotes más peligrosos de insubordinación por parte de los soldados de asalto. El escenario fue Franconia central, una región de mayoría protestante al norte de Baviera que había sido durante mucho tiempo uno de los baluartes del nazismo. A lo largo de la última mitad de 1932 se estuvo fraguando una polémica cada vez más amarga entre Wilhelm Stegmann, comandante de la SA en Franconia, y el *gauleiter* de Franconia central, Julius Streicher. El primero era un nazi veterano, diputado del Reichstag, cuyo rango en la SA era equivalente al de un general del Ejército, quien, al igual que Strasser, concedía gran importancia al adjetivo «socialista» que formaba parte del nombre del partido. Eran frecuentes sus enfrentamientos con Streicher, autocrático y corrupto, que había alcanzado cierta fama como editor de *Der Stürmer*, revista pornográfica antisemita. Su enemistad se intensificó a finales de 1932, cuando Stegmann denunció al *gauleiter* por incumplir el acuerdo de rembolsar a las SA locales los elevados gastos de la campaña electoral. Streicher se desquitó acusándolo de malversación y persuadió a la dirección de la SA para que lo despojase de su cargo. Stegmann, sin embargo, logró desobedecer esa orden recurriendo a la lealtad de sus soldados.¹⁸

El altercado de Franconia ocupó gran parte de los titulares de prensa durante la segunda semana de enero.¹⁹ Uno de los ayudantes de Stegmann irrumpió en la sede de la SA en Núremberg, encerró a un soldado fiel al *gauleiter* Streicher y sustrajo algunos archivos oficiales. Esto originó una sangrienta reyerta entre los seguidores de uno y otro en la sede del partido. Hitler respondió despojando a Stegmann de toda autoridad. Entonces, la víspera de las elecciones en Lippe, se convocó a Stegmann para que se reuniese con Hitler. Rodeado por los esbirros de éste, fue sometido a una de las interminables arengas con que Hitler, furioso, solía intimidar a sus subordinados. Concluida ésta, Stegmann firmó una declaración de total sumisión al dirigente del partido que enseguida fue entregada a la prensa. Esta reconciliación, anunciada a bombo y platillo y

concebida con propósitos electorales, tendría una vida muy breve; pero logró su objetivo inmediato, ya que los votantes acudieron a las urnas convencidos de que la unidad reinaba de nuevo entre las filas nazis.

Por lo general se han descrito los resultados de la votación que tuvo lugar en Lippe el 15 de enero (y que supuso las últimas elecciones totalmente libres en la Alemania anterior al Tercer Reich) como una victoria de Hitler y su partido. Las estadísticas, a primera vista, parecen corroborarlo: con un 39,5 por ciento de los votos, los nazis quedaron por encima de los otros ocho partidos y consiguieron más diputados que ninguno de ellos (nueve de veintiún escaños, lo que supuso un aumento de casi un 70 por ciento de los votos con respecto a las elecciones anteriores celebradas en este estado). Sin embargo, los resultados parecen muy diferentes si se comparan con los que obtuvieron los nazis en Lippe durante las dos convocatorias nacionales de 1932. De casi cien mil votos emitidos, obtuvieron pocos más de treinta y nueve mil (cinco mil más que en las elecciones del Reichstag en noviembre); pero les faltaron unos tres mil quinientos votos para igualar los resultados que habían logrado en Lippe durante la convocatoria de julio. No ganaron terreno frente a los partidos de izquierdas, a los que tanto habían atacado durante la campaña. De hecho, los socialdemócratas consiguieron tres mil votos más que en noviembre. Aparte de atraer a nuevos votantes, los nazis crecieron sobre todo a costa del Partido Nacional, que perdió casi cuatro mil de los votos de noviembre. El equilibrio entre los votos de izquierdas y derechas permaneció, por tanto, inalterado, a pesar de las promesas que hicieron los nazis de erradicar el marxismo de Lippe.

En vistas de la enorme campaña desatada por los nazis sobre los votantes de Lippe y las múltiples ventajas de las que disfrutaban en dicha zona, los resultados no parecen demasiado impresionantes. En términos objetivos se podría decir que el partido de Hitler había frenado su caída, pero no había logrado por completo reparar las pérdidas sufridas en noviembre. En cualquier caso, el reducido

tamaño de Lippe y sus atípicas características hacen sospechosa cualquier afirmación de que el aumento de cinco mil votos nazis reflejaba alguna tendencia entre los más de treinta y cinco millones de alemanes que habían acudido a las urnas en cada una de las dos elecciones generales de 1932. Un periódico católico de la cercana Paderborn negaba la pretensión por parte de los nazis de que los resultados de Lippe reflejasen la opinión pública general:

¿Por qué? Porque ningún partido alemán posee ni puede obtener ni crear ni poner en marcha a) tanto dinero, b) tantos oradores para sus campañas, c) tantas tiendas, automóviles, motocicletas y altavoces como para ejercer en cada distrito electoral la misma presión que han ejercido para obtener los resultados de Lippe.²⁰

El embajador François-Poncet afirmó con razones similares que «el resultado tenía algo de artificial».²¹ Por su parte, Theodor Wolff, el sagaz editor del diario republicano *Berliner Tageblatt*, lo describió de manera más colorista: «En realidad, lo único que Hitler se ha traído de su heroica batalla en Lippe es una mosca empalada en la punta de su espada».²² Este tipo de observaciones perspicaces no disuadieron a los nazis de proclamar la gran victoria de Lippe y las consecuencias trascendentales de ésta con respecto al resto de Alemania. El periódico nacional del partido, el *Völkischer Beobachter*, afirmaba que:

[la significación política de los resultados] no puede recibir una valoración lo suficientemente alta como medida del estado de ánimo del pueblo. No sólo rebate de manera convincente la afirmación de nuestros enemigos de que el movimiento nacionalsocialista está en declive; también constituye una prueba incontrovertible de que el estancamiento del partido ha sido superado por completo y que ha empezado una nueva época de esplendor. La ola del nacionalsocialismo se está volviendo a levantar [...]. Ahora más que nunca debemos rechazar toda idea de acuerdos pusilánimes.²³

En su periódico popular, *Der Angriff*, Goebbels admitió que Lippe no era precisamente el escenario más elevado para la acción

política; pero, por lo demás, se limitó a sustituir la retórica nazi por el análisis:

Desde este pequeño sector de las trincheras hemos vuelto a emprender la ofensiva contra el sistema [republicano] . El alud de la agitación popular se ha puesto otra vez en movimiento, y nos vamos a ocupar de que nunca más se detenga.

También aseguró que los resultados de la votación no hacían sino ratificar el repetido rechazo por parte de Hitler de las propuestas para que los nazis participasen en el gobierno, que quedaban lejos de sus condiciones de todo o nada. Sin mencionar por su nombre a su gran enemigo Strasser, Goebbels invocó las ganancias del partido con el fin de ridiculizar a los «sabihondos de la periferia de nuestro mismo partido» que habían llegado a la conclusión de que el nazismo había dejado de crecer y necesitaba, por tanto, establecer acuerdos con otras fuerzas políticas para retener lo que había ganado. «Las elecciones de Lippe han enseñado a esos desertores una buena lección —sostenía—. En la medida en que no son incurables, ahora se golpearán el pecho arrepentidos y se darán cuenta de que el pueblo nunca vacila con dirigentes enérgicos.» Con su acostumbrada bravuconería, el futuro ministro de Propaganda se jactó de que la nueva demostración de poder que los nazis habían llevado a cabo en las urnas de Lippe impediría que el canciller Schleicher siguiese convencido de que la disolución del Reichstag sólo supondría más pérdidas para los nazis.²⁴

A pesar de los aspectos dudosos del supuesto triunfo de los nazis en Lippe, es incuestionable que éste supuso un gran número de ventajas para Hitler. El éxito electoral llegó justo a tiempo para reavivar las malogradas esperanzas entre las filas nazis de que su postura contra cualquier acuerdo los conduciría al poder y eliminaría cualquier duda de aquéllos que no comulgaban con esta idea. Hitler no dudó en sacar el máximo provecho de tal situación. Haciendo gala de su incondicional aplomo, y confiando en que su apuesta por la victoria en Lippe obtendría el éxito esperado, la había redoblado al convocar, antes de los comicios, a asalariados nazis de todo el país a

un cónclave que empezaría la tarde del 15 de enero en la ciudad de Weimar. Si los resultados de los comicios no hubiesen sido los esperados, se habría tenido que enfrentar, en circunstancias harto embarazosas, a los hombres sin cuyo apoyo le habría sido imposible retener el control absoluto del partido. Entre ellos, como bien sabía, estaban los admiradores de Gregor Strasser, que todavía albergaban dudas acerca de su postura de todo o nada. La tarde del día después de que se hiciesen públicos los resultados de las votaciones, recibió a los participantes que llegaban a Weimar prediciendo en tono confidencial que los comicios demostrarían que el nazismo volvía a estar al alza.²⁵

Fortalecido al comprobar que se había cumplido su profecía acerca de los resultados en Lippe, Hitler habló ante una asamblea de *gauleiters*, los capitanes regionales del movimiento, celebrada el lunes día 16, a puerta cerrada. Éstos, que disfrutaban de una amplia autonomía sobre los asuntos del partido, constituían la columna vertebral de la organización nacional. Si no contaba con su lealtad, Hitler no tenía ninguna esperanza de hacer frente al creciente malestar que reinaba en el partido; por lo tanto, era imprescindible para él convencer a su audiencia. Como establecía la costumbre nazi, después del discurso del dirigente no podía entablarse ninguna discusión formal ni realizarse votación alguna: el éxito dependía por completo de la reacción de sus oyentes en el momento en que hablaba. Hitler comenzó su diatriba de tres horas ante los *gauleiters* en un tono que Goebbels describió como de «brusca intransigencia», que no dejaba lugar a dudas acerca de su determinación a exigir el cargo de canciller bajo sus propias condiciones. Entonces jugó su mejor carta: con su autoridad fortalecida por las recién llegadas noticias de «victoria» en Lippe, estaba por fin listo para un enfrentamiento definitivo con el que había sido su aliado durante mucho tiempo, Gregor Strasser. Para llevarlo a cabo, ya había preparado el terreno la semana anterior, cuando reunió en Lippe a los dirigentes de un sindicato nazi creado por aquél y les presentó la posibilidad de desempeñar un papel de relevancia en sus planes

futuros. Una vez conocido el triunfo electoral, dio rienda suelta a toda la animadversión que sentía ante el renegado, tildándolo de traidor y acusándolo de numerosas ofensas acumuladas con los años.²⁶ Dando a entender que todo el que expresase dudas acerca de su estrategia estaba confabulado con el desprestigiado Strasser, el dirigente del partido reprimió con habilidad cualquier disconformidad entre los *gauleiters*. Sólo algunos días antes, Goebbels había expresado en su diario el temor a que Strasser pudiese traicionar al movimiento si aceptaba un puesto en el gabinete de Schleicher. Después del día 15, sin embargo, recogía exultante la reacción de los *gauleiters* ante la invectiva de Hitler:

Al final todos se volvieron locos. Hitler había logrado una victoria total. El caso Strasser ha llegado a su fin [...]. ¡Pobre Gregor! Sus mejores amigos se han vuelto contra él [...]. Todo el mundo lo ha abandonado.²⁷

La prensa del partido, de manera excepcional, se alejó de la costumbre nazi de pregonar a bombo y platillo cualquier declaración de Hitler y omitió toda referencia a su discurso de Weimar. Este intento de mantener en secreto su acusación sobre Strasser se debía, sin duda, a la intención por parte de Hitler de proteger al partido de cualquier daño político que pudiera resultar de revelar al público que se había producido una brecha en sus filas. En cuestión de días, sin embargo, la noticia de la ruptura irreparable entre Hitler y Strasser acabó por llegar al canciller Schleicher.²⁸

El regocijo de Goebbels estaba más que justificado, pues la derrota de Strasser era definitiva: el discurso de Hitler en Weimar había acabado con toda posibilidad de reconciliación. Lo más probable es que Strasser hubiese abandonado mucho antes cualquier intención de enfrentarse a Hitler, si es que alguna vez había considerado en serio dicha contingencia. Al flemático farmacéutico retirado, que procedía de una pequeña ciudad provinciana bávara, le faltaban el ego y la ambición de poder necesarios para desafiar al dirigente nazi. Además, también contaba con el obstáculo de reconocer que éste era indispensable para el

nacionalsozialismo. Aún creía firmemente en la causa nazi, y era incapaz de rebelarse ante el hombre que había sido a la vez su profeta y mesías. A finales de la tercera semana de enero, acudió sumiso a Goering y accedió a abstenerse de la actividad política durante dos años. Después de que Hitler se hiciera con el poder, Strasser acabaría retirándose definitivamente de la política para trabajar en una compañía farmacéutica de Berlín. Pero, a pesar de que siguió siendo miembro del partido y nunca dejó de profesar lealtad a su dirigente, Strasser se convirtió en un hombre marcado. Cuando, a finales de junio de 1934, tuvo lugar la sangrienta purga nazi conocida como la Noche de los Cuchillos Largos, fue asesinado por los matones del dictador al que él había ayudado a surgir del anonimato.²⁹

Alentado por el éxito obtenido tanto en Lippe como en Weimar, Hitler se trasladó a Berlín con la intención de explotar cuanto antes la mejoría de sus perspectivas políticas. El martes 17 de enero, se entrevistó con Alfred Hugenberg, dirigente del Partido Nacional, con la esperanza de lograr el apoyo de este grupo conservador para su propio gabinete. Los dos mantenían una relación turbulenta, pues Hugenberg consideraba que los nazis no eran más que chusma, aunque de ideas sociales y económicas peligrosamente radicales. Sin embargo, reconocía que tenían mucho más éxito que su partido a la hora de lograr el respaldo de las masas, y confiaba en sacar provecho de su movimiento para acabar con la República y establecer un régimen autoritario de derechas. Por otro lado, para Hitler, Hugenberg y su partido eran reaccionarios desesperados que no pretendían otra cosa que volver al pasado, incapaces de comprender la necesidad de transformar de manera radical la sociedad alemana. Se daba cuenta, sin embargo, de que los nacionales podrían serle útiles debido al respeto que les profesaban los círculos conservadores influyentes.³⁰

En 1929, Hugenberg había contribuido considerablemente a convertir a Hitler en un político respetado al conseguir que formase parte de una comisión de derechas que encabezó un infructuoso

plebiscito nacional contra el plan aprobado por el Gobierno para revisar las condiciones de la indemnización que Alemania debía pagar a las potencias vencedoras. A pesar de que el éxito de los nazis en las urnas había despojado al Partido Nacional de millones de votantes, Hugenberg no dejó de cortejar a Hitler. En otoño de 1931 ambos se reunieron en un mitin antirrepublicano en la ciudad de Harzburg que gozó de gran difusión. Los observadores partidarios de la República temían que del encuentro surgiese un «frente de Harzburg» a partir de la unión de fuerzas de derechas; pero los nazis y los nacionales no tardaron en enfrentarse. Esta brecha se hizo más grande en las elecciones presidenciales de 1932, cuando Hugenberg se negó a apoyar la candidatura de Hitler. Ese mismo verano Hitler denunció a su partido por respaldar al gabinete de Von Papen. En los comicios al Reichstag de julio, los nazis causaron considerables pérdidas a los nacionales; sin embargo, éstos recobraron en los de noviembre gran parte de los votos perdidos en favor de los nazis al acusarlos de radicales irresponsables. Hugenberg, suponiendo que la recuperación de los nazis haría a Hitler más tratable, decidió apostar por la reconciliación mientras el nazismo continuaba siendo un movimiento de gran relevancia. En diciembre, por tanto, se reunieron en secreto, y Hugenberg accedió a no atacar a los nazis durante la campaña de Lippe.³¹

Cuatro días antes de su encuentro con Hitler el 17 de enero, Hugenberg había consultado al canciller Von Schleicher, y a pesar de que no llegaron a ninguna conclusión, aquél salió de la reunión con la esperanza de lograr un acuerdo que le permitiese formar parte del gabinete y ejercer su control sobre la política económica nacional. Por tanto, se mostró insensible ante la oferta de Hitler de un cargo en su gabinete a cambio de su apoyo al nombramiento del dirigente nazi como canciller. En lugar de eso, propuso a Hitler que entrase con él en el gabinete de Schleicher y ayudase a impedir la restauración de la ley parlamentaria.³² Por su parte, Hitler se negó de nuevo a renunciar a sus pretensiones de hacerse canciller, aunque declaró que estaría dispuesto a aceptar a Schleicher como

ministro de Defensa si se permitía a los nazis usar métodos radicales de vigilancia para aplastar el «marxismo», es decir, a los socialdemócratas y comunistas. Cuando Hugenberg señaló que la oposición del presidente Hindenburg hacía inviable cualquier pretensión de Hitler por la cancillería, éste se limitó a describirlo en tono despectivo como «un disco de gramófono» cuyo «vocabulario político se reduce a ochenta frases».³³Más tarde, Hitler le dijo a Goebbels que cuando Hugenberg le aseguró que no tenía ninguna posibilidad de llegar a canciller, él había contestado: «¡Tonterías! Son los domadores [de Hindenburg] los que se oponen».³⁴El encuentro con Hugenberg concluyó sin que los dos políticos consiguieran un acercamiento.

Hitler continuó su búsqueda de respaldo político reuniéndose otra vez con el ex canciller Franz von Papen. Confió la función de intermediario a un vendedor de champán que después se convertiría en su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop. Ribbentrop había sido oficial del Ejército, y era un ávido arribista con ambiciones políticas; pero contaba con poca habilidad, que suplía con un carácter zalamero. Como en cierta ocasión señaló, cáustico, Goebbels, había comprado su nombre y se había casado con su dinero: había persuadido a un noble venido a menos para que lo adoptase a cambio de una pensión, para poder así añadir el codiciado «von» a su nombre, y después había tomado como esposa a la hija de un embotellador rico de Renania. En verano de Ribbentrop había acudido a Hitler con la intención de servirle de intermediario ante el entonces canciller Franz von Papen, al que había conocido en Turquía durante la primera guerra mundial. En aquel momento, Hitler no recurrió a sus servicios, pero Ribbentrop se afilió al Partido Nazi y le hizo saber que se hallaba a su entera disposición.³⁵

Cuando el personal de Hitler le pidió en enero que organizase una reunión confidencial con Von Papen, Ribbentrop aceptó entusiasmado. El ex canciller se mostró dispuesto a reanudar las negociaciones en una fecha tan temprana como el día 10, en que

Hitler aprovechaba un hueco en la agenda de su campaña de Lippe para pasar un día en Berlín. Sin embargo, el dirigente nazi ordenó a Ribbentrop que esperase hasta que se conocieran los resultados de las elecciones, por lo que el encuentro se pospuso una semana. El día 18, a mediodía, acompañado por los comandantes de la SA Heinrich Himmler y Ernst Rohm, se reunieron para comer en la residencia de Ribbentrop, en el elegante distrito berlinés de Dahlem.³⁶

Mientras comían en casa de Ribbentrop el 18 de enero, Hitler volvió a reivindicar el puesto de canciller. En virtud de los resultados obtenidos en las elecciones de Lippe, desechó tajantemente cualquier posibilidad de servir como segundón de un gabinete dirigido por Von Papen. Éste advirtió que no gozaba de la suficiente influencia sobre Hindenburg como para vencer la oposición del presidente a nombrar canciller a Hitler. Como había hecho en Colonia dos semanas antes, Von Papen volvió a proponer que ambos se uniesen contra Schleicher para formar un gabinete presidido por él mismo y respaldado por los nazis. Sin embargo, eso seguía siendo inaceptable para Hitler. En consecuencia, el encuentro terminó sin ningún resultado, igual que había sucedido la víspera al concluir la reunión con Hugenberg. Ambos se despidieron sin que mediara ninguna propuesta de volver a encontrarse. Los nazis intentaron de nuevo mantener la reunión en secreto: filtraron a la prensa una versión según la cual Hitler había comido en otro lugar el día 18 y negaron tener noticias de ningún contacto entre éste y Von Papen. No obstante, algunos periodistas se enteraron de la reunión y no tardaron en publicar sus reportajes al respecto, embellecidos en la mayoría de los casos con detalles poco exactos.³⁷

Los encuentros infructuosos con Hugenberg y Von Papen no dejaron a Hitler en buena situación para combatir la crisis que sufría su partido. Las serias dificultades económicas seguían acosando a los dirigentes nazis en todos los ámbitos. A mediados de enero, el encargado de negocios de la Embajada Americana de Berlín informó de que un «teniente de confianza» de Hermann Goering se había

dirigido a él «para tratar la posibilidad de obtener un préstamo para el Partido Nazi de Estados Unidos». ³⁸ Los periódicos del partido empezaron a perder suscriptores, y sus ventas descendieron; algunos fueron a la bancarrota, y pagar la nómina de los empleados se hizo cada vez más difícil. Los oficiales nazis de todo el país se encontraron faltos de ingresos y acosados por los acreedores. Las acusaciones de amiguismo y de irregularidades financieras se hicieron cada vez más frecuentes. En algunos lugares, las tensiones provocadas por esta situación estuvieron a punto de provocar el hundimiento de la organización local. ³⁹

Hasta cierto punto, estas dificultades pudieron mantenerse ocultas a la opinión pública; pero éste no fue el caso del renovado estallido de rebelión que tuvo lugar en la SA. Sólo una semana después de que Hitler consiguiera reconciliarse con el renegado Wilhelm Stegmann, la misma noche de las elecciones de Lippe, el dirigente de la SA de Franconia volvió a separarse del partido. Para desafiar al *gauleiter* Streicher, formó una organización paramilitar independiente a la que se unió la mayoría de los seis o siete mil soldados de asalto de Franconia central. Hitler respondió expulsándolo del partido. En los casos anteriores —muy poco frecuentes— de rebelión en las filas del partido, que habían tenido lugar cuando éste empezaba a obtener poder, la prohibición del dirigente había bastado para aislar y neutralizar a los cabecillas. Sin embargo, en este caso la baja moral de gran parte de los nazis permitió a Stegmann arrostrar con éxito su represión y seguir contando con la lealtad de los soldados de asalto franconios que lo apoyaban, y que también fueron denunciados públicamente y expulsados. Con todo, el altercado se extendió más aún: las organizaciones locales se pusieron de parte del *gauleiter* Streicher o de Stegmann, de manera que el partido dejó, en efecto, de funcionar como una unidad en su antiguo baluarte de Franconia central. ⁴⁰

En un principio, Stegmann tuvo cuidado de especificar que su disputa sólo afectaba al *gauleiter*, y no a Hitler. Pero tras ser

expulsado, sus declaraciones públicas revelaron que una de las razones subyacentes de su levantamiento había sido su escepticismo hacia los derroteros políticos que éste estaba siguiendo. Como otros muchos comandantes de la SA veteranos de guerra, desde hacía mucho tenía sus dudas acerca de la intención de Hitler de hacerse con el poder a través de las urnas. Había entrenado y equipado a los soldados de asalto que estaban bajo su mando para el combate con la esperanza de que tarde o temprano se produciría una batalla final por el poder, y la inactividad a que lo condenaban las pretensiones legales de Hitler lo irritaba. En un mitin multitudinario celebrado en Núremberg el 24 de enero, Stegmann denunció esta estrategia, si bien evitó atacar personalmente al dirigente del partido. El «momento histórico del movimiento ya ha pasado», dijo a sus seguidores, y predijo que el partido perdería «cualquier votación futura». Las masas que habían abrigado alguna esperanza de conseguir el poder por medios legales, según advirtió, estaban perdiendo su fe en tal hecho. Sostuvo que la SA debía dejar de ser un mero «cuerpo de bomberos» o «guardia de palacio» para el partido. En lugar de dejarse llevar por esa «manía de legalidad», había llegado el momento de poner en marcha una batalla «más brutal y revolucionaria» contra el poder.⁴¹

La sublevación de Stegmann fue sintomática de una inquietud cada vez más extendida en enero de 1933 entre las tropas de asalto nazis, que surgió como consecuencia de la frustración que habían sufrido durante los meses anteriores. Los llamamientos que Stegmann realizó tras su expulsión del partido para pedir apoyo recibieron respuestas favorables procedentes de diversas regiones. En el estado de Hesse, los reiterados motines protagonizados por soldados de asalto desembocaron en deserciones masivas y numerosas expulsiones de la SA, y como había sucedido en el levantamiento de Stegmann, los disidentes crearon una organización paramilitar propia tras abandonar la SA. A mediados de enero, se tuvo que recurrir a la policía de la ciudad de Kassel para que desalojase a los soldados de asalto disidentes que se habían

apoderado de la sede local de la SA para protestar contra las presuntas irregularidades financieras por parte de los dirigentes locales del partido. Poco después, en Stuttgart, se clausuró un comedor popular para miembros de la SA entre acusaciones de malversación de fondos.⁴²El 21 de enero, la policía de Múnich informó de que la SA estaba decayendo de forma vertiginosa: «Más de treinta y cinco hombres fueron expulsados de la I Compañía de la SA el 1 de diciembre, y quince en enero, porque habían dejado de cumplir con su deber».⁴³

En Berlín, los partidarios de Gregor Strasser dentro de la SA esperaron en vano durante todo enero una señal del hombre que, según confiaban, desafiaría a Hitler para hacerse con el liderazgo del partido. Muchas de las frustraciones de estos hombres encontraron una válvula de escape en las sangrientas batallas callejeras con comunistas y socialdemócratas que se sucedieron a lo largo del mes. Algunas ciudades se enfrentaron incluso con miembros de la Schutzstaffel, la guardia de seguridad reducida y selectiva, más conocida como SS. Las pretensiones elitistas de la SS y la costumbre de sus dirigentes de seducir a los soldados de asalto particularmente entusiastas para que cambiasen la camisa marrón de la SA por sus elegantes uniformes negros convirtieron a este movimiento en un blanco perfecto para las frustraciones de la SA, organización predominantemente plebeya. La misma SS tampoco era inmune a la desmoralización, como demostró la dimisión en bloque de una de las unidades de la ciudad sajona de Meissen. En diversas partes del país hubo soldados de asalto desilusionados que desertaron para pasarse al bando de los comunistas, que no dudaron en alistarlos en sus propias unidades paramilitares.

Además de estos indicios de que la moral de los soldados se estaba deteriorando, el creciente pesimismo acerca del futuro del partido se vio alimentado por la evaluación seria de las considerables pérdidas sufridas por los nazis en las elecciones generales de noviembre. En un intento de conseguir un mayor respaldo por parte de los trabajadores, durante el otoño el partido había llevado a cabo

una campaña que hacía hincapié en el radicalismo social y acusaba al gabinete de Von Papen de no ser más que un instrumento de los ricos y los privilegiados. Sin embargo, el éxito logrado entre los obreros fue mínimo, y la campaña no hizo sino provocar las deserciones de un gran número de alemanes de clase media cuyo voto había contribuido en gran medida a la vertiginosa ascensión del movimiento. Como consecuencia, cualquier inclinación a la izquierda o a la derecha en el futuro supondría una pérdida de votos para los nazis.

Una investigación interna realizada en secreto tras el desastre electoral de noviembre determinó que era casi imposible que el partido pudiese obtener más votos. También reveló que entre los asalariados nazis había una convicción generalizada de que los que habían abandonado el partido en noviembre nunca habían creído realmente en la causa del movimiento. Los oportunistas que habían dado anteriormente su voto a los nazis con la intención de protestar contra las condiciones generales o con la esperanza de que se resolviesen los problemas de Alemania empezaban a perder su interés, su paciencia o ambas cosas. En vista de revelaciones tan descorazonadoras, la investigación interna determinó que «no debían arrostrar otras elecciones». Si los nazis se volvían a enfrentar a los votantes, «los resultados podían ser calamitosos». Y, en relación al futuro, advertía: «No se puede hacer nada más con palabras, pancartas y panfletos: ¡Tenemos que pasar a la acción!». No se especificaba, sin embargo, a qué tipo de acción debía pasarse, aunque sí se expresaba la esperanza de que Hitler llevase a cabo, de alguna manera, «una transformación política» y se presentase «ante el pueblo alemán como un hombre de acción».⁴⁵

Las cada vez mayores dificultades de los nazis no pasaron inadvertidas a los círculos gubernamentales. El 19 de enero, el subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, un oficial veterano con acceso a una gran variedad de información, describió sin tapujos el aprieto en que se encontraban los nazis en una carta dirigida al embajador alemán en Washington:

A los nacionalsocialistas no les va nada bien: la organización del partido está flaqueando y la situación económica es mucho menos esperanzadora. Hay incluso quien ha empezado a preocuparse de que el partido pueda derrumbarse de pronto bajo ciertas circunstancias, tan rápido que sería imposible reabsorber a sus votantes, de manera que muchos acabarían en el bando de los comunistas.⁴⁶

Un mes antes, el cónsul general de Austria en Múnich describió el nazismo como un movimiento que mantenía su unidad a través de la negación de todos los aspectos del orden existente. Predijo que se desmembraría si tenía que afrontar decisiones sobre cómo debía abordar cualquier política práctica. De momento, según observó, parecían haber prevalecido aquellos elementos que veían toda respuesta práctica a los problemas de Alemania como «el principio del fin».⁴⁷

Probablemente nunca pueda determinarse realmente hasta dónde llegó la crisis de 1933. Muchas de las expresiones de descontento quedaron, indudablemente, sin registrar, ya que los oficiales del partido hicieron cuanto estuvo en sus manos para que no salieran a la luz. Cuando, de forma inesperada, Hitler fue nombrado canciller, parece plausible que un gran número de disidentes se apresurase a eliminar cualquier prueba que los inculcase para poder así unirse a la lucha por los despojos de la victoria. Por tanto, es muy probable que los testimonios que sobrevivieron no reflejen en toda su magnitud la agitación que se vivía en el partido. Las expresiones de descontento estaban sobre todo dirigidas a los dirigentes de los partidos locales. Esto, si bien servía a Hitler de protección, también disminuía el dinamismo del movimiento. Las pruebas que han llegado hasta nosotros hacen evidente, entre otras cosas, que la «victoria» del partido en las elecciones de Lippe no impresionó a los principales disidentes nazis. En su condición de políticos veteranos, se dieron cuenta de que no era más que un triunfo propagandístico sin ninguna significación real. Un experto en la historia de la SA ha escrito que «justo antes

de que la toma de poder de Hitler cambiase su destino de la noche a la mañana, la SA estaba a punto de derrumbarse». ⁴⁸Sus investigaciones, unidas a las demás pruebas de la creciente fragilidad del nazismo, sugieren que su nombramiento como canciller fue lo que puso fin al descontento cada vez mayor de los miembros del partido hacia el liderazgo de Hitler. Si no hubiese tenido lugar dicha transformación imprevista, la gran frustración provocada por la incapacidad de hacerse con el poder habría originado aún más discusiones con respecto a la actuación política del dirigente del partido.

En un intento de contener el deterioro del optimismo entre los miembros de su partido, en los días que siguieron a sus infructuosos encuentros con Hugenberg y Von Papen a mediados de enero Hitler se lanzó a pronunciar una serie de discursos destinados a levantar la moral de los asalariados nazis. Envuelto en una gabardina de corte militar, pantalones de montar de color marrón y las negras botas altas que se habían convertido en su uniforme de partido, el 20 de enero se dirigió a los asistentes a un mitin de empleados de la organización regional del partido en el Sportpalast de Berlín, el estadio cubierto de la ciudad. Les ordenó que tuviesen siempre presente que formaban parte de una batalla que determinaría el futuro del pueblo alemán en los siglos venideros. De igual manera que Prusia había superado la fragmentación del país para lograr la unidad nacional durante el siglo anterior, el partido nazi proporcionaría la fuerza necesaria para vencer a los partidos políticos y grupos de interés que entonces dividían a los alemanes. Para los oponentes al nazismo tenía reservado el siguiente desafío:

¡Podéis golpearnos, pero nunca podréis vencernos! Volveremos a entablar batalla y nunca dejaremos de defender nuestra bandera. Mi misión es avanzar incesante como abanderado del movimiento. Mientras el destino me mantenga vivo, llevaré su bandera, y no pienso arriarla ni entregarla nunca.

Aseguró a sus oyentes que el partido triunfaría si sus dirigentes mantenían una resolución inquebrantable. Como siempre, para Hitler

la política era en última instancia una cuestión de fuerza de voluntad. A pesar de su retórica fanfarrona, el discurso del Sportpalast dejaba ver un cierto tono defensivo. Aunque reconoció que el partido había sufrido algún contratiempo, volvió a rechazar cualquier acuerdo; en sus palabras, se negó a «sustituir los principios por artimañas estratégicas». En un momento tan crítico, amonestó a sus subordinados para que recordasen que eran «la encarnación de la conciencia nacional» y que debían permanecer firmes; debían hacer acopio de la «determinación básica» necesaria para «romperle el cuello al derrotismo». Aunque no mencionó el nombre de Strasser, estaba claro que los destinatarios de estas palabras amenazadoras eran el teniente renegado y sus seguidores. Para que el movimiento triunfase, según dijo a la concurrencia, era indispensable mantener la unidad, y les recordó lo que significaba ser un buen nazi:

Compañeros de partido, compañeros de raza, cuando entráis aquí debéis mezclar vuestra voluntad con la voluntad de millones de hombres, de manera que os podáis disolver en esa gran voluntad; debéis ser todos un solo hombre y confiaros a un solo dirigente.

Incluso él, el supremo dirigente, podía errar, según admitió; pero aseguró a la concurrencia que lo que contaba en última instancia era «quién era el que cometía el menor número de errores». Les aseguró que la resistencia de sus oponentes sólo serviría para sustraer fuerzas a los nazis, y si la vencían, estarían contribuyendo a la «victoria final».⁴⁹

Durante los días siguientes, Hitler pronunció otros discursos ante asalariados nazis, y volvió a exhortarlos a que confiaran ciegamente en él. El embajador FrançoisPoncet mostró un decoroso tono de escepticismo al comentar el discurso del Sportpalast en un comunicado a París: «Es, en efecto, muy difícil apreciar hasta qué punto el señor Hitler expresa una convicción personal o se somete a la necesidad de propaganda». A juicio del embajador, la grave crisis interna del Partido Nazi estaba lejos de haber concluido, y

sospechaba que Hitler había decidido que la mejor manera de mantener la formación de sus tropas era agitarlas.⁵⁰

Un aspecto sorprendente de la respuesta de Hitler ante su precaria posición durante la segunda mitad de enero fue la entereza con que se enfrentó a las circunstancias amedrentadoras. A pesar de que su pretensión de un poder total no mostraba indicios de estar produciendo resultados positivos, y aunque la falta de éxito ponía en peligro al movimiento que se había convertido en el único propósito de su vida, en ningún momento dio señales de querer echarse atrás. La firme convicción de que estaba destinado a guiar a Alemania, actitud que lo había hecho beneficiario de la confianza ciega de muchos seguidores, no lo abandonó en los momentos de mayor tensión. Incapaz de albergar cualquier pensamiento de fracaso, esperó confiado a hacerse con el poder que estaba convencido que, tarde o temprano, sería suyo. Mientras tanto, siguió llevando la vida semibohemia de excesos que se había permitido llevar a lo largo de toda su carrera política gracias al hecho de no estar atado a las limitaciones de una existencia normal. A la hora del café solía encontrarse presidiendo una mesa llena de admiradores y criados. En Berlín, estas reuniones tenían lugar en el ostentoso café del Hotel Kaiserhof, que era su residencia habitual en esa ciudad. Sus noches, que pasaba en compañía de esbirros y parásitos, solían alargarse hasta la madrugada.⁵¹

La noche del miércoles 18 de enero, sabiendo que su destino político pendía de un hilo después de que las conversaciones con Hugenberg y Von Papen hubiesen resultado infructuosas, Hitler fue a ver *El Rebelde*, una película que acababa de estrenarse en Berlín. La melodramática descripción que ésta ofrecía de la heroica resistencia de un estudiante a la ocupación napoleónica de la provincia austríaca del Tirol dejó a Hitler «totalmente enardecido», según anotó en su diario Goebbels, que lo había acompañado. Quedó tan emocionado que al día siguiente volvió al teatro para verla por segunda vez.⁵² Posiblemente vio como un trasunto de su propia lucha la historia de un héroe cuyo intenso patriotismo y encendida

oratoria permitieron que se sobrepusiese a sus orígenes humildes y dirigiese el levantamiento nacionalista de su pueblo, al fin victorioso ante la opresión extranjera. Igual que Hitler, el protagonista de *El Rebelde* rechazó cualquier acuerdo que le obligase a renunciar a parte de sus objetivos. Sin dudarlo, dedicó su vida a la causa y manifestó una actitud que, como señalaría más adelante un destacado crítico de cine de la época, «no contemplaba la rendición, aunque para ello se enfrentase a la derrota».⁵³ La determinación fanática del estudiante tirolés de ficción lo hacía poseedor del control sobre otras personas de igual manera que sucedía con la inamovible creencia en su destino que tenía Hitler. El hecho de que al final de la película el protagonista muera como un mártir no disminuyó el entusiasmo de Hitler, porque él estaba también listo para el martirio. Según explicó a sus seguidores en el Sportpalast de Berlín el día 20: «He asumido esta tarea porque no tenía otra elección, porque para mí es evidente que éste es el cometido de mi vida, y con él ascenderé o me hundiré».⁵⁴

Notas

1. Arno Schröder, «*Hitler geht auf die Dörfer*», Detmold, 1938, p. 131; Jutta Ciolek-Kümper, *Wahlkampf in Lippe*, Múnich, 1976, pp. 313-315.

2. «Adolf Hitler diniert und konferiert, V, 12 (7 de enero de 1933); «Sturm über Lippe», V, 14 (9 de enero de 1933); Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 137 s. y 164 s.; Hans Hüls, *Wähler und Wahlverhalten im Land Lippe während der Weimarer Republik*, Detmold, 1974, pp. 79 s.

3. John A. Leopold, *Alfred Hugenberg*, New Haven (Connecticut), 1977, p. 133.

4. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, p. 165 s. Se reconocen otros ejemplos en Allen, William Sheridan, *The Nazi Seizure of Power*, Nueva York, 1984, pp. 80 ss. y 124.

5. Carta de sir Horace Rumbold a Arthur Henderson del 17 de diciembre de 1929. Véase *DBFP 19191939*, serie IA, vol. 7, p. 261.

6. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 233 ss.

7. Citado en Arno Schröder, *Mit der Partei Vorwärts*, Detmold, 1940, p. 40. La referencia al *Bielefelder Volkswacht*, en pp. 42 s.

8. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 324 ss.; Schröder, *Mit der Partei*, pp. 30 s.

9. Citado en Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power*, Nueva York, 1974, p. 291.

10. Turner, *op. cit.*, pp. 111 ss. y 292 s.; Walter Struve, *Aufstieg und Herrschaft des Nationalsozialismus in einer industriellen*

KleinStadt, Essen, 1992, pp. 155 s. y 162; Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Londres, 1971, pp. 233-235; Allen, *op. cit.*, pp. 133 y 138 s.

11. Véase Lawrence D. Stokes, *KleinStadt und Nationalsozialismus*, Neumünster, 1984, p. 365.; discurso del tesorero del partido, Franz Xaver Schwarz, para el Congreso del Partido de Núremberg en 1935 (13 de septiembre de 1935), en BDC, Non-Biographic Collection, Ordner 266; Allen, *op. cit.*, pp. 134 y 139; Rainer *Der Aufstieg der NSDAP in Mittelund Oherfranken (1923-1933)*, Núremberg, 1976, p. 385; Stokes, *op. cit.*, pp. 364-366; Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 329; Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 90 s.; Schröder, *Dörfer*, p. 104; «"Kampfschatz" gepfandet», *V*, 14 (9 de enero de 1933); «Die demoralisierte SA», *BT*, 17 (11 de enero de 1933); Noakes, *op. cit.*, p. 243.

12. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 88-91 y 141.

13. *Ibíd.*, p. 140; Otto Dietrich, *12 Jahre mit Hitler*, Colonia, 1955, p. 187; Schröder, *Dörfer*, p. 192.

14. Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 185-190; Volker Hentschel, *Weimars letzte Monate*, Düsseldorf, 1978, pp. 150-154; «Strasser-Krise greift um sich», *VZ*, 603 (17 de diciembre de 1932); «1600 Austritte in Hessen», *FZ*, 945 (18 de diciembre de 1932). Véase también la carta, supuestamente del *gauleiter* Karl Lenz, que asegura que ha dimitido por motivos de salud («Aus allem wird eine "Sensation"»), *VB*, 356 [21 de diciembre de 1932]. No obstante, Lenz no tardó en colaborar con publicaciones que apoyaban a Strasser; véase Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 185 s.

15. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol.2, p. 333-334 y 336-338.

16. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 217-226; Hüls, *op. cit.*, p. 161; «Die Abtrünnigen», *BT*, 22 (13 de enero de 1933).

17. Peter Longerich, *Die braunen Bataillone*, Múnich, 1989, pp. 161 s.; Robert Lewis Koehl, *The Black Corps*, Madison, 1988, pp. 56-58; «Die demoralisierte SA», *BT*, 17 (11 de enero de 1933). Son significativas las memorias de un miembro de la SA de Berlín: Fritz Stelzner, *Schicksal SA*, Berlín, 1936, pp. 137-139. Richard Bessel,

Political Violence and the Rise of Nazism, New Haven (Connecticut), 1984, pp. 92-96; Thomas Childers, «The Limits of National Socialist Mobilisation», en *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, ed. de Thomas Childers, Totowa (Nueva Jersey), 1986, pp. 249 s.; «Partei oder Kampfbund?», *TR*, 2 (3 de enero de 1933), firmado por «v. F.», iniciales que presumiblemente corresponden a Werner von Fichte, dirigente de la Gruppe Nord, que tenía su base en Düsseldorf.

18. Sobre la «sublevación de Stegmann», véase Hambrecht, *op. cit.*, pp. 323 s. y 371-389; Eric G. Reiche, *The Development of the SA in Nürnberg, 1922-1934*, Nueva York, 1986, pp. 146-163; Pridham, *op. cit.*, pp. 291 ss.; Wolfgang Horn, *Führerideologie und Parteiorganisation in der NSDAP*, Düsseldorf, 1972, pp. 411 s.

19. «Revolte in der fränkischen SA», *V*, 19 (12 de enero de 1933); «S.A. Franken», *BT*, 20 (12 de enero de 1933); «Schwerer Konflikt in der SA», *VZ*, 19 (12 de enero de 1933); «Die Atrünnigen», *BT*, 22 (13 de enero de 1933); «Stegmann wird degradiert», *VZ*, 21 (13 de enero de 1933); «NSDAP in der Krise», *NPZ*, 15 (15 de enero de 1933).

20. Schröder, *Mit der Partei*, p. 49.

21. *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol. 2, p. 479, comunicado del 19 de enero de 1933.

22. «Der gefährliche Bülowplatz», *BT*, 37 (22 de enero de 1933).

23. «Für faule Kompromisse weniger die Zeit denn je!», *VB*, 17 (17 de enero de 1933).

24. «Signal Lippe!», *DA*, 13 (16 de enero de 1933).

25. Ciolek-Kümper, *op. cit.*, pp. 365 s.

26. «Hitler wiederholt seine Kampfansage», *FZ*, 45 (17 de enero de 1933); Goebbels, *TbjG*, parte 1, vol. 2, p. 340.

27. *Ibíd.*

28. *AdRk/KvS*, p. 233, n. 13. Carta de un confidente nazi a Prince Wilhelm del 17 de enero de 1933, que este último remitió a Schleicher el día 19.

29. Kurt Ludecke, *I Knew Hitler*, Nueva York, 1937, pp. 499 y 502; Heinrich Muth, «Schleicher und die Gewerkschaften 1932», *VfZ*, 29 (1981), p. 206; Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 343 y 346; Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 192-194.

30. Leopold, *op. cit.*

31. De Hugenberg a Hitler, 28 de diciembre de 1932 y 4 de enero de 1933, en BAK, Nachlass Schmidt-Hannover, carpeta 72.

32. *AdRk/KvS*, p. 234, n. 15; p. 282, n. 1; Goebbels, *TbjG*, parte 1, vol. 2, p. 341.

33. Basado en la versión que dio Hugenberg del encuentro, según registró Reinhold Quaatz en su diario (Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 223).

34. Goebbels, *TbjG*, parte 1, vol. 2, p. 341.

35. Michael Bloch, *Ribbentrop*, Londres, 1992; Rudolf Semmler, *Goebbels-the man next to Hitler*, Londres, 1947, pp. 18 s.; Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik, 1933-1938* Fráncfort, 1968, pp. 255 s.; Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau*, Leoni am Starnberger See, 1961, pp. 36 s.

36. *Ibíd.*, pp. 37 s.; Goebbels, *TbjG*, parte 1, vol. 2, pp. 333 s.

37. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 39; «Hitler und Thyssen bei Kerrl», *VZ*, 31 (19 de enero de 1933); NAUSA, RG 238, NI-220, de Wilhelm Keppler al barón Kurt von Schröder, 21 de enero de 1933; «Aussprache Papens mit Hitler», *MNN*, 18 (19 de enero de 1933); «Papen-Hitler-Schleicher», *VZ*, 30 (18 de enero de 1933); «Noch kein Fortschritt», *G*, 19 (19 de enero de 1933); «Trommelfeuer auf Schleicher», *TR*, 17 (20 de enero de 1933).

38. De Alfred Kliefoth al secretario de Estado, 23 de enero de 1933. NAUSA, State Department Central Files, 862.00/2892.

39. Oren J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton (Nueva Jersey), 1964, pp. 59 s.; BAP, Nachlass Bracht, Bd. 2, Bl. 177, memorándum, *vertraulich*, a Franz Bracht de parte de Scholtz, 9 de noviembre de 1932; Allen, *op. cit.*, p. 139; Stokes, *op. cit.*, p. 366; «Neue Umgruppierungen der Hitlerfront», *VZ*, 36, 21 de enero de 1933.

40. Hambrecht, *op. cit.*, pp. 384-389; Reiche, *op. cit.*, pp. 160-163; Kissenkoetter, *op. cit.*, 183 s.; «Stegmanns Freikorps Franken», *VZ*, 34 (20 de enero de 1933); «Stegmann hält Generalprobe in Nürnberg», *BVz*, 18 (23 de enero de 1933).

41. Hambrecht, *op. cit.*, p. 388; Reiche, *op. cit.*, p. 162; «"Freikorps Franken"», *FZ*, 68-69 (26 de enero de 1933).

42. Kissenloetter, *op. cit.*, pp. 137-142, 184 y 187; «Die Meuterei in der Kasseler S.A.», *BT*, 3 (3 de enero de 1933); «Die SA-Meuterei in Kassel», *FZ*, 5-6 (3 de enero de 1933); «SA-Meutereien in Kassek», *R-MVz*, 2 (3 de enero de 1933); Eberhard Schön, *Die Entstehung des Nationalsozialismus in Hessen*, Meisenheim am Glan, 1972, p. 139; «Bewegung im Abstieg», *RA*, 24 (24 de enero de 1933).

43. Conan Fischer, *Stormtroopers*, Londres, 1983, p. 210.

44. Kissenkoetter, *op. cit.*, p. 184; «Hitlers SA schlägt SA.-Köpfe ein», *V*, 3 (3 de enero de 1933); «SS gegen SA!», *V*, 11 (7 de enero de 1933). Sobre la rivalidad entre ambas organizaciones, Schön, *op. cit.*, pp. 142-144; Andreas Werner, «SA und NSDAP», tesis doctoral, Erlangen-Nürnberg, 1964, p. 586; «Die Hintermänner des Fememordes», *BT*, 2 (2 de enero de 1933); «Der grosse Katzenjammer», *V*, 8 (5 de enero de 1933); Fischer, *op. cit.*, pp. 208-217; Wilfried Böhnke, *Die NSDAP im Ruhrgebiet* Bonn, 1974, p. 157.

45. Childers, *op. cit.*, pp. 234-255.

46. De Bernhard von Bülow a Friedrich von Prittwitz und Graffron, embajador alemán en Washington, 19 de enero de 1933, en *AzDAP*, serie C, vol. 1, p. 22, n. 2.

47. De Engerth a Dollfuss, 19 de diciembre de 1932, en *AdR*, NPA 57.

48. Kissenkoetter, *op. cit.*, p. 188; Fischer, *op. cit.*, p. 210.

49. «Der Weg zur Freiheit muss erkämpft werden», *VB*, 22-23 (22-23 de enero de 1933).

50. *DDF*, 1932-1939, serie 1, vol. 2, p. 528.

51. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2., pp. 343 s. y 354.

52. *Ibíd.*, pp. 342 s.

53. Siegfried Kracauer, *From Caligari to Hitler*, Nueva York, 1960, pp. 261-263.

54. «Der Weg zur Freiheit muss erkämpft werden», *VB*, 22-23 (22-23 de enero de 1933).

CAPÍTULO 4

Schleicher cae víctima de sus ilusiones

Mientras Hitler disfrutaba de *Die Meistersinger* de Wagner en Múnich la noche de Año Nuevo, el canciller Kurt von Schleicher asistía en Berlín a una presentación de la opereta *La Princesse de Trébizonde*, de Jacques Offenbach. En un momento crítico del argumento de esta ligera farsa musical, ambientada en un escenario exótico de Oriente, uno de los actores exclamaba desesperado: «¿Qué vamos a hacer ahora?». En ese instante, saliéndose del libreto, otro le contestó: «Formaremos un nuevo gabinete y disolveremos el Reichstag». Esta oportuna improvisación arrancó una carcajada a la audiencia y una mueca traviesa al canciller, reflejo de que sabía que la situación política tenía muy poco de estable.¹

La continua agitación del país fue reflejada por los artículos de prensa de ese día sobre los numerosos actos de violencia política que habían aguado las celebraciones de Año Nuevo, a pesar del descanso vacacional de los políticos. Sólo en Berlín, las sangrientas luchas entre comunistas y nazis, semejantes a las que habían convertido las calles de Alemania en campos de batalla durante los tres años anteriores, tuvieron como resultado docenas de heridos y el arresto de unos sesenta combatientes. En un barrio obrero de la capital, una costurera que volvía a casa por la noche murió tras ser disparada por un soldado nazi al que nunca antes había visto. El asesino, que se alejó en bicicleta gritando «¡Heil Hitler!», testificó

que había confundido a la víctima con un comunista. Esa misma noche, en un punto diferente de la ciudad, otro nazi mató a puñaladas a un comunista de diecinueve años, mientras un miembro de las Juventudes Hitlerianas de tan sólo dieciséis años moría a consecuencia de las heridas de arma blanca infligidas por unos asaltantes desconocidos, presumiblemente comunistas. Por todo el país surgían muestras de este caos político que había llenado de sombras el optimismo con que los círculos republicanos habían recibido el nuevo año.²

El estado generalizado de miseria en que vivía el país como resultado de tres años de calamitosa depresión económica no hacía más que subrayar esta atmósfera de violencia política. Los signos de mejoría que desde mediados de 1932 se habían registrado en el mercado de valores, así como en otros índices, no habían supuesto ningún alivio inmediato a los más de seis millones de obreros desempleados y sus familias. A principios de 1933, más de la mitad de los parados de Berlín habían dejado de reunir los requisitos necesarios para recibir el subsidio de desempleo del Gobierno y habían pasado a depender de las escasas ayudas municipales, que apenas eran suficientes para sobrevivir. Un periodista estadounidense calculó que una familia de tres miembros que viviese de esta ayuda tenía que subsistir con una dieta diaria que consistía en seis patatas pequeñas, cinco rebanadas de pan, una col pequeña, unos treinta gramos de margarina y medio litro de leche para el niño. La carne no llegaba a su mesa, aunque los domingos podían permitirse un arenque para cada uno. La desnutrición se había convertido en un problema muy serio, especialmente entre la infancia. Mucha gente se había visto forzada a elegir entre pagar la comida o el alquiler; habían perdido sus casas y dependían para alimentarse de comedores benéficos, y de pensiones de mala muerte o de refugios municipales para resguardarse del clima invernal. Los que todavía tenían trabajo temían acabar engrosando las filas de aquellos que vendían manzanas y lápices por las calles o mostraban pancartas solicitando un empleo. Quizá la Depresión

había llegado a su recta final; pero sus efectos aún estaban muy presentes.³

En un comunicado a la nación difundido por la radio a mediados de diciembre, el canciller Schleicher había hecho referencia a la difícil situación de los desempleados y había prometido que su programa consistiría en dos palabras: «¡Crear empleo!». Se comprometió a romper con la política de Von Papen, que pretendía estimular la contratación indirectamente concediendo facilidades a las empresas, y a financiar desde el Gobierno los proyectos que generasen de forma directa nuevos puestos de trabajo. Asimismo, prometió centrar su atención en acelerar y extender las iniciativas de anteriores gabinetes para acomodar a desempleados de las ciudades en caseríos rurales de las despobladas regiones nororientales del país. En respuesta a las protestas de los sindicatos, anunció la revocación de un decreto del gabinete Von Papen que había permitido a los patronos pagar sueldos por debajo de lo que establecían los contratos colectivos. Igualmente, rechazó la imposición por parte de su predecesor de una prueba de haberes para acceder al subsidio de desempleo y exigió la restauración de ayudas a los desempleados, como el derecho a un seguro social. Dejó bien claro que no pretendía ser defensor del capitalismo o el socialismo, y propuso más bien un acercamiento práctico a los problemas económicos del país. Para que no hubiese ninguna duda acerca de sus intenciones populistas, informó a sus oyentes de que no tenía ninguna objeción al hecho de que lo llamasen «general social», un título que, según afirmó, era del todo consecuente con la tradición de solidaridad que existía en el Ejército entre oficiales y soldados.

Schleicher también aprovechó su intervención radiofónica para tranquilizar a los partidarios de la República con respecto a sus intenciones políticas. Había aceptado ser jefe del Gobierno no sin grandes reservas, según anunció, que se debían en parte a que una cancillería encabezada por un ministro de Defensa «tiene un cierto tufo a dictadura militar»; aunque en su caso, aseguró a sus oyentes,

tales temores eran infundados. «Lo he dicho en otras ocasiones y lo repito hoy: Uno no puede sentarse sobre bayonetas puestas en pie; es decir, necesita el respaldo del pueblo para gobernar.» Su discurso omitía de forma evidente cualquier referencia a la propuesta de Von Papen de revisar la Constitución. En un intento de definir su cancillería, Schleicher pidió que no lo considerasen como un mero soldado, sino más bien como el «administrador neutral de los intereses de todos los sectores de la población durante lo que con toda seguridad no será más que un breve período de emergencia». Había venido, según añadió, «no para traer la espada, sino más bien la paz». En cuanto a cómo se había propuesto gobernar, el canciller expresó sus esperanzas de que el Reichstag, «en el cual supongo un considerable recelo, le dará al gabinete una oportunidad para llevar a cabo su programa sin interferencias y sin utilizar los ya demasiado conocidos métodos parlamentarios».⁴

En privado, la postura de Schleicher con respecto al Reichstag era menos conciliadora. Para conseguir sus objetivos, calculaba que necesitaría al menos tres años libre de trabas por parte de aquél. Imaginaba un Parlamento que, durante este tiempo, se reuniría unas cuantas veces al año para desahogarse, pero sin interrumpir la labor de su gabinete.⁵ Al hacer hincapié en la seguridad nacional, pretendía relegar a una condición secundaria las disputas internas que tanto habían dividido al país durante la crisis económica. Poco después de haber jurado el cargo, las potencias vencedoras de la primera guerra mundial habían concedido, tras largas negociaciones, el derecho de Alemania a la igualdad armamentística. En lugar de cumplir con las disposiciones del Tratado de Versalles referentes al desarme general, los vencedores se habían inclinado a dejar que los alemanes se rearmasen hasta el punto que les asegurase la paridad militar dentro de un sistema de seguridad que aún estaba por definir.⁶ A pesar de no haber ninguna certeza acerca de lo que dicha concesión supondría en la práctica, dejaba el camino libre, en opinión de Schleicher, para formar una milicia obligatoria que sirviese como un primer paso para reanudar el servicio militar universal. Se

propuso, por tanto, comprometer a su gabinete con la causa del rearme y lograr el reconocimiento político por haber puesto fin a la impotencia militar de Alemania.⁷

La primera semana de enero, tras un mes en el cargo, Schleicher no había avanzado mucho en ese sentido. Su rechazo de las políticas más impopulares del gabinete de Von Papen le había permitido disipar el peligro de guerra civil que había surgido al final de la cancillería de este último. Pero estaba programado que el Reichstag se convocase el 24 de enero, y eso lo enfrentaba al problema de cómo evitar un voto masivo de censura parecido al que había iniciado la caída de Von Papen. Mientras que éste había contado al menos con el apoyo del Partido Nacional, Schleicher aún no tenía ningún respaldo parlamentario fuera del de los dos partidos liberales, pequeños y políticamente insignificantes.

La actitud conciliadora de Schleicher hacia los sindicatos lo había hecho, con toda seguridad, merecedor de algún crédito. Los dirigentes del Sindicato Cristiano, estrechamente relacionados con el Partido del Centro Católico, mostraban tímidos signos de receptividad a sus propuestas. Los dirigentes de la mayor organización sindical del país, el Sindicato Libre, también parecían atraídos por sus promesas de medidas financiadas por el Gobierno para crear empleo, y albergaban la esperanza de que éstas aliviarían la situación de desempleo que, en general, sufrían sus miembros. Pero la actitud de estos últimos tenía un valor político limitado para Schleicher, ya que el partido que mantenía con ellos una estrecha relación, el de los socialdemócratas, seguía mostrándose por completo indiferente ante el nuevo canciller, a cuyo gabinete consideraba una mera continuación del despreciado régimen de Von Papen. También veían a Schleicher como uno de los implicados en la deposición llevada a cabo por el anterior canciller del gobierno de Prusia, que había sido uno de los que más apoyos había suministrado al partido. Por lo tanto, los ciento veintiún diputados socialdemócratas del Reichstag mantuvieron una implacable oposición, secundados por los cien diputados comunistas, cuya

hostilidad hacia aquéllos hacía imposible la cooperación de ambos más allá del enfrentamiento con el gabinete de Schleicher.

Con el único objetivo de mantener a Hitler alejado del poder, un socialdemócrata destacado estaba dispuesto a desafiar a sus colegas y olvidar las antiguas diferencias con Schleicher. El 6 de enero, Otto Braun, el que había sido durante muchos años presidente del Consejo de Prusia (antes de ser depuesto por Von Papen) y uno de los políticos más hábiles de los socialdemócratas, hizo una visita al canciller y le propuso un trato algo atrevido: Si Schleicher persuadía a Hindenburg para que volviese a instalar su gabinete en Prusia, Braun se ofrecía para ayudarlo a presionarlo a fin de que disolviese tanto el Reichstag como la asamblea legislativa del estado de Prusia sin convocar nuevas elecciones dentro del período establecido por la Constitución. Entonces, los dos colaborarían para mantener a los nazis a raya, gobernando hasta la primavera mediante decretos extraordinarios.

El partido de Hitler ya había empezado a declinar, según afirmó aliviado Braun; sufriría daños devastadores si las elecciones se atrasasen algunos meses, sobre todo en vista de que la economía daba muestras de haber tocado fondo y empezaba a recuperarse. Unos nuevos comicios celebrados bajo tales circunstancias brindarían un Reichstag y una asamblea legislativa prusiana capaces de funcionar con toda normalidad. La propuesta de Braun, sin embargo, recibió una respuesta negativa por parte de Schleicher, que arguyó no tener ninguna esperanza de convencer al presidente de que restaurase la vieja relación turbulenta entre los gobiernos nacional y prusiano. No mencionó que él mismo se había cerrado las puertas de la posibilidad de colaborar con el partido republicano más numeroso al ser uno de los que más habían hecho para convencer a Hindenburg para que despojase a Braun y al resto de ministros prusianos de su autoridad.⁸

A diferencia de Braun, Schleicher no buscaba la manera de debilitar a los nazis; al contrario, pensaba servirse de ellos. Todavía albergaba la esperanza de convertir su delegación de ciento noventa

y seis miembros en el Reichstag en la base de una mayoría parlamentaria dispuesta a apoyar a su gabinete o que, al menos, se abstuviera de enfrentarse a él. Como expresaría más adelante, pensaba que el momento era favorable para alcanzar un *modus vivendi* con los nazis.⁹ Durante la primera mitad de enero, seguía teniendo la mirada fija en Gregor Strasser, a pesar de la dimisión de éste hacía un mes y su repentina huida a Italia. Según había explicado el canciller a mediados de diciembre ante una reunión de generales, perseguía «la cooperación de los nazis, guiados por Strasser y con la bendición mesiánica de Hitler». Cuando llegase enero, había dicho a los generales, les preguntaría a los nazis: «¿Vais a seguirme el juego?». Si se negaban, no había más remedio que empezar a combatir, y el Reichstag tendría que ser disuelto. Para mantener la ventaja moral, continuó diciendo, tendría que hacer todo lo que estuviese en sus manos para lograr que los nazis accedieran a compartir la responsabilidad del Gobierno. Pero si al final tenía lugar un enfrentamiento, no pensaba limitarse a infligir pequeñas molestias. Sería una lucha sin contemplaciones, aunque, como afirmó, al Estado no le convenía que el partido de Hitler fuese destruido. Igual que antes, Schleicher pasaba por alto cualquier aspecto bárbaro del nazismo: lo consideraba un partido útil para sus propósitos y temía que su ruptura pudiese hacer que parte de su energía y su gente de talento acabasen en el bando comunista.¹⁰

A su vez, los dirigentes nazis daban por hecho que Schleicher había ofrecido a Gregor Strasser un puesto en su gabinete con la esperanza de provocar una ruptura en las filas de su partido, opinión que compartían muchos observadores y que han aceptado la mayoría de los historiadores.¹¹ Sin embargo, ése no era el caso. Parece ser que el encuentro del canciller con Strasser a principios de diciembre se llevó a cabo sin dificultades, y lo mismo puede decirse de la visita a Hindenburg que Schleicher organizó para Strasser en secreto el 6 de enero. Según parece, el presidente expresó su alivio al comprobar que éste no hacía gala de ningún tipo de radicalismo.¹² Pero a pesar de la impresión favorable que produjo

Strasser, no hay pruebas de que Schleicher le ofreciese realmente un puesto en su gabinete, como tampoco las hay de que el canciller tuviese la intención de usarlo para dividir al Partido Nazi y ganar así el apoyo de una parte de su delegación en el Reichstag, según se ha asumido generalmente desde entonces. La aritmética política de la situación es suficiente para descartar esta posibilidad. Schleicher calculaba que, como mucho, unos sesenta de los ciento noventa y seis diputados nazis seguirían a Strasser. Pero incluso si éste tenía éxito encabezando la presunta secesión, los votos de sesenta diputados nazis no serían suficientes (sumados a los de los partidos neutrales y de centro derecha) para lograr una mayoría parlamentaria dispuesta a no crear un enfrentamiento en el gabinete. Los ciento treinta diputados nazis restantes podían unirse con los ciento veintinueve socialdemócratas y los cien comunistas para presentar una moción de censura en una cámara de quinientos ochenta y cuatro escaños.¹³

Como Schleicher admitió ante su gabinete el 16 de enero, el respaldo de una sección del Partido Nazi guiada por Strasser no resolvería sus problemas parlamentarios. Una mayoría favorable en el Reichstag, según explicó a sus ministros, sólo podía conseguirse con la colaboración de Hitler. El problema del canciller era cómo lograr que el dirigente nazi renunciase a su tantas veces repetida resolución de oponerse a cualquier gabinete que no estuviera encabezado por él mismo. Con la esperanza de conseguirlo, tenía la intención de usar a Strasser como una palanca para mover a Hitler, no como una cuña para dividir al partido. Sin embargo, para que esta táctica funcionase, Hitler debía pensar que existía un verdadero peligro de secesión. De momento, por tanto, Strasser era más útil al canciller fuera del gabinete que dentro de él, ya que, sin duda, su nombramiento haría más dura la oposición de los nazis a su gabinete. Mientras tanto, Schleicher alentó los rumores de una división en las filas nazis causada por Strasser.¹⁴

Otra palanca que Schleicher usó para presionar a Hitler fue la amenaza de unas nuevas elecciones para el Reichstag. En vista de

las graves pérdidas electorales sufridas por su partido durante los últimos meses de 1932 y sus evidentes dificultades financieras, la perspectiva de otra campaña nacional (con los gastos que conllevaba) y la pérdida de más votos no podían ser sino desalentadoras para Hitler. Schleicher también prefería evitar semejante resultado, pues el fracaso de los nazis se traduciría en un aumento de la fuerza de los comunistas. Sin embargo, para presionar a Hitler, había hecho que su equipo afirmase a la prensa que en caso de un inminente voto de censura, el presidente les proporcionaría un decreto para disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones.¹⁵ Ahora bien, si Hitler empezaba a andarse con ambages, podía eludir la alternativa de cooperar con su gabinete o volver a enfrentarse con el electorado bajo circunstancias desfavorables. Para evitarlo, Schleicher advirtió que si los nazis se mostraban favorables a alargar el descanso vacacional del Reichstag o aplazaban el voto de confianza, el canciller interpretaría públicamente tal maniobra como un consentimiento por su parte para que el gabinete gobernase mediante un decreto presidencial. Esto implicaría a los nazis en el programa del gabinete, y los privaría de las ventajas políticas de permanecer al margen de cualquier responsabilidad de gobierno en tiempos de penuria económica, amén de disipar el aura de oposición desafiante que Hitler había cultivado con tanto éxito.¹⁶

A pesar de las categóricas reafirmaciones públicas por parte de Hitler de su determinación por conseguirlo todo o nada, Schleicher expresó en varias ocasiones durante la primera mitad de enero que confiaba en que el dirigente nazi acabaría cediendo. «Está al borde de la desesperación —aseguró a un periodista el día 10—, porque siente que el partido se desmorona bajo sus pies y las posibilidades de obtener un puesto en el poder se desvanecen.» En la cena extraoficial que organizó para algunos periodistas el 13 de enero, el canciller respondió con una sonrisa y un gesto de desdén cuando le preguntaron sobre los nazis: «Me encargaré de ellos —les aseguró—. Pronto estarán comiendo de mi mano». Su objetivo, según

añadió, era obligar a los nazis a que abandonasen sus «convicciones mesiánicas» y dejarlos en una situación tan debilitada que se viesen obligados a respaldar un Gobierno autoritario encabezado por él. En cuanto a las elecciones de Lippe, consideró que el porvenir de los nazis estaba bastante borroso. La participación de Hitler en esa campaña daba la impresión de ser «una visita al adivino», añadió burlón. Sin duda, aún podía aplicarse la observación que sobre Schleicher hizo durante la guerra un oficial colega suyo: «Quizá suele subestimar lo que se necesita para superar las dificultades».¹⁷

La confianza del canciller en su habilidad para utilizar a Hitler descansaba sobre tres ilusiones muy alejadas de la realidad. La primera consistía en su convencimiento de que el dirigente nazi respondería de manera prudente y racional a las amenazas de una rebelión encabezada por Strasser y de unos nuevos comicios. A pesar de haber mantenido largas conversaciones con Hitler en más de una ocasión, Schleicher no se había dado cuenta de que no era un político convencional; no había advertido que Hitler creía firmemente ser el único poseedor de la fórmula que guiaría el futuro de Alemania, y que estaba convencido de que no podía fracasar, pues el destino se hallaba de su parte. Y esa firme confianza en que acabaría por hacerse con el poder total hacía que no mostrase ningún interés por llegar a un acuerdo que le permitiese superar dificultades políticas como las que Schleicher pretendía explotar. La estrategia de éste estaba, por tanto, basada en suposiciones de muy débil fundamento acerca de la mentalidad de Hitler.

La segunda ilusión que empañaba la visión del canciller era su convencimiento de que Hitler seguía estando aislado en el terreno político. En este sentido, cayó víctima de su subestimación de Franz von Papen: se veía incapaz de tomar en serio al hombre al que había considerado un instrumento de su voluntad y al que seguía viendo como un inocente chapucero. Lo creía incapaz de cualquier duplicidad, y había aceptado como cierta la falaz afirmación de que se había reunido con Hitler en Colonia con la única intención de persuadirlo a respaldar el gabinete de Schleicher. Como

consecuencia, ignoraba que su antiguo amigo estaba organizando una conspiración contra él; y lo que menos sospechaba era que el mismo hombre que lo había nombrado canciller, el presidente Hindenburg, se había convertido en instrumento de esa confabulación. El 10 de enero, sólo un día antes de que éste autorizase a Von Papen a que sirviese de enlace secreto con Hitler, Schleicher aseguró a un periodista que, aunque no había ninguna duda de que el objetivo de Hitler en Colonia había sido establecer contactos con el presidente, sus esperanzas eran infundadas. «Hitler —añadió— produce sobre Hindenburg un efecto casi tan malo como los comunistas.»¹⁸

La tercera ilusión de Schleicher, y la más estrambótica, era su convicción de que lo que Hitler pretendía realmente no era la cancillería. A mediados de diciembre sugirió en una reunión de generales que la oferta de Hindenburg de nombrar a Hitler canciller de un gabinete parlamentario no había recibido una respuesta positiva porque éste, «en el fondo de su corazón», no quería dicho cargo. En enero, esta sospecha se convirtió para Schleicher en certidumbre, y esto se debía, de nuevo, a que había aceptado sin reserva la versión del encuentro de Colonia referida por Von Papen. En la afirmación de éste de que Hitler había solicitado el Ministerio de Defensa y el de Interior a cambio de su apoyo al gabinete de Schleicher, el canciller creyó ver confirmadas sus suposiciones acerca de las pautas de su comportamiento. Según relató durante su cena con los periodistas el 13 de enero, las peticiones del dirigente nazi estaban pensadas para que llegasen a oídos de Hindenburg, ya que aquél sabía que todo lo que se refiriese a Von Papen sería enseguida transmitido al presidente. Además, al requerir los dos ministerios que le otorgarían el poder no sólo sobre el Ejército, sino también sobre la policía, Hitler había pedido de forma deliberada más de lo que sabía que Hindenburg le concedería, lo que encajaba perfectamente con su conducta durante los meses anteriores: ante cualquier situación relevante había establecido condiciones demasiado elevadas para el presidente, porque quería que éste las

rechazase. La conclusión, según Schleicher había confiado a los periodistas en la cena extraoficial y había repetido a su gabinete el día 16 (sólo dos semanas antes de que Hitler le arrebatase el puesto de canciller), era irrefutable: en realidad, el futuro dictador no buscaba el poder.¹⁹

Ni sus ministros ni los periodistas a los que trataba de instruir acerca de la aversión a los altos cargos que sentía Hitler le contradijeron, quizá porque daban por hecho que el canciller estaba más informado que ellos y a través de fuentes más fiables. Muchas personas bien informadas de los círculos políticos de Berlín creían que, como ministro de Defensa, Schleicher se hallaba al frente de una red de espionaje altamente desarrollada y de gran influencia. Los antiguos cancilleres Brüning y Von Papen, el secretario de Estado de Hindenburg, Otto Meissner, y al menos un miembro del gabinete del propio Schleicher sospechaban que sus teléfonos estaban intervenidos por los agentes de este último, a pesar de que dichas presunciones nunca habían sido confirmadas. De hecho, lejos de tener a su disposición la abundante información que se le suponía, parece ser que el canciller sufría una marcada escasez de noticias acerca de las actitudes y actividades de otras figuras políticas. En particular, tenía muy poco conocimiento sobre lo que sucedía en el Partido Nazi. En este sentido, prestaba especial atención a una serie de cartas dirigidas a él por Guillermo, el antiguo príncipe heredero de Alemania, que a su vez las había recibido de un general retirado de setenta y cinco años con un cargo periférico en la administración de la SA de Múnich. En su calidad de partidario de Strasser, el confidente del príncipe heredero podía proporcionar sólo una información mínima, a menudo mezclada con rumores engañosos, especialmente tras la ruptura de relaciones entre Strasser y Hitler, que se había producido en diciembre. Según todos los indicios, el canciller sabía muy poco en enero de 1933 de las actividades y las intenciones del hombre que le sucedería en breve o de la crisis que atenazaba al Partido Nazi.²⁰

Cuando Schleicher se dio cuenta de que sus intentos para lograr la colaboración de Hitler no estaban dando ningún resultado, redobló sus esfuerzos. El 10 de enero, él y su secretario de Prensa se encargaron de que apareciesen en los diarios informes de proyectos para llevar a cabo un «apuntalamiento político» mediante el nombramiento de tres nuevos ministros. Proponían a Gregor Strasser para el cargo de canciller adjunto y ministro de Interior, así como el de presidente del Consejo de Prusia; a Adam Stegerwald, un destacado parlamentario del Partido del Centro Católico, le habían asignado el cargo de ministro de Trabajo, y a Alfred Hugenberg, dirigente del Partido Nacional del Pueblo Alemán, los de Agricultura y Economía. Incluso después de este realineamiento, según especificó Schleicher a un periodista, su gabinete seguiría siendo presidencial más que parlamentario, ya que se mantendría libre de lazos formales con respecto a los partidos de los tres nuevos ministros. Pero también indicó que esperaba que su inclusión en el gabinete tuviese como resultado una actitud cooperativa por parte de sus partidos, que juntos gozaban de una amplia mayoría en el Reichstag.²¹

La filtración de estos informes a la prensa no era más que un farol de Schleicher. No había hecho ninguna oferta a Hugenberg, y mucho menos había logrado que este político cascarrabias se mostrara dispuesto a unirse a su gabinete; tampoco había preguntado a Stegerwald si estaba interesado en el puesto, y aún no estaba decidido a continuar sus negociaciones con Strasser. El objetivo de su farol era, sin lugar a dudas, Hitler, y su intención, aumentar la presión sobre él. Quería intimidarlo para hacer que retirase su oposición al gabinete, y para eso daba a entender que, a menos que el dirigente nazi se aviniese en breve, su antiguo teniente asumiría un cargo relevante en un gabinete nacional de base amplia y, en poder del botín que conllevaban tales puestos, se encontraría en situación de ofrecer espléndidas recompensas a aquellos nazis que abandonasen a Hitler para seguirlo a él.

Con el fin de incrementar esta presión, el secretario de Prensa de Schleicher reveló el día 10 a los medios de comunicación la reunión

clandestina que habían mantenido la semana anterior Strasser y Hindenburg. El canciller también dio a conocer a través de los periodistas que, aunque no pretendía iniciar un encuentro con Hitler, éste encontraría su puerta abierta siempre que quisiera. Sin embargo, Schleicher había vuelto a equivocarse al esperar que Hitler respondiese de manera prudente a los riesgos políticos con los que lo había amenazado. A pesar de que la noticia de la visita de Strasser al presidente dejó anonadados a los dirigentes nazis cuando irrumpió en plena campaña de Lippe, Hitler no mostró ningún interés por reunirse con el canciller. Sin duda se dio cuenta de que hacerlo lo rebajaría a una actitud suplicante y, por tanto, lo situaría en una clara desventaja.²²

En el transcurso de una semana, el farol de Schleicher perdió toda credibilidad. Los observadores políticos informados pusieron de relieve su escepticismo ante la fórmula del canciller de proporcionar a su gabinete un apuntalamiento parlamentario. Al margen de las dificultades que supondría integrar a un nazi en el Gobierno, aunque se tratase de uno relativamente razonable como Strasser, el abismo político que separaba a Stegerwald, sindicalista republicano, de Hugenberg, antidemócrata y enemigo acérrimo del sindicalismo, hacía del todo impensable una colaboración entre ambos, cosa que no tardó en demostrarse. En el encuentro con Hugenberg del viernes 13 de enero, Schleicher le ofreció los ministerios de Agricultura y Economía. Aquél, sin embargo, respondió que sólo estaría dispuesto a formar parte del gabinete si el canciller accedía a establecer un verdadero régimen autoritario que, al menos durante un año, hiciese caso omiso del Reichstag, extremo que era totalmente inaceptable para el Partido del Centro de Stegerwald. La mañana del lunes siguiente, día 16, los diarios del Sindicato Cristiano anunciaron sin dejar lugar a dudas que era completamente imposible que Stegerwald sirviese en un gabinete al lado de Hugenberg. Esa misma mañana, el dirigente del Partido del Centro Católico monseñor Ludwig Kaas visitó al canciller para darle a conocer este

mensaje. Más entrado el día, Hitler hizo definitiva su ruptura con Strasser en su discurso a los *gauleiters* nazis en Weimar.²³

Schleicher recibía las noticias de los últimos acontecimientos sólo algunos días después de que sucediesen, pero a media mañana del día 16 la incompatibilidad de Hugenberg y Stegerwald y el éxito de los nazis en Lippe ya eran de dominio público. Por tanto, sólo puede atribuirse a una imperdonable falta de información, o a una pérdida de contacto con la realidad, que en la reunión del gabinete que se celebró esa misma mañana no hiciese ninguna referencia al resultado de los comicios celebrados en Lippe y revelase en tono confidencial su caduco programa para lograr apuntalamiento parlamentario. Su única concesión a la realidad fue la de omitir el nombre de Stegerwald y hablar simplemente «de un representante del Partido del Centro» como el tercer elemento en combinación con Strasser y Hugenberg.²⁴

Durante la semana que siguió a la reunión del gabinete del día 16 se desvanecieron todas las esperanzas que le quedaban a Schleicher de atraer hacia su partido incluso a los derechistas del Partido Nacional. Tras haber fracasado en su intento de imponer sus condiciones al canciller, Hugenberg se vio sometido a una creciente presión por parte de los miembros más extremistas de su partido para que adoptase una estrategia de total oposición a aquél. El viernes día 20, dio su consentimiento a una enérgica resolución del partido que exigía un cambio de gabinete. Acusaba a Schleicher de llevar a cabo «una política vacilante de tácticas dilatorias» y amenazaba con minar la estrategia comunitaria que había iniciado el presidente Hindenburg cuando nombró canciller a Von Papen. En referencia a la aprobación del canciller para que las haciendas rurales en quiebra fuesen divididas en parcelas destinadas a los colonizadores, atribuía al proyecto político de Schleicher «una recaída en los patrones de pensamiento socialistas e internacionalistas», que representaban un grave «peligro de bolchevismo rural». El texto de este documento de tonos incendiarios no fue editado hasta el 24 de enero; sin embargo, un

prominente diputado del Partido Nacional se encargó de entregar personalmente una copia a Schleicher el día 21. No cabía duda de que, en adelante, lo único que éste recibiría de Hugenberg y su partido sería una incesante hostilidad. Ese mismo día, el canciller desmintió sus propias afirmaciones acerca de una renovación del partido.²⁵

Antes incluso de que fracasase su plan de apuntalamiento, Schleicher ya había complicado su situación innecesariamente al crear un estado de confusión acerca de sus intenciones. Durante la cena del día 13, reaccionó de forma violenta a las acusaciones procedentes de la derecha de que estaba complaciendo a sindicatos y otros grupos republicanos con la intención de conseguir su respaldo parlamentario. Insistió ante los periodistas en que su objetivo era instaurar un enérgico régimen autoritario, al margen de toda dependencia del Reichstag. Sin embargo, esta idea era difícil de conciliar con los planes de renovar su gabinete para obtener un apoyo parlamentario más amplio que había hecho públicos sólo unos días antes. Durante la cena, también sacrificó su amenaza de convocar unas nuevas elecciones en caso de que se viese obligado a disolver el Reichstag por la posibilidad de un voto de censura. En noviembre, según refirió a los periodistas, todos se mostraron en favor de una segunda ronda de votaciones; pero la situación del país había cambiado. Ni los partidos ni los votantes, al igual que sucedía con las empresas y los sindicatos, tendrían nada que objetar si los comicios se posponían más allá de los sesenta días que estipulaba la Constitución en caso de que el Reichstag se disolviese. Tres días más tarde, el día 16, Schleicher repitió prácticamente lo mismo a su gabinete. Como consecuencia, la posibilidad de que el canciller aceptara esta violación de la Constitución se convirtió en un lugar común para la prensa.²⁶

Al abordar la posibilidad de evitar unas nuevas elecciones, Schleicher estaba resucitando un plan al que se había adherido en dos ocasiones durante la cancillería de Von Papen, pero que había acabado por rechazar. Presumiblemente, a mitad de enero había

empezado a darse cuenta de que aquéllas, amén de suponer una pérdida considerable de votos a los nazis, no representarían, con toda probabilidad, un cambio favorable de su poder parlamentario. Durante algún tiempo, había coqueteado con la idea de establecer un nuevo «partido presidencial» que le proporcionase votantes dispuestos a apoyar a un gabinete que respondiera sólo ante Hindenburg; pero no había adoptado medida alguna para poner en práctica ese proyecto.²⁷ Sin embargo, independientemente de cuáles fuesen sus motivos, Schleicher cometió un error táctico al revelar cuál sería su posición de repliegue en caso de que fallasen sus intentos de conseguir el respaldo parlamentario de los nazis. Aunque los informes de que el canciller estaba dispuesto a bloquear unos nuevos comicios apenas bastaron para alterar la actitud intransigente de Hitler, podrían haber reforzado su resolución en caso de haber sugerido que Schleicher no confiaba en que los nazis sufrirían grandes pérdidas si el país volvía a votar. Si lo que Hitler buscaba eran indicios de hasta qué punto era cierto que Schleicher había decidido fustigar a los nazis con unas nuevas elecciones, tales informes no hacían sino brindarle la esperanza de que no tenía ninguna intención de hacerlo.

Las noticias aparecidas en la prensa relativas a la posibilidad de que Schleicher impidiera un nuevo sufragio alarmó sobremanera a los defensores de la República. El temor a semejante aplastamiento de la Constitución estaba particularmente acentuado entre los dirigentes de uno de los partidos clave cuyo apoyo esperaba conseguir Schleicher, el del Centro Católico. En su condición de portavoces de una minoría religiosa que había sufrido la persecución por parte de Bismarck, el primer canciller del Imperio, los católicos del centro se habían constituido en tenaces guardianes de la Constitución republicana. La posibilidad de que Schleicher pudiese estar tramando la flagrante violación de uno de sus artículos aumentó, por tanto, su recelo hacia el canciller. Para los socialdemócratas, este hecho no hacía más que confirmar las dudas que albergaban acerca de éste. Por el contrario, los conservadores

antirrepublicanos recibieron la noticia como un signo venturoso de que estaba resuelto a romper abiertamente con la odiada Constitución de Weimar y la democracia parlamentaria. Cuando sólo algunos días después la cancillería desmintió cualquier intención de proponer de manera inconstitucional unos nuevos comicios, aumentó la confusión, y con ella, el descrédito de Schleicher. Era obvio que sus negligentes declaraciones habían hecho aún más pronunciado el aislamiento político del que se esforzaba por escapar.²⁸

Y el aislamiento se hizo extensivo al gabinete. En lugar de seleccionar una nueva lista de ministros leales cuando fue nombrado, Schleicher había mantenido a todos los miembros, excepto dos, del gabinete de Von Papen, expertos apolíticos conservadores independientes. Cuando un joven asistente del Ministerio de Defensa señaló el peligro de que esta decisión transfiriese a su propio gabinete la impopularidad del de su predecesor, Schleicher contestó: «Sí, hijo mío [*Kerlchen*], tienes toda la razón; pero de momento no puedo prescindir de estas personas, porque no tengo a nadie más».²⁹ Desde el principio, consideraba que su gabinete era provisional, y no ocultó en ningún momento su intención de sustituir a los ministros que hiciera falta por hombres capaces de proporcionarle un respaldo político adicional, por lo que prefirió no contar con él para que lo guiase a la hora de trazar su estrategia política. Las reuniones cada vez menos frecuentes del gabinete versaban exclusivamente sobre cuestiones de rutina. En las raras ocasiones en que Schleicher se refería a la situación política, apenas dejaba que los ministros vislumbraran sus intenciones. Como consecuencia, algunos de ellos llegaron a conclusiones erróneas acerca de qué era lo que perseguía.³⁰

No sorprende que la moral del gabinete de Schleicher no fuese precisamente elevada, y la actitud reservada y autoritaria que el canciller mantenía en las reuniones de éste no contribuyó a mejorar esta situación. Otro tanto puede decirse de su rechazo a ocuparse de los detalles del Gobierno. Los miembros del gabinete que intentaban conseguir su ayuda para resolver los problemas

espinosos encontraron poca o ninguna colaboración de su parte. Incluso Günther Gereke había tenido esta experiencia. Se trataba de un enérgico y conservador partidario de formas activistas de gobierno al que Schleicher había incluido en su gabinete en calidad de comisionado especial para supervisar los programas de creación de empleo y repoblación agraria, que, según había prometido el canciller, serían sus máximas prioridades. Su misión era la de movilizar los recursos del Gobierno con el fin de reducir la elevada tasa de desempleo, que seguía siendo el problema interno más acuciante del país. Por lo tanto, quedó profundamente decepcionado cuando, a principios de enero, Schleicher rechazó su petición de derribar las barreras burocráticas que obstruían el progreso de estos proyectos.³¹

El canciller también eludió la cuestión espinosa de la política económica. Los ministros de Agricultura y Economía que heredó de Von Papen no mantenían con él muy buenas relaciones por este motivo. El precio de los alimentos era más bajo que nunca, y los intereses agrícolas presionaban para que el Gobierno intercediese por los productores de comestibles. En particular, los portavoces de los agricultores exigían tarifas más elevadas y la creación de barreras que redujesen la competencia por parte de los productos de importación. Los intereses industriales respondieron advirtiendo que tales medidas proteccionistas sólo lograrían que los países exportadores contraatacasen exigiendo barreras contra la exportación de productos alemanes manufacturados. El ministro de Agricultura tomó partido por los agricultores, mientras que el de Economía apoyó a los industriales. El canciller, por su parte, se mostró reacio a entrar en los detalles de la disputa, e instó a los dos ministros a que buscasen una solución intermedia a lo que ellos pensaban que eran diferencias irreconciliables. Éstos, aunque en público intentaban fingir que entre ellos había una buena relación, seguían manteniendo sus hostilidades entre bastidores, profiriendo, con la intención de apoyar sus posiciones, amenazas de dimisión que después no cumplían. El ministro de Agricultura describiría más tarde

sus experiencias en el gabinete de Schleicher como «una verdadera tortura».³²

Mucho más perjudicial que la enajenación de los ministros del gabinete era el creciente distanciamiento entre Schleicher y el que, en última instancia, era el árbitro del poder, el presidente Hindenburg. Casi desde el principio circulaban por todo Berlín informes acerca de la indiferencia del presidente. La segunda semana de enero, el canciller y su gabinete reconocieron abiertamente ante la prensa que las relaciones que Schleicher mantenía con Hindenburg no eran tan cordiales como las que este último mantenía con Von Papen, aunque negaron que eso supusiese un problema.³³ Las causas de este empeoramiento de las relaciones entre ambos quizá nunca sean conocidas del todo. Sin embargo, parece probable que uno de los factores fue que el presidente sospechaba —de forma más que justificada— que la caída de Von Papen, su favorito, había sido provocada por las intrigas de Schleicher. Esta opinión era común a la mayoría de los círculos políticos de la capital, a pesar de los intentos que él y su gabinete habían realizado para desmentirla.³⁴

Al principio de su cancillería, Hindenburg dio a entender a Schleicher que esperaba de él que defendiese los logros de su predecesor; pero éste no tardó en demostrar que no tenía ninguna intención de hacerlo. En enero ya estaba haciendo a los periodistas comentarios cáusticos sobre la actuación de Von Papen como canciller, entre las que se incluían algunos que llegaban a oídos de éste de forma encubierta; y es muy improbable que el ofendido no informase al presidente de estas indiscreciones. Otra de las fuentes de información de Hindenburg era el desafecto comisionado para la creación de empleo, Gereke. Éste, que se había encargado de las finanzas de su campaña de reelección el año anterior, se había convertido en amigo íntimo de la familia Hindenburg, y mantenía unas relaciones particularmente estrechas con el hijo y asistente militar del viejo mariscal de campo, el coronel Oskar Hindenburg. Dado el resentimiento cada vez mayor que Gereke sentía por

Schleicher, es poco probable que los Hindenburg oyesen de sus labios comentarios en favor de Schleicher.³⁵

Sin duda, fue Von Papen quien más contribuyó al deterioro de las relaciones entre Schleicher y Hindenburg. El antiguo canciller, resentido y deseoso de venganza, seguía disfrutando de un acceso privilegiado en el apartamento del edificio del Ministerio del Interior de la Wilhelmstrasse que había ocupado siendo canciller. Sólo el del Ministerio de Defensa se interponía entre este edificio y el de la Cancillería, en el que Hindenburg se había apropiado en primavera de 1932 del apartamento en que residía normalmente el canciller, al haberse visto forzado a abandonar el palacio presidencial, situado a sólo tres puertas de aquél, a causa de las reparaciones urgentes. Von Papen sólo tenía que salir por la puerta trasera del Ministerio del Interior y atravesar la entrada que separaba los jardines que se extendían tras los edificios oficiales de la Wilhelmstrasse si quería entrar en la Cancillería por detrás y visitar al presidente sin llamar la atención. Libre de toda responsabilidad, se hallaba en una posición ideal que le permitía dedicar todo su tiempo a intrigar contra el hombre que le había arrebatado el puesto de canciller.³⁶

En contraste con las facilidades de que gozaba Von Papen para acceder al presidente, parece que el contacto personal que Schleicher mantuvo con el jefe de Estado fue muy reducido. Ambos realizaban su trabajo en la Cancillería, pero el despacho del presidente se encontraba en la parte más antigua de este edificio de grandes dimensiones, a cierta distancia del de Schleicher, que estaba situado en el anexo añadido en los años veinte del lado de la Wilhelmstrasse. Además, a diferencia de Von Papen, Schleicher no residía en el complejo de edificios oficiales de la Wilhelmstrasse; había preferido quedarse en la vivienda privada a la que se habían mudado hacía poco su esposa y él, que llevaban un año casados. También pasaba largas horas en el Ministerio de Defensa, que distaba casi dos kilómetros de la Cancillería. Allí seguía dependiendo en gran medida de su estado mayor, incluso en lo que concernía a algunos asuntos que pertenecían al ámbito de la cancillería.³⁷

A pesar de que Schleicher había sido durante años uno de los más allegados consejeros de Hindenburg, sus relaciones sufrían las consecuencias de su interacción como jefe de Gobierno y jefe de Estado. En cambio, Von Papen no tuvo ningún problema en congraciarse con el viejo mariscal de campo siendo canciller, en parte debido a una diligencia por su parte que rozaba el servilismo. Acostumbrado a las zalameras muestras de devoción por parte de Von Papen, Hindenburg consideraba que el egocéntrico y desconsiderado Schleicher no era todo lo atento que él merecía.

Hablando con un diplomático austríaco una semana después de que Hitler se hiciese con la cancillería, Oskar Hindenburg hizo una descripción reveladora de las tensas relaciones entre Schleicher y su padre. Para elogiar las «excelencias del carácter» de Von Papen, comparó su conducta como canciller con la de «otro caballero», circunloquio que el diplomático reconoció enseguida como referencia a Schleicher. Oskar Hindenburg refirió entonces una ocasión reciente en la que su padre, después de oír el proyecto de una medida de Gobierno, exclamó aprensivo: «Están ignorando por completo mi autoridad». La respuesta del «otro caballero» fue: «*Jawohl*, no podemos evitarlo». Poco antes, según el hijo del presidente, Von Papen había contestado a una expresión similar de preocupación por parte de su padre con las siguientes palabras de aliento: «¡No, señor! ¡Para eso estoy yo aquí!». En el marco de referencia neofeudal de Oskar von Hindenburg, y presumiblemente en el de su padre, las palabras aduladoras de Von Papen reflejaban una «lealtad caballeresca», virtud que echaba de menos en Schleicher. Cuando informó a Viena de esta conversación, el diplomático observó: «Muchas cosas que parecen inexplicables desde un punto de vista político se hacen comprensibles desde la perspectiva humana si uno las ve entre bastidores».³⁸

Durante el mes de enero, la tensión entre el canciller y el presidente aumentó debido a un asunto que afectaba directamente a los sentimientos de Hindenburg. Éste, como otros muchos alemanes, concedía a la agricultura una prioridad absoluta. Para él

no se trataba de un mero sector de la economía, sino más bien del fundamento de la vida nacional, fuente del conjunto de tradiciones y valores. Se sintió, por tanto, contrariado cuando los dirigentes del principal grupo de presión agrícola, la Liga Agraria, se quejó el 11 de enero de que el gabinete de Schleicher estaba incumpliendo sus promesas de continuar con el proyecto de Von Papen de establecer barreras proteccionistas para los productos alemanes frente a la competencia que suponían los productos extranjeros, más baratos. Los portavoces de la Liga también exigían la renovación del decreto de Von Papen que Schleicher había permitido que se suspendiese a finales de diciembre, y que concedía a los agricultores en quiebra un período de gracia al protegerlos de la pérdida de sus tierras mediante la apertura de un juicio hipotecario.³⁹

Hindenburg, en un claro abuso de su autoridad constitucional, respondió a estas quejas convocando en tono perentorio al canciller, así como a sus ministros de Agricultura y Economía, a una reunión con los dirigentes de la Liga Agraria, que tendría lugar ese mismo día y contaría con su presencia. En esta sesión, Schleicher y los dos ministros de su gabinete lograron apaciguar a los portavoces agrarios en lo referente a las barreras comerciales al informarlos de que ese proyecto no se había abandonado, sino que se estaban preparando medidas futuras. Sin embargo, cuando Schleicher se mostró reacio a comprometerse a renovar la medidas de protección ante un juicio hipotecario debido a las privaciones económicas que esto supondría para aquellos a los que los granjeros arruinados debían dinero, Hindenburg intervino y le hizo saber que encontraba insatisfactoria la postura del gabinete, y que esperaba ser informado al día siguiente sobre los planes para resolver el problema.⁴⁰

Aunque Schleicher se sometió a esta intimidación presidencial en presencia de los portavoces de la Liga Agraria, la tarde del día 11, la paciencia que había tenido con esta organización se agotó minutos después de que acabase la reunión. Como él mismo reconoció, hacía tiempo que la Liga había dejado de ser un grupo convencional de presión económica y se había convertido en una arma política del

partido de Adolf Hitler. Tras ganarse la fidelidad de un número considerable de granjeros protestantes, los nazis se habían infiltrado en las bases de la Liga y estaban bien representados en todos los niveles de su organización. Para los nazis que se hallaban en los cargos superiores de ésta, no bastaba con lograr de Schleicher concesiones económicas; estaban dispuestos a derribarlo y dejar así paso franco a Hitler. Por petición suya, el órgano ejecutivo de la Liga había adoptado una áspera resolución, de la que la prensa se hizo eco la mañana del día 11, que constituía un ataque frontal al canciller. Definía a su gabinete como un instrumento de «los todopoderosos intereses bursátiles de la industria orientada a la exportación y sus satélites» y lo acusaba de mostrar «una gran indiferencia hacia el empobrecimiento de la agricultura, incluso peor que la de un régimen marxista». Los portavoces de la Liga no mencionaron esta resolución en ningún momento durante la reunión que mantuvieron esa misma tarde con el presidente y el canciller, y éste no tuvo noticias de ella hasta que acabó la sesión y uno de ellos le proporcionó una copia. Airado tanto por el contenido demagógico de ésta como por el hecho de que se hubiese ocultado durante el encuentro, respondió haciendo que la cancillería entregara inmediatamente a la prensa una declaración que denunciase a la Liga por abusar de su confianza y proclamase que su gabinete no volvería a mantener negociaciones con sus dirigentes.⁴¹

A pesar de esta furiosa ruptura con la Liga Agraria por parte de Schleicher, que había descubierto la manipulación de los nazis, la respuesta del presidente no dejaba lugar a dudas de que él aún conservaba una opinión favorable de esta organización. Sus dirigentes encontraban en él a un interlocutor comprensivo. Como sabían bien Hindenburg era descendiente de una familia venerable del este de Prusia y se enorgullecía de los lazos que lo unían a la aristocracia de los *junkers* que dominaba la agricultura de Alemania oriental. No cabía duda de que su carrera militar le había permitido un contacto reducido con la vida rural y lo había privado de cualquier experiencia directa en el ámbito de la agricultura. Sin embargo, ya

en edad avanzada se había convertido en terrateniente sin ningún esfuerzo por su parte. En su octogésimo cumpleaños, celebrado en 1927, había recibido como regalo (costeado principalmente con contribuciones de los intereses industriales) la hacienda ancestral de su familia al este de Prusia. No tardó en convertirse en su refugio favorito, donde disfrutaba ejerciendo las funciones de hacendado siempre que podía escapar de sus deberes oficiales en la capital.⁴²

Hindenburg encontró agradable la compañía de vecinos *junkers* en su retiro rural, que tradicionalmente contaban con la Liga Agraria para que velara por sus intereses económicos. La Liga, a su vez, empezó a considerarlo como un aliado. Después del enfrentamiento con Schleicher el 11 de enero, el presidente recibió cartas y telegramas de protesta de sus delegaciones regionales. Con toda probabilidad, sus vecinos *junkers* también le hablaron de esta polémica. El día 12 los dirigentes de la Liga apelaron a Hindenburg para que los apoyase en una carta abierta en la que negaban las acusaciones de abuso de confianza hechas por el canciller y afirmaron que sólo los movía el interés de los agricultores en dificultades. Estos ruegos no cayeron en saco roto. El 17 de enero, un día después de que Schleicher accediera a que su gabinete se sometiese a las peticiones por parte de Hindenburg de nuevas medidas que protegiesen a los agricultores en quiebra de la apertura de un juicio hipotecario, el presidente dirigió una carta de tono cordial a los dirigentes de la organización con la que el canciller había roto relaciones públicamente hacía menos de una semana.⁴³

El 18 de enero, los acontecimientos experimentaron un cambio de rumbo que hizo aún mayor el distanciamiento entre Schleicher y Hindenburg. En una sesión de la comisión de presupuestos del Reichstag, un diputado del Partido del Centro Católico presentó cargos de fraude contra los *junkers* beneficiarios de lo que se conocía como el Programa de Ayuda Oriental. Éste se había implantado algunos años antes con la intención de rescatar de la bancarrota a los propietarios agrícolas más adeudados de las zonas orientales de Prusia que sufrían un mayor retraso económico, y

había distribuido millones de marcos de las arcas del Gobierno. Haciendo uso de registros financieros cuyo origen no reveló, el diputado católico, al que se unieron otros republicanos, acusó a varios *junkers* destacados, entre los que se encontraban amigos y familiares del presidente, de malversar el dinero de los contribuyentes que se les había asignado en el proyecto. En lugar de usar los fondos para liquidar las hipotecas e invertir en maquinaria que hiciese sostenibles sus haciendas, los habían gastado, según se alegó, en comprar más tierras, caballos de carreras y coches de lujo, o en costear espléndidas vacaciones en áreas turísticas como la Riviera francesa en un momento en que millones de personas sufrían graves privaciones.⁴⁴

Durante una semana, la investigación de la comisión de presupuestos dio pie a reportajes sensacionalistas que ocuparon las portadas de los periódicos de toda Alemania, en lo que se conoció como el escándalo de la Ayuda Oriental. No hay pruebas de que Schleicher tuviese nada que ver con los cargos presentados en la comisión de presupuestos. Un mes antes se había negado en redondo a que continuasen los encuentros del comité del Reichstag durante las vacaciones de la cámara por considerarlos «un juego de locos». Sin embargo, su reputación de conspirador hizo que muchos creyesen plausibles los rumores que lo señalaban como el responsable de que esa información se filtrase al comité como venganza por los ataques que la Liga Agraria había infligido a su gabinete. En vista de las estrechas relaciones que Hindenburg mantenía con algunos de los acusados de fraude, es poco probable que estos rumores o el resentimiento que sus amigos *junkers* sentían hacia el canciller por no haber impedido la investigación escapasen a la atención del presidente; sobre todo si tenemos en cuenta que Franz von Papen estaba casi siempre a su lado.⁴⁵

Los cada vez más evidentes signos de la frialdad que Hindenburg mostraba hacia Schleicher dieron pie a que en los círculos políticos empezase a dudarse de que el canciller contara, como Von Papen en septiembre, con un decreto presidencial que le permitiera disolver el

Reichstag a su arbitrio. Cuando se lo preguntó un periodista el día 10, el portavoz de prensa de la Cancillería admitió que las relaciones de Schleicher con el presidente eran menos cordiales que las de Von Papen, aunque insistió en que era «absolutamente cierto» que el canciller recibiría ese decreto, aunque no tenía todavía el documento oficial. No obstante, durante la cena del día 13 Schleicher habló a los periodistas con tal confianza sobre sus planes de disolver el Parlamento en caso de enfrentarse a una mayoría hostil, que gran parte de los asistentes dio por sentado que debía de tener el documento en su poder.⁴⁶

Algunos de los periodistas presentes la noche del día 13 salieron de la reunión con una impresión bien diferente. La mesa en la que se habían sentado estaba presidida por Günther Gereke, el cual reveló durante la cena que Oskar Hindenburg le había confiado que Schleicher no contaba con el decreto de disolución y tampoco lo obtendría de su padre. Según Gereke, el hijo del presidente sentía un intenso desprecio por Schleicher, aunque años atrás habían sido amigos. Después de la cena, uno de los periodistas, desconcertado por la discrepancia entre las palabras de Gereke y la confianza en sí mismo del canciller, pidió al portavoz de prensa de la Cancillería que le aclarase la situación. Recibió la siguiente respuesta categórica: Hindenburg ya había otorgado a Schleicher un decreto de disolución. Cuando con posterioridad los periodistas contrastaron sus impresiones, se encontraron completamente desorientados acerca de la pregunta crucial de si el presidente estaba dispuesto a respaldar al canciller en caso de que éste se encontrase con un Parlamento hostil.⁴⁷

A pesar de que todos los indicios parecían probar lo contrario, Schleicher seguía confiado en que acabaría por obtener el decreto de disolución. La cuestión era sencilla, según explicó a sus subordinados: Hindenburg le había prometido, cuando tomó el cargo, que estaba dispuesto a usar a su favor todos los poderes presidenciales, y eso era todo lo que él necesitaba saber. Mantuvo esta empeñada actitud incluso a pesar de señales de peligro como

las registradas en la reunión del gabinete del 16 de enero por el secretario de Estado, Otto Meissner. Después de que el canciller anunciase su plan para apuntalar su gabinete mediante la inclusión de Gregor Strasser, Adam Stegerwald y Alfred Hugenberg, Meissner advirtió que tal paso podía comprometer la naturaleza presidencial del gabinete y, por tanto, poner en peligro el respaldo de Hindenburg. En actitud típicamente imperiosa, Schleicher desechó la objeción de Meissner, asegurando que ya había discutido ese asunto en profundidad con el presidente. Aunque ninguno de los miembros del gabinete dijo nada, debieron de preguntarse cómo era posible, si esto era cierto, que Meissner no estuviese al corriente, ya que era de todos sabido que éste conocía al detalle todas las opiniones de Hindenburg.⁴⁸ Algunos días más tarde, Schleicher mencionó ce pasada a uno de los ministros de su gabinete que el presidente lo estaba presionando para que disolviese el Parlamento. Sin embargo, el 19 de enero, un día antes de que el comité del orden del día tuviera programado reunirse para determinar cuándo debía convocar al Parlamento, la oficina de prensa de la Cancillería reconoció ante los periodistas que Schleicher aún no estaba en posesión del decreto.⁴⁹

A mediados de enero, el canciller estaba perdiendo de forma acelerada la iniciativa política. No había hecho ningún progreso en cuanto a la consolidación política de su gabinete y había incumplido sus promesas de llevar a cabo medidas drásticas desde el Gobierno para reducir el desempleo. Para frustración de Gereke, al que había encargado que acelerase la creación de nuevos puestos de trabajo y el asentamiento rural, el canciller se había mostrado reacio a intervenir, y eso había dejado estos proyectos dormidos en los comités, donde la obstrucción burocrática había reducido al mínimo sus posibilidades de progresar. En los asuntos delicados de política económica, el gabinete se hallaba dividido y, por tanto, era incapaz de actuar, mientras Schleicher ganaba tiempo prometiendo a los agricultores medidas proteccionistas al tiempo que anunciaba a los portavoces del sector industrial su oposición a tales medidas.⁵⁰

Frustrado por la imposibilidad de resolver dichos problemas, Schleicher centró cada vez más su atención en la cuestión del rearme, que esperaba que relegase a un segundo plano los asuntos internos. Durante la cena del día dedicó gran parte de su tiempo a exponer su estrategia para aprovechar al máximo el reconocimiento del derecho de Alemania a la igualdad armamentística, que las potencias vencedoras habían hecho público un mes antes. Había planeado, según refirió, crear una milicia obligatoria que empezase a funcionar en la primavera de 1934 y que desembocase en un servicio militar universal. Se jactó de que las fuerzas armadas no tardarían en disponer del armamento pesado que les había sido negado por el Tratado de Versalles. El día 15 utilizó un discurso dirigido a una organización de oficiales retirados del Ejército para proclamar públicamente su intención de lograr la igualdad armamentística y el servicio militar obligatorio. Pero lo que obviamente pretendía ser una acción propagandística de relieve no logró atraer toda la atención deseable debido a las noticias de continuos contratiempos sufridos por el gabinete de Schleicher durante los días siguientes.⁵¹

El 18 de enero, las ilusiones de Schleicher con respecto a Von Papen acabaron por hacerse añicos. A pesar de los intentos de los nazis por mantener en secreto el encuentro de Hitler y el antiguo canciller que tuvo lugar ese día en casa de Ribbentrop, la noticia se difundió esa misma noche en la prensa de Berlín. Cuando se le preguntó su opinión, la oficina de prensa de la Cancillería hizo creer a los periodistas que Schleicher había aprobado la reunión con anterioridad, y que Von Papen sólo pretendía aclarar ciertas cuestiones para reducir las diferencias entre los nazis y el gabinete. Sin embargo, Schleicher estaba mejor informado. Como en el caso del encuentro de Colonia el 4 de enero, no tenía conocimiento previo de las actividades del protegido del que se había deshecho. Sin embargo, después del rapapolvo que le había echado a éste por reunirse con Hitler sin consultárselo, la reunión del día 18 no dejaba lugar a dudas de que los contactos de Von Papen con el dirigente

nazi no se debían a ninguna ineptitud bien intencionada. La única explicación posible era que el hombre al que había elevado a la condición de canciller para luego arrebatárle el cargo estaba conspirando contra él.⁵²

A medida que los acontecimientos alcanzaban su punto álgido, a finales de la tercera semana de enero, Schleicher se aferró a una política estratégica cuyas premisas habían demostrado ser poco válidas. A esas alturas ya había suficientes pruebas de que todos sus esfuerzos por que Hitler colaborase habían fracasado, desde el uso de Strasser como acicate, hasta la amenaza de que los nazis perderían aún más votos en caso de unas nuevas elecciones. Pero, a pesar de su formación militar, el canciller había cometido un error fundamental de estrategia al no preparar un plan de retirada por si fracasaba. Aún contaba con que Hitler cedería y, de no ser así, con que Hindenburg estaría dispuesto a respaldarlo si decidía disolver el Reichstag sin convocar nuevos comicios. En consecuencia, no concedía ninguna importancia a la necesidad de adoptar una postura defensiva que le diese, al menos, tiempo para consolidarse en el poder; por el contrario, se empeñaba en su estrategia ofensiva como si nada hubiese cambiado. De esta manera, desperdició la oportunidad de posponer un enfrentamiento con el Reichstag y prolongar así su permanencia en la cancillería.

La oportunidad se presentó el viernes 20 de enero, cuando el comité del orden del día del Parlamento se reunió para revisar su decisión de convocar a la cámara el día El resultado determinaría cuándo tendría lugar el enfrentamiento, que parecía inevitable, entre el gabinete de Schleicher y una mayoría parlamentaria hostil. En esta reunión, tanto los portavoces comunistas como los socialdemócratas presionaron para que se mantuviese la fecha que estaba programada e hicieron evidente su intención de proponer cuando antes un voto de censura. Sin embargo, el representante de los nazis en el comité, Wilhelm Frick, adoptó una actitud mucho menos agresiva, a pesar de que la prensa de su partido exigía desafiante el voto de censura.⁵³

Frick, antiguo funcionario del Estado era, para ser nazi, un hombre prudente. Compartía las dudas de Gregor Strasser acerca de la estrategia de todo o nada de Hitler, y hasta el último momento, en diciembre, no se había distanciado del nazi renegado. Al igual que éste, temía que si se disolvía el Reichstag, los resultados electorales serían desastrosos para los nazis. Otros dirigentes nazis se mostraban también reacios a provocar un enfrentamiento. Goebbels, que por lo demás era un agitador, coincidía con Frick, como reflejó en su diario el mismo día 20: «Debemos ganar tiempo». Después de mantener una reunión con Hitler, Goering y Goebbels la noche anterior para preparar la estrategia, Frick propuso al comité del orden del día que se extendiesen las vacaciones parlamentarias hasta que el gabinete se encontrase en situación de presentar su presupuesto. Comoquiera que el ministro de Finanzas de Schleicher había anunciado poco antes que el presupuesto podía no estar listo hasta la primavera, Frick señaló que el Partido Nazi estaba dispuesto a aplazar hasta entonces la nueva convocatoria de la cámara.⁵⁴

Si la propuesta de Frick hubiese sido aceptada, los acontecimientos que la siguieron habrían tomado un rumbo bien diferente. En el supuesto de que las vacaciones del Reichstag se hubiesen alargado hasta que el gabinete pudiese presentar el presupuesto, el enfrentamiento que todos daban como inevitable entre éste y la mayoría hostil de la cámara se habría pospuesto hasta la primavera. Si entonces se hubiese adoptado una moción de censura, los nuevos comicios se podrían haber aplazado, incluso sin sobrepasar los sesenta días que estipulaba la Constitución, hasta mayo o junio en caso de una disolución del Reichstag. Y a esas alturas, la situación de Schleicher podría haber mejorado de forma considerable. Quizás entonces se hallase en situación de cosechar los beneficios políticos del programa de creación de empleo que Gereke intentaba obstinadamente llevar a término a pesar de la falta de ayuda del canciller; además, el mérito de la mejoría general, lenta pero perceptible, de las condiciones económicas que había tenido su origen durante la segunda mitad de 1932 también se

habría atribuido a Schleicher. Durante las prolongadas vacaciones del Reichstag, Adolf Hitler no habría tenido la oportunidad de levantar la moral de sus seguidores mediante una demostración de fuerza en las urnas, como sucedió en Lippe, ya que ningún otro estado había programado elecciones hasta otoño: la crisis que sufría el partido de Hitler habría empeorado rápidamente a medida que los intentos frustrados de su dirigente por hacerse con el poder hubiesen aumentado su desengaño. Unas nuevas elecciones parlamentarias bajo tales circunstancias, al final de la primavera o principio del verano, podrían suponer a nazis y comunistas unas pérdidas suficientes como para suavizar el clima de extremismo político y fortalecer aún más la posición del canciller.⁵⁵

Pero nada de esto iba a suceder, pues aunque la moción de Frick para alargar el descanso vacacional del Parlamento contaba con suficiente apoyo por parte de los partidos representados en el comité del orden del día, el secretario de la Cancillería, Erwin Planck, que actuaba como portavoz del gabinete, lo rechazó de plano. Según anunció, el gabinete exigía que la situación política se aclarase lo antes posible, y por tanto se oponía a cualquier prolongación del descanso. La aceptación de la propuesta de Frick, sin duda, hubiese sido señal de una retirada táctica por parte del canciller. Durante las semanas anteriores, con la intención de intimidar a Hitler y lograr que colaborase con el gabinete, Schleicher se había aferrado a la posición inflexible que Planck adoptó en la reunión del comité del orden del día. No hay, sin embargo, ningún indicio de que Schleicher considerase siquiera deponer esta actitud con la intención de ganar tiempo para consolidar su postura y esperar los beneficios políticos de la recuperación de la economía. Y tampoco parece probable que Planck hubiese gozado de autoridad discrecional para alterar la estrategia en el caso de que hubiese un imprevisto como el que supuso la proposición de Frick. Por lo tanto, la negativa de aquél acabó con la moción de los nazis sin que hubiese siquiera una votación, y el Partido del Centro Católico, con el beneplácito de Planck, logró que la mayoría del comité aprobase su

propuesta de ampliar una semana más el período vacacional con el fin de permitir futuras negociaciones. Por lo tanto, el 31 de enero se convirtió en una fecha crucial para la política Alemana.⁵⁶

La oportunidad que Schleicher dejó pasar el día 20 constituyó un punto de inflexión. Aunque éste no podía saberlo entonces, había desaprovechado una de las pocas posibilidades que le quedaban de escapar a la red que Von Papen estaba tejiendo a su alrededor. El objetivo de éste era conseguir el apoyo de Hitler, derrocar a Schleicher poniendo a Hindenburg en su contra y ofrecerse entonces para formar un gabinete de derechas con los nazis. Posponer el enfrentamiento del Reichstag con Schleicher, como había propuesto Frick, habría supuesto un serio obstáculo para los planes de Von Papen; sobre todo, libraría al canciller de la necesidad de hacerse con el respaldo del presidente y lograr así la autoridad para disolver el Reichstag.

Al rechazar el aplazamiento, Schleicher llevó a un punto crítico la cuestión de la confianza del presidente, en el preciso momento en que la conjura contra él estaba tomando cuerpo. Además, al aceptar el aplazamiento de una semana dio a los conspiradores el tiempo adicional que necesitaban para consolidar sus diferencias y convencer al presidente. La única esperanza de conservar el poder que le quedaba al canciller dependía por completo de su capacidad para conseguir un decreto de disolución de Hindenburg en un momento en que no tenía grandes logros que mostrar.

La falta de estrategias alternativas que Schleicher demostró tener en la reunión del comité del orden del día se basaba en la que acabaría siendo la ilusión que le costó más cara: su convencimiento de que, en cualquier caso, podía contar con que Hindenburg cumpliría su promesa de usar todos los poderes de la presidencia en su favor. No tardó en desengañarse. Poco después de la reunión del día 20, Erwin Planck telefoneó conmovido a Brüning, otrora canciller, y le dijo: «Se acabó». Acto seguido, le explicó que la postura que había adoptado en la reunión en nombre de Schleicher se debía a que Oskar Hindenburg le había asegurado que su padre concedería

al canciller el decreto. Pero luego, según refirió Planck, éste se había enterado de que el hijo del presidente se había vuelto en su contra, por lo que no obtendría el deseado documento. Sin él, Schleicher se hallaría indefenso ante una moción de censura del Reichstag cuando volviese a reunirse el día 31. Brüning propuso que se volviese a convocar enseguida al comité del orden del día, pero Planck rechazó la idea convencido de su ineficacia; Schleicher estaba, según afirmó con resignación, «acabado». Esto aún no era del todo cierto; sin embargo, era evidente que las ilusiones del canciller habían disminuido en gran medida sus posibilidades de sobrevivir en el ámbito político.⁵⁷

Notas

1. «Politische Hellseherei», *V*, 3 (3 de enero de 1933).
2. «Eine blutige Silvesternacht», *V*, 2 (2 de enero de 1933); «Mörder aus der Ackerstrasse verhaftet», *V*, 19 (8 de enero de 1933); «Die Bluttat in der Sylvesternacht», *FZ*, 24-25 (10 de enero de 1933); «Drei politische Morde», *BT*, 2 (2 de enero de 1933); «Drei Todesopfer der Neujahrsnacht», *VZ*, 2 (2 de enero de 1933).
3. Eve Rosenhaft, «The Unemployed in the Neighborhood», en *The German Unemployed*, ed. de Richard J. Evans y Dick Geary, Londres, 1987, pp. 207 s.; el menú está extraído de Hubert R. Knickerbocker, *The German Crisis*, Nueva York, 1932, pp. 23-28; Ruth Weiland, *Die Kinder der Arbeitslosen*, Berlín, 1933, pp. 8-15; Bruno Nelissen Haken, *Stempelchronik*, Hamburgo, 1932.
4. *AbRk/KvS*, pp. 101-117.
5. *IfZ*, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner (Ullstein Verlag); BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar 1933», de Georg Dertinger; Documento de Moscú (véase Apéndice).
6. El secretario de prensa de Schleicher explicó la estrategia de éste a un periodista el 10 de enero. Véase BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar 1933», de Georg Dertinger.
7. En un *Kurzorientierung* que preparó Schleicher el 21 de enero de 1933, el coronel Ferdinand von Bredow, uno de sus ayudantes en

el Ministerio de Defensa, comunicó que había promovido «nuestra idea» de «servicio militar obligatorio y retención del Ejército profesional», a lo que Schleicher respondió con un breve comentario: «bien» (documentos de Bredow, BA/MA, N 97/3). En la cena que celebró con los periodistas el 13 de enero, Schleicher afirmó que concebía la creación de una milicia como un medio de lograr la conscripción universal (IfZ, ED 93, Bd. 33, «13.I.33», de Josef Reiner [Ullstein Verlag]).

8. Otto Braun, *op. cit.*, pp. 426-438; Heinrich August Winkler, *Der Weg in die Katastrophe*, Berlín, 1987, p. 831, n. 143; Hagen Schulze, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung*, Fráncfort del Main, 1977, pp. 773-776.

9. Borrador de una carta de Schleicher al *Vossische Zeitung*, fechado el 30 de enero de 1934, en Thilo Vogelsang, «Zur Politik Schleichers gegenüber der NSDAP 1932», *VfZ*, 6(1958), p. 90.

10. Thilo Vogelsang, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr», *VfZ*, 2 (1954), pp. 426-429; IfZ, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner (Ullstein Verlag); *DBFP, 1919-1939*, serie II, vol. 4, p. 386, de Rumbold a Simon, 11 de enero de 1933.

11. Entre los que creían que Schleicher intentaba provocar una escisión en el Partido Nazi se encontraban Von Papen (*Gasse*, p. 244) y Meissner (diario de Quaatz, entrada del 16 de diciembre de 1932, en Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 218). El ministro de Finanzas de Schleicher, Lutz Graf Schwerin von Krosigk, aún estaba convencido de que ése era su objetivo muchos años después, cuando escribió sus memorias (véase Schwerin von Krosigk, *Staatshankrott*, Gotinga, 1974), p. 156.

12. El encuentro de Hindenburg y Strasser ha recibido varias dataciones, pero el 10 de enero el secretario de prensa de Schleicher especificó a un periodista que había tenido lugar el 6 de enero. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11. Januar», de Georg Dertinger. En cuanto al carácter secreto de la reunión, véase Gustav Stolper, «Umsturz», *Der Deutsche Volkswirt*, 7

(1933), p. 564. Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 251 s.; véase también la declaración de Meissner en el juicio de desnazificación de Von Papen, del 31 de enero de 1947 (Amtsgericht München, Spruchkammerakten F. von Papen, S. 218).

13. Documento de Moscú (véase Apéndice).

14. *AdRk/KvS*, pp. 233 y 235; Otto Braun, *op. cit.*, p. 432; *DDF, 1932-1939*, serie I, vol. 2, p. 375, despacho del 7 de enero del embajador François-Poncet, que reconocía que Schleicher intentaba presionar a Hitler.

15. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar», de Georg Dertinger (informa sobre una larga conversación que mantuvo con Erich Marcks, el secretario de prensa de la Cancillería de Schleicher, el 10 de enero); Documento de Moscú (véase Apéndice); «Die Lage des Kabinetts», *FZ* 39-40 (15 de enero de 1933).

16. «Informationsbericht vom 14 Januar», *cit.*; «Gregor Strasser war bei Hindenburg», *DAZ*, 19 (12 de enero de 1933); «Schleicher warnt», *DAZ*, 24 (14 de enero de 1933); «Die Lage des Kabinetts», *cit.*; «Kaas bei Schleicher», *BT*, 27 (17 de enero de 1933); «Dem neuen Kampf entgegen», *FZ*, 17 (18 de enero de 1933); *DBFP, 19191939*, serie II, vol. 4, p. 387, de Rumbold a Simon, 16 de enero de 1933.

17. *IfZ*, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner (Ullstein Verlag); Documento de Moscú (véase Apéndice); BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar», de Georg Dertinger; diario del coronel Von Thaer de julio de 1918, citado en Vogelsang, *Schleicher*, p. 18.

18. «Dienstag, den 10 Januar...», *op. cit.*

19. Vogelsang, «Neue Dokumente», p. 426; BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar», de Georg Dertinger; Documento de Moscú (véase Apéndice).

20. Brüning, *op. cit.*, pp. 395-398; Von Papen, *Gasse*, p. 280; Magnus von Braun, *Weg durch vier Zeitepochen*, Limburg-Lahn,

1965, p. 258; Erasmus Jonas, *Die Volkskonservativen, 1928-1933*, Düsseldorf, 1965, p. 148, n. 8. El confidente del príncipe era el antiguo general de división Franz Ritter von Hörauf, que dirigió el *Wehrmacht* del Partido Nazi. Algunas de sus cartas se recogen en Hentschel, *op. cit.*, p. 150-154; *AdRk/KvS*, pp. 154-156, 221-224 y 233, n. 13.

21. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar», de Georg Dertinger; IfZ, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner (Ullstein Verlag).

22. «Informationsbericht vom 11 Januar», cit. Véase también «Gregor Strasser war bei Hindenburg», *DAZ*, 19 (12 de enero de 1933). «Dienstag, den 10 Januar...», cit.; *AdRk/KvS*, p. 230, n. 3 (cita de MZ, 13-14 de enero).

23. *Ibíd.*; «Dreigespann Strasser-Hugenberg-Stegerwald?», *VZ*, 23 (14 de enero de 1933); Peter Reinhold, «Das System», *VZ*, 25 (15 de enero de 1933); *DBFP, 19191939*, serie II, vol. 4, p. 387, de Rumbold a Simon, 16 de enero de 1933; diario de Quatz, entrada del 2 de enero de 1933 (Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 224). *AdRk/KvS*, p. 234, n. 15; «Wird Hugenberg Krisenminister?», *NPZ*, 14 (14 de enero de 1933); «Unsere Meinung», *DAZ*, 28 (17 de enero de 1933). *Der Deutsche*, 16 de enero, citado en «Was wird Schleicher tun?», *FZ*, 45 (17 de enero de 1933). «Kass bei Schleicher», *VZ*, 27 (17 de enero de 1933); «Kaas drängt auf Entscheidung», *VZ*, 28 (17 de enero de 1933); Rudolf Morsey, «Die deutsche Zentrumspartei», en *Das Ende der Parteien 1933*, ed. de Erich Matthias y Rudolf Morsey, Düsseldorf, 1960, p. 335.

24. *AdRk/KvS*, p. 234.

25. Weiss y Hoser, *op. cit.*, pp. 224 s. El texto de la resolución se recoge en *SEG* (1933), p. 26. Una versión ligeramente diferente, hallada entre los papeles de Hugenberg, se encuentra en *AdRk/KvS*, pp. 282 s.; Otto SchmidtHannover, *Umdenken oder Anarchie*, Gotinga, 1959, pp. 323 s. En cuanto al desmentido de Schleicher,

véase la entrada de ese día en el diario de Quatz (Weiss y Hoser, *op. cit.*, pp. 224 s.).

26. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar», de Georg Dertinger, a quien el secretario de prensa de Schleicher, Erich Marcks, confió el día 10 el resentimiento del canciller a raíz de los ataques que había recibido dos días antes por parte del *Hamburger Nachrichten* y el *Allgemeine Zeitung* de Chemnitz. Véase también el informe sobre el arranque de ira de Schleicher frente a uno de los periodistas de derechas el 13 de enero de en el Documento de Moscú (véase Apéndice). IfZ, ED 93, Bd. 33, «13.I.33», informe de uno de los presentes, Josef Reiner, de la Ullstein Verlag; *AdRk/KvS*, p. 231. Algunos ejemplos de cómo reflejó la prensa el temor a que Schleicher violase la Constitución, en «Hitler in Berlin», *DAZ*, 28 (17 de enero de 1933); «Schleicher und Hitler kampfbereit», *FZ*, 54 (20 de enero de 1933); *AdRk/KvS*, p. 267, n. 2.

27. *AdRk/FvP*, vol. 1, p. 477 (Schleicher se dirige a la reunión del gabinete del 30 de agosto de 1932); IfZ, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner (Ullstein Verlag).

28. Véase la carta del dirigente centrista Ludwig Kaas a Schleicher el 26 de enero de 1933, en *AdRk/KvS*, pp. 304 s.; «Eine Warnung Breitscheids an Hitler», *FZ*, 55-56 (21 de enero de 1933); «Unsere Meinung», *DAZ*, 29 (18 de enero de 1933); «Staatsnotstand», *NPZ*, 22 (22 de enero de 1933); en cuanto al desmentido de la Cancillería, véase el comunicado oficial del 24 de enero de en *SEG* (1933), p. 27.

29. IfZ, ZS 37, entrevista de Hemann Foertsch, secretario de prensa de Schleicher en el Ministerio de Defensa, llevada a cabo por Wolfgang Sauer los días 28 y 31 de enero de 1953, pp. 11 s.

30. Mientras que el gabinete de Papen se había reunido más de dos veces a la semana, como media, el de Schleicher apenas fue convocado una vez a la semana. Véase *AdRk/FvP* y *AdRk/KvS*.

31. Gereke se quejó del trato que había recibido de Schleicher en la conversación que mantuvo con un periodista el 5 de enero de (BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 5 Januar», de Georg Dertinger).

32. *AdRk/KvS*, p. 1, n. 5; pp. 106 y 186-189 (carta del ministro de Agricultura Magnus von Braun dirigida a Schleicher el 5 de enero de 1933); Magnus von Braun, *op. cit.*, p. 261. En lo que respecta al consumo exterior, la descripción que Braun hizo del gabinete de Schleicher es mucho más positiva (véase el informe del embajador británico sir Horace Rumbold acerca de una conversación que ambos mantuvieron el 29 de enero, en *DBFP, 1919-1939*, serie II, vol. 4, p. 397).

33. Pueden verse algunos ejemplos del alejamiento en Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 218 (diario de Quaatz, 16 de diciembre de 1932); Jonas, *op. cit.*, p. 129, n. 3. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar», de Georg Dertinger (informe de la conversación mantenida con el secretario de prensa Erich Marcks el 10 de enero). Ese mismo día, Schleicher intentó hacer ver que el asunto no era tan grave, y aseguró a otro periodista que sus relaciones con el presidente y su hijo estaban mejorando (IfZ, ED 93, Bd. 33, «Dienstag, den 10 Januar 1933 Unterhaltung mit Reichskanzler von Schleicher», de Josef Reiner [Ullstein Verlag]).

34. Cuando surgió el tema en la conversación que mantuvieron el 10 de enero el secretario de prensa de la Cancillería de Schleicher, Erich Marcks, y un periodista, según éste afirmó más tarde Marcks se mostró «nervioso hasta un extremo insólito» al negar los rumores de que Schleicher había abandonado a Von Papen (BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar», de Georg Dertinger).

35. BAK, R43 I/1504, Bl. 93: de Meissner a Planck, 14 de diciembre de 1932. En la cena que organizó para los periodistas el día 13 de enero, Schleicher se refirió despectivamente a los «clichés románticos» de Von Papen. Como resultado de las imprudentes declaraciones de Von Papen, según les dijo, habría tenido lugar una

huelga general si éste hubiese estado tres días más en el cargo, en cuyo caso él se habría visto obligado a enviar al Ejército a las calles con ametralladoras. Véase IfZ, ED 93, Bd. 33, «13.I.33», de Josef Reiner (Ullstein Verlag). Un informe similar de otro de los periodistas presentes no tardó en llegar a Von Papen: el Documento de Moscú (véase Apéndice). En cuanto a Gereke, véanse sus memorias, *Ich war Königlich-preussischer Landrat*, Berlín, 1970, pp. 176 ss.

36. Hans-Otto Meissner, *30 Januar 33*, Esslingen, 1976, pp. 186-188.

37. *Ibíd.*, p. 187; Vogelsang, *Schleicher*, p. 72. Cuando necesitaba asesoramiento constitucional, Schleicher recurría al teniente coronel Eugen Ott (véase *AdRk/KvP*, vol. 1. pp. 579 s., en especial, n. 11). El canciller asignó a otro oficial, Hanshenning von Holtzendorff, la tarea de organizar el reasentamiento rural (IfZ, ZS/A, 36/2, de Holtzendorff a Graf Borke, 3 de mayo de 1949). Por su parte, el coronel Ferdinand von Bredow, ayudante del Ministerio de Defensa, se encargaba de asuntos políticos de naturaleza más general (véanse los papeles de Bredow, en BA/MA, N 97/1-3).

38. AdR, NPA 11 (Gesandtschaftsberichte Berlin), de Josef Meindl, *Geschäftsträger*, a Engelbert Dollfuss, 9 de febrero de 1933.

39. *AdRk/KvS*, pp. 206-208.

40. *Ibíd.*, pp. 208-214. Véase también la versión del encuentro que ofreció con posterioridad uno de los nazis que se hallaba presente entre los portavoces de la Liga: Bracher, *op. cit.*, pp. 697 s.

41. Horst Gies, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *VfZ*, 15 (1967), pp. 341-376. Schleicher temía que los nazis dominasen la Liga, como demuestran los comentarios que hizo a los periodistas el día 13: IfZ, ED 93, Bd. 33, «13.I.33», de Josef Reiner (Ullstein Verlag); *AdRk/KvS*, p. 214, n. 16.

42. Véase Wolfgang Wessling, «Hindenburg, Neudeck und die deutsche Wirtschaft», *V/SuW*, 64 (1977), pp. 41-73.

43. Gies, *op. cit.*, p. 374, n. 164. BAK, R43 II/192, Bl. 109. Con respecto a la actuación del gabinete el 17 de enero en cuanto a la

protección ante los juicios hipotecarios, véase *AdRk/KvS*, pp. 247 s.

44. *SEG* (1933), pp. 23-24. Véase también *AdRk/KvS*, p. 237, n. 22, y p. 319, n. 15.

45. Vogelsang, «Neue Dokumente», p. 427 (Schleicher ante una reunión de generales, 13-15 de diciembre de 1932). *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol. 2, p. 547 (de François-Poncet a Paul-Boncour, 1 de febrero de 1933).

46. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 11 Januar 1933» e «Informationsbericht vom 14 Januar 1933», de Georg Dertinger; Documento de Moscú (véase Apéndice).

47. *Ibíd.*

48. Entrevista del 39 de marzo de 1951 con Erich Freiherr von dem Bussche-Ippenbun, que dirigió la oficina de personal del Ministerio de Defensa de 1930 a 1933 (IfZ, ZS 217). En el borrador de una carta con fecha del 30 de enero de 1934, dirigida al *Vossische Zeitung* aunque, al parecer, no llegó a ser enviada, Schleicher se refería a la repentina retirada del «respaldo que el presidente le había prometido con gran solemnidad» (Vogelsang, *Reichswer*, p. 336, n. 1590). Según otro miembro del personal del Ministerio de Defensa, Eugen Ott, Schleicher había expresado sus dudas acerca del grado de confianza que Hindenburg tenía puesto en él (IfZ, ZS 279, «Bemerkungen zu den Akten des Instituts für Zeitgeschichte» de Ott, 18 de febrero de 1952, p. 7). En cuanto a la advertencia de Meissner, véase *AdRk/KvS*, p. 235.

49. IfZ, ZS/A-20, Bd. 4, «The Beginning and the End» (extractos del diario de Lutz Graf Schwerin von Krosigk), entrada del 22 de enero, p. 11 (la conversación con Schleicher no lleva fecha). En el borrador de una carta dirigida a los editores del *Vossische Zeitung* escrita por Schleicher en enero de 1934, que no llegó a publicarse, afirma que catorce días antes de su caída el presidente lo presionó para que disolviese el Parlamento (Vogelsang, «Zur Politik Schleichers», p. 90. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 19 Januar», de Georg Dertinger).

50. Gereke, *op. cit.*, pp. 213 ss.; Documento de Moscú (véase Apéndice); Helmunt Marcon, *Arbeitsbeschaffungspolitik der Regierungen Papen und Schleicher*, Fráncfort. pp. 303-310; Michael Schneider, *Das Arbeitsbeschaffungsprogramm des ADGB*, Bonn-Bad Godesberg, pp. 200-202. En cuanto a las promesas de Schleicher a los agricultores, véanse las notas de Gustav Krupp von Bohlen und Haibach sobre la conversación que mantuvo con aquél el 12 de enero de 1933 (Krupp-Archiv, FAH 23/793, Bl. 226-229). Cfr. los comentarios de Schleicher a los portavoces de la Liga un día antes, en *AdRk/ KvS*, pp. 210-212.

51. Documento de Moscú (véase Apéndice); IfZ, ED 93, Bd. 33, «13.I.33», de Josef Reiner (Ullstein Verlag); *SEG* (1933), pp. 19 s., discurso al Kyffhäuserbund en Berlín. Véase también Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit*, pp. 302 s.

52. «Aussprache Papens mit Hitler», MNN, 18 (19 de enero de 1933); «Papen-Hitler-Schleicher», VZ, 30 (18 de enero de 1933); «Wahlen am 19, Februar?», NPZ, 19 (19 de enero de 1933).

53. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 344; «Vertagung bis 31 Januar», VZ, 35 (21 de enero de 1933); «Die NSDAP weicht aus», FZ, 57 (21 de enero de 1933); «Reichstag vertagt», 35 (21 de enero de 1933); «Unbequeme Wahrheit», V, 36 (21 de enero de 1933); «Reichstag vertagt sich wieder!», TR, 18 (21 de enero de 1933); «Reichstag am 31 Januar», KZ, 40 (21 de enero de 1933); «Acht Tage Aufschub», BT, 35 (21 de enero de 1933); «Ein kurzer Zeitgewinn», G, 21 (21 de enero de 1933); «Das schlechte Gewissen», BT, 37 (22 de enero de 1933).

54. Günter Neliba, *Wilhelm Frick*, Paderborn, 1992, pp. 66-68. Frick ya había dicho con anterioridad en de enero de que estaba a favor de posponer la convocatoria del Reichstag («Hitlers Abstecher nach Berlin», FZ, 32 [12 de enero de 1933]). Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 343.

55. «Hitlers Schwenkung», BT, 18 (11 de enero de 1933); «Das schlechte Gewissen», BT, 37 (22 de enero de 1933); «Kein Staatsnotstand!», VZ, 40 (24 de enero de 1933).

56. Respecto a la disposición de los del centro, véase Brüning, *op. cit.*, p. 645; respecto a la de los nacionales, véanse los comentarios de Oskar Hergt en «Geldnot der N.S.D.A.P.», *BT*, 19 (12 de enero de 1933), así como «Reichstag am 31 Januar», *KZ*, 40 (21 de enero de 1933).

57. Brüning, *op. cit.*, p. 645.

CAPÍTULO 5

La conspiración se extiende y Schleicher renuncia al poder

Al final de la nublada y fría mañana del domingo 22 de enero, una brigada de policías de uniforme invadió la Casa Karl Liebknecht, sede del Partido Comunista de la Bülowplatz, la plaza principal de un distrito obrero de Berlín. Los agentes registraron el edificio y expulsaron a la mayoría de los que trabajaban allí, incluido el editor del periódico comunista *Rote Fahne*, al que sacaron a punta de pistola. Fuera iban llegando más camiones llenos de policías que se desplegaban en abanico por toda la plaza cubierta de nieve, ordenaban a los peatones que despejasen la zona y la acordonaban para evitar el paso de vehículos particulares. En las intersecciones se apostaban camiones policiales blindados y ametralladoras, mientras otras unidades formaban piquetes, con los rifles listos para disparar, en el centro de las calles desiertas que desembocaban en la plaza. Desde los tejados de los edificios de los alrededores, un buen número de policías exploraba la zona con binoculares. Si algún curioso se atrevía a salir a la terraza de su apartamento o abría una ventana para ver qué estaba pasando, se le ordenaba inmediatamente que entrara de nuevo y mantuviera cerradas puertas y ventanas. Algunos hogares del vecindario también fueron registrados. Cerca de la una de la tarde, se hicieron evidentes las razones de medidas tan extremas, cuando aparecieron las camisas marrones de una columna de soldados de asalto nazis que se dirigía

hacia la plaza bajo protección policial, cantando a coro: «¡Nos cagamos en la libertad! ¡Nos cagamos en la República judía!».¹

En total, convergieron en la Bülowplatz unos quince mil soldados protegidos de la hostilidad de los vecinos por una cantidad similar de policías. El propósito aparente de este desfile aprobado por el Gobierno era llegar al cementerio, no muy lejos de allí, donde Hitler había dedicado un monumento a Horst Wessel, un dirigente de la SA de carácter especialmente brutal, abatido por los comunistas tres años antes. Pero el verdadero objetivo era elevar la castigada moral de los nazis mediante una demostración de fuerza a las mismas puertas del Partido Comunista. Los resultados sobrepasaron todas las expectativas: el Gobierno se negó a permitir una contramanifestación por parte de los comunistas, y la policía, siguiendo sus órdenes de evitar actos violentos, se enfrentó repetidamente a los que protestaban, lo que se saldó con dos heridos de bala y casi setenta arrestos. Como consecuencia, la concentración confirió un aura de respetabilidad a los nazis, ya que los puso del lado de las fuerzas de la ley y el orden frente a los comunistas. También supuso un golpe desmoralizador para la izquierda alemana. Durante los días siguientes, la prensa nazi pregonó el acontecimiento como una gran victoria. En una memoria publicada tres años más tarde, un soldado de la SA de Berlín lo rememoró como un gran impulso experimentado por la fortuna del partido.² Goebbels casi no podía contener su regocijo cuando describió en su diario:

Los rojos bramando en las calles laterales, [...] vehículos blindados, ametralladoras. La policía vigilaba para que nadie nos disparase desde las ventanas [...]. La SA marchaba ante la Casa Karl Liebknecht. ¡Algo fantástico! [...] Hemos ganado una batalla.

El éxito obtenido por los nazis supuso un contratiempo para Schleicher; y éste lo había provocado él mismo. Hasta la víspera, Goebbels había estado temiendo que el Gobierno pusiese freno a la manifestación. Había oído que el canciller quería prohibirla, pero la resistencia del Ministerio de Defensa se lo había impedido.³ No

existían, sin embargo, pruebas que apoyasen esta teoría. Como comisario de Prusia, en virtud de la toma del poder de este estado por parte del Gobierno en julio, el canciller ejercía en última instancia la autoridad sobre las fuerzas policiales de la capital. Por lo tanto, tenía a su disposición todos los medios para prohibir la marcha o exigir a los nazis que la llevasen a cabo en un lugar menos provocador que la sede de los comunistas. Pero, en lugar de eso, permitió que la policía se convirtiese en protectora de los mismos matones que durante años habían desencadenado un alboroto letal en las calles de la capital y otras ciudades alemanas.

Aún no están claros los motivos que llevaron a Schleicher a mostrar tal pasividad frente a lo que era de forma evidente una provocación de los nazis. Quizás albergaba la esperanza de engatusar así a Hitler para que cooperase con su gabinete. De hecho, algunos observadores republicanos sospechaban que la aquiescencia del Gobierno pretendía ser un gesto conciliador. Por otra parte, es posible que Schleicher hubiera quedado inmovilizado por la impresión que le produjo, poco antes, la noticia de que no podía contar con que Hindenburg le otorgase un decreto de disolución, documento que Schleicher siempre había pensado que obtendría con sólo solicitarlo. Un periodista del principal periódico católico de la capital, *Germania*, señaló que un «espeluznante fatalismo» parecía obstaculizar cualquier actividad del Gobierno; el *Frankfurter Zeitung* definió la actitud del canciller como un «distanciamiento olímpico». Pero, sea cual sea la explicación, Schleicher le había dado a Hitler un empujón inestimable al permitir que se realizase la manifestación nazi y brindarle además la protección del Gobierno, así como la aprobación implícita que ésta suponía.⁴

La noche de ese mismo domingo 22 de enero, dos hombres acompañados de sus esposas tomaban asiento en un palco del Teatro de la Opera del famoso bulevar Unter den Linden de Berlín, donde se estaba representando *Das Liebesverbot*, de Richard Wagner, una versión operística de juventud de *Medida por medida*,

de Shakespeare. Durante el entreacto, las dos parejas alternaron con el resto de la audiencia y saludaron a algunos conocidos, y volvieron a sus asientos cuando sonó el timbre que anunciaba el siguiente acto. Pero antes de que se apagaran las luces y comenzara de nuevo la música, los dos hombres se levantaron y salieron en silencio. Tras recoger sus abrigos y sombreros del guardarropa, abandonaron el edificio por la puerta trasera. Una vez fuera, cruzaron la plaza del Teatro bajo una violenta nevada y pararon un taxi. Sólo después de comprobar, a través de la ventanilla trasera del coche, que nadie los seguía, pidieron al taxista que los llevase al elegante distrito de Dahlem, desde donde se dirigieron caminando a su destino. No sin dificultad, debido a la nieve, llegaron por fin a casa de Joachim von Ribbentrop los dos discretos visitantes, Oskar Hindenburg, hijo del presidente, y Otto Meissner, secretario de Estado. Allí los esperaban el antiguo canciller, Franz von Papen, y Adolf Hitler, acompañado de Hermann Goering y otros dos nazis destacados.⁵

Este encuentro nocturno fue obra de Von Papen. Durante la comida que ambos celebraron en casa de Ribbentrop el día 18, Hitler había exigido el puesto de canciller con más insistencia que nunca, y aquél había tomado la que resultó ser la decisión más trascendental de su vida: había determinado que la manera más prometedora de volver al poder era ceder a Hitler la cancillería, pero sólo de manera que pudiese usar al dirigente nazi para sus propios propósitos. Se dispuso, por tanto, a explorar la posibilidad de crear un gabinete encabezado por Hitler en el que él, gracias a su amistad con Hindenburg, tomaría en realidad las riendas del poder. Si este intento fracasaba, estaba dispuesto a asumir de nuevo el puesto de canciller, a pesar de la masiva oposición política tanto por parte de la izquierda como de la derecha, que había marcado su anterior experiencia en el cargo. El viernes 20 de enero, dos días antes de la reunión nocturna, Von Papen había resuelto ampliar la conspiración contra Schleicher y revelar su estrategia al hijo del presidente y al secretario de Estado. El día 20 por la noche informó a Ribbentrop de

que éstos habían aceptado unirse a su encuentro con Hitler el domingo siguiente.⁶

Al introducir a Oskar Hindenburg en su proyecto, Von Papen se había aliado con el hombre que se hallaba más cerca que nadie del anciano presidente y compartía el odio que el antiguo canciller profesaba a Kurt von Schleicher. Al igual que su padre y su abuelo, Oskar era un oficial de carrera del Ejército, aunque no podía reclamar para sí otra distinción que la de su linaje. El embajador François-Poncet lo describía como «de complexión gruesa, arisco y maleducado, tan alto y recio como su padre, pero sin su porte gracioso». Con una carrera militar poco brillante a sus espaldas, servía oficialmente al presidente como asistente militar y, de manera extraoficial, como su más íntimo confidente. Nadie veía más al presidente que él, pues, junto a su mujer y sus hijos, compartía la residencia presidencial de su padre viudo. Y a medida que éste se acercaba a los noventa años, la influencia de su hijo se incrementaba en lo político hasta el punto de que empezó a ser conocido entre los ingeniosos de Berlín como «el hijo del presidente no previsto por la Constitución».⁷

Oskar Hindenburg había mantenido una estrecha amistad con Schleicher, pero se convirtió en su implacable enemigo a raíz de un incidente ocurrido en la época en que el general llegó a la cancillería. Ninguno de los dos desveló en público qué fue exactamente lo que destruyó su amistad. Sin embargo, todo indicaba que se había cumplido la profecía que sobre Schleicher hizo otro oficial durante la guerra: «Presiento que tendrá un gran futuro si no se gana la enemistad de nadie con su lengua descarada».⁸ Algo que dijo al hijo del presidente debió, sin duda, de herir su orgullo de tal manera que hizo imposible toda reconciliación. Entre los hombres adscritos al código de honor de los oficiales prusianos, las humillaciones verbales eran consideradas asuntos muy graves. De hecho, en tiempos pasados no eran pocos los duelos a muerte que derivaban de afrentas de este tipo. Al margen de cuál fuese la causa, el hecho es que Oskar Hindenburg había acabado convirtiéndose en un gran

enemigo de Schleicher. Y esta hostilidad era compartida por completo por su esposa, una altiva baronesa que, hablando con un miembro del gabinete de éste, se refirió al canciller como «nuestro Fouché», aludiendo a un jefe de policía sin escrúpulos de tiempos de la Revolución Francesa, cuya destreza en la intriga oportunista le había permitido sobrevivir y servir tanto al Imperio napoleónico como a la restauración de los Borbones.⁹

Al incluir a Otto Meissner en la conspiración contra Schleicher, Von Papen había utilizado al hombre que, después de su hijo, se hallaba más cerca del presidente. Como secretario de Estado, controlaba el acceso oficial a éste y estaba presente en prácticamente todas sus reuniones importantes; estaba, por tanto, en situación de influir en las decisiones del presidente, aunque su poder sobre éste no fuera tan grande como imaginaban algunos observadores contemporáneos, que se referían a él en tono burlón como la «figurilla de Meissner», aludiendo a las estatuillas de porcelana que se fabricaban en la ciudad de Meissen. El embajador François-Poncet, que se encontró con él en numerosas ocasiones, lo consideraba «un personaje espeluznante» y lo describía como una persona «de cara rojiza, hinchada y gordinflona, siempre demasiado corpulenta para las ropas que viste, que esconde su mirada bajo unas gafas de lentes gruesas».¹⁰ Funcionario de carrera, había sido secretario de Estado desde 1920 y no encontró ninguna dificultad en trasladar su fidelidad del primer presidente, el socialdemócrata Friedrich Ebert, al conservador Hindenburg. Era servil y retorcido, y tenía la mentalidad de un alférez astuto, incluida una aguda sensibilidad para cualquier cambio en las relaciones de poder de sus superiores. Cuando Schleicher se hizo con la cancillería, Meissner había entablado amistad con él, igual que había hecho con sus predecesores; pero durante la tercera semana de enero había empezado a sentir que el canciller estaba perdiendo control sobre el poder y que era hora de congraciarse con los que parecían tener más posibilidades de ejercer la autoridad en un futuro.

Cuando llegaron a casa de Ribbentrop el 22 de enero, Meissner y Oskar Hindenburg se unieron al resto en una conversación sobre temas generales regada con champán de su anfitrión.¹¹ Sin embargo, después de un breve espacio de tiempo, el dirigente nazi anunció que deseaba hablar en privado con el hijo del presidente, y ambos se retiraron a otra habitación, donde permanecieron reunidos durante aproximadamente una hora. Hitler sabía que se hallaba ante una persona que hasta entonces no había mostrado ninguna simpatía por el nazismo. Dos meses antes, en un memorándum de gran perspicacia, el hijo del presidente había intentado en vano alertar a su padre de los peligros de entablar negociaciones con Hitler. Hindenburg hijo reconocía la firme determinación de éste a erigirse en canciller presidencial, y había predicho con exactitud que intentaría desdibujar la diferencia existente entre un gabinete presidencial y uno parlamentario. También había advertido que no se podía esperar que Hitler cumpliera con ninguna de sus promesas, y que su nombramiento acabaría inevitablemente en una dictadura unipartidista.¹²

Lo que sucedió entre Hitler y Oskar Hindenburg la noche del día 22 ha sido durante mucho tiempo objeto de diversas especulaciones. A menudo se ha insinuado que aquél amenazó con chantajear al presidente o a su hijo si no lo nombraban canciller, aunque esto parece improbable, ya que no había motivos suficientes para llevar a cabo tal chantaje. Además, incluso Hitler debía de ser consciente de que métodos tan crudos eran una arma de doble filo en el caso de los Hindenburg, dada su hipersensibilidad aristocrática con respecto a los asuntos relativos al honor. Es más razonable suponer que Oskar Hindenburg contó la verdad en el juicio del Tribunal de Desnazificación que tuvo lugar tras la segunda guerra mundial. En tal ocasión refirió que Hitler lo había sometido al mismo tipo de monólogo prolongado acerca de su lucha política y sus proyectos para remediar las enfermedades que acosaban a Alemania que empleaba habitualmente cuando intentaba doblegar a los demás. El hijo del presidente continuó su relato afirmando que Hitler acabó por

centrarse en la situación política del momento y dejó claro que se opondría a cualquier gabinete que no contase con su participación. Según su testimonio, él manifestó que la política no era asunto suyo y que no tenía ninguna influencia sobre las decisiones de su padre. Por su parte, Hitler no dejó constancia alguna de la entrevista, aunque dos días más tarde le dijo a Goebbels que no había podido convencer al hijo del presidente, al que describió como «la estupidez en persona».¹³

Mientras Hitler arengaba a Oskar Hindenburg, Hermann Goering mantenía una conversación con Otto Meissner. El primero, hijo de un alto oficial colonial del Gobierno del viejo Imperio, había logrado reconocimiento nacional como as de la aviación durante la guerra, y era el miembro de la cúpula nazi que más se aproximaba al *establishment* alemán de clase alta. Su presencia al lado de Hitler confería al advenedizo dirigente nazi cierto aire respetable a los ojos de figuras prominentes y privilegiadas como Meissner u Oskar Hindenburg. Hábil en sociedad, el regordete y afable Goering podía hacer que los demás se sintiesen cómodos e invitarlos a expresarse abiertamente, mientras que los laberínticos monólogos visionarios de Hitler no propiciaban una comunicación bilateral plena. El futuro ministro de las Fuerzas Aéreas y mariscal de campo había llegado corriendo a última hora de la tarde el día 22 desde Dresde con el cometido de servir de portavoz de Hitler, tarea que iba a desempeñar con habilidad durante las negociaciones entre bastidores que tendrían lugar a lo largo de la semana siguiente.

Goering adoptó una postura conciliadora en su trato con Meissner. Si Hitler era nombrado canciller, informó al secretario de Estado, los nazis se conformarían con sólo un cargo adicional en el gabinete. Los otros ministerios podían asignarse a partidos de coalición o a expertos independientes, y se dejaría en manos del presidente la elección del ministro de Defensa y el de Asuntos Exteriores.

También le dio a entender que un gabinete encabezado por Hitler acabaría desembocando en una restauración de la monarquía, en un

intento obvio de hacerse con el favor de Hindenburg, que, a pesar de ser el jefe de un Gobierno republicano, no hacía ningún esfuerzo por ocultar sus convicciones monárquicas.

Cuando Hitler y Oskar Hindenburg volvieron a unirse al grupo, Ribbentrop ofreció a sus invitados un tentempié y más champán. En la conversación que siguió, todos coincidieron en una cosa: Kurt von Schleicher debía ser destituido. Cuando se despidieron, además, habían alcanzado un acuerdo crucial de forma implícita. Von Papen se había mostrado dispuesto a conformarse con el puesto de canciller adjunto del gabinete de Hitler; a través de Goering, este último había puesto de relieve su voluntad de hacer concesiones de relevancia en cuanto a la composición de un gabinete encabezado por él; Meissner y Oskar Hindenburg fueron los únicos que no se definieron en relación al sucesor de Schleicher. Pronto resultaría evidente que el secretario de Estado, en realidad, se había decantado por Hitler, mientras que Oskar Hindenburg siguió estando durante varios días a favor de restituir la cancillería a Von Papen. No obstante, Meissner recordó más adelante que cuando volvían en taxi al centro de Berlín desde Dahlem, el hijo del presidente se dirigió a él tras un largo período de silencio y le confió en tono resignado que, ya que Von Papen se mostraba favorable a ceder a Hitler el puesto de canciller y dispuesto a conformarse con el de canciller adjunto, no había nada que hacer al respecto.¹⁴

La mañana del día siguiente, lunes 23 de enero, Von Papen hizo una visita a Hindenburg para exponerle su plan. Éste no se opuso a la propuesta de sustituir a Schleicher, ya que el respaldo que había ofrecido a quien él mismo había nombrado canciller siete semanas antes hacía tiempo que se tambaleaba. Pero cuando Von Papen propuso a Hitler como sucesor, el presidente se mostró reacio. Quería que el cargo lo ocupase el mismo Von Papen, pues no acababa de aceptar que lo hubiesen destituido. Además, desconfiaba de Hitler y sentía por él un cierto desprecio, por lo que se resistió a la propuesta de que el dirigente nazi fuese proclamado jefe del Gobierno. Según confió en privado a un aristócrata conservador por

las mismas fechas, consideraba que Hitler estaba capacitado, como mucho, para encabezar el Ministerio de Correos.¹⁵

Cuando el presidente convocó a Meissner y a su hijo para discutir con Von Papen durante la mañana del día el primero secundó la propuesta de éste en lo referente al nombramiento de Hitler como canciller. Según arguyo, un gabinete encabezado por Hitler que contase con Von Papen como canciller adjunto constituiría la mejor manera de salir de la crisis política: lograría el respaldo de otros partidos y, al lastrar a los nazis con una responsabilidad de gobierno, acabaría con su demagogia revolucionaria y los situaría en el sendero de la evolución. Por lo tanto, Meissner abogaba por la misma estrategia de «domar» a los nazis que había concebido Schleicher con anterioridad, aunque en virtud de una fórmula que excluía a este último. Tanto Hindenburg como su hijo seguían mostrándose escépticos, y se mantenían en su opinión de que era a Von Papen, y no a Hitler, a quien debía asignarse la cancillería en caso de que Schleicher fuera derrocado. En consecuencia, Von Papen salió de la reunión sin haber progresado de forma relevante en su intención de elevar a Hitler al puesto de canciller, a pesar de que en lo personal seguía gozando del favor de los Hindenburg.¹⁶

No obstante los esfuerzos por parte de los conspiradores de mantener en secreto la reunión de la noche del 22 en casa de Ribbentrop, las noticias no tardaron en llegar a oídos del canciller. La mañana del día 23, Meissner recibió una llamada telefónica de Schleicher, que le preguntó qué había pasado la noche anterior en casa del comerciante. No quedó constancia alguna de su respuesta, pero nada de lo que pudiera decir Meissner lograría ocultar el hecho de que a Hitler y Von Papen se les habían unido los dos hombres que más confianza merecían al presidente para conspirar de forma activa contra el canciller. Consciente por fin de la precariedad de su posición, Schleicher decidió probar la lealtad de Hindenburg, por lo que fijó una entrevista con él, que tendría lugar esa misma mañana a las once y media.¹⁷

Al comienzo de lo que resultó ser un fatídico encuentro con Hindenburg el día 23, Schleicher actuó, en apariencia, sin pensar. El único consejo que se sabe que recibió en relación a las gestiones políticas de las que disponía fue un memorándum que prepararon sus ayudantes del Ministerio de Defensa, en el que se exponían tres opciones para afrontar una mayoría hostil en el Reichstag.¹⁸ La primera consistía en poner en marcha las mismas medidas de seguridad que Von Papen había propuesto al final de su mandato: disolver el Parlamento y posponer los comicios más allá de los sesenta días estipulados por la Constitución. Esto desembocaría, según advertía el memorándum, en acusaciones de inconstitucionalidad por parte de un buen número de partidos políticos, y obligaría al gabinete de Schleicher a tomar una postura defensiva. La segunda opción iba acompañada de una advertencia similar. Se trataba de forzar una suspensión del Reichstag y combinarla con la oferta de volver a convocar la asamblea legislativa cuando hubiese una mayoría parlamentaria dispuesta a seguir una trayectoria constructiva. La tercera opción que presentaba el memorándum del Ministerio de Defensa se refería a un vacío en la Constitución de la República que ya había sido apuntado por eminentes expertos legales. Éstos señalaban que los autores de la Constitución no habían previsto la posibilidad de una mayoría parlamentaria negativa. De hecho, no había existido ninguna desde las elecciones al Reichstag de julio de 1932. Al contar con más de la mitad de los escaños del Parlamento, los comunistas y los nazis podían unir sus votos en caso de que se presentase una moción de censura; pero no estarían dispuestos a unirse con el fin de respaldar a un gabinete. Con la esperanza de remediar tal deficiencia, algunos expertos recomendaron que se adoptase enseguida una enmienda constitucional que invalidase un voto de censura a menos que aquellos que lo promoviesen se hubieran puesto de acuerdo previamente en relación a un gabinete sustituto que contase con una mayoría parlamentaria. Una disposición semejante se convertiría, tras la caída del Tercer Reich, en la piedra angular de la

República Federal de Alemania; pero bajo las circunstancias políticas de enero de 1933, con el Reichstag dominado por una mayoría negativa, era imposible plantear una enmienda de la Constitución, que requería dos tercios de los votos. El memorándum del Ministerio de Defensa incluía como alternativa una solución provisional que habían recomendado algunos críticos expertos del citado vacío Constitucional: un gabinete que sufriese una moción de censura permanecería en activo sólo en calidad de Gobierno de transición. Puesto que el presidente era el único con autoridad para nombrar al canciller y a su gabinete, según argüían los expertos, podría hacer que el canciller de transición ostentase su cargo indefinidamente sin violar por ello la Constitución. Y si esto no satisfacía a los partidos que formaban la mayoría, sólo tenían que unirse alrededor de un canciller y un gabinete de su propia elección.¹⁹

Los autores del memorándum se mostraban claramente a favor de esta última vía, al igual que Wilhelm Simpfendörfer, diputado de un pequeño partido conservador del Reichstag, que ya la había propuesto en un encuentro con Schleicher el día 19. Con anterioridad, el enviado bávaro en Berlín le había hecho la misma sugerencia la víspera de su nombramiento como canciller. El gabinete republicano del estado de Württemberg ya había sentado un precedente cuando, a finales de 1932, había hecho caso omiso del voto de censura emitido por la mayoría de la asamblea legislativa del estado. Al tener como base un error innegable de la Constitución de Weimar, esta tercera opinión ofrecía la clara ventaja de ser la menos vulnerable a las acusaciones de anticonstitucionalidad. Además, suponía una provocación mucho menor a los partidos políticos que ninguna de las otras dos alternativas. Pero, sobre todo, no necesitaba otra actuación por parte del presidente que un asentimiento pasivo ante el hecho de que el canciller que había sufrido un voto de censura mayoritario siguiera en el cargo. La creciente aversión que mostraba Hindenburg hacia todo lo que implicase tomar decisiones relevantes favorecía sin duda esta estrategia.²⁰

Por otra parte, la tercera alternativa también ofrecía a Schleicher la oportunidad de ampliar el escaso apoyo político con el que contaba, y que resultaba peligroso. Los defensores de la República no dudarían en unirse a los nazis y comunistas para atacarlo si violaba la Constitución posponiendo las elecciones; pero quizá responderían de forma más moderada si, para justificar su desobediencia ante un voto de censura, se acogía a un error de la Constitución que había sido identificado por expertos distinguidos, entre los que se incluían algunos con credenciales republicanas. Esa solución, por otra parte, tampoco encontraría oposición alguna del lado de los sindicatos ni del de la patronal, pues ambos sectores temían que el grado de incertidumbre que provocarían un nuevo cambio de gabinetes y unos nuevos comicios pudiese acabar con el frágil auge que había experimentado la economía durante los meses anteriores. Si disfrutaba de un respaldo tan amplio, Schleicher estaría en situación de argumentar que sólo los extremistas de derechas e izquierdas, los nazis y los comunistas, se oponían a que siguiese en el cargo como jefe de un Gobierno de transición. Es cierto que no había ninguna garantía de que Hindenburg, dada su indiferencia hacia el canciller, estuviese de acuerdo en que éste reaccionase ante un voto de censura; pero, con todo, la tercera opción representaba para Schleicher la mejor oportunidad de conservar el cargo. Y también constituía una ocasión inigualable de frustrar la ascensión de Hitler al poder durante el tiempo suficiente para hacer que el desengaño de sus seguidores agravase la crisis que acosaba al Partido Nazi.

A pesar de las ventajas del plan recomendado por el memorándum del Ministerio de Defensa, Schleicher lo rechazó. No hay constancia de cuáles fueron sus razones, pero un comentario que hizo a los periodistas durante la cena extraoficial del 13 de enero resulta esclarecedor. Un gabinete presidencial de transición podría permanecer en activo después incluso de una moción de censura, explicó, pero una mayoría hostil en el Reichstag tendría la capacidad suficiente para mutilar los proyectos económicos del

gabinete mediante la rescisión de los decretos extraordinarios en virtud de los cuales promulgaba las leyes.²¹ En efecto, éste era uno de los inconvenientes del plan, y el Ministerio de Defensa lo había omitido en su memorándum. Sin embargo, como ponía de relieve este documento, la tercera vía dejaba abierta, por si en un futuro había que recurrir a ella, la posibilidad de una disolución del Reichstag y el aplazamiento de unos nuevos comicios en caso de que perdurase su enfrentamiento con la mayoría parlamentaria. Al margen de consideraciones prácticas, es posible que Schleicher rechazase la tercera vía por el simple hecho de que la consideraba desagradable: exigía que el canciller se tragase su orgullo y se desdijera de las numerosas amenazas de disolver el Reichstag si no contaba con su cooperación. Renegar de dichas intimidaciones y aferrarse a una cancillería con carácter de Gobierno de transición debía de tener un cierto sabor a debilidad para alguien como Schleicher, imbuido de la tradición militar prusiana, que anteponía el combate ofensivo al defensivo y exaltaba el coraje personal.

No hay pruebas de que el rechazo de la tercera vía del memorándum por parte del canciller se debiese a una reflexión exhaustiva o a un análisis razonado: no parece que solicitara consejo de los miembros de su gabinete ni de abogados del Gobierno expertos en la Constitución. En lugar de eso, confió, como era su costumbre, en sus ayudantes del Ministerio de Defensa. La única orientación que se sabe con seguridad que recibió es la del teniente coronel Eugen Ott, su asesor habitual en asuntos constitucionales. La recomendación de este oficial tomó la forma de un comentario escrito a mano en la copia del memorándum que poseía el canciller, que se limitaba a afirmar: «¡Opción I!».²²

En consonancia con este lacónico consejo, Schleicher se decidió por la primera de las opciones expuestas en el memorándum del Ministerio de Defensa. Resolvió, por tanto, pedir al presidente que lo autorizase a resolver el Reichstag sin programar nuevas elecciones dentro del período que señalaba la Constitución, eligiendo de esta manera la más arriesgada de las posibilidades que se le ofrecían.

Esto sucedió poco después de que hubiese advertido que el hijo del presidente se había vuelto en su contra y que no le sería concedida la orden de disolución;²³pero, aunque se hubiera demostrado que este aviso era infundado y el presidente hubiese accedido a su petición, un incumplimiento tan manifiesto de la Constitución invitaba a una oposición radical de todo el espectro político, como advertía el memorándum. Quizá debido a una omisión de carácter diplomático, el documento no mencionaba que, además, el presidente Hindenburg recordaría sin lugar a dudas que el canciller Franz von Papen había propuesto lo mismo sólo dos meses antes. Tampoco señalaba que no era muy probable que el presidente hubiese olvidado que la proposición de Von Papen había desembocado en su derrota debido a las objeciones planteadas por los miembros de su gabinete y que había dirigido el mismo Schleicher.

Desde el punto de vista del canciller, seguramente, sus objeciones a la violación de la Constitución por parte de Von Papen a finales de noviembre no podían aplicarse a su caso, ya que las circunstancias habían cambiado. Confiaba en que su abandono del proyecto de aquél para alterar la Constitución y su acercamiento a los sindicatos hubiesen acabado con el peligro de una guerra civil que existía a finales de noviembre. Las condiciones económicas también habían mejorado desde entonces, y su programa de creación de empleo no tardaría en aliviar aún más la situación. Pero, por encima de todo esto, Schleicher podría recurrir al Ejército, cuya capacidad había desarrollado de forma considerable, para enfrentarse a cualquier desorden civil. Siguiendo órdenes suyas, el Ministerio de Defensa había puesto en práctica durante diciembre y enero una serie de medidas diseñadas para rectificar los defectos que se habían detectado durante noviembre en lo referente a la incapacidad del Ejército para responder a un levantamiento simultáneo de comunistas y nazis. En contraste con la situación existente cuando tuvo lugar la caída de Von Papen, el Ejército contaba con planes exhaustivos para reprimir revueltas políticas, así

como con grandes reservas de gas lacrimógeno. Se habían adoptado las disposiciones necesarias para poner al cuerpo de policía prusiano, que tenía casi la mitad de miembros que el Ejército, bajo órdenes militares si era preciso. Como consecuencia del reconocimiento por parte de las potencias occidentales del derecho de Alemania a la paridad armamentística, que había tenido lugar en diciembre, el Ejército estaba también en situación de engrosar sus filas mediante el reclutamiento de voluntarios sin provocar recriminaciones del extranjero.²⁴

Armado con estas razones, Schleicher se reunió con Hindenburg el lunes 23 de enero a las once y media. Solicitó del presidente un decreto de disolución, aduciendo que si la cámara se reunía el día 31, habría, con toda seguridad, una mayoría dispuesta a aprobar una moción de censura. Tras predecir que unos nuevos comicios no alterarían de manera apreciable la composición del Reichstag, pidió también que la nueva ronda de votaciones se pospusiese más allá de los sesenta días estipulados. A pesar de que el acta oficial del encuentro, que según todos los indicios fue escrita por Meissner, sólo proporciona una relación resumida de lo que se dijo, Schleicher debió de intentar, con toda seguridad, defender sus peticiones destacando los adelantos que se habían llevado a cabo desde su nombramiento como canciller, así como la cada vez mayor capacidad del Ejército para enfrentarse a cualquier rebelión nacional.

Hindenburg permaneció callado. Se encontraba bastante distanciado de Schleicher, y el contacto personal entre ambos desde el encuentro con los portavoces de la Liga Agraria, el día 11, había sido mínimo. No había pasado mucho desde que, esa misma mañana del día 23, el presidente había oído sin plantear objeciones la propuesta de Von Papen, Meissner y su hijo en favor de prescindir del canciller. Sin embargo, una petición por parte de éste de ignorar un posible voto de censura y permanecer en el cargo en calidad de jefe de un Gobierno de transición podía haber forzado al presidente a reconsiderar su intención de deshacerse de él, sobre todo si hubiese estado avalada por opiniones expertas acerca del referido

error de la Constitución. Pero el hecho de que propusiese una vía de acción exactamente igual que la que él mismo había rechazado poco menos de dos meses antes, cuando fue defendida por Von Papen, debió de despertar recuerdos tristes en la memoria de Hindenburg y le facilitó sin duda la labor de rechazar a Schleicher. Respondió a su solicitud del decreto de disolución afirmando que lo estudiaría; pero no ofreció ninguna garantía en ese sentido. Sin embargo, sí se opuso de plano a la propuesta de retrasar las elecciones. Arguyó en tono de censura que se expondrían a acusaciones de inconstitucionalidad provenientes de todas partes; sólo tendrían en cuenta dicha opción en caso de que los dirigentes políticos respaldaran la declaración de un estado de excepción y accediesen a no acusarlo de violar la Constitución.

Como bien sabía Schleicher, cualquier acuerdo de ese tipo entre los dirigentes políticos de Alemania, siempre enfrentados entre sí, era impensable. Y también recordaba que Hindenburg había respaldado de manera incondicional, y no una, sino dos veces, los planes de Von Papen de posponer indefinidamente los comicios, aunque las circunstancias no permitieron que se llevasen a cabo. No cabía duda de que los escrúpulos constitucionales de Hindenburg funcionaban de manera selectiva. En un intento de disipar las preocupaciones del presidente, Schleicher sugirió que se preguntase a los dirigentes de los sindicatos y la patronal si aceptarían un aplazamiento de las elecciones; pero la respuesta de Hindenburg tampoco fue positiva. Tras indicar que no había esperado una decisión inmediata acerca de su petición de un decreto de disolución, el canciller dio por concluida la reunión, que se había enfriado gradualmente, anunciando su intención de volver a tratar el asunto en otro momento.²⁵

El rechazo de Hindenburg supuso un duro golpe para Schleicher, pero no selló su destino. La prensa no recibió ningún comunicado sobre lo ocurrido en la reunión, así que, por lo que el público sabía, seguía firmemente aferrado al cargo de canciller. Sin embargo, él era consciente de que el presidente no violaría la Constitución para

salvarlo, así que las dos primeras opciones que se exponían en el memorándum ya no tenían ningún futuro. En realidad, Hindenburg no había negado la posibilidad de disolver el Reichstag; pero, sin un aplazamiento de los comicios, esta opción no servía para nada, ya que no había ninguna esperanza de que una ronda de votaciones efectuada dentro de los sesenta días siguientes eliminase la mayoría hostil que se oponía al canciller. Después de los comicios tendría que enfrentarse de nuevo a una moción de censura.

Aún quedaba la tercera opción, la de acogerse al vacío constitucional con el fin de conservar el cargo en el contexto de un Gobierno de transición, a pesar de la moción de censura. Schleicher todavía estaba en situación de reclutar a los expertos legales que habían criticado ese error constitucional en un intento desesperado de ganar al menos la aquiescencia de los partidos republicanos, los sindicatos y la patronal en relación a esa decisión. No quedaba mucho tiempo, ya que se esperaba que la moción de censura se presentase durante los días siguientes a la primera reunión del Reichstag, que tendría lugar el martes, 31 de enero. Pero si lograba aglutinar un número representativo de expertos constitucionales y grupos de interés poderosos, podría acudir de nuevo al presidente con un respaldo impresionante para hacerle una propuesta que no implicaba violar abiertamente la Constitución ni disolver el Parlamento.

De haberse encontrado en la situación de Schleicher, cualquier político experto habría reconocido esta posibilidad de conservar el poder y se habría aferrado a ella, pues, como todo profesional serio sabe, conseguir el poder es el objetivo último y retenerlo una vez que se ha obtenido es la prueba más elevada a su aptitud. Para un político serio, ya sea un monarca absolutista o un demócrata, dictador militar o civil, ésta es una verdad categórica. Y nadie lo sabía mejor que Adolf Hitler, que no hizo ningún esfuerzo por mantener en secreto su resolución de mantenerse en el poder si conseguía hacerse con él. En octubre, pronunciando un discurso en la ciudad de Königsberg, había proclamado: «Si alguna vez logramos

el poder, lo conservaremos, Dios mediante. No permitiremos que nadie nos lo arrebate». ²⁶Por desgracia para Alemania, a Kurt von Schleicher le faltaba esa fijación por la idea de conservar el poder.

En vista de su formación en estrategia militar, es asombroso que Schleicher volviese a fracasar a la hora de buscar una posición de repliegue, a pesar de la evidente precariedad de su situación. Siendo cadete y oficial subalterno, había aprendido que un comandante prudente debe pensar siempre por adelantado en una estrategia alternativa que poner en práctica en caso de que los planes salgan mal. Sin embargo, cuando se enfrentó al mayor examen de toda su carrera política hizo caso omiso de esa lección, a pesar de que era obviamente aplicable al arte de gobernar. En lugar de eso, sin embargo, adoptó una postura que sugería que había perdido todo contacto con la realidad: se aferró, en contra de todo realismo, a su plan de posponer los comicios subsiguientes a la disolución del Reichstag, a pesar de que el presidente había rechazado de plano esa propuesta. De nuevo, actuó sin recurrir al consejo de los miembros de su gabinete o de los funcionarios del Estado veteranos.

Debido a esta falta de disposición para abandonar su estrategia de violar la Constitución, Schleicher destruyó los vínculos que lo unían a los defensores de la República, sin dejar lugar a ninguna posibilidad de reconciliación. Sin duda, habría obtenido la aprobación por parte de católicos del centro y socialdemócratas con respecto a la tercera opción del memorándum si hubiese logrado el respaldo de expertos en la Constitución que simpatizasen con los ideales republicanos. Pero, a pesar de que sus ayudantes se afanaban en desmentirlos, los rumores de que proyectaba declarar el estado de excepción para no convocar elecciones dentro del plazo establecido por la Constitución no tardaron en provocar gritos de protesta entre los centristas y los socialdemócratas. El mismo Schleicher dio crédito a tales rumores, cuando, el día 26, volvió a exponer su plan en un intento frustrado de reclutar adeptos durante un encuentro con dirigentes sindicales afiliados a los socialdemócratas. Como consecuencia, el rechazo de Schleicher se hizo tan patente en las

filas del mayor partido republicano que incluso Otto Braun, el depuesto presidente del Consejo de Prusia, revocó su decisión de unirse al canciller para abogar ante el presidente por un aplazamiento inconstitucional de los comicios. En carta dirigida a Schleicher, de la que envió una copia a Hindenburg, tildó tal postura de «llamamiento a la traición». Ante ésta y otras expresiones de hostilidad hacia Schleicher por parte de los socialdemócratas, incluso los dirigentes sindicales cercanos a este partido que se habían inclinado por apoyarlo (por considerarlo un mal menor) acabaron por distanciarse de él.²⁷

El comportamiento de los socialdemócratas revelaba que ellos también habían perdido todo contacto con la realidad política a finales de enero de 1933; y lo mismo se podría decir del Partido del Centro Católico. Tras haber visto cómo la autoridad del Parlamento disminuía en favor de la del presidente a lo largo de los tres años anteriores, los dirigentes de ambos partidos (con la notable excepción, si bien temporal, de Otto Braun) se mostraban resueltos a defender la Constitución.²⁸ Durante el mes que decidiría el destino de Alemania, los partidos que se habían erigido en baluarte de la República vivieron preocupados por lo que consideraban que era el peligro más grave: el incumplimiento de la Constitución por parte de Schleicher o, en caso de que éste cayera, de Von Papen. Tan obsesionados estaban a este respecto que perdieron de vista el peligro incalculablemente mayor que suponía Adolf Hitler. De hecho, al poner a la opinión pública en contra de Schleicher habían contribuido a enfrenar a Hindenburg con el canciller, prestando apoyo accidentalmente a la ascensión al poder de Hitler, que acabó por llevarse a término. Si hubiesen permitido que Schleicher actuase al margen de la legalidad, los defensores de la República podrían haber evitado, con toda probabilidad, ese desenlace; pero tal postura de su parte era impensable.

Con los centristas y los socialdemócratas formando un frente común contra él, en lo político Schleicher estaba aislado casi por completo. Sólo los dos pequeños partidos liberales respaldaban aún

nominalmente su gabinete, y su apoyo tenía poco de incondicional. En la derecha le quedaban pocos aliados, si es que alguno le quedaba. El embajador François-Poncet, que por su posición mantuvo contactos frecuentes con círculos reaccionarios, analizó las razones por las que rechazaban a Schleicher en el comunicado que envió a París el 19 de enero: Los políticos de derechas que habían albergado la esperanza de que el general impusiera un gobierno militar comprobaron decepcionados que el comportamiento de éste era más débil y mucho más civil sin uniforme. En lugar de tomar medidas severas contra la izquierda, había hecho numerosas concesiones a las organizaciones sindicales y no dudaba en negociar con sus dirigentes; en lugar de restringir las pretensiones del Reichstag, había coqueteado con los partidos en un intento de lograr el favor de una mayoría parlamentaria, y en lugar de incluir a los nazis en el Gobierno, había «declarado la guerra» a Hitler al aliarse con el renegado Gregor Strasser.

«En medio de las dificultades que acosan a Alemania —informó el embajador a su Gobierno—, el general no es capaz siquiera de tomar una decisión; parece estar esperando a ver cuál de esas corrientes prevalece para comprometerse con ella.» Esto, según la opinión del embajador, era lamentable, «porque en estos tiempos, lo que necesita Alemania son hombres que creen una corriente más que hombres que la sigan». Se preguntaba cuánto tiempo podría Hindenburg permanecer fiel a un canciller así, y llegaba a la siguiente conclusión:

Todo lo que uno puede observar por el momento es la rapidez con que se ha apagado la estrella del general, y la frivolidad de aquellos que están a punto de sacrificar (sin saber siquiera cómo sustituirlo) a uno de los hombres de más talante y prudencia de Alemania.²⁹

Lejos de aspirar a dictador, como temían los defensores de la República y deseaban no pocos de la derecha, Schleicher se limitó a abandonar toda esperanza de retener la cancillería. Y en lugar de intentar un acercamiento diferente a Hindenburg, recurrió al

equivalente político de lo que se conocía como *Flucht nach vorn*,^[2] una de las estrategias militares más desesperadas, en la que un comandante asediado ordena cargar directamente contra las fuerzas enemigas una vez que lo ha dado todo por perdido. Cuando el jueves 27 de enero el comité del orden del día volvió a reunirse para revisar el programa según el cual la cámara sería convocada el día 31, Schleicher no hizo ningún intento por retrasar un enfrentamiento directo con la mayoría parlamentaria hostil. Por entonces ya se había citado con el presidente para el mediodía del domingo, día 28. Media hora antes, tenía programada una reunión con su gabinete. Según informó Erwin Planck, secretario de la Cancillería, al ministro de Finanzas el día 26, Schleicher pensaba solicitar un decreto de disolución, y como no era probable que su petición recibiese una respuesta positiva, el gabinete anunciaría su dimisión, con toda probabilidad, el día 28. De esta manera, Schleicher estaba decidido a poner fin a su mandato pidiéndole a Hindenburg algo que sabía que éste iba a rechazar.³⁰

Schleicher no dejó constancia de cuáles eran los motivos que lo movieron a llevar a cabo este suicidio político, y las pruebas que han llegado hasta nuestros días no proporcionan una explicación sencilla. Es posible que acabase derrumbándose bajo la presión. Según el antiguo canciller Brüning, que lo conocía bien, Schleicher era propenso a «ofuscarse ante las decisiones vitales».³¹ Si, como sugirió Theodor Wolff, astuto editor del republicano *Berliner Tageblatt*, el canciller se había visto a sí mismo como un maestro invencible de la intriga política, el conocimiento de que había sido superado en este juego por Von Papen debió de destruir la confianza que tenía puesta en sus propias habilidades.³² Quizás analizó sencillamente la situación y llegó a la conclusión de que, en vista de que los pronósticos no le eran favorables, no tenía ninguna posibilidad de conservar el cargo. Sin embargo, los factores emocionales no deben excluirse. El frío desdén que había recibido de Hindenburg el 23 de enero pareció haberlo conmovido en lo más profundo. A sus ojos, constituía una traición de las garantías que le

había dado el presidente de darle todo su apoyo al iniciarse su mandato. Para una persona guiada por el código de honor de los oficiales prusianos, la deslealtad proveniente de un superior en el que se ha depositado la confianza era una experiencia dolorosa. Después de haber descubierto, además, que no sólo Von Papen, sino también Oskar Hindenburg y Otto Meissner se hallaban detrás de la conspiración que se estaba fraguando en su contra, y el haberse dado cuenta de que su confianza en el presidente no era más que otra ilusión debió de resultar abrumador para el canciller.

No obstante, parece ser que Schleicher no estaba tan resentido con Hindenburg como era de esperar. Cuando se encontró con Brüning dos semanas más tarde, a mediados de febrero, aún se refería al anciano presidente en tono respetuoso.³³ Sí mostró, sin embargo, una gran hostilidad hacia Von Papen y el hijo de Hindenburg. En su opinión, eran estos dos antiguos amigos los que lo habían destruido de forma traicionera. Según todos los indicios, fue el conocimiento de que este último se había vuelto contra él lo que le había dolido en especial. Un ayudante recordó más tarde su comentario en relación a la influencia del hijo sobre el padre: «Es lo que siempre pasa; cuando las personas se hacen mayores, sólo piensan en su familia».³⁴ Saber que la casa de los Hindenburg, a la que había servido con lealtad durante tanto tiempo, se había vuelto en su contra podría haber bastado para convencerlo de que no tenía sentido intentar permanecer en la cancillería.

Hay indicios de que Schleicher no estaba del todo angustiado ante la posibilidad de abandonar el cargo. Aunque por lo general mantenía su acostumbrado aire de confianza en sí mismo, algunos deslices por su parte hicieron evidente que se sentía incómodo en ese puesto. Durante sus años en el Ministerio de Defensa, había descargado parte de la responsabilidad delegando en sus ayudantes la mayoría de sus tareas. Esto le dio libertad para moverse por la capital, y le permitió frecuentar los centros de la política y enterarse de los últimos rumores. Pero cuando se hizo con el puesto de canciller, se encontró irremediabilmente encadenado a una multitud

de asuntos complicados e insolubles. Ya a principios de enero se había quejado al embajador François-Poncet de la carga que suponía tener que tratar con los detalles de controvertidos conflictos de interés económicos.³⁵ En su anterior condición de político influyente entre bastidores, se había permitido ejercer su influencia resguardado por un velo de anonimato. Como canciller, se hallaba bajo los inexorables focos de la atención pública.

La severa crítica que recibió de la prensa, sobre todo desde la derecha conservadora, le hirió de manera especial. En diversas ocasiones confesó que se sentía fuera de lugar en la Cancillería, y con frecuencia expresaba el deseo de retirarse cuanto antes al entorno más familiar del Ministerio de Defensa. Estos signos de malestar, unidos a la pasividad que caracterizó su actitud ante la posibilidad de ser derrocado, revelan que el hombre que se interponía entre la cancillería y Adolf Hitler carecería del ingrediente fundamental para vencer en una batalla en la que se ponían en juego intereses tan elevados: el ansia de poder. Y, por lo que parece, el mismo Schleicher no lo ignoraba del todo. En una nota que garabateó a uno de sus ayudantes del Ministerio de Defensa en otoño de 1932 afirmaba: «Lástima que yo no tenga propensión a la megalomanía».³⁶

Schleicher, resentido y resignado a perder la cancillería, centró su atención en evitar que ese puesto volviese a caer en manos de Von Papen, aunque eso supusiese ayudar a que Hitler se hiciera con él. Durante la última semana de enero, los rumores de que Hindenburg pretendía nombrar de nuevo a Von Papen se estaban extendiendo en los círculos políticos y la prensa. La mañana del viernes 27 de enero, el general Kurt von Hammerstein, jefe del estado mayor del Ejército, hizo una visita a Schleicher para informarse sobre tales rumores. Schleicher no dijo nada que pudiera tranquilizarlo: le respondió que ya no contaba con la confianza del presidente y suponía que en un día o dos lo habrían derrocado. Hammerstein, alarmado, acudió entonces a Meissner y le advirtió que el Ejército

miraría con recelo un nuevo gabinete dirigido por Von Papen que no contase con el apoyo de los nazis.³⁷

La misma mañana del día 27, Hammerstein se unió al general Erich von dem Bussche-Ippenburg, jefe del personal militar, en la reunión que éste mantenía semanalmente con Hindenburg. Aunque el presidente se resistió a que los dos generales le aconsejasen en materia de política, éstos intentaron advertirle de que el regreso de Von Papen a la cancillería podía reavivar el peligro de una guerra civil. Ya sea porque los malinterpretó o porque deseaba desmentir los rumores acerca de Von Papen, Hindenburg se limitó a asegurarles que no tenía ninguna intención de ofrecer la cancillería a Hitler.³⁸ Las noticias de que el presidente no había descartado un nuevo nombramiento de Von Papen seguramente intensificaron la resolución de Schleicher de frustrar el regreso al poder del que había sido su amigo. No cabe duda de que, en parte, lo movía el deseo de venganza; pero también era muy consciente de que, si su gran enemigo accedía de nuevo al cargo de canciller, él sería destituido como ministro de Defensa. Por otra parte, podía tener la esperanza de que si quien accedía a tal puesto era Hitler, él tendría alguna oportunidad de permanecer en ese ministerio, y conservar el control que ejercía sobre el aparato militar.

Cuando el gabinete se reunió en asamblea la mañana del sábado día 28, Schleicher informó a sus ministros de que al cabo de pocos minutos pensaba acudir al presidente para solicitar de él un decreto de disolución, pues de lo contrario sin duda el Reichstag presentaría sin duda una moción de censura cuando fuese convocado el martes siguiente. Suponía, sin embargo, que su petición sería rechazada; y, en caso de que eso sucediera, pensaba presentar su dimisión, así como la de su gabinete. Después de verificar que ninguno de sus ministros se oponía a esta decisión, Schleicher les comunicó que se enfrentaba a un gran peligro, pues parecía probable que Hindenburg quisiese nombrar un nuevo gabinete presidencial encabezado por Von Papen y respaldado únicamente por Hugenberg y su Partido Nacional del Pueblo Alemán. Según siguió diciendo, un gabinete así

podría provocar una crisis no sólo del Gobierno, sino también de la presidencia, ya que sería rechazado por la gran mayoría del pueblo. El peligro sería mucho menor, afirmó, en el caso de un gabinete parlamentario encabezado por Hitler. Los ministros que tomaron la palabra se mostraron de acuerdo acerca del riesgo que suponía un gabinete dirigido por Von Papen y Hugenberg, y algunos de ellos aseguraron que estaban dispuestos a exponer personalmente esta opinión ante el presidente.³⁹

A las doce y cuarto Schleicher interrumpió la reunión del gabinete y atravesó a paso ligero el edificio de la Cancillería hasta llegar a la oficina del presidente, para dar inicio a la que resultó ser su última entrevista con Hindenburg y exponerle las distintas posibilidades que había contemplado. Una sería la de un gabinete dirigido por Hitler y apoyado por una mayoría del Reichstag, que sin duda resolvería la situación, pero que no parecía ser muy probable. La segunda consistía en un gabinete presidencial encabezado por Hitler, que, según señaló el canciller, tenía el inconveniente de una falta de coherencia con la postura anterior del presidente. La tercera posibilidad, la que él recomendaba, suponía mantener en el cargo a su propio gabinete, respaldado por la confianza y los poderes extraordinarios del presidente. Lo presionó de forma vehemente contra una cuarta posibilidad: un gabinete dirigido por Von Papen en combinación con Hugenberg, que, según aseguró, se encontraría con la oposición de nueve de cada diez ciudadanos y provocaría una oleada revolucionaria y una crisis generalizada del Gobierno. Pero para presentar su programa ante el Reichstag el día afirmó a modo de conclusión, necesitaría que el presidente se comprometiera a disolver la cámara. No hizo mención alguna del aplazamiento de los comicios más allá de lo que estipulaba la Constitución.⁴⁰

El presidente no mostró mayor interés en las proposiciones de Schleicher del que había expresado cinco días antes. El momento era especialmente desfavorable. Esa misma mañana, Hindenburg había recibido la visita de Von Papen, que había vuelto a rogarle que abandonase la idea de nombrarlo a él de nuevo y que se decidiese a

sustituir a Schleicher por Hitler. Hindenburg también se había sentido ofendido esa mañana por un editorial del *Tägliche Rundschau*, el diario de Berlín que muchos consideraban, si bien erróneamente, portavoz de Schleicher. Bajo el titular de ¿SE ACERCA UNA CRISIS PRESIDENCIAL?, el editorial advertía que si Hindenburg nombraba a Von Papen, provocaría una oposición tan amplia que pondría en peligro al propio presidente. Esto le debió de sonar a Hindenburg a amenaza muy poco respetuosa. Y el convencimiento de que procedía de Schleicher, que sin duda Von Papen fomentó, no hizo sino reforzar su resolución de deshacerse del canciller.

Después de haber escuchado a Schleicher sin interrumpirlo, Hindenburg contestó que las circunstancias no le permitían concederle un decreto de disolución. Aseguró que apreciaba el intento por su parte de lograr una mayoría parlamentaria mediante el respaldo de los nazis; pero añadió que, puesto que dicho intento no había dado ningún resultado, tendría que buscar otra solución. Sin embargo, no dijo nada sobre cuál podría ser ésta. Cuando Schleicher refirió que varios miembros de su gabinete deseaban presentarle su opinión acerca de la situación política, Hindenburg respondió de manera evasiva que lo tendría en cuenta, pero que nadie podría hacer que cambiase de opinión. Agradeció de manera formularia al canciller y su gabinete los servicios prestados al país y le pidió de forma rutinaria que permaneciese en el cargo hasta que se hubiese formado un nuevo gabinete. Entonces, ambos repasaron el texto con el que Schleicher anunciaba oficialmente su dimisión, que lógicamente había sido preparado con antelación. Al despedirse, Schleicher expresó se esperanza de que el Ministerio de Defensa del nuevo gabinete no fuese asignado a un nazi. Hindenburg le contestó que él también era por completo contrario a tal posibilidad.⁴¹

Después de pasar poco más de un cuarto de hora con el presidente, Schleicher regresó a donde esperaban los miembros del gabinete para informarlos acerca de lo ocurrido. Según refirió, se sentía como si hubiese estado hablando con una pared. El presidente no había expresado por completo sus argumentos y había

contestado con frases gastadas y bien ensayadas. Quedaba claro que el canciller había salido del encuentro con Hindenburg totalmente desanimado y convencido de que su sucesor sería Franz von Papen. Como última tarea en el cargo, después de sólo cincuenta y siete días de mandato, el gabinete de Schleicher procedió entonces a dar un último visto bueno a las medidas financieras necesarias para poner en práctica el programa de creación de empleo que, como había prometido el canciller cuando juró el cargo, sería su proyecto prioritario.⁴²

De hecho, ese mismo día se convirtió en ley mediante un decreto extraordinario firmado por el presidente. El programa ponía quinientos millones a disposición de una serie de proyectos de obras públicas diseñadas para proporcionar trabajo a los desempleados y estimular la actividad económica en general. En el transcurso de los seis meses siguientes, casi dos millones de alemanes encontraron trabajo.⁴³ Sin embargo, a Schleicher no se le reconoció ningún mérito al respecto: el beneficiario político de ese logro sería Adolf Hitler.

Notas

1. Las descripciones están basadas en artículos de prensa: «Abgekapselt», VZ, 38 (23 de enero de 1933); «Bannmeile um den Bülowplatz», «Das Spiel mit dem Bürgerkrieg» y «Berlin bleibt rot», V, 38 (23 de enero de 1933); «Militärische Lage», V, 39 (24 de enero de 1933); «Wunder der Strategie» y «Bülowplatz 22 Januar», BT, 39 (24 de enero de 1933); «Ein kleineres Ubel-riesengross», VZ, 39 (24 de enero de 1933).

2. Stelzner, *op. cit.*, pp. 142 s.

3. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 345 y 347.

4. «Anklage und Aufruf», V, 37 (22 de enero de 1933); Theodor Wolff, «Der gefährliche Bülowplatz», BT, 37 (22 de enero de 1933); «Schöpferische Vorsicht», G, 22 (22 de enero de 1933); «Entweder-oder», FZ, 64 (24 de enero de 1933).

5. Basado en el relato de Meissner que su hijo le atribuyó tras su muerte (Hans-Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 230 s.). Oskar Hindenburg contradujo esta narración de la noche en la ópera en una carta a la revista en que apareció por primera vez la versión del hijo de Meissner («Von Neudeck ist nicht gesprochen worden...», *Weltbild*, vol. 12, núm. 26 [diciembre de 1957], p. 14). No obstante, en el borrador original de una declaración jurada del 28 de septiembre de 1945 con motivo de los juicios de Núremberg, Meissner padre asegura haber estado en la ópera antes de dirigirse a la residencia de Ribbentrop (NAUSA, RG 238, 3309-PS).

6. Véase el testimonio de Meissner del 4 de mayo de 1948, en el juicio a los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos exteriores ante el tribunal estadounidense de Núremberg, NAUSA, RG 238, caso 11, pp. 4612 s. Sobre el encuentro, véase también Ribbentrop, *op. cit.*, p. 39.

7. François-Poncet, *op. cit.*, p. 43.

8. Vogelsang, *Schleicher*, p. 18.

9. Cuando le preguntaron sobre sus relaciones con Schleicher mientras testificaba en el juicio de desnazificación de Von Papen, el 28 de enero de 1947, Oskar Hindenburg dijo que el distanciamiento se debió a una cuestión personal (Amtsgericht München, Spruchkammerakten F. von Papen, Bl. 104). El 29 de enero de 1933, Gottfried Treviranus, político conservador que conocía a ambos, le dijo al embajador británico, sir Horace Rumbold, que el conflicto había tenido su origen cuando Hindenburg hijo se había «excedido en su función de asistente de su padre de manera poco correcta» (*DBFP, 1919-1939*, serie II, vol. 4, p. 396). Sin embargo, un miembro del estado mayor del Ministerio de Defensa de Schleicher al que interrogaron tras la guerra atribuyó el distanciamiento a un comentario jocoso que éste había hecho sobre Oskar Hindenburg (*IfZ, ZS 37*, entrevista a Hermann Foertsch, realizada por Wolfgang Sauer, 28 y 31 de enero de 1953, p. 9). Otro oficial al servicio del mismo ministerio, Erich Freiherr von Bussche-Ippenburg, se refirió de manera similar, en una carta de 1953, a esta burla de Schleicher (Kunrat von Hammerstein, «Schleicher, Hammerstein und die Machtübernahme 1933», *FH*, 11 (1956), p. 119. Respecto al comentario de la esposa de Oskar Hindenburg, véase Magnus von Braun, *op. cit.*, p. 259.

10. François-Poncet, *op. cit.*, p. 259.

11. Basado principalmente en el relato que hizo Meissner tras la guerra (Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 263 ss.; NAUSA, RG 59, microfilme M679, rollo 2, informe del interrogatorio de Meissner, 26 de octubre de 1945; NAUSA, RG 238, 3309-PS, declaración del 28 de noviembre de 1945; testimonio del 31 de enero de 1947 en el juicio

de desnazificación de Von Papen, Amtsgericht München, Spruchkammer Akten F. von Papen, Bl. 222; testimonio del 4 de mayo de 1948, en el juicio a los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, ante el tribunal estadounidense de Núremberg, NAUSA, RG 238, caso 11, pp. 4615 s.; declaración del 3 de febrero de 1949 para el juicio de desnazificación de Oskar Hindenburg del 14-17 de marzo de 1949 (NSHSAH, Nds. 171 Lünenburg Uzn/11363, Spruchkammer Verfahren gegen Oskar Hindenburg, Bd. I, Bl. 2 s.). Véase también la declaración de Oskar Hindenburg del 14 de marzo de 1949 en su propio juicio de desnazificación (Bl. 26 s.), y en el de Von Papen, del 28 de enero de 1947 (cit. p. 110). El testimonio de Von Papen del 15 de marzo de 1949 en el juicio de Oskar Hindenburg no merece demasiada confianza (Bl. 133 s.), como sucede con Von Papen, *Gasse*, pp. 265 s., y *Scheitern*, pp. 369 s.

12. Este documento, que se dijo que procedía de los papeles de Hindenburg y que llevaba fecha del 21 de noviembre de 1932, fue leído en el juicio de desnazificación de Oskar Hindenburg el 14 de marzo de 1949 (véase nota anterior, Bl. 25-17). Ese mismo día Günter Gereke testificó que durante un largo paseo en el Tiergarten de Berlín en de enero de 1933, el hijo del presidente se mostró enérgicamente en contra del nombramiento de Hitler como canciller (Bl. 51). En su declaración jurada del 3 de febrero de 1949 para el juicio de Oskar Hindenburg, Meissner escribió que éste mantuvo hasta finales de enero esta oposición, pues estaba a favor del regreso de Von Papen (Bd. I, Bl. 2). El 4 de mayo de 1948, en el juicio de altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, Meissner había declarado lo mismo (NAUSA, RG 238, caso 11, p. 4.615).

13. Se ha afirmado en numerosas ocasiones que Hitler podría haberlo amenazado con revelar que cuando obsequiaron al presidente con su hacienda rural del este de Prusia, en 1927, la propiedad fue asignada a su hijo Oskar con la intención de evitar el pago del impuesto sobre sucesiones cuando Hindenburg muriese. Sin embargo, esa información ya se había hecho pública en

noviembre de 1932 (Wessling, *op. cit.*, pp. 41-54). NSHAAH, Nds. 171 Lüneburg Uzn/11363, Spruchkammerverfahren gegen Oskar Hindenburg, 14-17 März 1949, Bl. 26-28. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 349 s.

14. NAUSA, RG 59, microfilme M679, informe sobre el interrogatorio de Meissner, 26 de octubre de 1945; *ibíd.*, RG 238, 3309-PS, declaración de Meissner, 28 de noviembre de 1945; *ibíd.*, caso 11, p. 4616, testimonio de Meissner del 4 de mayo de 1948 en el juicio a altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores ante el tribunal estadounidense en Núremberg.

15. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 39; Ewald von Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit», *PS*, 10 (1959), p. 89.

16. NAUSA, RG 238, caso 11, p. 4614, testimonio de Meissner en el juicio a altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores ante el tribunal estadounidense en Núremberg, 4 de mayo de 1948.

17. NAUSA, RG 59, microfilme M679, informe sobre el interrogatorio de Meissner, 26 de octubre de 1945; *ibíd.*, RG 238, 3309-PS, declaración de Meissner, 28 de noviembre de 1945.

18. *AdRk/KvS*, pp. 241-243.

19. *Ibíd.*, p. 242, n. 39; Ernst Fraenkel, «Verfassungsreform und Sozialdemokratie», *Die Gesellschaft*, 9 (1932), pp. 486 y 493-495; Walter Simons, «Die Stellung des Reichspräsidenten», *Deutsche Juristen-Zeitung*, 38 (1933), pp. 2227; Joseph W. Bendersky, *Carl Schmitt*, Princeton (Nueva Jersey), 1983, pp. 108 s.; Eberhard Kolb y Wolfram Pyta, «Die Staatsnotstandsplanung unter den Regierungen Papen und Schleicher», en *Die Deutsche Staatskrise 1930-33*, ed. de Heinrich August Winkler, Múnich, 1992, p. 157, n. 6.

20. Simpfendörfer, diputado del Christlich-Sozialer Volksdienst, presentó primero en persona su propuesta a Schleicher el 19 de enero, y luego la expuso por escrito en la carta que le envió el 24 de enero de (*AdRk/KvS*, pp. 297-300). Véase también el memorándum de Franz Sperr, el enviado bávaro, con fecha del 1 de diciembre de en Vogelsang, *Reichswehr*, pp. 482-484, así como Waldemar Besson,

Württemberg und die deutsche Staatskrise 1928-1933, Stuttgart, 1959, pp. 264-273.

21. BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar», de Georg Dertinger; Documento de Moscú (véase Apéndice).

22. *AdRk/KvS*, p. 243, n. 40.

23. Brüning, *op. cit.*, p. 645.

24. Wolfram Pyta, «Vorbereitungen für den militärischen Ausnahmezustand unter Papen/Schleicher», *MM*, 51 (1992), pp. 393 s. y 410-428; Kolb y Pyta, *op. cit.*, p. 178 s.; Fritz Arndt, «Vorbereitungen der Reichswehr für den militärischen Ausnahmezustand», *ZfM*, 4 (1965), pp. 202 s.

25. *AdRk/KvS*, p. 284 s. La sugerencia de Schleicher no está recogida en el memorándum de la reunión que preparó la oficina del presidente; pero Schleicher la mencionó en una conversación que mantuvo con dos dirigentes sindicales el 26 de enero (ibíd., p. 303).

26. Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, 2 vols., Múnich, 1965, Erster Halbband, p. 140, discurso de Königsberg, 17 de octubre de 1932.

27. «Auflösung ohne Neuwahl?», *VZ*, 39 (24 de enero de 1933); «Staatsstreich-Pläne», *V*, 39 (24 de enero de 1933); «Debatte ohne Abstimmung?», *BT*, 41 (25 de enero de 1933); «Bayerische Volkspartei gegen "Staatsnotstand"», *VZ*, 41 (25 de enero de 1933); «Gegen reaktionäre Staatsstreichpläne!», *V*, 43 (26 de enero de 1933); «Warnung vor Staatsstreich», *BT*, 43 (26 de enero de 1933); *AdRk/KvS*, pp. 302 s. y 311 s. En cuanto al alejamiento por parte de los sindicatos, véase Richard Breitman, «On German Social Democracy and General von Schleicher 1932-1933», *CEH*, 9 (1976), pp. 352-378, así como «Für ein sozialistisches Deutschland», *V*, 41 (25 de enero de 1933), informe de un discurso de Theodor Leipart, dirigente del Sindicato Libre, afiliado a los socialdemócratas, que antes había adoptado una postura conciliadora respecto al gabinete de Schleicher, pero había acabado respaldando la postura de oposición del partido.

28. Sobre el Partido del Centro Católico, véase Detlef Junker, *Die Deutsche Zentrumspartei und Hitler 1932/33*, Stuttgart, 1969, pp. 118-126; Winkler, *op. cit.*, p. 593 s.

29. *Ibíd.*, p. 572; «Eine Erklärung der Deutschen Volkspartei», FZ, 24-25 (10 de enero de 1933); «Volkspartei und Regierung», G, 16 (16 de enero de 1933); *DDF1932-1939*, serie I, vol. 2, pp. 478-481, despacho del 19 de enero de 1933.

30. «Wieder Kanzlersturz?», VZ, 45 (28 de enero de 1933); «Der Beschluss des Ältestenrates», VZ, 47 (28 de enero de 1933); «Dienstag Reichstag», V, 47 (28 de enero de 1933); *AdRk/KvS*, pp. 316 s.

31. Brüning, *op. cit.*, p. 649.

32. Véanse los extractos del manuscrito inédito de Wolff, «Grabmal», citados en Bernd Söseemann, *Das Ende der Weimarer Republik in der Kritik demokratischer Publizisten*, Berlín, 1976, pp. 229 s., n. 155.

33. Brüning, *op. cit.*, p. 648.

34. IfZ, ZS 37, entrevista de Hermann Foertsch y Wolfgang Sauer, 28 y 31 de enero de 1953, p. 12. Otro ayudante, Eugen Ott, recordó que Schleicher había dicho lo mismo en esencia (IfZ, ZS 279/270/52, entrevista del 22 de febrero de 1952).

35. *DDF, 1932-1939*, serie I, vol. 2, pp. 375 s.

36. En relación al arranque de ira provocado por la crítica aparecida en un diario de derechas en la cena del 13 de enero, véase BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 14 Januar», de Georg Dertinger. El embajador británico sir Horace Rumbold refirió el 21 de diciembre de 1932 que Schleicher le había confesado ese día que no se encontraba bien en la cancillería y quería volver al Ministerio de Defensa (*DBFP 1919-1939*, serie II, vol. 4, p. 384). Otto Braun recordó un comentario parecido que hizo Schleicher en su conversación del 6 de enero de 1932 (Otto Braun, *op. cit.*, p. 437). Ewald von Kleist-Schmenzin dijo a Reinhard Quaatz el 12 de enero de 1933 que Schleicher le había confiado un sentimiento semejante (Weiss y Hoser, *op. cit.*, pp. 221 s.). El 21 de

enero, Meissner le dijo a Quaatz que Schleicher había hablado de volver al Ministerio de Defensa (ibid., p. 224). Véanse también los recuerdos de Eugen Ott, ayudante suyo en el ministerio («Ein Bild des Generals Kurt von Schleicher», *PS*, 10 [1959], p. 371). Vogelsang, *Reichswehr*, p. 310, n. 1.470.

37. «Papen mit Hitler?», *VZ*, 46 (27 de enero de 1933); «Hugenberg am Werke», *BT*, 45 (27 de enero de 1933); «Wieder Kanzlersrurz?», *VZ*, 45 (27 de enero de 1933); «Nochmals Papen?», *BT*, 47 (28 de enero de 1933); Rudolf Morsey, ed., *Die Protokolle der Reichstagsfraktion und Fraktionsvorstands der Deutschen Zentrumspartei 1926-1933*, Maguncia, 1969, p. 610; Turner, *op. cit.*, pp. 318 s. Véase, en relación a la visita de Hammerstein, el relato escrito por éste en 1935 (Bracher, *op. cit.*, p. 733). El general situó en el día 26 esta conversación y el subsiguiente encuentro con Hindenburg, pero Bussche-Ippenburg (véase nota siguiente) fechó su reunión con el presidente el 27 de enero, lo que parece más probable, pues los encuentros semanales de ambos tenían lugar los viernes de forma regular.

38. *Ibid.*; véase también el relato posterior del otro general que estuvo presente, Erich Freiherr von dem Bussche-Ippenburg, «Hammerstein und Hindenburg», *FAZ*, 30 (5 de febrero de 1952); *IfZ*, *ZS* 217, Aktenvermerk, con fecha del 7 de abril de 1951, sobre la entrevista con Bussche-Ippenburg del 30 marzo de 1951, p. 4.

39. *AdRk/KvS*, pp. 306-308.

40. *Ibid.*, pp. 310 s.

41. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 41; Papen, *Gasse*, p. 267.

42. *AdRk/KvS*, pp. 308 ss. y 317.

43. *Statistische Beilage zum Reichsarbeitsblatt 1933*, núm. 34, p.

1. El profesor Dan P. Silverman, de la Universidad Estatal de Pensilvania, expone de manera convincente, basándose en análisis detallados de estas estadísticas, que las cifras no fueron hinchadas por el régimen nazi, como han sostenido algunos estudiosos.

CAPÍTULO 6

Von Papen encabeza el salto al vacío

Poco después de que Schleicher presentase a Hindenburg su dimisión el sábado 28 de enero, éste comisionó a Franz von Papen para que estudiase las posibilidades que existían de crear un nuevo gabinete.¹El hombre que había envenenado la mente del presidente contra Schleicher volvía de nuevo al candelero político. Él más que nadie sería el responsable de dar forma a los desastrosos acontecimientos de los dos días siguientes. Si hubiese estado dispuesto a ser nombrado canciller por segunda vez, no habría tardado en ver su deseo hecho realidad, porque eso era precisamente lo que quería Hindenburg. Sin embargo, Von Papen se ciñó al plan de instalar a Hitler como canciller de un gabinete sobre el que en realidad él detentaría el poder.

El encargo de Hindenburg a Von Papen era más que una formalidad. Durante la semana anterior, el antiguo canciller había sido protagonista de una intensa intriga que el presidente no ignoraba en absoluto. Gracias al acceso privilegiado del que gozaba, había sabido, desde la negativa que Schleicher había recibido del presidente el día 23, que no era muy probable que el canciller lograra un decreto de disolución, su única esperanza de escapar a una moción de censura el 31 de enero, cuando el Reichstag volviese a convocarse. Se dio cuenta de que ésta era una oportunidad única para poner en marcha su plan, y, en consecuencia, transmitió esa

información a los nazis y les propuso usar su influencia sobre Hindenburg con el fin de obtener la cancillería para Hitler.

Puesto que Hitler había marchado a Múnich por algunos días, fueron sus lugartenientes Wilhelm Frick y Herman Goering los que se encargaron de negociar con Von Papen. Los tres se reunieron el día 24 para tomar té en casa de Ribbentrop, donde llegaron a la conclusión de que la mejor forma de vencer la oposición a Hitler por parte de Hindenburg era presentarle al dirigente nazi como posible canciller de un gabinete concebido como un «frente nacional» de derechas en el que estaría rodeado de conservadores. Durante los dos días siguientes, los conspiradores propusieron la posibilidad de participar en un gabinete de esas características a Hugenberg, dirigente del Partido Nacional del Pueblo Alemán, y a Franz Seldte, uno de los dos dirigentes del Stahlhelm, una organización paramilitar de veteranos nacionalistas que contaba con más de trescientos mil miembros de uniforme. En 1931, Seldte y Hugenberg habían participado con Hitler en el efímero Frente Nacionalista de Harzburgo; pero desde entonces habían estado reñidos con él.²

No fue difícil reclutar a Seldte para el complot que tenía como objetivo formar un gabinete de derechas. El Stahlhelm llevaba algún tiempo coqueteando con la política, y el año anterior, el otro dirigente de la organización, Theodor Dusterberg, había participado en las elecciones presidenciales con el patrocinio del partido de Hugenberg. Seldte también albergaba ambiciones políticas, no obstante ser una figura gris sin ningún mérito significativo. El proyecto de colaborar con Von Papen para derrocar a Schleicher le resultaba atractivo, ya que existían ciertos roces entre la cúpula del Stahlhelm y el Ministerio de Defensa. Schleicher, en particular, consideraba que el entrenamiento que dicha organización proporcionaba a sus miembros de uniforme constituía una amenaza para el Ejército, cuyo control sobre los asuntos militares de Alemania era mucho más reducido. Se esforzó por someter al Stahlhelm, junto con otros grupos paramilitares, a la autoridad militar, y para eso los hizo depender de subvenciones estatales, lo que enervó a la cúpula

del Stahlhelm. Por lo tanto, Schleicher representaba, como canciller, una amenaza para la independencia de esta organización de veteranos, mientras que Von Papen se había mostrado más benévolo con sus intereses. Si unir sus fuerzas a las de éste contra Schleicher implicaba aceptar su proyecto de formar un gabinete encabezado por Hitler, Seldte no tenía nada que objetar al respecto.³

Sin embargo, mientras que el maleable Seldte se dejó seducir enseguida por la idea de un puesto en el gabinete, Hugenberg resultó ser una adquisición más difícil para el proyecto de Von Papen. A sus sesenta y ocho años, pesado y vanidoso, era en muchos aspectos una reliquia de la época imperial que no había dejado de usar durante la República el título honorífico de consejero privado del monarca (*Geheimrat*), que le había sido concedido por su obediente servicio a la Corona de Prusia.⁴ Su apariencia, según observó el embajador François-Poncet, era engañosa:

Sus anteojos de montura dorada, su vientre hinchado, su mostacho erizado y cano le confieren el aspecto tranquilizador de un médico rural digno; en cambio, no es más que un inmovilista estrecho de miras, un obstinado antipático, un extremista doctrinario, un partisano feroz; en definitiva, uno de los espíritus más siniestros de Alemania.⁵

Se declaraba totalmente en contra de la democracia y el Estado del bienestar republicano, y abogaba por la restitución del auténtico liberalismo económico y el gobierno autoritario por parte de una élite privilegiada.

Sin embargo, Hugenberg carecía de las cualidades necesarias para ganarse la popularidad en el ámbito político. No destacaba precisamente por sus dotes de orador, y las pocas veces que hablaba en público se limitaba a leer textos ampulosos con entonación monótona. Aunque sus incondicionales se referían a él respetuosamente como *el Zorro de Plata*, su rostro vetusto, su atuendo anticuado y su carácter estirado llevaban a los contemporáneos menos adeptos a mofarse de él con sobrenombres como *el Hámster* o *la Araña Gruñona*. Como declaró a finales de

1932 un socio cercano a él: «No tiene ningún atractivo político».⁶No obstante, ansiaba el poder político que le había sido esquivo a lo largo de su vida, y cuando Von Papen acudió a él, se sintió tentado por la posibilidad de obtener al fin un puesto en el gabinete. Sin embargo, lo disuadían las experiencias que en el pasado había tenido con Hitler, así como la falta de confianza que le profesaban otros nacionales destacados, que preferían un régimen autoritario guiado por Von Papen que excluyese a Hitler. Por tanto, vaciló a la hora de responder a la propuesta de participar en un frente nacionalista encabezado por este último.

El viernes 27 de enero, el proyecto de Von Papen se tambaleó. Cuando Hitler regresó a Berlín, Ribbentrop le expuso el plan de hacerlo canciller y lo persuadió de que invitase a Hugenberg para discutirlo. Una vez llegara a un acuerdo con el dirigente del Partido Nacional, siguió proponiendo Ribbentrop, por la noche Von Papen se encargaría de elaborar las condiciones finales. Esa tarde, Hitler, Frick y Goering se reunieron con Hugenberg y un compañero conservador de su partido, Otto Schmidt-Hannover. Goering dejó enseguida a Hugenberg en desventaja al revelarle que Seldte ya había accedido a formar parte del gabinete. Este primer paso del dirigente del Stahlhelm haría que Hugenberg se viese presionado desde dentro de su partido para seguir el ejemplo; y los nazis lo sabían.⁷

Pero Hitler fue demasiado lejos intentando explotar esta ventaja sobre Hugenberg. Exigió no sólo el puesto de canciller para sí mismo, sino también que otros nazis ocupasen los de ministro de Interior nacional y de Prusia. Este último era el más importante de los dos, ya que detentaba la autoridad sobre la policía del estado federal de mayor extensión, mientras que el primero no tenía ninguna potestad sobre ese cuerpo. En manos de los republicanos, que habían gobernado Prusia hasta que el gabinete de Von Papen los depuso en julio, las fuerzas policiales de cincuenta mil hombres armados (la mitad que los activos de los que disponía el Ejército) había supuesto una poderosa arma contra los nazis. Hitler, por tanto, estaba decidido a hacerse con el cuerpo para purgarlo de

republicanos y sustituir a éstos por nazis. Hugenberg, sin embargo, se resistió a esta proposición e insistió en que el Ministerio del Interior prusiano fuese asignado a alguien ajeno al Partido Nazi. También propuso que el secretario de la Cancillería y el portavoz del gabinete de prensa fuesen miembros de su propio partido. Esta contrariedad enfureció a Hitler e hizo que interrumpiera las negociaciones, se negara a reunirse con Von Papen y amenazara con regresar a Múnich. A duras penas, Goering y Ribbentrop lo convencieron para que permaneciera en la capital.⁸

Von Papen se las arregló para salvaguardar su proyecto, pero sólo después de hacer concesiones cruciales a Hitler. Cuando la tarde del 27 de enero Ribbentrop le informó de su airada reacción ante las condiciones de Hugenberg, el ex canciller accedió a respaldar las exigencias de Hitler en relación a los dos ministerios, así como a concederle libertad para que eligiese al personal de la Cancillería. Los deseos de Hugenberg, según indicó a Ribbentrop, tenían una importancia secundaria. Al ponerse del lado de Hitler en este asunto, dio muestras evidentes de que estaba dispuesto a pagar un alto precio por lograr su colaboración, y esto no pasó inadvertido al dirigente nazi. Con toda seguridad, Von Papen pretendía suceder a Schleicher como comisario de Prusia, el puesto al que se había asignado la autoridad que detentaba el presidente del Consejo de ese estado antes de que él, siendo canciller, depusiera al gabinete prusiano en julio. Este cargo lo habría situado por encima de un ministro de Interior de Prusia nazi y le habría permitido, según daba por sentado inocentemente, evitar que el partido de Hitler utilizase al numeroso cuerpo de policía estatal en beneficio de sus intereses políticos.⁹

La mañana del día siguiente, sábado 28 de enero, Von Papen se reunió con Hindenburg y supo que éste esperaba que Schleicher dimitiese cuando se reuniera con él al mediodía. Consciente de la necesidad de acelerar la ejecución de su plan, pidió a Ribbentrop que localizase a Hitler, temeroso de que éste hubiese abandonado Berlín. Su conversación con Hindenburg lo había convencido de que

el nombramiento del dirigente nazi como canciller era posible. Tras averiguar que Hitler aún se encontraba en el Hotel Kaiserhof, Ribbentrop lo presionó para que se reuniese con Von Papen. Pero Hitler elevó la apuesta y se opuso a que éste fuese nombrado comisario de Prusia. En el transcurso de una discusión acalorada, Ribbentrop logró convencer a Goering de que ese puesto tenía que ser para Von Papen; pero, a pesar de los esfuerzos de ambos para persuadir a Hitler de que debía reunirse con el antiguo canciller esa misma tarde, el dirigente nazi insistió en que necesitaba más tiempo para reflexionar sobre la cuestión de Prusia. Finalmente, sin embargo, accedió a entrevistarse con él a la mañana siguiente. Von Papen se mostró enseguida dispuesto a reunirse con Hitler, pero no dejó de preocuparle que la discrepancia sobre ese asunto pudiese echar a perder su proyecto.¹⁰

Esa misma tarde, Von Papen se dispuso a vencer la resistencia de Hugenberg. Los nazis, según informó al dirigente del Partido Nacional, debían hacerse con el Ministerio del Interior tanto del Gobierno nacional como de Prusia. Con la intención de conciliarse con Hugenberg, respondió de manera alentadora a su petición de los ministerios de Economía y Agricultura de ambos gobiernos. Hugenberg aún se hallaba bajo una fuerte presión por parte de los miembros conservadores de su partido que desconfiaban de Hitler y se decantaban por un gabinete autoritario dirigido por Von Papen, y siguió mostrándose intranquilo ante la idea de que los nazis se apoderaran de la policía de Prusia. Pero no estaba dispuesto a dejar escapar la primera oportunidad de participar en el poder, así que se resistió a romper las negociaciones.¹¹

Ese mismo día, Von Papen consiguió debilitar la postura de los conservadores que se oponían a un gabinete encabezado por Hitler. Señaló que Hindenburg estaba dispuesto a aceptar a éste y que él sólo consideraría la posibilidad de volver a erigirse en canciller en caso de que el proyecto de construir un gabinete amplio de derechas dirigido por Hitler fallase. De esta manera, logró que la mayoría de los ministros conservadores independientes que habían servido en su

gabinete y en el de Schleicher se adhiriesen a su plan. En la última reunión del gabinete de Schleicher, celebrada esa misma mañana, se había llegado a la conclusión de que el regreso de Von Papen a la cancillería sería desastroso y podría ocasionar una guerra civil. Así que los ministros, tranquilizados por la idea de haber evitado este peligro, no dudaron en dar su consentimiento al proyecto de un gabinete constituido por un frente nacionalista encabezado por Hitler.¹²

En el transcurso de esa tarde, la del día 28, surgió otro peligro para el plan de Von Papen. Provenía de las agrupaciones católicas: el Partido del Centro y el Partido Popular Bávaro. Sus dirigentes se alarmaron cuando la comisión que Hindenburg había asignado a Von Papen pareció confirmar los rumores de que el antiguo canciller estaba a punto de asumir el cargo de nuevo, probablemente para volver a encabezar un gabinete presidencial impopular secundado sólo por el partido de Hugenberg. Los dirigentes católicos nunca habían perdonado a su antiguo colega que el verano anterior aceptara la cancillería sin consultárselo. Pero, sobre todo, consideraban que cualquier solución era preferible a las medidas inconstitucionales del tipo que, como todos sabían, Von Papen había defendido siendo canciller.

Tras deliberar con el dirigente del Partido del Centro, Fritz Schäffer (presidente del Partido Popular Bávaro) se dirigió a Hitler y Von Papen cuando el día 28 tocaba a su fin. Anunció que los partidos católicos estaban dispuestos a participar en un gabinete parlamentario encabezado por Hitler. En unión con los nazis y los nacionales, proporcionarían a tal gabinete una mayoría sólida en el Reichstag. Este acuerdo descartaría el regreso de Von Papen al poder y dejaría a los partidos católicos en situación de restringir el de Hitler. Si el dirigente nazi se embarcase, en cuanto canciller, en proyectos políticos con los que ellos no estuvieran de acuerdo, podrían derrocarlo sólo con retirarle su apoyo en el Reichstag, privándolo así de la mayoría en virtud de la cual gobernaba. Este era, precisamente, el tipo de eventualidades que había hecho que

Hitler se decidiese a convertirse en canciller presidencial, libre de restricciones parlamentarias. Por eso rechazó la propuesta de Schäffer señalando que a él no lo habían comisionado para que formase un gabinete y que, por tanto, no necesitaba entrar en negociaciones.¹³

Schäffer no se encontró con una postura más receptiva por parte de Von Papen, lo que no resulta sorprendente, ya que la aceptación de las propuestas de los católicos pondría en grave peligro los planes de éste, que eran bien diferentes.¹⁴ Hindenburg, que había prometido en varias ocasiones que no proclamaría a Hitler canciller de un gabinete presidencial, podría aprovecharlas y negarse a nombrarlo si su gabinete no era de naturaleza parlamentaria. Como bien sabía Von Papen, no había ninguna posibilidad real de una coalición que uniese a los nazis, los nacionales alemanes y los católicos. Hugenberg tenía diferencias irreconciliables con los católicos, y podía preverse que se negaría a tal coalición. Igual sucedía con Hitler, que no tenía ninguna intención de convertirse en canciller parlamentario y depender de otros partidos para conservar el puesto. Pero si se emprendían negociaciones a petición de Hindenburg, era previsible un retraso considerable, que trastocaría los planes de Von Papen en relación a un gabinete presidencial dirigido por Hitler. Tampoco parecía probable que pudiesen mantenerse en secreto tales negociaciones para lograr un gabinete parlamentario. Si se rompían ante la opinión pública, sería difícil para Von Papen hacer que el presidente violase sus anteriores promesas y nombrase a Hitler canciller de un gabinete presidencial.

En vista de que no lograba hacer ningún progreso con Von Papen, Schäffer le arrancó la promesa de que transmitiría a Hindenburg la propuesta de los católicos. El ex canciller, sin embargo, no la cumplió. Los católicos, por su parte, se abstuvieron de hacer pública su postura, de acuerdo con la costumbre parlamentaria de evitar acuerdos previos con el fin de aumentar las posibilidades de regateo cuando se negociasen las coaliciones. Su propuesta salió a la luz un día más tarde, y entonces, gracias a la

treta de Von Papen, produjo un efecto muy diferente del que ellos habían pretendido.

Aun cuando Ribbentrop le aseguraba que Von Papen era de confianza, Hitler se mostró todo el día 28 dubitativo acerca de las intenciones de su cómplice de conspiración. Esa noche, Goebbels lo encontró en el Hotel Kaiserhof, acosado por las sospechas de que Von Papen lo traicionaría y usaría la comisión que había recibido de Hindenburg para arrogarse la cancillería. Le había alegrado la noticia, ese mismo día, de la dimisión de Schleicher; pero también vio en ella otro ejemplo de la notoria falta de lealtad de Hindenburg, y eso, unido al carácter imprevisible del presidente, le preocupaba. Movidado por su desconfianza hacia Hindenburg y Von Papen, reveló la profunda hostilidad que profesaba a personas de noble cuna, y así pasó el resto de la noche en la cafetería del Kaiserhof, regalando a la concurrencia con un monólogo que hilvanaba anécdotas burlonas sobre las manías de diversos aristócratas.¹⁵

Igual que Hitler, muchos defensores de la República temían que la comisión que Hindenburg había dado a Von Papen fuese una señal de que el antiguo canciller iba camino de recuperar el poder. Y no fueron pocos los que consideraron que esa posibilidad podría ser mucho más peligrosa que el nombramiento de Hitler. Como respuesta a esos rumores, la prensa republicana había advertido repetidamente, a lo largo de las cuatro semanas de enero, contra una nueva cancillería de Von Papen. Ésta, según se predecía, podría ir ligada a medidas anticonstitucionales, e incluso sembrar el peligro de una guerra civil. En muchos casos, sin embargo, los autores de los editoriales prorrepúblicanos expresaban su convencimiento de que se podía confiar en que Hindenburg defendería la Constitución y rehusaría instalar otro gabinete encabezado por Von Papen, que, al igual que el primero, contaría con poco más respaldo que el del partido del presidente.¹⁶

Por lo que respecta a Hitler, la actitud que Hindenburg había adoptado hacia él en noviembre se había tomado en los círculos republicanos como una garantía de que el presidente nunca lo

nombraría canciller de un gabinete presidencial. La propuesta alternativa de formar un gabinete parlamentario a su alrededor que el presidente le había hecho en noviembre parecía seguir vigente en teoría, si bien las reiteradas muestras de rechazo por parte de Hitler de cualquier solución restrictiva hacía sumamente improbable que se llevase a la práctica. Una clara muestra del agotamiento político de los defensores de la República era que mientras expresaban su oposición a tales posibilidades, no planteaban ninguna propuesta constructiva para resolver la crisis política.

A pesar de las afirmaciones que había hecho Hindenburg, y a las cuales se acogían optimistas los republicanos, su resistencia a nombrar a Hitler empezaba a desmoronarse el 28 de enero. Esto se debía en gran medida a la insistencia de los que lo rodeaban. El mismo Von Papen, su candidato preferido, había rechazado su propio nombramiento y se obstinaba en que el próximo canciller debía ser el dirigente nazi. Su secretario de Estado, Otto Meissner, lo empujaba también en esta dirección, al igual que su hijo Oskar, que había acabado convenciéndose de las ventajas de un gabinete nacionalista dirigido por Hitler después de haber vuelto a Dahlem para tomar el té con Ribbentrop el día 25.¹⁷

Poco tiempo antes, el presidente había recibido un consejo similar de un destacado visitante, Elard von Oldenburg-Januschau, un anciano *junker*, vecino de su hacienda del este de Prusia, que había desempeñado un papel fundamental como político conservador en época imperial y seguía siendo una figura influyente entre los terratenientes orientales. Con la esperanza de que un gabinete encabezado por Hitler proporcionase medidas que auxiliasen la deprimida agricultura de la zona, el viejo *junker* aseguró al presidente que el Ejército y las demás fuerzas del conservadurismo se bastarían para evitar una dictadura unipartidista por parte de los nazis.¹⁸ El día 28, Hindenburg recibió un mensaje tranquilizador de Goering, que le prometió solemnemente que los nazis respetarían la autoridad presidencial de Hindenburg y que no pretendían violar la Constitución ni someter a las fuerzas armadas a

ninguna influencia política. Procediendo de un oficial que además había sido condecorado como héroe de guerra, este compromiso no pudo sino impresionar al viejo mariscal de campo.¹⁹

El 28 por la noche, Von Papen visitó a Hindenburg con la intención de vencer las reservas que pudiese mantener al respecto. Sin mencionar las diferencias que seguían separando a Hitler de Hugenberg y de sí mismo, hizo lo posible por presentar al dirigente nazi como una persona de posturas moderadas. A este respecto, era tranquilizador que sólo hubiese solicitado un mínimo número de cargos ministeriales para su partido y que se hubiese mostrado dispuesto a que los otros fueran asignados a expertos independientes que contasen con la aprobación del presidente. También era alentadora la noticia de que la mayoría de los ministros conservadores que habían servido en su gabinete y en el de Schleicher estuviesen, según le informó Von Papen, dispuestos a seguir en el cargo bajo dirección de Hitler. A pesar de la aversión que le inspiraba Hugenberg, el presidente accedió a otorgar al dirigente del Partido Nacional el control personal que deseaba detentar sobre los ministerios de Agricultura y Economía, tanto nacionales como de Prusia.

Para los dos ministerios que Hindenburg consideraba más delicados, los de Defensa y Asuntos Exteriores, quería hombres de su propia elección. Por lo tanto, se mostró especialmente satisfecho cuando Von Papen le informó de que el diplomático aristócrata que había dirigido este último en su gabinete y en el de Schleicher, el barón Konstantin von Neurath, estaba dispuesto a continuar en caso de que se nombrase canciller a Hitler. En cuanto al Ministerio de Defensa, que había presidido Schleicher siendo canciller, el presidente y Von Papen coincidían en que necesitaba un cambio. Para este cargo, Hindenburg desdeñó al general que propuso Von Papen en favor de un candidato propio, el general Werner von Blomberg, que en esos momentos era miembro de la delegación alemana del congreso sobre el desarme que se estaba celebrando en Suiza. Al terminar la reunión, según recordaría más tarde Von Papen,

el presidente le hizo prometerle que aceptaría el cargo de canciller adjunto en el gabinete de Hitler. Si bien Hindenburg aún no se había comprometido por completo a seguir los planes de Von Papen, no cabe duda de que en el momento en que se despidieron ya había recorrido buena parte del camino.²⁰

El domingo 29 de enero, resultó ser un día decisivo. Los acontecimientos que se sucedieron de manera vertiginosa ese día acabaron por dar forma al futuro gabinete de Hitler.

Por la mañana, el presidente Hindenburg dio un paso decisivo a este respecto al ordenar a su hijo que telefonease al general Von Blomberg para hacer que volviera a Berlín y estuviese disponible como sucesor de Schleicher en el Ministerio de Defensa.²¹ Se trataba de un hombre alto y experto en el trato en sociedad, que había impresionado al presidente en el transcurso de una serie de llamadas de cortesía que hizo a la hacienda rural de éste en calidad de comandante del Ejército en Prusia oriental. A principios de enero, además, había visitado a Hindenburg en Berlín. En esa ocasión, Blomberg, que durante años se había enfrentado a Schleicher por asuntos militares, expresó, según parece, su desacuerdo con la política del canciller e indicó que aprobaría que se confiase la cancillería a Hitler. Aunque es de suponer que Hindenburg consideraba a Blomberg un oficial apolítico y profesional, lo cierto es que había elegido a un hombre extremadamente sensible a los encantos del nazismo. Durante el tiempo en que estuvo destinado en Prusia oriental, había caído bajo la influencia de algunos miembros del Ejército que se declaraban a favor de este movimiento, entre los que se incluía el capellán castrense protestante, el mismo que durante el Tercer Reich llegaría a ser el obispo nazi de la Iglesia protestante. Así que la elección de Hindenburg acabaría, casualmente, siendo de gran ayuda a Hitler.²²

El mismo domingo por la mañana, el dirigente nazi acudió, acompañado por Goering, a la cita con Von Papen en el apartamento de éste, situado en el edificio del Ministerio del Interior, en la Wilhelmstrasse, a sólo dos puertas de la residencia presidencial, que

se hallaba en la Cancillería. El anfitrión no presentó ninguna objeción cuando Hitler propuso a Wilhelm Frick como futuro ministro de Interior del gabinete nacional y presentó a Goering como candidato para encargarse de dicho ministerio en Prusia. A cambio, Hitler tuvo que ceder ante la insistencia de Hindenburg para que Von Papen fuese nombrado tanto canciller adjunto como comisario de Prusia, tras lo que presentó una nueva exigencia. Anunció que quería que se disolviese el Reichstag y se volviesen a convocar elecciones, pues, según expuso, cuando fuese canciller necesitaría una ley de plenos poderes que transfiriese al gabinete la autoridad legislativa.²³

Existían precedentes de leyes de plenos poderes del tipo que Hitler tenía en mente. Una década antes, los gabinetes republicanos habían obtenido en varias ocasiones tales poderes del Reichstag a fin de hacer frente a diversas crisis. Dado que las medidas de ese tipo suponían alteraciones temporales de la Constitución, necesitaban de una mayoría de dos tercios para ser aprobadas, y puesto que tal resultado era impensable en el Reichstag existente, Hitler deseaba unos nuevos comicios que le permitiesen encabezar su partido como canciller elegido por el presidente Hindenburg. En virtud de esta situación y de los recursos del Gobierno nacional, confiaba en incrementar en gran medida la representación de los nazis en el Parlamento. Si los resultados de las votaciones no hacían posible la obtención de una ley de plenos poderes, su gabinete tendría la potestad de promulgar leyes sin preocuparse del Reichstag ni depender de los poderes extraordinarios del presidente. Von Papen, ansioso por poner en marcha cuanto antes su plan, no puso trabas de ningún tipo a esta exigencia de Hitler, tan relevante, en relación a la convocatoria de unos nuevos comicios nacionales.

La tarde del día 29 Von Papen se dispuso a ultimar los detalles de la alianza con el Partido Nacional del Pueblo Alemán y el Stahlhelm para el futuro gabinete de Hitler. Reunió en su apartamento a Hugenberg y a los dos dirigentes de la organización de veteranos, Franz Seldte y Theodor Dusterberg, y los puso al corriente de la disponibilidad que habían mostrado algunos miembros relevantes del

gabinete conservador para trabajar a las órdenes de Hitler, así como de la intención que tenía Hindenburg de nombrar ministro de Defensa al general Von Blomberg. Según afirmó, estaba previsto que Seldte fuese el ministro de Trabajo del nuevo gabinete, y en cuanto a Hugenberg, anunció que el presidente deseaba que asumiese los ministerios de Agricultura y Economía, tanto en el Gobierno nacional como en el de Prusia.²⁴

La idea de dirigir personalmente los cuatro ministerios representaba un poderoso acicate para el dirigente de los nacionales. Satisfaría su vieja ambición de hacerse con el poder de los centros vitales de la política económica y al mismo tiempo acabar con lo que él consideraba el «socialismo» de la República. Se sintió especialmente halagado por el hecho de que Hindenburg, que nunca había ocultado el desprecio que sentía hacia él, hubiese cambiado de actitud, según indicaba Von Papen, y desease su presencia en el gabinete. El anfitrión, haciendo gala de su habitual perfidia, había omitido mencionar las exigencias de Hitler referentes a la convocatoria de nuevas elecciones, pues era consciente de que Hugenberg se arrugaría ante la perspectiva de una campaña electoral en que los nazis tendrían, como partido del hombre que acababa de ser elegido por Hindenburg para ocupar el puesto de canciller, una clara ventaja sobre su Partido Nacional.

Entusiasmado con la idea de participar en el poder, Hugenberg se mostró inclinado a aceptar las condiciones de Von Papen; pero Düsterberg, uno de los dos dirigentes del Stahlhelm, y varias de las personalidades conservadoras de su partido que se habían reunido en el apartamento de aquél la tarde del día 29 se opusieron con vehemencia. Consideraban que Hitler era un fanático sin escrúpulos, y se mostraron horrorizados ante la idea de que su partido colaborase en su ascensión al poder. En un intento de demorar ese paso, imploraron a Hugenberg que retirase su respaldo al gabinete de Hitler. Sin embargo, como enemigos de la democracia y el gobierno parlamentario, no pretendían salvar la República. En lugar de eso, proponían un nuevo gabinete presidencial encabezado por

Von Papen, en el que no participasen los nazis, capaz de disolver el Reichstag sin convocar elecciones y de gobernar de forma autoritaria mediante los decretos extraordinarios del presidente.²⁵

Pero incluso Von Papen rehuía en esos momentos cualquier actuación contraria a la Constitución; así que Hugenberg rechazó esta propuesta. Estaba convencido de que los cuatro ministerios que le habían asignado, los de mayor relevancia económica, según él, le asegurarían una posición eminente en el gabinete de Hitler, y eso le hizo aceptar. Además, temía que si su partido no se aliaba con Hitler, lo haría el Partido del Centro Católico —que él despreciaba—, dejando así de nuevo al Partido Nacional sin influencia alguna sobre la política gubernamental. Por lo tanto, Hugenberg consintió en que Von Papen siguiese con su plan. Esa misma tarde del día 29, éste informó a los nazis de que había superado los últimos obstáculos de su proyecto, a pesar de que aún debía obtener la aprobación final de Hindenburg.²⁶

La respuesta que Hugenberg y Von Papen dieron a los conservadores que intentaron disuadirlos de investir a Hitler con el cargo de canciller revela hasta qué punto lo infravaloraron. Ante las protestas que Düsterberg elevó el día 29, Hugenberg afirmó: «Lo acorralaremos». Cuando Ewald von Kleist-Schmenzin, un aristócrata perteneciente a los *junkers* de Prusia que acabó perdiendo la vida por oponerse a la dictadura de Hitler, se quejó ante Von Papen en semejantes términos el mismo día, éste replicó: «¿Qué espera que haga? Cuento con la confianza de Hindenburg. De aquí a dos meses, lo habremos puesto en tal aprieto que no hará otra cosa que chillar». Y parece ser que cuando otro de los conservadores avisó de que el objetivo de Hitler era instaurar una dictadura, respondió: «Se equivoca usted. ¡Lo hemos contratado!».²⁷

Mientras el domingo 29 de enero, Von Papen estaba ocupado reclutando personal para el gabinete de Hitler, Kurt von Schleicher se movía de un lado a otro en lo político, y al hacerlo facilitaba la labor del primero sin pretenderlo. La comisión que Hindenburg había confiado a Von Papen un día antes había intensificado sus temores

de que su predecesor acabase siendo también su sucesor. Como la mayoría de los dirigentes militares, prefería a Hitler antes que al desacreditado Von Papen en la cancillería. Sabía que el regreso de éste le negaría toda posibilidad de permanecer a la cabeza del Ministerio de Defensa, y veía el nombramiento de Hitler como la única oportunidad que le quedaba de conservar su autoridad sobre el Ejército. Si lo lograba, no tenía ninguna duda de que sería capaz de someter al dirigente nazi. «Si Hitler quiere instaurar una dictadura —dijo en cierta ocasión, según referiría Meissner más tarde— haré que el Ejército sea una dictadura dentro de la dictadura.»²⁸

La mañana del 29 de enero, Schleicher había discutido la situación en el Ministerio de Defensa con un grupo de generales. Al menos uno de ellos propuso que se forzase a Hindenburg a evitar la formación de un gabinete dirigido por Von Papen; pero Schleicher rechazó cualquier idea de enfrentarse al presidente. Se dice que un día antes había contestado a una proposición semejante aduciendo que su educación militar descartaba tales muestras de insubordinación: «Yo soy general, Hindenburg es mariscal de campo, y a mí me han educado en la obediencia».²⁹

Con la esperanza de ganarse el favor de Hitler, e ignorante del avanzado estado de las maquinaciones de Von Papen, Schleicher decidió el día 29 sonsacar al dirigente nazi acerca de una posible cooperación. A petición suya, uno de sus confidentes, el general Kurt von Hammerstein, jefe del mando militar, se encontró esa tarde en secreto con Hitler en la residencia berlinesa de un simpatizante nazi acaudalado. Hammerstein le preguntó si los que aculaban en nombre del presidente —se refería a Von Papen— estaban negociando con él seriamente en relación a la cancillería o se comportaban de manera dudosa. Si éste fuera el caso y Von Papen pretendiese quedarse con el puesto de canciller, el general se ofrecía a intentar que el aparato militar influyera en favor de la candidatura del dirigente nazi. El general también preguntó si Hitler, en caso de convertirse en canciller, estaría dispuesto a mantener a Schleicher como ministro de Defensa. Hitler, que no descartaba ninguna

posibilidad, respondió afirmativamente a esta última pregunta, aun a sabiendas de que en los planes de Von Papen no había lugar para Schleicher. En cuanto a las negociaciones para la formación de un nuevo gabinete, indicó que aún no podía determinar hasta qué punto eran serias, pero aseguró que le notificaría cualquier novedad.³⁰

La noche del 29 de enero, Hammerstein acudió a la residencia de Schleicher para referirle su encuentro con Hitler e informarse a su vez de los últimos acontecimientos. A los dos generales se les unió Werner von Alvensleben, un trotacalles, asiduo de círculos conservadores, que tenía acceso a la dirección nazi. Entonces lo enviaron al apartamento de Goebbels, donde estaban cenando Hitler y Goering, para que averiguase cuál era el estado de las negociaciones. Pero Alvensleben volvió sin una respuesta clara, y Hammerstein telefoneó a Hitler para manifestarle su temor de que al día siguiente se encontrasen con un «hecho consumado», expresión que usó para referirse a un gabinete dirigido por Von Papen que excluyese a los nazis. Hitler mantuvo una actitud evasiva, aunque Von Papen le había asegurado que pronto sería nombrado canciller.³¹

Sin embargo, Hitler, Goebbels y Goering habían quedado sobresaltados a raíz de los comentarios que había hecho Alvensleben en el transcurso de su visita. Se había jactado de que la jefatura del Ejército estaba preparada para intervenir de forma contundente si la formación del nuevo gabinete no se ajustaba a sus expectativas, lo que dejó a los dirigentes nazis preocupados por un posible golpe de Estado que tuviese como objetivo desbaratar el nombramiento de Hitler como canciller. Hitler, especialmente alarmado, puso a la SA de Berlín en situación de alerta y avisó a un oficial de policía de la capital, adepto al partido, a fin de que se preparase para tal eventualidad. Mientras tanto, Goering comunicó la situación a Von Papen y Meissner.³²

Estas noticias acerca de un golpe de Estado dieron pie a rumores que, a pesar de no tener fundamento alguno, permitieron a Von

Papen acelerar el proceso que le permitiría llevar a cabo su plan. Los rumores que llegaron al presidente, a través de Von Papen y Meissner, presentaban a Schleicher movilizando las tropas con la intención de derrocar a Hindenburg y erigirse él mismo en presidente. Ultrajado, Oskar Hindenburg acusó a Schleicher de traidor. Según se dice, la esposa de éste estaba convencida de que Schleicher había ordenado que arrestasen al presidente con la intención de enviarlo en un tren sellado a su residencia rural y retenerlo allí.³³Tanta inclinación tenían la familia del presidente y su séquito a esperar lo peor de Schleicher, que nadie se tomó la molestia de averiguar si los rumores acerca de un posible golpe de Estado militar tenían algún fundamento.

La misma noche del 29, Von Papen aprovechó esta atmósfera de crisis para lograr que Hindenburg accediese a tomar juramento la mañana siguiente al nuevo gabinete encabezado por Hitler. También consiguió que diese su aprobación a una lista de ministros, aunque cuatro miembros independientes que procedían del gabinete de Schleicher, los ministros de Asuntos Exteriores, Finanzas y Correos y Transportes, así como el comisario de creación de empleo, Gereke, tuvieron que ser excluidos. A Hugenberg se le otorgó el cargo de ministro de Agricultura y Economía de los gobiernos nacional y prusiano; el general Von Blomberg sustituiría a Schleicher como ministro de Defensa, y Seldte, del Stahlhelm, debía convertirse en ministro de Trabajo. El tercer nazi del gabinete (además de Hitler como canciller y Frick como ministro de Interior) era Goering, que sería nombrado ministro sin cartera y comisario de Aviación. También se le asignó el Ministerio del Interior prusiano, por lo que asumiría el control del vasto cuerpo de policía. Para Von Papen estaba reservado el puesto de comisario de Prusia y vicescanciller (más que simplemente canciller adjunto, aunque el cambio de terminología no contribuyó en nada a cambiar el hecho de que la Constitución no reconocía ninguna autoridad al portador de tal título). Para asegurarse de que su voz tendría peso en los asuntos

vitales, logró el consentimiento de Hindenburg para estar presente en todas las reuniones que éste mantuviese con el canciller Hitler.³⁴

La lista que Hindenburg aprobó el día 29 y que puso en práctica al día siguiente revela el ardid al que había recurrido Von Papen para engañar al presidente acerca del tipo de gabinete que acabaría dirigiendo Hitler. Sabía que aquél se había negado en varias ocasiones a nombrarlo canciller de un gabinete presidencial, y había hecho lo posible por ocultarle que había cedido ante Hitler a este respecto. Luego, el revuelo que habían provocado los rumores de un golpe de Estado le brindó una oportunidad perfecta para que el presidente no pudiese negarse a hacerlo canciller presidencial. De forma apresurada, se había decidido que el nuevo gabinete jurase el cargo a la mañana siguiente; así que no había tiempo para seguir negociando las posibles coaliciones. Por tanto, Von Papen tuvo que jugar la carta que le brindaban los católicos y que tenía guardada desde su conversación del día anterior con el emisario del Partido Popular Bávaro, Fritz Schäffer. Al dejar vacante el puesto de ministro de Justicia en la lista de miembros del gabinete, pretendía dar la impresión de que estaba reservado para un católico, a la espera de concluir las negociaciones. De esta manera, los votos de los católicos en el Reichstag se unirían a los de nazis y nacionales en una holgada mayoría, y harían que el gabinete de Hitler tuviese una naturaleza parlamentaria más que presidencial.

Esto era, al menos, lo que Von Papen quería que Hindenburg dedujese de la omisión del ministro de Justicia en su lista. Pero, en realidad, ni Von Papen ni Hitler ni Hugenberg tenían la menor intención de formar una coalición con los católicos ni de hacer que el nuevo gabinete dependiese de su respaldo parlamentario. Sin embargo, la noche del 29 de enero, el primero engañó al presidente para que creyera que se estaba buscando un acuerdo con éstos a fin de formar un gabinete parlamentario y no uno presidencial. Una vez que se hubiera constituido el nuevo gabinete a la mañana siguiente, sabía que era fácil convencerlo de que las conversaciones con los católicos se habían suspendido repentinamente. Para entonces, una

vez constituido con gran fanfarria el gabinete de Hitler, Hindenburg se daría cuenta de que era poco menos que imposible negar al nuevo canciller los poderes extraordinarios que había puesto a disposición de sus tres predecesores, en especial si su hombre de confianza, Franz von Papen, lo avalaba. Aún no se puede afirmar con certeza hasta qué punto reveló este último su artimaña a Hitler y Hugenberg; pero el hecho de que a la mañana siguiente admitiesen que el Ministerio de Justicia quedaba vacante y fingiesen que tenían la intención de reanudar las negociaciones con los católicos no deja lugar a dudas de su complicidad. Y lo mismo podría decirse del secretario de Estado de Hindenburg, Meissner, sin cuya cooperación no habría podido llevarse a cabo el engaño.³⁵

La noche del 29 de enero todos los círculos políticos berlineses comentaban los rumores contrapuestos que se habían ido extendiendo. El embajador François-Poncet oyó que Von Papen había abandonado toda intención de organizar un nuevo gabinete. Este rumor también había llegado al ministro independiente de Finanzas de los dos gabinetes anteriores, el conde Schwerin von Krosigk, que ese mismo día había oído de boca del mismo Von Papen que los preparativos del gabinete de Hitler estaban casi listos, y que contaban con él. Uno de los informadores del conde refirió que Hugenberg estaba presionando de nuevo para que Von Papen volviese a la cancillería, y otro afirmó que Schleicher estaba a punto de usar al Ejército en contra de Hindenburg aduciendo que ya no era mentalmente competente. Otto Meissner se hallaba entre los que se habían convertido en objeto de estas habladurías. A las dos de la madrugada lo despertó una llamada telefónica advirtiéndole de que Schleicher se proponía arrestarlo, junto con el presidente y Oskar Hindenburg.³⁶

Llegó la mañana del lunes 30 de enero, y la situación política seguía sin esclarecerse. El embajador británico, sir Horace Rumbold, indicó a su Gobierno que, con toda probabilidad, el nuevo canciller sería Von Papen. El secretario de Cancillería de Schleicher, Erwin Planck, telefoneó al conde Schwerin von Krosigk para anunciarle que

Hitler había suspendido las negociaciones y que, seguramente, ya no se hallaba en Berlín. Von Papen, según aseguraba Planck, se reuniría con el presidente a las once de la mañana para jurar el cargo de canciller.³⁷

Poco después de esta conversación telefónica, el conde recibió una llamada de la oficina del presidente que lo citaba a las once en la Cancillería a fin de que volviese a jurar el cargo de ministro de Finanzas; pero no le indicaron quién encabezaría el gabinete. Temiendo acabar de nuevo en un gabinete de base limitada dirigido por Von Papen, llamó desconcertado al ministro de Asuntos Exteriores Von Neurath, que compartió su rechazo ante semejante posibilidad y le comunicó que él también había sido invitado a comparecer en la Cancillería a las once. Cuando, acto seguido, el conde llamó a Von Papen, éste le aseguró con cierta brusquedad que ignoraba tales rumores, y que el nuevo canciller sería Hitler. Esto no hizo más que aumentar el desconcierto de Krosigk, que cuando llegó a la Cancillería aún no estaba seguro de quién iba a ser nombrado canciller.

Esa misma mañana del día 30 llegaba a Berlín el general Von Blomberg. Había recibido la citación de Hindenburg el día anterior y pasó la noche en tren desde Suiza. Cuando bajó al andén, se encontró con dos oficiales que lo esperaban. Uno era un comandante enviado por el jefe del mando militar, el general Hammerstein, que había sabido de su regreso a Berlín por casualidad y tenía órdenes de escoltarlo hasta el Ministerio de Defensa, donde se encontraban Hammerstein y Schleicher, que pretendían disuadirlo de aceptar el cargo de ministro de Defensa en un gabinete dirigido por Von Papen.³⁸ El otro oficial que lo esperaba en la estación era el coronel Oskar Hindenburg, con la intención de conducirlo a la Cancillería, donde lo esperaba su padre para nombrarlo ministro de Defensa del gabinete de Hitler. Blomberg tuvo que decidir entre los dos oficiales, y acabó acompañando a Hindenburg, que no sólo era el que ostentaba el cargo más elevado

de los dos, sino que representaba al supremo comandante en jefe de las fuerzas armadas.

Cuando llegaron al despacho del presidente en la Cancillería, las noticias de que un oficial del Ministerio de Defensa había intentado llevar a Blomberg a presencia de Schleicher no hicieron sino conferir credibilidad a los rumores de un inminente golpe de Estado. La sensación de peligro se hizo todavía mayor, así como la idea de que se necesitaba una resolución de forma urgente. Como medida preventiva, el presidente tomó juramento a Blomberg como ministro de Defensa poco después de las nueve de la mañana, despojando así a Schleicher de toda autoridad frente al Ejército.³⁹

Cuando supo que Blomberg había acudido a la Cancillería, Schleicher telefoneó a Meissner y se quejó de que se había violado, contra la Constitución, su autoridad como ministro de Defensa.⁴⁰ Pero aún más clara era la ilegalidad en que había incurrido Hindenburg al traspasar dicho puesto a Blomberg, ya que la Constitución estipulaba que el presidente sólo podía nombrar a los ministros de un gabinete si antes los había propuesto el canciller, y en el momento en que Blomberg juró el cargo, la mañana del 30 de enero, Schleicher aún era el jefe del Gobierno de transición. Sin embargo, los temores de éste con respecto al nombramiento de Blomberg sólo estaban justificados en parte, pues pensaba que formaría parte de un segundo gabinete de Von Papen, cuando la investidura del general no hacía, en realidad, más que anunciar lo que el mismo Schleicher había acabado por respaldar: un gabinete dirigido por Hitler. Sin lugar a dudas, no había pensado en la posibilidad de que su gran enemigo representase un papel tan destacado en la formación del gabinete de Hitler o de que él mismo fuese sustituido como ministro de Defensa.

Entre las nueve y las diez de la mañana del día 30, Hugenberg llegó al apartamento de Von Papen, en el Ministerio del Interior, al igual que Otto Schmidt-Hannover, un prominente diputado del Reichstag por el Partido Nacional del Pueblo Alemán, y los dirigentes del Stahlhelm, Seldte y Düsterberg. Allí se encontraron con un Von

Papen inquieto, que los advirtió de que si el nuevo gabinete no se constituía enseguida, Schleicher podría llevar a cabo un golpe de Estado que acabaría en dictadura militar. No había tiempo para objeciones triviales: «Si a las once no se ha instaurado el nuevo gabinete —afirmó, según refirió más tarde Düsternberg—, el Ejército se pondrá en marcha. Se cierne sobre nosotros la amenaza de una dictadura militar capitaneada por Schleicher y Hammerstein». ⁴¹

Schmidt-Hannover, compañero de partido de Hugenberg, y Düsternberg aún tenían serias dudas acerca del nombramiento de Hitler como canciller. Al menos, querían retrasar la toma de posesión precipitada de un nuevo gabinete el tiempo suficiente para restringir la autoridad de Hitler negándole el Ministerio del Interior prusiano y el control sobre la policía de tres quintas partes de Alemania que éste conllevaba. Después de haber fracasado en su intento de convencer a Hugenberg y Seldte, Düsternberg y Schmidt-Hannover fueron a la cancillería con la esperanza de hacer a Hindenburg partícipe de sus temores. Sin embargo, se les denegó el acceso al presidente, y tuvieron que reunirse con su hijo, que denunció la presunta traición de Schleicher pero no mostró ningún interés cuando suplicaron que se tomaran precauciones contra Hitler. ⁴²

Cuando Düsternberg volvió al apartamento de Von Papen se encontró con que Hitler y Goering ya habían llegado. Para que su colega Seldte fuese incluido en el gabinete como portavoz del Stahlhelm era necesario el consentimiento de Düsternberg, y éste albergaba un gran rencor hacia los nazis. Algunos meses antes, había descubierto que uno de sus abuelos era judío de nacimiento, aunque más tarde se había convertido al cristianismo. Esta información no tardó en ser conocida por la prensa nazi, que, en consonancia con los esfuerzos del partido de Hitler para atraer hacia sus filas a los miembros del Stahlhelm, denunció su ascendencia judía y acusó al Stahlhelm de ser una herramienta de los intereses judíos. Estos ataques provocaron la desesperación de Düsternberg, que pertenecía al ala antisemita de la organización, y su

resentimiento se convirtió en una de las razones para que se opusiera a la candidatura de Hitler a la cancillería.⁴³

Al llegar al apartamento de Von Papen, Düsternberg esquivó de manera evidente el saludo de Hitler y Goering. Parecía probable que no consintiera en aprobar la participación de Seldte en el gabinete de aquél. Sin embargo, el dirigente nazi lo sabía, e hizo lo posible por disipar su resentimiento. Tras dirigirse una rápida señal de entendimiento, él y Goering abandonaron sus asientos y se acercaron a Düsternberg en actitud amistosa, y en la voz grave que guardaba para las ocasiones solemnes, el dirigente nazi le garantizó que nunca había dirigido ni aprobado los ataques que contra él había llevado a cabo la prensa nazi. Esta actitud, que Hitler, con ojos llorosos, remató con un gesto de sincera emoción, desarmó a Düsternberg, que dejó a un lado todas sus reticencias. El último obstáculo que separaba a Hitler del Stahlhelm había sido superado.⁴⁴

Von Papen guió entonces a Hitler, Hugenberg, Düsternberg y Seldte a través de la ruta que tantas veces había seguido durante los meses anteriores. Salieron por la puerta trasera del Ministerio del Interior a los jardines, atravesaron la entrada del muro que los separaba de los del Ministerio de Asuntos Exteriores y, luego, la de los jardines de la Cancillería. Después de entrar en ésta por la puerta trasera, llegaron al despacho de Meissner, situado en la planta baja, poco antes de las once. El resto de futuros ministros llegó por separado. El conde Schwerin von Krosigk supo cuando llegó que el nuevo canciller no sería Von Papen, sino Hitler. A pocos minutos de constituirse el gabinete, un cabo que Von Papen había dejado suelto amenazó con malograr sus planes y frustrar el nombramiento de Hitler: Consciente de que Hugenberg temería perder votos en unas elecciones celebradas siendo Hitler canciller, no le había revelado que éste había exigido la disolución del Reichstag. Pero en ese momento, a escasos minutos de la ceremonia de investidura, el dirigente nazi anunció que debía contar con el apoyo de todos a este respecto para aceptar hacerse cargo de la cancillería. Tan categórica

como esta exigencia fue la respuesta de Hugenberg, que se negó a aceptarla.⁴⁵

Así las cosas, con dos de las figuras clave del futuro gabinete completamente enemistadas, el plan de Von Papen parecía a punto de desmoronarse. Comoquiera que no podía formarse un nuevo gabinete hasta que esta cuestión estuviese resuelta, pasadas las once (hora prevista para la ceremonia), aún se sucedían las discusiones acaloradas. En un intento de apaciguar a Hugenberg, Hitler le dio su palabra de honor de que la composición del gabinete permanecería inalterada fuera cual fuese el resultado de los comicios. Esto no logró hacer ceder al dirigente del Partido Nacional, por lo que Von Papen lo acusó de estar poniendo en peligro, en su momento más crítico, una alianza de fuerzas patrióticas laboriosamente construida. En referencia a la promesa de Hitler de que las elecciones no tendrían ningún efecto sobre la composición del gabinete, Von Papen afirmó que era inconcebible que alguien dudase de la palabra de honor que con tanta ceremonia había empeñado un hombre alemán. Sin embargo, Hugenberg continuó oponiéndose a un nuevo plebiscito.

Cuando todo el proyecto parecía estar a punto de derrumbarse, Otto Meissner hizo que las cosas se moviesen en favor de Hitler. Entró a la sala reloj en mano anunciando que eran las once y cuarto, y que el presidente los estaba esperando desde las once. No podía seguir esperando, sentenció Meissner. Hugenberg se encontró entonces convertido en el único obstáculo que impedía obedecer los designios de Hindenburg, y acabó por acceder a las peticiones de Hitler. Los reunidos se dirigieron entonces al despacho del presidente, que se hallaba en la segunda planta. Hindenburg los recibió y Von Papen leyó la lista de los miembros del gabinete que se proponían, y entre los que aún faltaba el ministro de Justicia. Pero entonces surgió un nuevo imprevisto que amenazó con echar por tierra la apresurada investidura del nuevo gabinete. El ministro de Finanzas, el conde Schwerin von Krosigk, se dirigió a Von Papen y le recordó que había acordado que sólo aceptaría volver a ser

nombrado en caso de que le asegurasen que el gabinete seguiría una política fiscal y monetaria sólida. Von Papen no dudó en presentarle a Hitler, al que el conde no conocía, y que respondió a su petición de forma evasiva pero tranquilizadora. Y de esta manera tan superficial se llevaron a cabo por fin las negociaciones para el nuevo Gobierno alemán.⁴⁶

Aproximadamente a las once y media del lunes 30 de enero, el presidente Paul Hindenburg tomó a Adolf Hitler el juramento que lo convertía en canciller de Alemania. Cometiendo lo que, con cualquier criterio objetivo, podría considerarse un acto de perjurio, el jefe nazi prometió defender y mantener la Constitución y las leyes de la República que durante tanto tiempo había jurado destruir. Para proseguir con el ardid ingeniado por Von Papen para contrarrestar la actitud reacia de Hindenburg a nombrar a Hitler canciller presidencial, el anuncio oficial fue redactado de manera que sugiriese que el nuevo gabinete pretendía ser de espíritu parlamentario. Esto se logró subrayando intencionadamente que el ministro de Justicia aún no había sido nombrado, y que el canciller Hitler se pondría de inmediato a negociar con los partidos católicos.

Aunque se había asignado el papel de jefe del Gobierno al enemigo más enconado de la democracia, los defensores de la República no parecían tener la menor intención de oponerse a su nombramiento, y ni siquiera se manifestaron en contra de la ascensión de Hitler a la cancillería. Después de haber supuesto durante tanto tiempo que los nazis recurrirían a la violencia, el nombramiento los cogió desprevenidos en un día marcado sólo por la dosis acostumbrada de violencia política. Los dirigentes del Partido del Centro Católico respondieron en tono defensivo al anuncio oficial de la constitución del gabinete, negando haberse comprometido a participar en éste y advirtiendo contra los experimentos constitucionales. Los socialdemócratas se encontraron sin ningún plan con el que responder a la remota posibilidad de que Hitler se hiciese con el poder por medios legales. Sus dirigentes, anonadados, reaccionaron amonestando a los miembros del partido, que

rondaban el millón, y a los cientos de miles de hombres que pertenecían al Reichsbanner, la organización paramilitar asociada a éste, para que se negasen a actuar. Según anunciaron, cualquier intento por parte del nuevo gabinete de violar la Constitución se encontraría con la resuelta oposición de la clase trabajadora. Mientras tanto, los actos de indisciplina sólo serían contraproducentes, todas las fuerzas de que disponía el movimiento debían reservarse para la batalla final. Pero, como los acontecimientos no tardarían en demostrar, la batalla ya había empezado, y la causa republicana estaba perdida.⁴⁷

Algunos republicanos reconocieron que había sucedido algo terrible, pero se aferraron a la vana esperanza de que Hindenburg acabaría por salvarlos. En la edición vespertina del día 30, el *Vossische Zeitung* de Berlín citaba las palabras con las que el presidente había expresado su rechazo a entregar el Gobierno a Hitler en agosto y noviembre de 1932, y afirmaba en tono lastimero que lo que Hindenburg había dicho entonces respecto a los nazis seguía teniendo vigencia.⁴⁸ El periódico socialdemócrata *Vorwärts* también apelaba a Hindenburg en la edición vespertina:

Con el nombramiento de este gabinete, el presidente ha asumido la más terrible responsabilidad a la que jamás se ha enfrentado ningún jefe de Estado. De él depende que no se aleje de la Constitución y que presente su inmediata dimisión en caso de no lograr el apoyo mayoritario del Reichstag.⁴⁹

Para muchos observadores políticos supuso un consuelo la preponderancia numérica de los ministros moderados frente a los tres nazis del gabinete. Otros asumieron que el poder real no lo detentaba Hitler, sino Von Papen o Hugenberg; y también hubo quien, en relación a la naturaleza del gabinete, se dejó engañar por la calculada ambigüedad de la vacante en el Ministerio de Justicia y las afirmaciones oficiales de que se reanudarían las negociaciones con los partidos católicos con respecto a su participación.⁵⁰ A raíz de esta información engañosa, no fueron pocos los analistas políticos expertos que inicialmente creyeron que Hitler había sido nombrado,

en efecto, canciller de un gabinete parlamentario y no de uno presidencial. Imaginaban que éste no tendría acceso a los poderes extraordinarios del presidente, sino que, por el contrario, dependería de la mayoría del Reichstag o de la aquiescencia de los católicos para sobrevivir como gabinete.⁵¹Theodor Wolff, el editor del republicano *Berliner Tageblatt*, por lo común tan perspicaz, predijo que si perdía la mayoría, debía, como cualquier otro gabinete parlamentario, dimitir o enfrentarse a las urnas.⁵²

La respuesta inicial que los alemanes ajenos a la política brindaron al nombramiento de Hitler estuvo marcada, a juzgar por la importancia trascendental de lo que acababa de ocurrir, por un claro sentimiento de indiferencia. La sustitución de un canciller por otro había llegado a ser un acontecimiento tan frecuente que gran parte de la opinión pública había perdido todo interés al respecto. En un noticiario cinematográfico que gozó de gran difusión en los teatros de todo el país, el nombramiento del nuevo gabinete fue el último de los seis sucesos que se presentaban al público, y aparecía después de reportajes sobre saltos de esquí, una carrera de caballos y una exhibición hípica, entre otros. Un joven judío, corrector de un periódico popular de Berlín, recordaría más tarde haber revisado la noche del 30 el texto de un reportaje sobre lo que había sucedido «con la más absoluta indiferencia; sin preocuparme siquiera por que pudiese afectarme». «El pueblo ignoraba en su mayoría lo que le había sucedido», rememoró Friedrich Stampfer, editor de *Vorwärts*.⁵³

Las reacciones del extranjero también fueron, por lo general, comedidas. Un diplomático checo afincado en Berlín no vio nada de extraordinario en la investidura del nuevo gabinete. «No se trata de un Gobierno nazi —anotó en su diario—; ni siquiera de uno revolucionario, por más que lleve el nombre de Hitler. No es el Tercer Reich: a duras penas es el Segundo y Medio.» El embajador británico sir Horace Rumbold informó a su Gobierno de que el nombramiento del gabinete de Hitler marcaba el final del experimento que se había llevado a cabo con el Gobierno presidencial. Pero a juzgar por la hostilidad que Hitler y Hugenberg

profesaban al sistema parlamentario, consideraba que era «difícil imaginar cómo piensan lograr una modificación del [...] sistema si no es por medios anticonstitucionales». Un observador británico se preguntaba en el *Sunday Times* de Londres: «¿Han logrado el presidente Hindenburg y su "camarada", herr Papen, meter a Hitler en una jaula para retorcerle el cuello... o son ellos los que están en la jaula?». ⁵⁴

En un despacho enviado a París la noche del día 30, el embajador François-Poncet, que siempre se mostraba tan seguro de sí mismo, reveló un claro desconcierto acerca de lo que había sucedido. Después de señalar que los católicos aún no se habían comprometido con el nuevo gabinete, se preguntaba si Hitler querría realmente gobernar en virtud de una mayoría parlamentaria, y si Hindenburg lo respaldaría si éste no lograba un apoyo mayoritario. En conjunto, pensaba que la investidura de Hitler era algo parecido a encerrar a un lobo en un redil con la intención de aprisionarlo. Uno de los pocos observadores extranjeros que de inmediato evaluó la situación correctamente fue el periodista suizo que señaló de forma lacónica: «Un oso siempre será un oso, por más que le pongas un aro en la nariz y lo sujetes con una correa». ⁵⁵

La noche del 30, el canciller Adolf Hitler permaneció varias horas de pie ante una ventana abierta en su nuevo despacho, agradeciendo las muestras de júbilo de las decenas de miles de soldados de asalto nazis, a los que se habían unido los hombres del Stahlhelm a su paso por la Wilhelmstrasse, y que sostenían antorchas mientras cantaban himnos nacionalistas. A escasos metros de allí, el presidente Hindenburg observaba esa manifestación desde una ventana de la parte más antigua de la Cancillería. Era un final triunfante para una reaparición política digna de mención. Tan sólo un mes antes, Hitler parecía estar acabado. Su partido había sufrido un asombroso revés en las últimas elecciones, que le habían supuesto la pérdida de dos de cada tres votantes, y esta situación empeoró todavía más en los comicios locales y estatales posteriores. Los casos de desertión y rebeldía eran cada vez más frecuentes

entre sus defraudados seguidores. Los indicios de recuperación económica amenazaban con despojarlo de uno de los argumentos que más había explotado, con éxito, desde el comienzo de la Depresión. Sin embargo, a sólo treinta días de diferencia, el presidente que lo había rechazado de forma reiterada acabó por nombrarlo debidamente jefe de Gobierno. Según se dice, cuando Hitler logró su objetivo se sorprendió, como había hecho en muchas otras ocasiones, de haberse salvado cuando todo parecía perdido.⁵⁶

Este asombroso cambio de rumbo marcó profundamente al nuevo canciller de Alemania, pues vino a confirmar su creencia de que era un hombre elegido por el destino, que con plena seguridad lograría su propósito de dominar toda Alemania, llevar a cabo una purificación étnica, expandir sus fronteras mediante conquistas y convertirla en la potencia que sometiese a Europa para los tiempos venideros. Los últimos acontecimientos también justificaban la estrategia de todo o nada que había seguido hasta hacerse con el poder. Lo que acabaría por conocerse como «la toma de poder» contribuyó por tanto a su convencimiento de que era invencible y a su proverbial disponibilidad para correr los más grandes riesgos, dos factores que le proporcionarían los extraordinarios triunfos militares y del ámbito de la política internacional que acabarían sólo diez años más tarde, cuando la batalla de Stalingrado puso fin a su suerte. Pero, igual que sucedió con tantos otros episodios de la mitología de su Tercer Reich, la creencia de que lo que tuvo lugar el 30 de enero de 1933 fue una toma de poder es falsa. En realidad, Hitler no se hizo con el poder; le fue entregado por los hombres que en ese momento controlaban el destino de Alemania.

Notas

1. *SEG* (1933), p. 30.

2. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 39. Ewald von Kleist-Schmenzin recordó en 1934 que el 25 de enero de Von Papen había admitido que pretendía lograr el consentimiento de Hindenburg para que Hitler se convirtiese en canciller; véase «Die letzte Möglichkeit», p. 90.

3. Véase Volker R. Berghahn, *Der Stahlhelm*, Düsseldorf, 1966, en especial, pp. 192 s., 233 y 238; Hermann Pünder, *Politik in der Reichskanzlei*, Stuttgart, 1961, p. 125; Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit*, p. 303.

4. Véase Leopold, *op. cit.*

5. François-Poncet, *op. cit.*, p. 30.

6. Diario de Reinhold Quaatz, entrada del 23 de diciembre de 1932 (Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 219).

7. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 40; Schmidt-Hannover, *op. cit.*, p. 332 s.; Weiss y Hoser, *op. cit.*, p. 228; Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, p. 353. Sobre la policía prusiana, véase Christoph Graf, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur*, Berlín, 1983.

8. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 40.

9. *Ibíd.*, p. 41.

10. *Ibíd.* pp. 41 s.

11. Von Papen, *Gasse*, pp. 269 s.; Schmidt-Hannover, *op. cit.*, p. 334.

12. Véase el diario de Schwerin von Krosigk en *AdRk/KvS*, pp. 317 s.

13. Véase la declaración de Schaffer en el juicio de desnazificación de Von Papen, el 27 de enero de 1947 (Amtsgericht München, Spruchkammerakten F. von Papen, Bl. 49,56).

14. *Ibíd.*, Bl. 49, 55, 56, 57. Más tarde, cuando Schaffer ya se había convertido en una figura destacada de la política alemana de posguerra, negó haber propuesto a los católicos su participación en el gabinete de Hitler y afirmó que sólo les había pedido respaldo para un futuro gabinete de Von Papen, versión que aceptan muchos historiadores. Para un informe fidedigno, véase Falk Wiesemann, *Die Vorgeschichte der nationalsozialistischen Machtübernahme in Bayern 1932-1933*, Berlín, 1975, pp. 162-164; Otto Altendorfer, *Fritz Schäffer als Politiker der Bayerischen Volkspartei*, Múnich, 1993, parte 2, pp. 686-688.

15. Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 353 s.

16. «Auflösung wahrscheinlich unvermeidlich», *FZ*, 70 (26 de enero de 1933); «Hoffnung auf Hindenburg», *VZ*, 45 (26 de enero de 1933); «Acht nutzlose Tage», *BT*, 46 (27 de enero de 1933); «Warnung vor dem Staatsstreich», *V*, 47 (28 de enero de 1933); «Kanzlersturz und dann?», *VZ*, 49 (29 de enero de 1933); «Auf gefährlichem Wege», *BT*, 49 (29 de enero de 1933).

17. Ribbentrop, *op. cit.*, pp. 39 s.

18. Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 265 s. En sus memorias, Oldenburg-Januschau se refiere de una manera general a las conversaciones con Hindenburg (*Erinnerungen*, Leipzig, 1936, pp. 218 s.).

19. NAUSA, RG 238, caso 11, pp. 4617 s., declaración del 4 de mayo de 1948 de Meissner (que afirmó haber transmitido a Hindenburg el mensaje de Goering).

20. Von Papen, *Gasse*, p. 271. En 1938, Goering confirmó que Hindenburg, y no los nazis, había elegido a Blomberg para el Ministerio de Defensa (Anton Hoch y Christoph Weisz, «Die Erinnerungen des Generalobersten Wilhelm Adam», en *Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum, 15, Geburtstag*, ed. de Wolfgang Benz y otros, Stuttgart, 1980, p. 41).

21. Véase la declaración de Oskar Hindenburg en su juicio de desnazificación del 28 de enero de 1947 (NSHSAH, Nds. 171, Lünenburg Uzn/11363, Bl. 107), así como Kunrat von Hammerstein, «Schleicher, Hammerstein», p. 167.

22. Dorpalen, *op. cit.*, p. 427. Otto Meissner aseguró que Blomberg había sido enviado a Berlín en esta ocasión sin que lo supiera Schleicher (*Staatssekretär*, p. 266). No obstante, hay pruebas de que ambos hombres se encontraron (Bennett, *op. cit.*, p. 295), Hermann Foertsch, *Schuld und Verhängnis*, Stuttgart, 1951, p. 29; IfZ, ZS 37, entrevista de Wolfgang Sauer con Foersch, 28 y 31 de enero de 1953; Geyer, *op. cit.*, pp. 192 y 208-213. Thilo Vogelsang, «Hitlers Brief an Reichenau vom 4. Dezember 1932», *VfZ*, 7 (1959), pp. 429-433; íd., *Reichswehr*, p. 375; Thomas Martin Schneider, *Reichsbischof Ludwig Müller*, Gotinga, 1993, pp. 78,91 s.; Bennett, *op. cit.*, pp. 296-301; Klaus-Jürgen Müller, *Das Heer und Hitler*, Stuttgart, 1969, pp. 49-52.

23. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 42; Von Papen, *Gasse*, pp. 271 s.; Ewald von Kleist-Schmenzin, *op. cit.*, p. 91.

24. Schmidt-Hannover, *op. cit.*, pp. 329 y 334, donde afirma de manera convincente que la fecha del 26 de enero que Düsterberg da a este encuentro en sus memorias (*Der Stahlhelm und Hitler*, Wolfenbüttel y Hannover, 1949, pp. 38 s.) es incorrecta.

25. Kleist-Schmenzin, *op. cit.*, pp. 91 s.; Schmidt-Hannover, *op. cit.*, pp. 334-336; Von Papen, *Gasse*, p. 272.

26. Ribbentrop, *op. cit.*, p. 42.

27. Düsterberg, *op. cit.*, p. 39; Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit», p. 92; Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland*, Tubinga, 1951, p. 147.

28. Otto Meissner, *op. cit.*, p. 247.

29. IfZ, ZS 217, Aktenvermerk, con fecha del 7 de abril de 1951, entrevista con uno de los presentes, Erich Freiherr von dem Bussche-Ippengurg, del 30 de marzo; véase también el artículo de éste, «Hammerstein und Hindenburg», *FAZ*, 30 (5 de febrero de

1952), así como *AdRk/KvS*, pp. 320, n. 4. La cita pertenece a Gottfried Treviranus, *op. cit.*, pp. 347 s.

30. Hammerstein describió este encuentro en su «Niederschrift» (28 de enero de 1935), publicado en Bracher, *op. cit.*, pp. 733 s. Véase también el fragmento de la carta de 1953 del ayudante de Hammerstein, Adolf-Friedrich Kuntzen, que se recoge en Kunrat von Hammerstein, *op. cit.*, p. 165. Goering recordó la oferta que Hammerstein expuso en nombre de Schleicher en su declaración en Núremberg el 13 de marzo de 1946 (IMT, *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher von dem Internationalen Militärgerichtshof*, Núremberg, 1947, vol. 9, p. 283).

31. Hammerstein, «Niederschrift», en Bracher, *op. cit.*, p. 734.

32. *Ibíd.*; Goebbels, *TbJG*, parte 1, vol. 2, pp. 355 s.; Von Papen, *Gasse*, p. 273; Otto Meissner, *op. cit.*, p. 168.

33. Düsterberg, *op. cit.*, pp. 39 s.; Kunrat von Hammerstein, *Spähtrupp*, Stuttgart, 1963, p. 59; Gereke, *op. cit.*, pp. 226-228.

34. Von Papen, *Gasse*, p. 273; Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 268 s. Meissner afirma en su libro, de forma equivocada, que el Ministro de Justicia titular, Franz Gürtner, estaba incluido en la lista de los miembros del gabinete (*ibíd.*, p. 269).

35. Más tarde, Von Papen aseguró, de manera inverosímil, que la mañana del 30 de enero de había arrancado de Hitler la promesa de incluir a los partidos católicos con el fin de asegurar una mayoría parlamentaria (Von Papen, *Gasse*, p. 276). Las actas de la primera reunión del gabinete de Hitler revelan, por el contrario, que no existía ningún tipo de intención de incluir a los católicos (*Akten der Reichskanzlei: Regierung Hitler*, parte 1, ed. de Konrad Repgen y Hans Booms, Boppard, 1983, pp. 1-4).

36. *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol 2, p. 542; diario de Schwerin von Krosigk, en *AdRk/KvS*, p. 321 s.

37. *DBFP, 1919-1939*, serie 2, vol. 4, pp. 395-398; diario de Schwerin von Krosigk, *AdRk/KvS*, p. 321.

38. Véase el testimonio del oficial al que Hammerstein envió a recoger a Blomberg, el comandante Adolf-Friedrich Kuntzen, del 17

de marzo de 1949, en el juicio de desnazificación de Oskar Hindenburg; NSHSAH, Nds. 171 Lüneburg Uzn/11363, Bl. 299-303.

39. Schmidt-Hannover, *op. cit.*, p. 339.

40. Véase el diario de Schwerin von Krosigk, *AdRk/KvS*, p. 322.

41. Schmidt-Hannover, *op. cit.*, p. 338; Düsterberg, *op. cit.*, p. 39.

42. Schmidt-Hannover, *op. cit.*, pp. 338 s.; Düsterberg, *op. cit.*, p. 39.

43. *Ibíd.*, p. 34; Berghahn, *op. cit.*, pp. 239-243.

44. *Ibíd.*, pp. 248 s.; Düsterberg, *op. cit.*, p. 40.

45. *Ibíd.*, pp. 40 s.; Von Papen, *Gasse*, pp. 275 s.; diario de Schwerin von Krosigk, *AdRk/KvS*, pp. 322 s.; Otto Meissner, *op. cit.*, pp. 269 s.

46. Düsterberg, *op. cit.*, p. 41; diario de Schwerin von Krosigk, *AdRk/KvS*, p. 323.

47. Véase «Hitler vereidigt», *G*, 31 (31 de enero de 1933); Hagen Schulze, ed., *Anpassung oder Widerstand?*, Bonn-Bad Godesberg, 1975, pp. 131-153.

48. «Der Sprung», *VZ*, 50 (30 de enero de 1933).

49. «Hitler-Papen Kabinett», *V*, 50 (30 de enero de 1933).

50. «Kabinett Hitler-Papen-Hugenberg», *VZ*, 50 (30 de enero de 1933); «Die neuen Männer», *DB-Z*, 26 (31 de enero de 1933); Hans Zehrer, «Nationaler Sozialismus?», *TR*, 26 (31 de enero de 1933); *Der Deutsche*, citado en Josef Becker, «"Der Deutsche" und die Regierungsbildung des 30 Januar 1933», *Publizistik*, 6 (1961), p. 197; BAK, Sammlung Brammer, ZSg 101/26, «Informationsbericht vom 2. Februar», de Georg Dertinger. En un discurso pronunciado en Augsburgo el 4 de febrero, Kurt Schumacher, dirigente de los socialdemócratas tras la segunda guerra mundial, presentó a Hugenberg como el miembro clave del gabinete y describió a Hitler como un mero figurín (Josef Becker y Ruth Becker, eds., *Hitlers Machtergreifung*, Múnich, 1983, pp. 45 s.).

51. *DBFP1919-1939*, serie 2, vol. 4, p. 400, de Rumbold a Simon, 31 de enero de 1933; Ernst Lemmer, «Der Anfang einer neuen

Entwicklung», *NFP*, 24564 (31 de enero de 1933); Walther Schotte, en *Der Ring*, 3 febrero 1933, citado en Yuji Ishida, *Junkonservativen in der Weimarer Republik*, Fráncfort, 1988, pp. 234 s.; *Deutsche Tageszeitung*, citado en «Die Meinung der Anderen», *DAZ*, 51 (31 de enero de 1933); «Herr Hitler», *The Times* (Londres), 31 de enero de 1933.

52. «Es ist erreicht», *BT*, 51 (31 de enero de 1933).

53. BA/FA, Deulig Tonwoche Nr. 57 (1933); Curt Riess, *Das waren Zeiten*, Viena, 1977, pp. 151 s.; Friedrich Stampfer, *Die vierzehn Jahre der ersten deutschen Republic*. Offenbach-Main, 1947, p. 670.

54. Diario de Camill Hofmann, entrada del 30 de enero, en Johann Wilhelm Brügel y Norbert Frei, eds., «Berliner Tagebuch 1932-1934», *VfZ*, 36 (1988), p. 159. *DBFP, 1919-1939*, serie 2, vol. 4, p. 399, de Rumbold a Simon, 30 de enero de 1933; Wickham Steed, «Can Hitler Do It?», *Sunday Times* (Londres), 5 de febrero de 1933.

55. *DDF, 1932-1939*, serie 1, vol. 2, p. 542; ibíd., p. 552. La cita pertenece al *Baseler Nachrichten* y está recogida en Gerd H. Padel, *Die politische Presse der deutschen Schweiz und der Aufstieg des Dritten Reiches 1933-1939*, Zúrich, 1951, p. 15.

56. Según Heinrich Brüning (*op. cit.*, p. 648), Schleicher le dijo el 11 de febrero de 1933 que Hitler había expresado esa idea cuando se despidieron, presumiblemente el 30 de enero, después de que Schleicher acudiese a la Cancillería para celebrar una breve reunión final del gabinete tras el nombramiento de aquél (*AdRk/KvS*, pp. 319 s.).

CAPÍTULO 7

Determinismo, contingencia y responsabilidad

El 30 de enero de 1933 Hitler se hizo con gran parte del poder al ser nombrado canciller; pero aún le quedaba mucho para llegar a la autoridad absoluta que pretendía. La narración de cómo lo logró daría lugar a otro libro, aunque puede resumirse a grandes rasgos. Al sabotear las negociaciones con los católicos el día 31, de modo que pareciese que habían sido ellos los responsables de la ruptura, Hitler puso fin a la farsa de que pretendía convertirse en canciller parlamentario, respaldado por una mayoría del Reichstag. El 1 de febrero se disolvió el Parlamento y se convocaron nuevos comicios para primeros de marzo. Ese mismo día se cubrió de forma apresurada la vacante del Ministerio de Justicia mediante el nombramiento del ministro que había ocupado el cargo en los gabinetes de Von Papen y Schleicher. El día 4, Hindenburg permitió al nuevo canciller usar los poderes extraordinarios para decretar una ley que restringiese la libertad de prensa y la de reunión. El ardid de Von Papen para engañar al presidente con respecto a la naturaleza del gabinete tuvo, por tanto, un final brillante. Hitler obtuvo así lo que Hindenburg había prometido no concederle jamás: se convirtió en un canciller presidencial *de facto*.

Durante los meses siguientes, Hitler extendió su autoridad. El misterioso incendio que destruyó el interior del edificio del Reichstag a finales de febrero le permitió dar un paso de gigante en ese

sentido. Con el inverosímil pretexto de que había sido consecuencia de un levantamiento comunista, convenció al presidente de que le concediese un decreto extraordinario radical que suspendiese indefinidamente un gran número de derechos civiles y confiriese mucha más autoridad al gabinete. Comoquiera que la campaña para las elecciones del Reichstag, estaba alcanzando su punto álgido, decenas de miles de soldados de asalto nazis, que hacían las funciones del cuerpo auxiliar de policía prusiana al mando de Hermann Goering, esbirro de Hitler, sometían a los oponentes políticos a un constante acoso, intimidación y arresto. En su lucha por el voto, los nazis explotaron tanto el temor a los rojos que habían provocado el incendio del Reichstag, como el prestigio que su dirigente acababa de adquirir en calidad de elegido de Hindenburg para el cargo de canciller. Con todo, no alcanzaron la mayoría en los comicios —poco libres— de marzo, en los que consiguieron un 43,9 por ciento de los votos.

Sólo tras declarar ilegales a los diputados comunistas y recurrir a la intimidación y el engaño, logró Hitler el 23 de marzo en las urnas del Reichstag los dos tercios necesarios para hacerse con la ley de plenos poderes que aparentemente dotaba a su gabinete de autoridad legislativa durante cuatro años. A esto siguió una ola de purgas nazis, a medida que se subyugaba a una institución detrás de otra. La autoridad arbitraria reemplazó al Gobierno legislativo en lo que se ha bautizado apropiadamente como un «golpe de Estado por entregas».¹ Cuando llegó el verano habían sido disueltos todos los partidos menos el de los nazis; Hugenberg había sido obligado a abandonar el gabinete, y Hitler había relegado a Von Papen a un segundo plano después de ganarse la confianza del presidente. Antes, Goering le había arrebatado el gobierno del estado de mayor extensión, Prusia. Mucho antes de asumir los poderes del presidente a la muerte de Hindenburg (en agosto de 1934), el dirigente nazi ya se había convertido en dictador de Alemania.

El requisito indispensable para todos estos acontecimientos, así como para las atroces consecuencias que los seguirían, era el

nombramiento de Hitler como canciller. Mientras la presidencia estuviese ocupada por Hindenburg, la cancillería era la única vía posible para hacerse con el poder. Además, según reconoció él mismo, para hacerse con la autoridad dictatorial que sin duda necesitaba si quería lograr sus trascendentales objetivos, no podía, como canciller, depender de los caprichos de una mayoría parlamentaria basada en una coalición de partidos. Por tanto, se aferró a esas condiciones y salió victorioso contra todo pronóstico. Después de asumir el cargo de canciller con el respaldo de sólo una minoría del pueblo alemán, ganaría gran popularidad tras presidir una recuperación económica que ya estaba en proceso cuando fue investido y obtener un triunfo pacífico detrás de otro en política exterior.

Los sucesos de los treinta primeros días de 1933 no bastan para explicar cómo se hizo Hitler con el poder. Para entender por completo lo que ocurrió sería necesario un examen más amplio del pasado alemán. Haría falta remontarse al menos al intento frustrado de revolución democrática que tuvo lugar en 1848 y a la apropiación de la causa nacionalista por parte de la derecha en el transcurso de la unificación del país bajo el dominio de Prusia. Debería tenerse en cuenta el control que ejerció sobre el Imperio la élite semifeudal, así como las tensiones económicas y sociales que dieron lugar a un movimiento político basado en una clase obrera militante y, en última instancia, a su desintegración en facciones violentamente opuestas. La debilidad y la fragmentación del liberalismo alemán, la fuerza del aparato militar y la susceptibilidad de buena parte de la población ante las teorías pseudocientíficas acerca de la raza desempeñaron un papel relevante en lo que se avecinaba. Lo mismo puede decirse de la conmoción que supuso el hecho de ser derrotados en una guerra que los alemanes estaban convencidos de estar ganando, las draconianas condiciones del Tratado de Versalles, la hiperinflación que destruyó la moneda nacional y el demoledor impacto de la Gran Depresión.

Las versiones del ascenso de Hitler al poder que centran su atención en los mencionados antecedentes históricos tienen una desafortunada tendencia al determinismo. Dan a entender que lo que sucedió fue producto inexorable de grandes fuerzas impersonales, que tenía que pasar y no había alternativa posible. Sin embargo, aunque los factores citados fueron en muchos casos necesarios para que tuviese lugar este desenlace, no son suficientes para explicarlo. Pueden ayudar a entender cómo se hizo posible el Tercer Reich, pero no cómo se hizo realidad.

Un análisis detallado de los sucesos de enero de 1933 desmiente estas teorías deterministas, ya que pone de manifiesto la relevancia que tuvieron las sucesiones de hechos contingentes que culminaron con el ascenso de Hitler al poder. Es incuestionable que el Tercer Reich fue producto de la historia de Alemania; pero no constituía, ni mucho menos, la única posibilidad con la que en ese momento contaba el país. Hasta el momento en que se concedió a Hitler la cancillería habían existido otras soluciones políticas. El éxito de éste no supuso la culminación de una escalada gradual hacia el poder, sino que tuvo lugar en uno de los peores momentos de su carrera política. Sólo treinta días antes de jurar el cargo de canciller, muchos observadores veteranos y bien informados se afanaban en componer su epitafio político. Tras haber surgido de manera espectacular del anonimato, su partido había perdido fuerza y parecía estar a punto de desintegrarse. Lejos de dar forma a los acontecimientos que acabaron por concederle la victoria, el futuro dictador fue rescatado del fracaso por una serie de sucesos sobre los cuales no tenía ningún control.

En este giro copernicano que experimentó la suerte de Hitler y que lo impulsó al poder fue decisiva la actuación de otras personas, ya que, si bien las fuerzas impersonales pueden hacer posible un acontecimiento, son las personas las que hacen que éste llegue a realizarse. Y sorprende hasta qué punto es aplicable esta afirmación a la Alemania de enero de 1933, fecha en que el destino de la nación estaba supeditado a la actuación de un puñado de individuos.

Se trató de una de esas situaciones, tan frecuentes en las relaciones humanas, en que el destino de la mayoría depende de unos pocos. En este caso, el futuro de Alemania estaba en manos de tres personas: el presidente Paul von Hindenburg, el canciller Kurt von Schleicher y su predecesor, Franz von Papen. Oskar Hindenburg, Otto Meissner y Alfred Hugenberg tomaron parte en menor medida, pero también de manera significativa. Comparado con el papel que desempeñaron estos seis políticos, el de Hitler fue, en esencia, pasivo. Jugó las cartas que le ofrecieron con gran astucia, pero fueron ellos, y no él, quienes repartieron los naipes.

Entender la historia de Alemania es, por supuesto, algo esencial para alcanzar una explicación de por qué hombres como Hindenburg, Schleicher y Von Papen llegaron a representar un papel político tan relevante. Sin el prestigio que correspondía a la aristocracia, por su decisiva aportación a la unificación de Alemania y su posición privilegiada durante el régimen imperial, los hombres cuyos apellidos estaban adornados con el «von» no habrían tenido oportunidad de ser candidatos a altos cargos después de una revolución republicana. De igual manera, si lo militar no hubiese tenido tanto peso en las tradiciones de Alemania, habría sido altamente improbable que un mariscal de campo derrotado y sin ninguna capacidad política demostrada fuese elegido presidente de la República a la edad de setenta y siete años y reelegido a los ochenta y cuatro. Ni un oficial de carrera como Kurt von Schleicher se habría convertido en uno de los factores principales de la política alemana si los republicanos hubiesen sometido a los militares a un estricto control por parte de las autoridades civiles. Sin el fracaso de la democracia parlamentaria, cuyas causas hundieron sus raíces en la historia de Alemania, los recursos que determinarían el destino de este pueblo no se habrían concentrado en las manos de esos hombres. Estos y otros factores que se sitúan por encima de lo personal pueden servir para explicar cómo pudieron ejercer una influencia tan grande sobre el curso de los acontecimientos; pero no justifican la manera en que usaron esta influencia.

Se ha afirmado que los hombres que otorgaron el poder a Hitler no eran más que marionetas de poderosos intereses creados entre bastidores; pero, tras medio siglo de investigaciones, no se ha logrado dotar a este argumento de un base sólida. Esto no quiere decir que dichos hombres fuesen por completo inmunes a toda influencia. Hindenburg, por ejemplo, no ocultaba su preocupación por los apuros económicos de los *junkers* terratenientes de Prusia oriental, que lo habían aclamado como uno de los suyos. La oposición de éstos a Schleicher o la simpatía que profesaban a Hitler bien pudieron haber persuadido al presidente. Sin embargo, sea como sea, se trataba más de una cuestión de sentimientos que de intereses. Schleicher no actuó en nombre de nadie, aparte de sí mismo y de la concepción que él tenía de lo que eran los intereses del Ejército. Sin duda, su compromiso con el rearme y sus esperanzas de reclutar a los cientos de miles de soldados nazis para ampliar las fuerzas armadas contribuyó a que no fuese capaz de ver el peligro que Hitler suponía. Por tanto, no tiene sentido atribuir a coacciones externas lo que no fue más que la consecuencia de un error de análisis por parte de Schleicher. Von Papen, si bien es cierto que persiguió el apoyo económico y político de los capitalistas y tendió a favorecer sus intereses, trazó en solitario gran parte del curso de su ruinosa política. El obstinado Hugenberg resistió de manera notoria la presión de cualquiera que no coincidiese con sus propias opiniones y propósitos. Oskar Hindenburg sólo debía fidelidad a su padre, y Otto Meissner, a nadie más que a sí mismo. En resumen, todos eran libres de tomar decisiones políticas atendiendo a sus propias preferencias.

Nada revela con más claridad el carácter contingente de lo que sucedió en enero de 1933 que la gran influencia que tuvieron en los hechos los cambios en las relaciones de las personas implicadas. El afecto cada vez mayor que Hindenburg profesaba a Von Papen y su distanciamiento de Schleicher explican en gran medida lo que ocurrió. Lo mismo sucede con la hostilidad a Schleicher que sustituyó a su amistad con Von Papen y Oskar Hindenburg. En un

momento en que la asignación del poder de un país tan grande descansaba en un grupo de individuos tan reducido, algunos de los sentimientos humanos más elementales (afinidades y aversiones personales, orgullos heridos, amistades echadas a perder y deseos de venganza) resultaron tener consecuencias políticas profundas.

La suerte, la más caprichosa de las contingencias, estaba sin duda de parte de Hitler. Fue rescatado del aislamiento político gracias a una conversación fortuita entre Von Papen y el barón Kurt von Schröder en el Club de los Caballeros, que preparó el terreno para el encuentro de Colonia y la subsiguiente conspiración contra Schleicher. Las elecciones estatales de Lippe estaban programadas para unas fechas inmejorables para él (y el lugar era casi perfecto), cuando necesitaba desesperadamente un triunfo, por insignificante que fuera, para levantar la tambaleante moral de sus seguidores. El falso rumor, dos meses después, de un inminente golpe de Estado por parte de Schleicher surgió justo a tiempo para permitir que Von Papen venciese el persistente recelo de Hindenburg y lo persuadiese de nombrar a Hitler precipitadamente, convencido de que el nuevo gabinete sería en la práctica parlamentario y no presidencial.

En la lucha por mantener el control sobre su partido, cada vez más desmoralizado, Hitler también tuvo la suerte de que el único nazi que rompiese con él a raíz de su rígida adhesión a la estrategia de todo o nada fuera Gregor Strasser. Este renegado demostró ser muy diferente de su hermano, Otto Strasser, que en 1930 abandonó el movimiento nazi a causa de la indiferencia que el dirigente del partido mostraba ante las aspiraciones socialistas de muchos de sus miembros. Llevado de su feroz naturaleza combativa, fundó una organización rival, el Frente Negro, e intentó atraer a los seguidores de Hitler acusándolo implacablemente de traición a los ideales del movimiento. Sin embargo, estos intentos resultaron vanos, ya que su desertión coincidió con el inicio de la espectacular sucesión de triunfos electorales protagonizados por el Partido Nazi que convirtieron a Hitler en una figura destacada del panorama político nacional.² Si Gregor Strasser, que contaba con un número mucho

mayor de seguidores dentro del partido que su hermano, hubiese organizado un movimiento cismático, podría haber provocado una secesión de efectos devastadores en diciembre de 1932 o enero de cuando la suerte cada vez peor del partido estaba provocando que un número creciente de nazis dudase de la opinión de su dirigente. Sin embargo, Hitler tuvo la suerte de que, a diferencia de su hermano, Gregor Strasser no era un luchador.

No obstante, el mayor golpe de suerte de Hitler lo constituyeron las rarezas —y otras limitaciones— de la personalidad de Kurt von Schleicher, el hombre que detentaba a principios de enero el cargo que él perseguía. El entonces canciller podría haber frustrado las ambiciones de Hitler; sin embargo, su fracaso preparó el camino para el Tercer Reich. Muchos de los reveses que recibió Schleicher se los infligió él mismo. Con modales bruscos ofendió al anciano Hindenburg, cuya confianza le era indispensable para seguir gobernando. Su lengua afilada agravó esta situación cuando ofendió irreparablemente a un viejo amigo, el hipersensible hijo del presidente, que además era su hombre de confianza. Elevó a otro amigo, el superficial y retorcido Franz von Papen, al cargo de canciller, para luego provocar su caída y convertirlo así en su enemigo. A pesar de la fama de que gozaba como maestro de la intriga, Schleicher demostró su incompetencia al infravalorar la habilidad de Von Papen y dejarse engañar por su mendacidad.

Como canciller, Schleicher alcanzó, por así decirlo, su más alto grado de incompetencia. Con anterioridad, se había hecho con un reputación de persona perspicaz en el ámbito político gracias a su manipulación entre bastidores; pero tras asumir la responsabilidad de la cancillería, reveló una falta de criterio y una tambaleante propensión al autoengaño. A pesar de su fama de político ágil, se encerró en una estrategia poco realista con el fin de embaucar a Hitler para que cooperase con él. Mucho después de que hubiese resultado obvia la inutilidad de esta pretensión, Schleicher seguía aferrado a ella, y ni siquiera pensó en idear una posición de repliegue. Desaprovechó todas las oportunidades que se le

presentaron de mantenerse en el cargo mediante retiradas estratégicas, revelando así su falta de recursos y escasas ansias de poder. Receloso ante los civiles y propenso al secretismo, sólo confiaba en sus asistentes militares, a los que acudía cuando necesitaba consejo, aunque fuese en relación a asuntos de Estado. Cada vez más aislado, acabó perdiendo todo contacto con la realidad política. Al final de su breve estancia en el cargo, arrió la bandera y se retiró de la batalla, dejando libre el puesto que no tardaría en ocupar Hitler, con la vana esperanza de que al menos le permitirían conservar el control de las fuerzas armadas.

Si Schleicher hubiera sido más ducho en política y hubiese mostrado menos obstinación en conservar el poder, Hitler nunca habría tenido la oportunidad de hacerse con la cancillería. Se ha afirmado con frecuencia que la toma del poder por parte del dirigente nazi era inevitable, ya que ninguna otra solución proporcionaría un respaldo masivo a un Gobierno de derechas y ésta era la única solución que Hindenburg estaba dispuesto a aceptar. Sin un apoyo popular de este tipo, según esta teoría, a la derecha le habría sido imposible gobernar. Sin embargo, los que así opinan pasan por alto la posibilidad de un régimen militar. Hitler se dio cuenta de este peligro y temió que se hiciese realidad.³Sólo tenía que mirar a otros países para darse cuenta de que era una alternativa obvia. Alemania no era, ni mucho menos, la única nación donde la democracia titubeaba; en más de una docena de países de la Europa de entreguerras, los experimentos con Gobiernos elegidos a través de unos comicios habían fracasado o estaban a punto de fracasar. En muchos casos, este hecho había desembocado en un régimen militar o cuasimilitar.

Había más probabilidades de que sucediese esto tras la caída de una democracia que de que fuese un movimiento fascista el que se hiciera con el poder, según pone de manifiesto la historia. Italia y Alemania son los dos únicos casos de regímenes de este tipo surgidos en tiempos de paz.

En las fechas en que Schleicher detentó el cargo de canciller, no había ningún obstáculo insalvable que impidiese a un general ambicioso y capacitado establecer un gobierno militar. El Ejército de la República era pequeño, pero estaba formado por soldados profesionales altamente disciplinados que se habían ofrecido para llevar a cabo largos períodos de servicio. Es cierto que entre los oficiales había simpatizantes del nazismo; pero no estaban organizados, y su número en los escalafones más altos era inferior al de los hombres leales a la cadena de mando, pues éste contaba con el respaldo del venerado Hindenburg. Como resultado de las mejoras realizadas por Schleicher, en enero de 1933 el Ejército estaba mucho mejor preparado para enfrentarse a los posibles disturbios que al final de la cancillería de Von Papen. En cualquier caso, las fuerzas que podían ejercer una oposición masiva estaban fragmentadas por razones políticas: nazis, comunistas y socialdemócratas mantenían un enfrentamiento irreconciliable. Un régimen militar no habría tardado en llevarse el mérito de la notable mejora económica que redujo de forma considerable el número de desempleados en el verano de 1933, y de esta manera habría estado en situación de apaciguar gran parte del descontento que había entorpecido la política alemana desde el inicio de la Depresión.⁴

A principios de 1933 no habría sido necesario ningún golpe de Estado manifiesto, de los destinados a galvanizar la resistencia del pueblo, para burlar la Constitución y establecer una dictadura militar. La forma de gobierno por medio de decretos presidenciales extraordinarios que se había practicado durante los tres años anteriores constituía un mecanismo político perfecto para una transición gradual a un régimen del todo autocrático. El presidente Hindenburg no tenía ninguna objeción, por principios, a alejarse de los métodos legales, como demostró durante la cancillería de Von Papen cuando accedió en dos ocasiones a no convocar los comicios que estipulaba la Constitución. Sin lugar a dudas, un dictador militar habría tenido que condescender con Hindenburg, al menos inicialmente. Sin embargo, el fin de la vida del anciano presidente no

tardaría en llegar, y su muerte, ocurrida en 1934, habría dejado paso franco al general que estuviese al mando de la cancillería para que asumiese una autoridad absoluta sobre el Estado. Un Gobierno inconstitucional bajo auspicios militares no es nada deseable; pero, en comparación con el Tercer Reich, un régimen conservador de tales características habría sido, con mucho, un mal menor. Por desgracia para Alemania, en el momento en que un régimen así podría haber servido como alternativa a la toma del poder por parte de Hitler, el general que se hallaba al frente del Gobierno no tenía ni la habilidad ni la voluntad suficientes para aprovechar la oportunidad.

¿Qué efecto habría tenido sobre Hitler un régimen militar emergido a principios de 1933 que protagonizase una oleada de mejoras económicas? Todo indica que la crisis de su movimiento habría seguido empeorando bajo tales circunstancias. En enero, el malestar se había extendido entre los frustrados nazis, a pesar del triunfo electoral de Lippe y el destierro de Gregor Strasser. Sólo dos días antes del nombramiento de Hitler como dictador, un *gauleiter* de la región de Franconia, donde los nazis gozaban de gran aceptación, advirtió públicamente de la existencia de un «frente invisible» de descontentos dentro del partido.⁵ Si el establecimiento de una dictadura militar hubiese dejado a Hitler sin la oportunidad de hacerse con el control del Estado, su movimiento habría disminuido hasta convertirse, con toda probabilidad, en la especie de grupo sectario marginal que había sido antes de la Depresión. Después de haber estado a las puertas del poder, su dirigente habría sido incapaz de resignarse a desempeñar una función política menor o un puesto civil. Todo apunta a que habría respondido ante el fracaso llevando a cabo lo que tantas veces había amenazado con hacer y que finalmente ejecutó cuando su guerra de conquistas acabó en una derrota total: el suicidio. Si los acontecimientos hubiesen seguido un camino diferente en enero de 1933, Adolf Hitler habría merecido, a lo sumo, ser mencionado de pasada en los libros

de historia, en lugar de ocupar un lugar predominante como uno de sus principales agitadores.

¿Qué habría cambiado si la República de Weimar hubiese sido sustituida por un régimen militar en vez de por el Tercer Reich?⁶ Por poco que reflexionemos llegaremos a la conclusión de que la situación habría sido muy diferente. Una dictadura militar no habría infligido a Alemania ni al resto de Europa unas heridas tan profundas ni numerosas como las producidas por el Reich de Hitler. Un régimen así habría sido fundamentalmente conservador, libre del extremismo fanático que desencadenaron los nazis. Habría sido autoritario, pero no totalitario; nacionalista, pero no racista; desagradable, pero no demoníaco. Habría intentado reprimir la expresión pública de cualquier opinión que considerase subversiva; pero no habría forzado a los alemanes a ajustarse a una ideología dictada por el Gobierno. Habría suspendido o restringido los derechos civiles y políticos, pero no los habría abolido en su totalidad. Podría haber llenado prisiones con oponentes políticos, pero no habría poblado un archipiélago de campos de concentración gobernados por una plantilla de sádicos. No habría convertido el antisemitismo en un asunto de la política gubernamental ni se habría embarcado en un programa sistemático de genocidio. Al igual que todos los regímenes militares surgidos en países que han experimentado la soberanía popular, habría tenido dificultades para reivindicar su legitimidad y, con toda probabilidad, no habría sobrevivido demasiado tiempo a su personalidad dominante. Tarde o temprano, los generales habrían acabado discutiendo entre ellos, y los republicanos alemanes habrían vuelto a imponer su control sobre el Estado.

Además de ahorrarle a la humanidad la vergüenza del Holocausto, un régimen militar habría evitado la matanza y la destrucción que supuso la segunda guerra mundial. Esta catástrofe lleva la huella indeleble de la ambición ilimitada de Hitler y sus fijaciones racistas, fruto del darwinismo social. En calidad de dictador de una nación poderosa, estuvo cerca —hasta un extremo aterrador— de imponer su voluntad a toda Europa. Sin embargo,

acabó por ir demasiado lejos persiguiendo su objetivo vital de adquirir el soñado *Lebensraum* («espacio vital») para futuras generaciones de alemanes en suelo soviético. Hitler también tuvo un papel fundamental en la puesta en marcha del escenario asiático de la segunda guerra mundial. El régimen militar japonés ya había comenzado su campaña de agresión contra China antes de que él obtuviera el poder; pero los caudillos de Tokio se abstuvieron de atacar a las potencias coloniales de Occidente hasta que Hitler venció a los holandeses y los franceses, debilitó en gran medida a los británicos y obligó a la Unión Soviética a concentrar sus fuerzas armadas en Europa para resistir la invasión. Fue entonces cuando los militares japoneses se envalentonaron lo suficiente para atacar a las potencias occidentales, incluyendo a Estados Unidos. La primera guerra que fue realmente mundial, la más destructiva de la historia, fue, sobre todo, obra de Adolf Hitler.

Con toda seguridad, la guerra habría sido muy diferente en el caso de que Alemania hubiese estado sometida a un régimen militar. Los generales más destacados compartían la resolución de Hitler por lograr el rearme, y habrían aprovechado la primera oportunidad en este sentido; pero sus objetivos territoriales eran modestos en comparación a los de éste.⁷Aunque no lo admitiesen en público, los dirigentes militares de Berlín no aspiraban a recuperar Alsacia y Lorena, las provincias que Alemania había tomado a Francia en 1871 y que los franceses habían recuperado en 1919. Sus habitantes no se sentían alemanes, y tampoco se les echaba de menos. Por otra parte, a diferencia de Hitler, los dirigentes militares no creían que el sentido de lo étnico dictase la incorporación a Alemania de Austria y los Sudetes, región de Checoslovaquia de habla alemana.

El Corredor polaco era otra cuestión. La cesión de este territorio al resucitado estado de Polonia en 1919 no sólo había separado a Prusia oriental del resto del país, sino que había hecho estragos en las defensas del este de Alemania. La cúpula militar de Berlín, por tanto, estaba decidida a recuperar todo lo que fuese posible de ese territorio. Comoquiera que los polacos estaban igual de resueltos a

no entregarlo, era previsible que la guerra continuase tras el rearme alemán, y, dada la desigualdad de soldados y recursos, sólo podía acabar con una rápida victoria de Alemania.

Una guerra contra Polonia llevada a cabo por un régimen militar con la intención de recuperar territorios perdidos habría distado mucho de la contienda ideológica que emprendió Hitler al atacar ese país en 1939. Para él, la guerra contra Polonia no era más que el primer paso hacia una campaña, ilimitada en esencia, de conquista y subyugación de otras naciones. Su ataque a Polonia llevó a Gran Bretaña y Francia a declarar la guerra a Alemania, mientras que un régimen conservador alemán se habría esforzado, con toda probabilidad, por evitar un conflicto con las potencias occidentales. Las numerosas provocaciones previas por parte de Hitler fueron las que llevaron a los políticos de París y Londres, reticentes e inseguros, a ofrecer a Varsovia las garantías que hicieron que le declarasen la guerra a Alemania cuando las fuerzas armadas de Hitler invadieron Polonia. Ateniéndose a las exigencias territoriales limitadas, e invocando el principio de autodeterminación nacional de Wilson [3] en defensa de la minoría alemana del Corredor frente a una presunta represión por parte de Polonia, un régimen militar alemán podría haber evitado fácilmente la intervención occidental. En un conflicto así, los alemanes podrían haber contado con la aprobación de los soviéticos a cambio de una parte del territorio polaco oriental, si bien el respeto de Alemania por la opinión occidental habría descartado, sin duda, un reparto minucioso del país como el que llevaron a cabo Hitler y Stalin.

Aunque lamentable, este breve conflicto entre Alemania y Polonia habría sido un pequeño contratiempo comparado con la conflagración universal que supuso la segunda guerra mundial. Una victoria alemana bajo auspicios militares conservadores podría haber representado un gran paso para aclarar la atmósfera internacional europea. Sosegado el orgullo herido de Alemania, y satisfecho el resto de países con los resultados —a excepción de una menguada Polonia—, las nubes de tormenta que se cernían sobre el continente

desde el Tratado de Versalles se habrían disipado casi por completo. No habría habido ninguna invasión de la Unión Soviética, ya que la cúpula militar de Berlín, al contrario que Hitler, no albergaba sueños de *Lebensraum* ni hostilidad a la URSS. Desde los años veinte y de forma clandestina, los generales alemanes habían colaborado felizmente con sus homólogos del Ejército rojo con la intención de evadir las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles, entrenando conjuntamente a sus soldados y elaborando armas en las bases militares soviéticas.

Sin otra fuente de conflictos internacionales relevante tras la modificación de la frontera oriental de Alemania, Europa podría haberse calmado después de años de tensión. La segunda guerra mundial y los horrores que conllevó (incluida la bomba atómica, fabricada a raíz del miedo a que Hitler fuese el primero en obtenerla) no fue más inevitable que el ascenso al poder del dirigente nazi. Si esto último no hubiese sucedido, de hecho, el conflicto internacional y sus secuelas, con las que aún lucha gran parte de la humanidad, no se habrían producido.

Sin el Tercer Reich de Hitler y la guerra que desencadenó, muchos aspectos de las relaciones humanas habrían sido muy diferentes desde 1933. En ausencia del horror, inimaginable hasta entonces, que puede resumirse con el nombre de Auschwitz, la humanidad habría sido más inocente y optimista de lo que ha podido ser desde que el topónimo de dicha ciudad, desconocida hasta esa fecha, asumiese la siniestra significación conocida por todos en la actualidad. Y lo mismo puede decirse de un segundo nombre que se ha convertido en sinónimo de horror: Hiroshima. Otro concepto que no existiría en el uso común es el de «guerra fría». Fue el triunfo de Hitler lo que obligó a Estados Unidos y la Unión Soviética a aliarse contra todo pronóstico; y su derrota los abocó a una tortuosa relación en el marco de la Europa de posguerra. De otra forma, hubiese sido impensable cualquier enfrentamiento armado entre los dos países, a pesar de sus diferencias ideológicas. Nada más que la guerra fría pudo hacer que Estados Unidos se involucrase en

conflictos como los de Corea y Vietnam, que no afectaban en absoluto a sus intereses nacionales prioritarios.

En resumen, si trazamos una serie de relaciones de causalidad que han conmovido al mundo desde enero de 1933 y las seguimos hasta su origen, se hace evidente que un gran parte de lo que ha ocurrido desde entonces depende del giro que experimentó la política alemana durante ese mes. Igual que París en el verano de 1789, al inicio de la Revolución Francesa, Berlín se convirtió por un momento en el eje del destino de una buena parte de la humanidad. Lo que sucedió el 30 de enero a mediodía fue algo clave para la historia universal. El poder de una nación avanzada e industrializada cayó en manos de un hombre destinado a derrumbar el orden civilizado del mundo. El uso que hizo de ese poder provocó un gran sufrimiento a una buena parte de la humanidad, la muerte violenta de decenas de millones de personas y una destrucción sin precedentes en diversas partes del mundo. Su régimen reveló que siglos de civilización no habían disminuido la inclinación del *Homo sapiens* por el mal más profundo, y que la tecnología y las estructuras burocráticas modernas pueden hacer posibles crímenes indescriptibles, de una magnitud que nadie había imaginado hasta entonces.

Explicar la llegada al poder de Hitler en términos deterministas es descartar la cuestión de la responsabilidad respecto a su desastrosa evolución o sus trascendentales consecuencias. Si su nombramiento como canciller fue el resultado inexorable de una serie de fuerzas impersonales que escapaban al control de los implicados, sería obviamente injusto atribuir la responsabilidad a ninguno de ellos. Algunos de los que participaron en los acontecimientos de enero de 1933 intentaron justificarse tras la catastrófica caída del Tercer Reich usando precisamente este argumento. La ascensión de Hitler al poder, según mantenían, habría sido inevitable; nadie podía haberlo parado. Sin embargo, si rechazamos cualquier determinismo, no podemos eludir la cuestión de quiénes son los responsables. En ese

caso, los datos son suficientemente claros para precisarlo, y algunos de los implicados deben ser declarados culpables.

Un cierto grado de responsabilidad (de omisión, más que de comisión) debe atribuirse a los defensores de la República de Weimar, pues, aunque de manera no intencionada, ayudaron a preparar el camino para el triunfo de Hitler. Fue la poca disposición de los políticos republicanos por anteponer el mantenimiento del Gobierno parlamentario a los intereses partidistas lo que hizo que el Reichstag abdicase de su control sobre el Gobierno en 1930. Si no se hubiese producido el relevo de autoridad del Parlamento a la presidencia que siguió a este hecho, Hitler habría tenido muy pocas posibilidades —quizá ninguna— de lograr su objetivo de hacerse con un poder ilimitado. Su partido nunca habría conseguido nada parecido a una mayoría en unos comicios libres, y él no estaba dispuesto a conformarse con el reparto del poder que suponían las coaliciones parlamentarias con otros partidos.

La actuación en 1933 de los dos únicos partidos que se aferraban a lo que quedaba de República, el Partido del Centro Católico y el Socialdemócrata, estuvo marcada por una ineptitud extraordinaria. Por aquél entonces, sus dirigentes habían perdido todo contacto con la realidad política. Habían quedado políticamente impotentes debido a su obsesión por una defensa estéril de una Constitución que hacía tiempo que había quedado vacía de significado a causa del traspaso de poder del Parlamento a la presidencia, y debido también a la deserción de la mayoría de sus votantes en favor de los partidos extremistas de derechas o izquierdas. Los disidentes republicanos no supieron ver que un paréntesis anticonstitucional bajo el mandato de un general como Kurt von Schleicher habría sido, sin duda, un mal menor comparado con la instalación constitucional de un fanático dictatorial, y este error constituyó uno de los tropiezos políticos más graves de todos los tiempos.

A los millones de alemanes que dieron libremente su voto a Hitler y su partido debe atribuírseles un grado mucho mayor de responsabilidad. Aunque también en este caso desempeñó una

función importante la inadvertencia. Muchos de los que respaldaron a los nazis lo hicieron no tanto por estar de acuerdo con el programa del partido de Hitler como por protestar ante lo que, de forma generalizada, se pensaba que era el fracaso del régimen republicano. Otros votaron a los nazis instigados por el miedo que les producía el comunismo. Este factor contribuyó en gran medida a que los resultados electorales de los nazis experimentasen un gran auge, sobre todo a partir del inicio de la Gran Depresión. Pocos de los que votaron a Hitler y a su partido estaban optando por Auschwitz y la segunda guerra mundial. A medida que se acercaban al poder, los nazis fueron suavizando su antisemitismo para hacerse con más votos, pues sabían que ya contaban con el apoyo de los antisemitas y se daban cuenta de que a muchos alemanes les repelía este aspecto del programa de su partido.⁸

Hitler también era consciente de que, tras los horrores de la primera guerra mundial, gran parte del pueblo aún se estremecía ante la idea de un conflicto militar, por lo que ocultó sus planes de agresión armada. Sin embargo, aquellos que deseaban verlas tenían abundantes pruebas a su disposición, en *Mein Kampf* y otras manifestaciones nazis, que indicaban que él y su partido estaban decididos a llevar a cabo una política exterior que acabaría con toda probabilidad en una guerra a gran escala. Además, los nazis demostraron ampliamente con sus actos violentos su menosprecio por la ley y su disposición a usar la fuerza para aplastar a los que se atrevían a enfrentarse con ellos. Y tampoco ocultaron Hitler y sus esbirros su determinación a privar al pueblo alemán de su participación en el Gobierno, destrozando la República democrática y sustituyéndola por un régimen dictatorial unipartidista. La facilidad con que tantos millones de personas confiaron sus destinos a un movimiento así revela que gran parte del pueblo alemán no llegó a entender la importancia que tiene para los ciudadanos conservar los medios que hacen posible destituir y reemplazar a aquellos que nos gobiernan.

La mayor responsabilidad por la catástrofe alemana corresponde, por supuesto, a las figuras principales del drama de enero de 1933. Su enajenación revela una evidente ignorancia del nazismo. Normalmente se habría esperado que individuos con cargos tan elevados tuviesen a su disposición una información abundante antes de formarse una idea del dirigente de un movimiento de masas tan dinámico. Sin embargo, no parece haber indicios de que Hindenburg, Schleicher y Von Papen (ni ninguno de los otros que estuvieron implicados) hubiesen leído *Mein Kampf*, o al menos hubiesen consultado a alguien que sí lo hubiera hecho. Tampoco solicitaron un análisis detallado del nazismo a los expertos de la administración pública. El Gobierno republicano del estado de Prusia había encargado diversos estudios de este tipo cuando el partido de Hitler se convirtió en un factor político nacional relevante. Las investigaciones llevadas a cabo revelaron que se trataba de un movimiento violento, que no sólo tenía la intención de imponer un gobierno dictatorial en Alemania, sino también de abolir cualquier imperio de la ley y someter a los ciudadanos judíos a una persecución. Pero todo parece indicar que los hombres que tomaron la serie de decisiones que acabó con la instalación de Hitler en la cancillería no recurrieron a esta investigación, ni a ninguna otra, sobre la naturaleza del nazismo.⁹

Con respecto a la responsabilidad individual, el inepto Schleicher fue la menos culpable de todas las figuras principales. Arrastra la pesada carga histórica de haber rescatado de un bien merecido anonimato al hombre que se convertiría en su castigo y en la salvación de Hitler: Franz von Papen. Pero aunque la función que desempeñó Schleicher en los acontecimientos de enero fue crucial, su contribución no se debió tanto a la intención como a la falta de criterio y de habilidad política. Después de perder la cancillería, prefirió sin duda favorecer la candidatura de Hitler a la de Von Papen; pero, a esas alturas, ya no tenía ninguna influencia en el desarrollo de los acontecimientos. No obstante, al dar origen a los rumores de un golpe de Estado protagonizado por él mismo, su

torpe intento de última hora de lograr el favor de Hitler contribuyó de forma indirecta al resultado final, pues dio a Von Papen la oportunidad de presionar a Hindenburg para que, de manera precipitada, otorgase la cancillería al dirigente nazi. Schleicher no se hizo merecedor del agradecimiento de Hitler por este impulso fortuito ni por la actitud indulgente que profesó al Partido Nazi siendo canciller. A finales de junio de 1934, en medio de la ola de asesinatos llevada a cabo con autorización oficial, conocida como la Noche de los Cuchillos Largos, él y su esposa fueron asesinados a tiros en su casa por agentes del régimen del dictador.

Sobre Oskar Hindenburg, Otto Meissner y Alfred Hugenberg recae una responsabilidad mucho mayor. El hijo del presidente cometió el grave error político de dejar que la aversión personal que sentía por Schleicher influyera en su actuación ante asuntos políticos de la mayor importancia nacional. Un grado de culpabilidad semejante, si bien algo menor, corresponde al secretario de Estado del presidente, Otto Meissner. Sin embargo, mientras aquél actuó en gran medida movido por argumentos emocionales, Meissner lo hizo de manera oportunista y en interés propio. Al darse cuenta de que la estrella de Schleicher se estaba apagando, buscó un nuevo amo, y acabó apostando por Hitler. También a Hugenberg lo movía su oportunismo, su deseo desesperado de hacerse con parte del poder cuando se acercaba al final de su frustrante carrera política.

Después de ayudar a elevar a Hitler al poder, Hugenberg empezó a albergar serias dudas, según refirió, al parecer, a un amigo sólo un día más tarde: «Ayer cometí la mayor estupidez de mi vida: me he aliado con el demagogo más grande de la historia».¹⁰ Su coalición con Hitler duró menos de cinco meses. En junio de ese mismo año, con el Partido Nacional destruido a causa de las deserciones en favor de los nazis y sus aspiraciones de convertirse en el dictador económico de Alemania frustradas por el mismo gabinete de Hitler, Hugenberg dimitió del cargo que había perseguido con tanta avidez y se retiró a la vida privada. Oskar Hindenburg tampoco tardó en ser relegado al anonimato, aunque no sin antes haber proclamado a

Hitler como el sucesor elegido por su padre en el comunicado a la nación que siguió a la muerte del presidente en agosto de 1934.¹¹ Otto Meissner siguió siendo durante la dictadura nazi lo que había sido durante la República: un sirviente sumiso del jefe de Estado, en este caso Adolf Hitler. Junto con Hugenberg y Oskar Hindenburg, sobrevivió al Tercer Reich, y ninguno de los tres se arrepintió en ningún momento de su complicidad a la hora de hacer realidad dicho régimen.

En el caso de Von Papen, la culpabilidad es evidente en el sentido de que es responsable de cometer una grave ofensa. Fue la figura clave que dirigió el curso de los acontecimientos hacia un final desastroso; él, más que ningún otro, fue el causante de todo lo que sucedió. Nada de lo ocurrido en enero de 1933 habría sido posible si él no se hubiese dejado llevar por sus deseos de vengarse de Schleicher o su avidez por recuperar el poder. Su actuación confirma de sobra el veredicto de Konrad Adenauer, que cuando era compañero suyo en el Partido del Centro Católico lo consideraba «una persona extremadamente ambiciosa, cuya principal preocupación era llegar a ser alguien importante». Según señaló, «las cuestiones de principios nunca le interesaron».¹² Von Papen, motivado solamente por su propia ambición, explotó de manera despiadada su única cualidad: la influencia que ejercía sobre el anciano presidente. Su obstinada recurrencia a la mendacidad más descarada corrobora el veredicto de otro conocido que lo definió como «uno de los mayores mentirosos consumados que hayan existido nunca».¹³ Atribuir al cinismo su disposición a conspirar con Hitler es otorgarle una capacidad intelectual mucho mayor de la que merece. Su comportamiento se caracterizó ante todo por una sobreestimación sin límites de sí mismo y una indiferencia absoluta ante la amenaza que suponían Hitler y su movimiento.

Aunque Von Papen nunca se afilió al Partido Nazi, sirvió lealmente al Tercer Reich a lo largo de su tumultuosa existencia. En primavera de 1934 mostró una chispa de conciencia que ofendió a Hitler cuando pronunció un discurso en el que expresaba sus dudas

acerca del desprecio por la ley y los derechos civiles de que hacía gala el régimen en cuya creación había desempeñado un papel tan importante. Sin embargo, aunque fue puesto bajo arresto domiciliario y dos de sus ayudantes fueron asesinados la Noche de los Cuchillos Largos, siguió aferrado al puesto —vacío— de vicescanciller. En agosto de 1934 entró a formar parte del cuerpo diplomático y pasó a representar al régimen de Hitler como embajador hasta el fin del Tercer Reich. En 1947 fue absuelto de la acusación de criminal de guerra por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, aunque el Tribunal de Desnazificación lo sentenció por su implicación en el régimen a ocho años de prisión, de los que sólo cumplió una parte, principalmente en hospitales. Los tribunales de apelación atenuaron su grado de culpabilidad en dos ocasiones y lograron que le fuera restablecida la mayoría de las propiedades que le fueron confiscadas por la sentencia anterior. Antes de morir en 1969, a la edad de noventa y nueve años, Von Papen intentó retocar los recuerdos de su devastadora carrera en dos egocéntricos volúmenes de memorias,^[4] criticó la política de la Alemania Occidental de posguerra y recibió un título honorífico del Vaticano.¹⁴

Pero aún mayor que la de Von Papen fue la responsabilidad de quien tenía la última palabra en el ámbito político de Alemania, el presidente Paul Hindenburg. A pesar de su imagen pública de fuerza y sabiduría, de mostró ser, en un momento crucial de su carrera política, débil y funestamente vulnerable a la manipulación. Después de nombrar a Schleicher jefe del Gobierno, lo abandonó no por escrúpulos ante la propuesta de éste de violar la Constitución, sino por una aversión personal instigada por la conspiración que Franz von Papen dirigió contra el canciller. Al deshacerse de Schleicher, el presidente dio pie a una crisis para la que no tenía ninguna solución en mente. Entonces, haciendo gala de un pésimo criterio político, confió en la orientación del temerario Von Papen respecto a los asuntos de Estado más trascendentes. Aunque éste ya había fracasado una vez como canciller, Hindenburg se mostró dispuesto a nombrarlo de nuevo hasta que aquél retiró su candidatura en favor

de Hitler. Si el presidente se hubiese ceñido a la desconfianza intuitiva que profesó desde un principio, Alemania y buena parte del resto del mundo se habrían ahorrado mucha miseria y destrucción. En lugar de eso, sin embargo, se dejó llevar por las recomendaciones de Von Papen, su hijo Oskar y su secretario de Estado, Otto Meisner, y dio el paso fatal de instalar al dirigente nazi en la jefatura del Gobierno.

Incluso si tenemos en cuenta los factores atenuantes de la edad y del engaño de última hora de Von Papen acerca de la naturaleza del nombramiento de Hitler, es evidente que, en última instancia, Hindenburg debe cargar con la responsabilidad histórica de haber asignado el poder al dirigente nazi. Sólo él detentaba la autoridad para nombrar al canciller, y al asignar dicho cargo a un hombre que no había ocultado sus intenciones de destruir a la República alemana traicionó no sólo su promesa de mantener la Constitución, sino también a los millones de republicanos que dieron su voto para que fuese reelegido el año anterior. Además, su actuación durante los dieciocho meses que le quedaban de vida serviría para legitimar la tiranía del dictador nazi a los ojos de millones de alemanes. No deja de ser irónico que la política devastadora del hombre al que Hindenburg confió el poder el 30 de enero de 1933 tuviese como última consecuencia la destrucción del imponente Estado alemán de cuya creación había sido testigo el presidente en 1871.

Sólo gracias a la ceguera e ineptitud políticas de otros logró Adolf Hitler hacerse con la oportunidad para poner en práctica sus intenciones criminales entre 1933 y 1945. Esto no quiere decir que fuese el único responsable de los crímenes execrables cometidos durante su dictadura. Para eterna vergüenza de la nación alemana, Hitler contó con un gran número de lacayos dispuestos a perseguir, subyugar y asesinar a todo el que era considerado peligroso o inferior por los valores de su régimen. Si su intento de hacerse con el poder hubiese sido frustrado, no habrían dejado de existir hombres como Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich y Adolf Eichmann; pero sin respaldo gubernamental, nunca se habrían

convertido en asesinos de multitudes. Si Hitler no hubiese logrado el puesto de canciller, él y otros como él habrían acabado sus días como seres insignificantes, maliciosos pero frustrados.

Aunque la carrera del dictador nazi no dejó más que un legado negativo, constituye un ejemplo conmovedor para las generaciones posteriores de la importancia que tiene elegir con el mayor de los cuidados a quienes detentarán el poder sobre la institución más poderosa (y más letal en potencia) creada por la humanidad: el Estado moderno. En cuanto a la relación de cómo adquirió Hitler el poder para cometer sus crímenes, debería servir como recordatorio de que nada es inevitable en las relaciones humanas excepto el cambio, que la actuación de los individuos es de gran importancia y que los que ejercen su poder sobre el Estado son portadores de una gran responsabilidad moral.

Notas

1. Konrad Heiden, *Der Fuehrer*, Boston, 1944, p. 579.
2. Kissenkoetter, *op. cit.*, pp. 41-46.
3. Su opinión a este respecto está registrada en las memorias de Otto Wagener, *Hitler-Memoirs of a Confidant*, ed. de H. A. Turner, New Haven (Connecticut), 1985, pp. 233,238 y 323; véase también Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, Stuttgart, 1976, p.325.
4. Un estudio reciente ha puesto de manifiesto que el régimen de Hitler tuvo poco que ver con las primeras fases de la recuperación, que ya estaban avanzadas cuando tomó posesión del cargo (Christoph Buchheim, «Zur Natur des Wirtschaftsaufschwungs in der NS-Zeit», en *Zerissene Zwischenkriegszeit*, ed. de Harold James, Christoph Buchheim y Michael Hutter, Baden-Baden, 1994, especialmente, p. 104).
5. Hambrecht, *op. cit.*, pp. 370 y 563, n. 58; «Bewegung im Abstieg», *Regensburger Anzeiger*, 24 (24 de enero de 1933).
6. He desarrollado las siguientes reflexiones con más detalle en mi libro *Geissel des Jahrhunderts*, Berlín, 1989.
7. Gaines Post, *op. cit.*, pp. 98-100.
8. Gerhard Paul, *Aufstand der Bilder*, Bonn, 1990, pp. 113 y 236-239.
9. Véase, por ejemplo, Robert M. W. Kempner, ed., *Der verpasste Nazi-Stopp*, Fráncfort, 1983.

10. La cita procede de los papeles del compañero de partido que registró estas palabras, Carl Goerdeler, y está recogida en Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1954, p. 60; véase también Larry Eugene Jones, «“The Greatest Stupidity of My Life”», *Journal of Contemporary History*, 27 (1992), pp. 63-87.

11. Citado en Dorpalen, *op. cit.*, p. 483.

12. Adenauer, *op. cit.*, p. 350.

13. Moritz J. Bonn, *Wandering Scholar*, Nueva York, 1984, p. 336.

14. Petzold, *op. cit.*, pp. 273 s. Durante el tiempo en que el veredicto de uno de los tribunales de desnazificación le prohibió publicar en Alemania, los artículos de Von Papen vieron la luz en la prensa de la España de Franco. Cuando se levantó la prohibición, publicó una selección en Alemania bajo el título de *Europa was nun?*, Gotinga, 1954. En 1959, Von Papen fue nombrado chambelán privado del Papa por Juan XXIII (Adams, *op. cit.*, p. 475).

apéndice: El Documento de Moscú

Uno de los grandes obstáculos para la investigación que ha hecho posible el presente libro ha sido la escasez de documentos sobre la cancillería de Kurt von Schleicher. Éste dejó pocos testimonios escritos, y los documentos personales que se conservaban después de su asesinato fueron, al parecer, confiscados por el régimen nazi y acabaron por desaparecer. El material oficial que ha llegado a nuestros días es inusitadamente exiguo y arroja poca luz sobre el pensamiento de Schleicher y sus intenciones.

Con el fin de determinar cuáles eran los objetivos de Schleicher, he tenido por tanto que basarme con frecuencia en los relatos que hicieron los periodistas de la época poco después de hablar con él o con sus ayudantes. Uno de los más extensos y reveladores se encuentra en la carpeta número 5 de los documentos de Von Papen, descubierta recientemente en un archivo soviético de Moscú que hasta hace muy poco era desconocido (el Tsentralnyi Gosudarstvennyi Arjiv, o TsGA). Dado que este informe es anónimo, lo he citado en las notas del presente trabajo como el Documento de Moscú. Es un opúsculo de seis páginas mecanografiadas a espacio sencillo con fecha del «14.I.» (14 de enero) y el encabezamiento subrayado *VERTRAULICH!* («confidencial»), y que refiere lo dicho por Schleicher en el transcurso de una cena que organizó para un grupo de periodistas invitados el 13 de enero de 1933, en las salas

de visita (*Gesellschaftsräume*) del gabinete de prensa de la Cancillería.

En cualquier otro contexto, un documento como éste, de autoría incierta, constituiría una fuente muy dudosa de información; pero en este caso existe una clara corroboración de autenticidad, proporcionada por otros dos relatos de lo que Schleicher dijo en esa misma cena escritos por dos periodistas que también estuvieron presentes. Uno de ellos era Josef Reinter, de la Ullstein Verlag, que editaba el periódico republicano de Berlín *Vossische Zeitung*. Después de asistir a la cena de Schleicher, redactó un informe de cuatro páginas a doble espacio para el director general de Ullstein, Hans Schäffer. Lleva el encabezamiento manuscrito «13.I.33» y se encuentra en el volumen 33 de los documentos de este último (ED 93) en el archivo del Institut für Zeitgeschichte de Múnich.

El tercer periodista que escribió un informe de la cena del 13 de enero fue Georg Dertinger, que más tarde trabajó para Goebbels en el Ministerio de Propaganda y acabó convirtiéndose, después de la guerra, en el primer ministro de Asuntos Exteriores del régimen comunista de Alemania Oriental. En enero de 1933, Dertinger trabajaba para una agencia de prensa conservadora, Dienatag, que distribuía las noticias de la capital a periódicos de todas partes (véase Hans Bohrmann, ed., *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit*, Múnich, 1984, vol.1, pp. 60-65). El informe de Dertinger, cuatro páginas mecanografiadas a doble espacio, refiere lo sucedido en la cena del día 13 bajo el título de «Informationsbericht vom 14. Januar», y se encuentra, junto con otros informes similares del mismo autor, en los archivos de la República Federal de Alemania (Bundesarchiv) de Coblenza, en el «Sammlung Brammer» (ZSg 101/26).

Una confrontación del Documento de Moscú y los informes de Reiner y Dertinger no deja lugar a dudas de que fue escrito por alguien que se hallaba presente en la cena del 13 de enero y que tenía la capacidad de un buen periodista para registrar y transmitir la información de manera rigurosa, si bien desde un punto de vista de

derechas. Los tres documentos muestran un paralelismo en relación a los hechos que Schleicher trató en la cena y las opiniones que se le atribuían, y ya que el de Moscú es el más detallado, me he basado sobre todo en esta fuente inusitada, aunque reveladora en extremo, en mi intento de reconstruir el esquivo pensamiento de Schleicher, a pesar de que su autor es desconocido. Su presencia entre los papeles de Von Papen suscita la pregunta de cómo y cuándo llegó a manos del gran enemigo de Schleicher, ya que podría haberlo alertado de las pretensiones de éste. Por desgracia, ni el mismo Documento de Moscú ni otros de los que forman la pequeña colección de documentos de Von Papen en el antiguo archivo soviético proporcionan ninguna pista a este respecto.

Bibliografía

Adams, Henry M., y Robin K. Adams, *Rebel Patriot: A Biography of Franz von Papen*, Santa Barbara (California), 1987.

Adenauer, Konrad, *Briefe, 1945-1947*, Bonn, 1983.

Allen, William Sheridan, *The Nazi Seizure of Power*, edición revisada, Nueva York, 1984.

Altendorfer, Otto, *Fritz Schäffer als Politiker der Bayerischen Volkspartei*, Múnich, 1993.

Arndt, Fritz, «Vorbereitungen der Reichswehr für den militärischen Ausnahmezustand», *Zeitschrift für Militargeschichte*, 4 (1965).

Bach, Jürgen A., *Franz von Papen in der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1977.

Becker, Josef, «"Der Deutsche" und die Regierungsbildung des 30. Januar 1933», *Publizistik*, 6 (1961).

Becker, Josef, y Ruth Becker, eds., *Hitlers Machtergreifung*, Múnich, 1983.

Bendersky, Joseph W., *Carl Schmitt*, Princeton (Nueva Jersey), 1983.

Bennet, Edward W., *German Rearmament and the West*, Princeton (Nueva Jersey), 1979.

Berghahn, Volker R., *Der Stahlhelm*, Düsseldorf, 1966.

Berndorff, Hans Rudolf, *General Zwischen Ost und West*, Hamburgo, 1951.

Bessel, Richard, *Political Violence and the Rise of Nazism*, New Haven (Connecticut), 1984.

Besson, Waldemar, *Württemberg und die deutsche Staatskrise 1928-1933*, Stuttgart, 1959.

Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Londres, 1992.

Böhnke, Wilfried, *Die NSDAP im Ruhrgebiet*, Bonn, 1974.

Bohrmann, Hans, ed., *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit*, 4 vols., Múnich, 1984.

Bonn, Moritz J., *Wandering Scholar*, Nueva York, 1984.

Bracher, Karl Dietrich, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Stuttgart y Düsseldorf, 1957.

Braun, Magnus von, *Weg durch vier Zeitepochen*, LimburgLahn, 1965.

Braun, Otto, *Von Weimar bis Hitler*, Nueva York, 1940.

Breitman, Richard, «On German Social Democracy and General von Schleicher 1932-33», *Central European History*, 9 (1976).

Brügel, Johann Wilhelm, y Norbert Frei, eds., «Berliner Tagebuch 1932-1934», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 36 (1988).

Brüning, Heinrich, *Memoiren, 1918-1934*, Stuttgart, 1970.

Buchheim, Christoph, «Zur Natur des Wirtschaftsaufschwungs in der NS-Zeit», en *Zerissene Zwischenkriegszeit*, ed. de Harold James, Christoph Buchheim y Michael Hutter, Baden-Baden, 1994.

Bullock, Alan, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952 (hay trad. cast.: *Hitler, estudio de una tiranía*, Barcelona, Grijalbo, 1984).

Caro, Kurt, y Walter Oehme, *Schleichers Aufstieg*, Berlin, 1933.

Childers, Thomas, «The Limits of National Socialist Mobilisation», en *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, ed. de Thomas Childers, Totowa (Nueva Jersey), 1986.

Ciolek-Kümper, Jutta, *Wahlkampf in Lippe*, Múnich, 1976.

Cline, Theodore Albert, «The Chancellorship of General Kurt von Schleicher», tesis doctoral, Universidad de Texas, 1976.

Craig, Gordon A., «Brief Schleichers an Groener», *Die Welt als Geschichte*, 11 (1951).

Demant, Ebbo, *Von Schleicher zu Springer*, Maguncia, 1971.

Dietrich, Otto, *Mit Hitler in die Macht*, Múnich, 1934 (hay trad. cast.: *Con Hitler en la lucha*, Barcelona, Wotan, 1980).

—, *12 Jahre mit Hitler*, Colonia, 1955.

Domarus, Max, *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, 2 vols., Múnich, 1965.

Dorpalen, Andreas, *Hindenburg and the Weimar Republic*, Princeton (Nueva Jersey), 1964.

Düsterberg, Theodor, *Der Stahlhelm und Hitler*, Wolfenbüttel y Hannover, 1949.

Erdmann, Karl Dietrich, y Hans Booms, eds., *Akten der Reichskanzlei. Kabinett von Schleicher*, Boppard, 1986.

—, eds., *Akten der Reichskanzlei. Kabinett von Papen*, 2 vols., Boppard, 1989.

Eschenburg, Theodor, *Die improvisierte Demokratie*, Múnich, 1963.

Fest, Joachim, *Hitler*, New York, 1974 (hay trad. cast.: *Hitler*, 2 vols., Barcelona, Noguer y Caralt, 1974).

Fischer, Conan, *Stormtroopers*, Londres, 1983.

Fischer, Rudolf, *Schleicher: Mythos und Wirklichkeit*, Hamburgo, 1932.

Foertsch, Hermann, *Schuld und Verhängnis*, Stuttgart, 1951.

François-Poncet, André, *Souvenirs d'une ambassade à Berlin*, Paris, 1946.

Gereke, Günther, *Ich war Königlich-preussischer Landrat*, Berlín, 1970.

Geyer, Michael, «Das zweite Rüstungsprogramm (1930-1934)», *Militär geschichtliche Mitteilungen*, 17 (1975).

—, *Aufrüstung oder Sicherheit*, Wiesbaden, 1980.

Gies, Horst, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 15 (1967).

Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, ed. de Elke Fröhlich, Múnich, 1987 [véase, en cast., *Diario de Joseph Goebbels*, Barcelona, Plaza & Janés, 1967].

- , *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Múnich, 1934.
- Graf, Christoph, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur*, Berlín, 1983.
- Haken, Bruno Nelissen, *Stempelchronik*, Hamburgo, 1932.
- Hale, Oren J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton (Nueva Jersey), 1964.
- , «Adolf Hitler: Taxpayer», *American Historical Review*, 60 (1955), pp. 830-842.
- Hambrecht, Rainer, *Der Aufstieg der NSDAP in Mittel- und Oberfranken (1925-1933)*, Nuremberg, 1976.
- Hammerstein, Kunrat von, *Spähtrupp*, Stuttgart, 1963.
- , «Schleicher, Hammerstein und die Machtübernahme 1933», *Frankfurter Hefte*, 11 (1956).
- Hanfstaengl, Ernst, *Hitler: The Missing Years*, Londres, 1957.
- Hayes, Peter, «"A Question Mark with Epauettes"? Kurt von Schleicher and Weimar Politics», *Journal of Modern History*, (marzo 1980).
- Heiden, Konrad, *Der Fuehrer*, Boston, 1944.
- Hentschel, Volker, *Weimars letzte Monate*, Düsseldorf, 1978.
- Hoch, Anton, y Christoph Weisz, «Die Erinnerungen des Generalobersten Wilhelm Adam», en *Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag*, ed. de Wolfgang Benz y otros, Stuttgart, 1980.
- Horkenbach, Cuno, *Das Deutsche Reich von 1918 bis heute*, Berlín, 1932.
- Horn, Wolfgang, *Führerideologie und Parteiorganisation in der NSDAP*, Düsseldorf, 1972.
- Hüls, Hans, *Wähler und Wahlverhalten im Land Lippe während der Weimarer Republik*, Detmold, 1974.
- International Military Tribunal, *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof*, 24 vols., Múnich, 1984.
- Ishida, Yuji, *Jungkonservativen in der Weimarer Republik*, Francfort, 1988.

Jäckel, Eberhard, *Hitlers Weltanschauung*, Middletown (Connecticut), 1972.

Jacobsen, Hans-Adolf, *Nationalsozialistische Aussenpolitik, 1933-1938*, Fráncfort, 1968.

Jonas, Erasmus, *Die Volkskonservativen, 1928-1933*, Düsseldorf, 1965.

Jones, Larry Eugene, «"The Greatest Stupidity of My Life"», *Journal of Contemporary History*, 27 (1992).

—, «Why Hitler Came to Power», en *Geschichtswissenschaft vor 2000*, ed. de Konrad H. Jarausch, Jörn Rüsen y Hans Schleier, Hagen, 1991.

Junker, Detlef, «Die letzte Alternative zu Hitler», en *Das Ende der Weimarer Republick und die nationalsozialistische Machtergreifung*, ed. de Christoph Gradmann y Oliver von Mengersen, Heidelberg, 1994.

—, *Die Deutsche Zentrumspartei und Hitler 1932/33*, Stuttgart, 1969.

Kempner, Robert M. W., ed., *Der verpasste Nazi-Stopp*, Francfort, 1983.

Kissenkoetter, Udo, *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978.

Kleist-Schmenzin, Ewald von, «Die letzte Möglichkeit», *Politische Studien*, 10 (1959).

Knickerbocker, Hubert R., *The German Crisis*, Nueva York, 1932.

Koehl, Robert Lewis, *The Black Corps*, Madison, 1988.

Kolb, Eberhard, y Wolfram Pyta, «Die Staatsnotstandsplanung unter den Regierungen Papen und Schleicher», en *Die Deutsche Staatskrise 1930-33*, ed. de Heinrich August Winkler, Múnich, 1992.

Kracauer, Siegfried, *From Caligari to Hitler*, Nueva York, 1960 (hay trad. cast.: *De Caligari a Hitler*, Barcelona, Paidós, 1985).

Krebs, Albert, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP*, Stuttgart, 1959.

Leopold, John A., *Alfred Hugenberg*, New Haven (Connecticut), 1977.

- Longerich, Peter, *Die braunen Bataillone*, Múnich, 1989.
- Ludecke, Kurt, *I Knew Hitler*, Nueva York, 1937.
- Marcon, Helmunt, *Arbeitsbeschaffungspolitik der Regierungen Papen und Schleicher*, Fráncfort, 1974.
- Meissner, Hans-Otto, *30. Januar 33*, Esslingen, 1976.
- Meissner, Otto, *Staatssekretär unter Ebert-Hindenburg-Hitler*, Hamburgo, 1950.
- Mommsen, Hans, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1996.
- Morsey, Rudolf, «Die deutsche Zentrumspartei», en *Das Ende der Parteien 1933*, ed. de Erich Matthias y Rudolf Morsey, Düsseldorf, 1960.
- Morsey, Rudolf, ed., *Die Protokolle der Reichstagsfraktion und Fraktionsvorstands der Deutschen Zentrumspartei 1926-1933*, Maguncia, 1969.
- Müller, Klaus-Jürgen, *Das Heer und Hitler*, Stuttgart, 1969.
- Münchner Stadtmuseum, München«Hauptstadt der Bewegung», Múnich, 1993.
- Muth, Heinrich, «Das "Kölner Gespräch" am 4. Januar 1933», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 37 (1986).
- , «Schleicher und die Gewerkschaften 1932», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 29 (1981).
- Neliba, Günter, *Wilhelm Frick*, Paderborn, 1992.
- Noakes, Jeremy, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Londres, 1971.
- Noakes, Jeremy, y Geoffrey Pridham, eds., *Documents on Nazism 1919-1945*, Nueva York, 1974.
- Oldenburg-Januschau, Elard, *Erinnerungen*, Leipzig, 1936.
- Orlow, Dietrich, *The History of the Nazi Party*, 2 vols., Pittsburgh, 1969-73.
- Ott, Eugen, «Ein Bild des Generals Kurt von Schleicher», *Politische Studien*, 10 (1959).
- Padel, Gerd H., *Die politische Presse der deutschen Schweiz und der Aufstieg des Dritten Reiches 1933-1939*, Zürich, 1951.

- Papen, Franz von, *Der Wahrheit eine Gasse*, Múnich, 1952.
- , *Europa was nun?*, Gotinga, 1954. (Europa, entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Madrid, Editora Nacional, 1964.)
- , *Vom Scheitern einer Demokratie*, Maguncia, 1968.
- Patch, William L., Jr., *Christian Trade Unions in the Weimar Republic*, New Haven (Connecticut), 1985.
- Paul, Gerhard, *Aufstand der Bilder*, Bonn, 1990.
- Petzold, Joachim, *Franz von Papen*, Múnich y Berlín, 1995.
- Picker, Henry, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, Stuttgart, 1976.
- Plehwe, Friedrich-Karl von, *Reichskanzler Kurt von Schleicher*, Esslingen, 1983.
- Post, Gaines, Jr. *The Civil-Military Fabric of Weimar Foreign Policy*, Princeton (Nueva Jersey), 1973.
- Pridham, Geoffrey, *Hitler's Rise to Power*, Nueva York, 1974.
- Pünder, Hermann, *Politik in der Reichskanzlei*, Stuttgart, 1961.
- Reiche, Eric G., *The Development of the SA in Nürnberg, 1922-1934*, Nueva York, 1986.
- Reppen, Konrad, y Hans Booms, eds., *Akten der Reichskanzlei: Regierung Hitler*, Part. 1, Boppard, 1983.
- Ribbentrop, Joachim von, *Zwischen London und Moskau*, Leoni am Starnberger See, 1961 (hay trad, cast.: *Entre Londres y Moscú*, Barcelona, Destino, 1955).
- Riess, Curt, *Das waren Zeiten*, Viena, 1977.
- Ritter, Gerhard, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1954.
- Rolfs, Richard W., *The Sorcerer's Apprentice: The Life of Franz von Papen*, Lanham (Maryland), 1996.
- Rosenhaft, Eve, «The Unemployed in the Neighbourhood», en *The German Unemployed*, ed. de Richard J. Evans y Dick Geary, Londres, 1987.
- Schmidt-Hannover, Otto, *Umdenken oder Anarchie*, Gotinga, 1959.

Schneider, Michael, *Das Arbeitsbeschaffungsprogramm des ADGB*, Bonn-Bad Godesberg, 1975.

Schneider, Thomas Martin, *Reichsbischof Ludwig Müller*, Gotinga, 1993.

Schön, Eberhard, *Die Entstehung des Nationalsozialismus in Hessen*, Meisenheim am Glan, 1972.

Schröder, Arno, «Hitler geht auf die Dörfer», Detmold, 1938.

—, *Mit der Partei Vorwärts*, Detmold, 1940.

Schulze, Hagen, ed., *Anpassung oder Widerstand?*, Bonn-Bad Godesberg, 1975.

—, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung*, Fráncfort del Main, 1977.

Schwerin von Krosigk, Lutz Graf, *Es geschah in Deutschland*, Tubinga, 1951.

—, *Staatsbankrott*, Gotinga, 1974.

Semmler, Rudolf, *Goebbels-the man next to Hitler*, Londres, 1947.

Severing, Carl, *Mein Lebensweg*, 2 vols., Colonia, 1950.

Söseman, Bernd, *Das Ende der Weimarer Republik in der Kritik demokratischer Publizisten*, Berlín, 1976.

Sontheimer, Kurt, «Der Tatkreis», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 7 (1959), pp. 239-260.

Stachura, Peter, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983.

—, «Der Fall Strasser», en *The Shaping of the Nazi State*, ed. de Peter Stachura, Londres, 1978.

Stampfer, Friedrich, *Die vierzehn Jahre der ersten deutschen Republic*, Offenbach-Main, 1947.

Stelzner, Fritz, *Schicksal SA*, Berlín, 1936.

Stokes, Lawrence D., *Kleinstadt und Nationalsozialismus*, Neumünster, 1984.

Struve, Walter, *Aufstieg und Herrschaft des Nationalsozialismus in einer industriellen Kleinstadt*, Essen, 1992.

Treviranus, Gottfried, *Das Ende von Weimar*, Düsseldorf, 1968.

Turner, Henry Ashby, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985

—, ed., *Hitler-Memoirs of a Confidant*, New Haven (Connecticut), 1985.

—, *Geisel des Jahrhunderts: Hitler und seine Hinterlassenschaft*, Berlín, 1989.

Vogelsang, Thilo, *Kurt von Schleicher: Ein General als Politiker*, Gotinga, 1965.

—, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2 (1954).

—, *Reichswehr, Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962.

—, «Zur Politik Schleichers gegenüber der NSDAP 1932», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 6 (1958).

Weiland, Ruth, *Die Kinder der Arbeitslosen*, Berlín, 1933.

Weiss, Hermann, y Paul Hoser, eds., *Die Deutschnationalen und die Zerstörung der Weimarer Republik*, Múnich, 1989.

Werner, Andreas, «SA und NSDAP», tesis doctoral, ErlangenNúremberg, 1964.

Wessling, Wolfgang, «Hindenburg, Neudeck und die deutsche Wirtschaft», en *Vierteljahrschrift für Sozialund Wirtschaftsgeschichte*, 64 (1977).

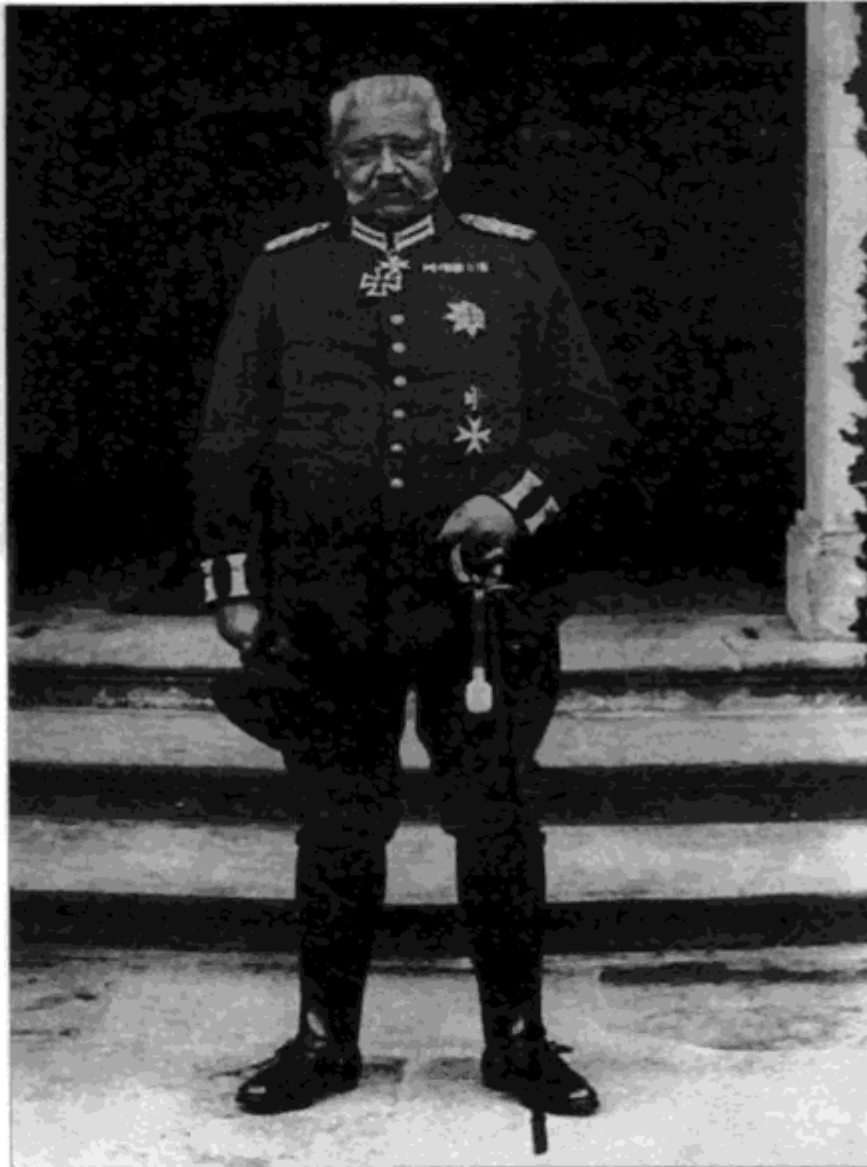
Wheeler-Bennett, John W., *The Nemesis of Power*, Londres, 1956.

Wiesemann, Falk, *Die Vorgeschichte der nationalsozialistischen Machtübernahme in Bayern 1932-1933*, Berlín, 1975.

Winkler, Heinrich August, *Der Weg in die Katastrophe*, Berlín, 1987.

—, *Weimar 1918-1933*, Múnich, 1993.

Wörtz, Ulrich, «Programmatik und Führerprinzip: Das Problem des Strasser-Kreises in der NSDAP», tesis doctoral, Erlangen-Núremberg, 1966.



El mariscal de campo Paul von Hindenburg, que, como presidente de la República, nombró canciller a Adolf Hitler el 30 de enero de 1933. [BAK]

<https://www.flickr.com/photos/14911461@N00/10000000000/>



El coronel Oskar von Hindenburg, hijo y asistente militar del presidente, ayudó a convencer a su padre para que abandonara al canciller Kurt von Schleicher y pusiera a Hitler en su lugar. [LbsB]



Oskar von Hindenburg compartía, junto a su mujer e hijos, la residencia oficial de su padre, viudo, en la Wilhelmstrasse de Berlín. [BAK]



El presidente Hindenburg paseando con sus nietos en el jardín trasero de su residencia oficial. [LbsB]



El general Kurt von Schleicher, predecesor de Hitler como canciller alemán. Su ineptitud abrió la puerta al Tercer Reich. [UB]



El general Kurt von Schleicher (izquierda) con el general Kurt von Hammerstein. [BPKb]



El canciller Kurt von Schleicher y su esposa, ambos asesinados en su casa por agentes del régimen de Hitler en junio de 1934. [LbsB]

El general Kurt von Schleicher (segundo por la derecha) con el general Kurt von Hammerstein en una recepción diplomática en Berlín. [BSV]



El general Kurt von Schleicher y Franz von Papen (derecha) en 1932, cuando aún conservaban su amistad. [BSV]



Franz von Papen, canciller de Alemania entre junio y diciembre de 1932, que conspiró con éxito durante enero de 1933 para hacer canciller a Hitler. [BAK]



El canciller Franz von Papen (de-
recha) con el secretario de Estado
Otto Meißner (izquierda) en 1932.
[BAK]



Franz von Papen pronuncian-
do un discurso como vicecan-
ciller de Hitler en 1934.
[BPKb]

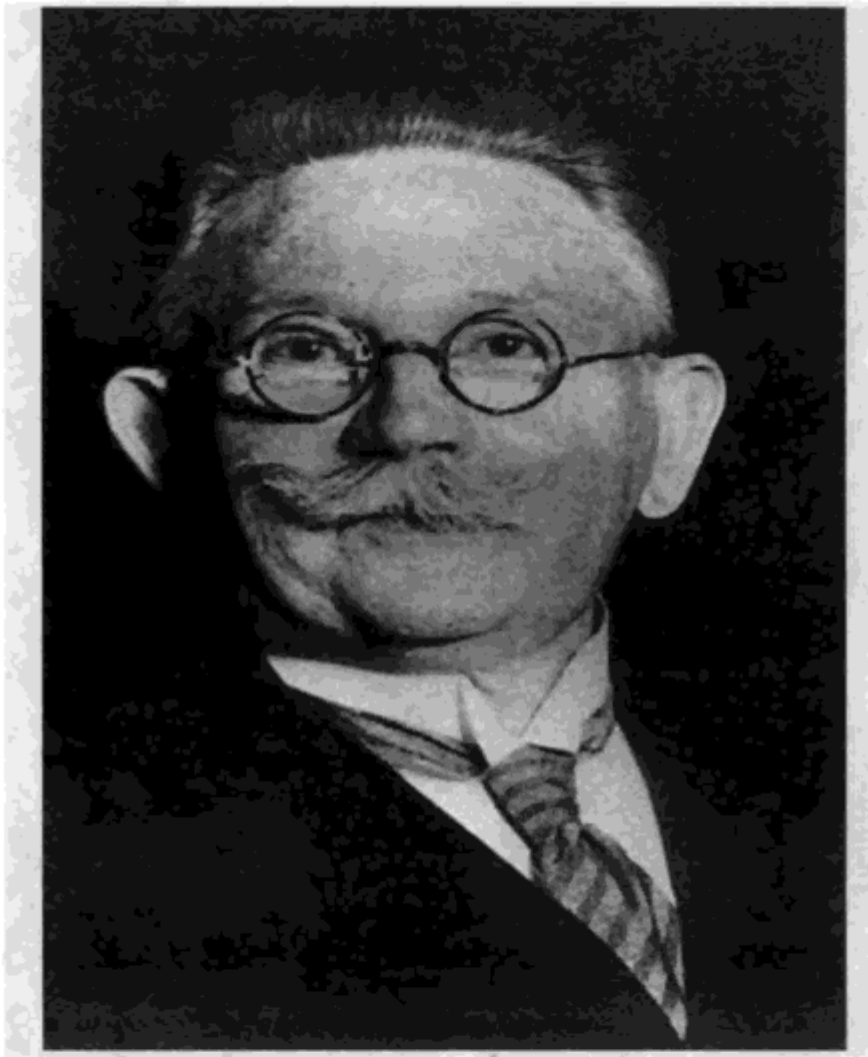


El canciller Franz von Papen (izquierda) y Otto Meißner montando en
el Tiergarten de Berlín en 1932. [DHM]



El secretario de Estado Otto Meißner, que se sumó en enero a la conspiración para derrocar a Schleicher y sustituirlo por Hitler. [BAK]

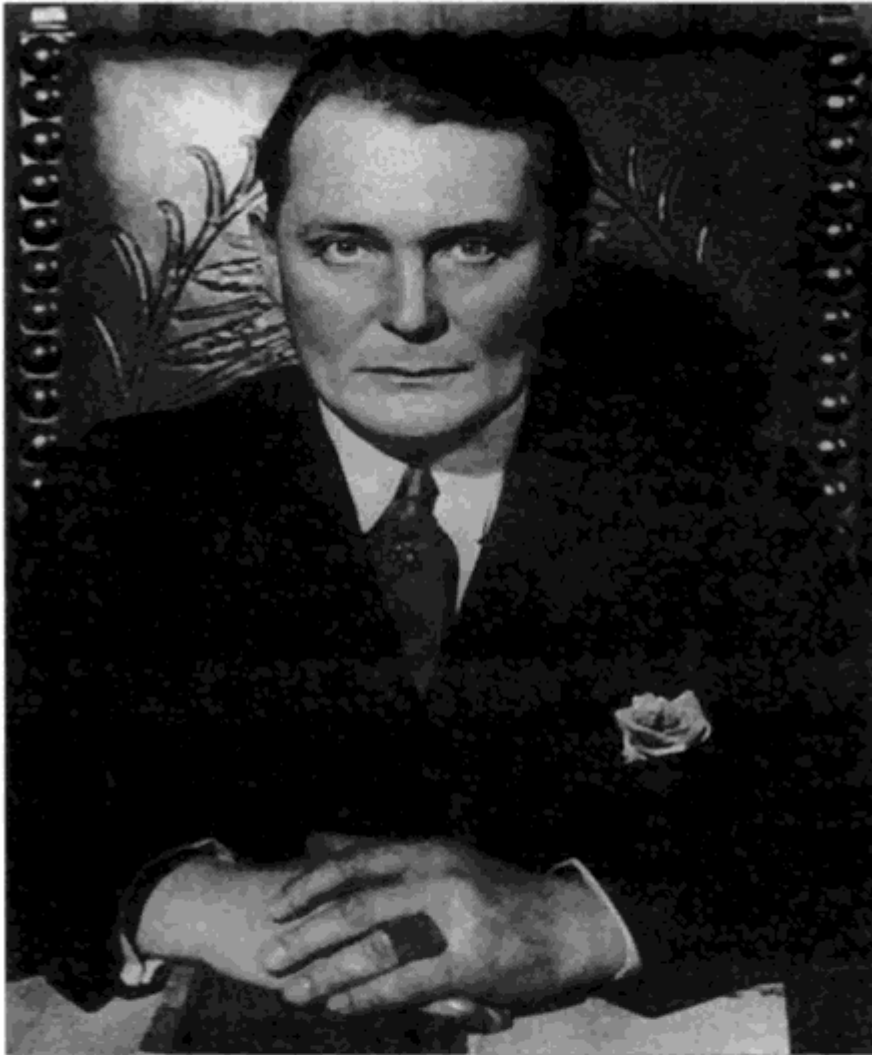
Los nazis en el poder. El partido nazi y el poder en Alemania. [BAK]
[BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK] [BAK]



Alfred Hugenberg, dirigente del Partido Nacional del Pueblo Alemán y ministro de Agricultura y Economía del gabinete de Hitler desde el 30 de enero hasta el 27 de junio de 1933. [BPKb]



Joseph Goebbels, *gauleiter* nazi de Berlín, fue nombrado en marzo de 1933 ministro de Propaganda de Hitler. En enero había animado a éste a mantener su estrategia de todo o nada. [UB]



El nazi Hermann Goering, presidente del Reichstag de septiembre de 1932 a enero de 1933, se convirtió el 30 de enero de este año en ministro sin cartera del gabinete de Hitler con autoridad sobre el Ministerio de Interior de Prusia. [BPKb]



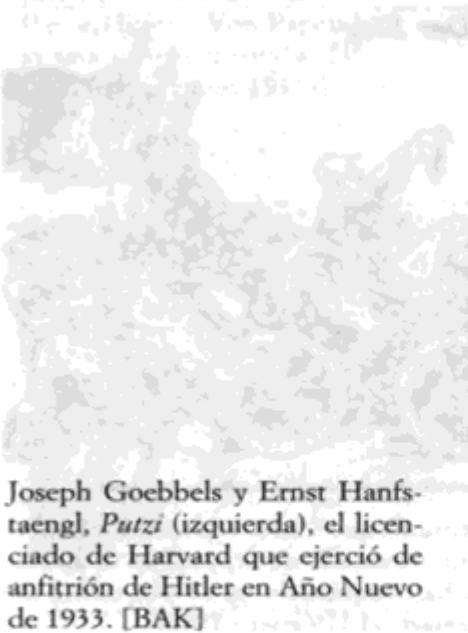
Gregor Strasser, director del aparato administrativo del Partido Nazi, que dimitió en diciembre de 1933 a causa de sus objeciones a la estrategia de todo o nada de Hitler. [BSV]



Wilhelm Frick, que a pesar de que temía un enfrentamiento con el gabinete de Schleicher, acabó siendo ministro de Interior del gabinete de Hitler. [BAK]



Los nazis Wilhelm Frick (izquierda) y Gregor Strasser se dirigen al Reichstag vestidos con el uniforme del partido. [BAK]



Joseph Goebbels y Ernst Hanfstaengl, *Putzi* (izquierda), el licenciado de Harvard que ejerció de anfitrión de Hitler en Año Nuevo de 1933. [BAK]





«El nuevo ataque», una alusión por parte de los republicanos a las dificultades financieras del Partido Nazi, que obligaron a los soldados de asalto uniformados a recorrer las calles en busca de donativos. Pie: «¡A ver si conseguimos al menos unas monedas!». [*Berliner Tageblatt*, 593 (15 diciembre 1932)]



«La victoria», visión satírica del triunfo que Hitler se atribuía al haber logrado cinco mil votos en el diminuto estado de Lippe. Pie: «Salió resuelto a cazar el águila alemana y ha conquistado un 39 por ciento del gorrión de Lippe». [*Berliner Tageblatt*, 31 (19 enero 1933)]



«¡Los pillamos!» Los republicanos se burlan del secreto frustrado de la reunión clandestina entre Hitler y Von Papen del 4 de enero de 1933. Pie: «¡Hitler y Von Papen bajo una misma manta!». [*Vorwärts*, 12 (7 enero 1933)]



«Con los ricos.» Comentario socialdemócrata acerca de la creencia errónea, aunque muy extendida, de que Hitler estaba financiado por los grandes empresarios. Pie: «No me dejes en la estacada, no sea que todos me abandonen». La afirmación que aparece bajo el título («Hitler cenó con el poderoso industrial Fritz Thyssen el miércoles») es falsa. [*Vorwärts*, 32 (19 enero 1933)]



«Schleicher medita.» El canciller intenta decidir entre dos nazis, Hitler y Gregor Strasser. Pie: «Bueno, y ahora ¿quién gana a quién?». [*Vorwärts*, 28 (17 enero 1933)]



Otto Braun, presidente socialdemócrata del estado de Prusia, cuya oferta de colaboración para impedir el acceso de Hitler a la cancillería en enero de 1933 fue rechazada por Schleicher. [BAK]



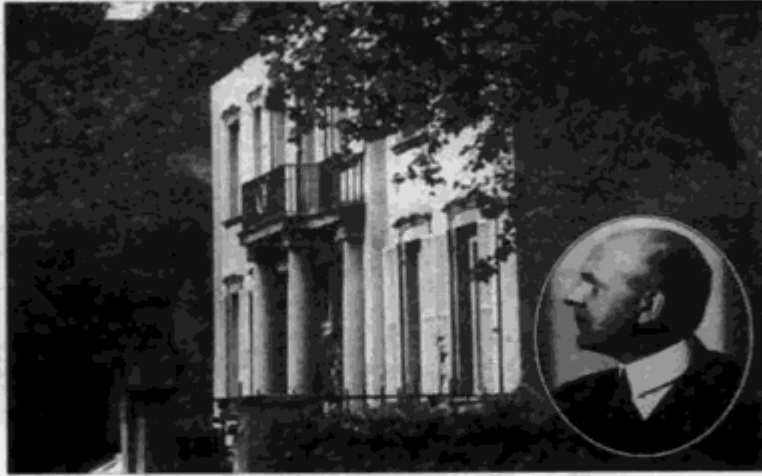
Fritz Schäffer, del Partido Popular Bávaro, cuyo intento de convertir a Hitler en canciller parlamentario, dependiente de la mayoría del Reichstag, fue frustrado por Von Papen. [UB]



Erwin Plank, secretario de la Cancillería de Schleicher, que más tarde perdería la vida a raíz de su participación en la conspiración fallida de 1944 para asesinar a Hitler. [UB]



Günther Gereke, comisario de creación de empleo del canciller Von Schleicher, diseñó un programa que contribuyó a las mejoras económicas y cuyo mérito se atribuiría Hitler. [LbsB]



El 4 de enero de 1933, Hitler resucitó sus malogradas perspectivas políticas gracias al encuentro clandestino que mantuvo con el antiguo canciller Franz von Papen en la residencia de Colonia del banquero Kurt von Schröder (en la foto). [DHM, UB]



También en enero, Hitler y Papen volvieron a reunirse para fraguar su alianza contra el canciller Von Schleicher en la residencia de Berlín del comerciante de champán Joachim von Ribbentrop (en la foto), que se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores de Hitler. [Ambas fotografías, UB]



Franz Seldte (izquierda) y Theodor Dusterberg encabezando un desfile de la organización de veteranos Stahlhelm, cuya participación constituyó un elemento clave en el complot que llevó a Hitler al poder. [BAK]



Theodor Dusterberg (izquierda), del Stahlhelm, cuyo resentimiento por los ataques que sufrió de los nazis debido a que su abuelo era judío amenazó con arruinar la trama para hacer a Hitler canciller. [BPKb]



Franz Seldte, del Stahlhelm, que se convirtió en ministro de Trabajo en el gabinete de Hitler el 30 de enero de 1933. [BPKb]



Policías apostados en el distrito obrero de Berlín donde el gabinete de Schleicher permitió que se llevase a cabo la manifestación nazi del 22 de enero de 1933, a la que además brindó protección. [UB]



Los soldados de asalto nazis se concentran frente a la sede del Partido Comunista de Berlín durante la manifestación del 22 de enero. [DHM]



Vista aérea, tomada en 1928, de la zona del centro de Berlín donde se encontraba la mayoría de los edificios oficiales de relieve. Prácticamente todos fueron destruidos en la guerra de Hitler. [SBWB]
(Rótulos, de arriba abajo, de izda. a dcha.: Río Spree, Reichstag, Unter den Linden, Puerta de Brandeburgo, Wilhelmstrasse, Tiergarten, Palacio Presidencial, jardines, Ministerio de Interior, Ministerio de Asuntos Exteriores, Cancillería, Hotel Kaiserhof.)



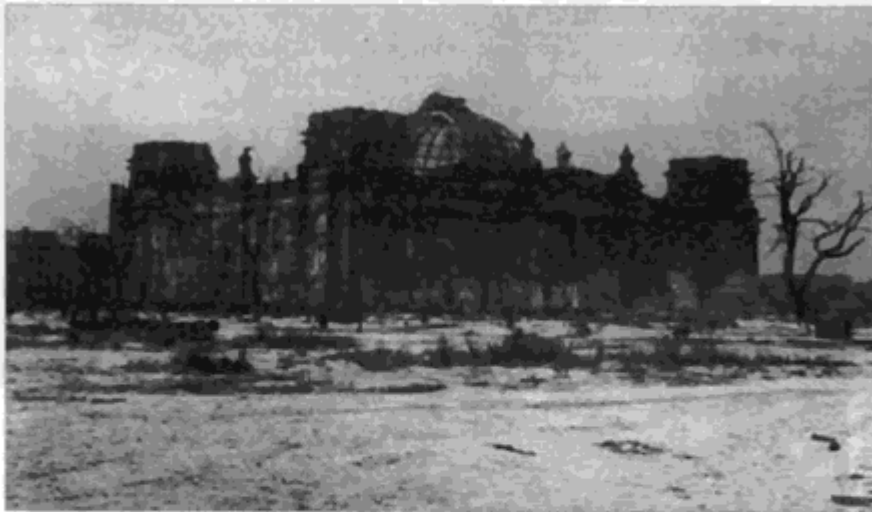
El Hotel Kaiserhof situado a media manzana de la Cancillería, donde se alojaba Hitler en Berlín antes del nombramiento como canciller. El edificio fue una de las víctimas de su guerra. [BPKb]



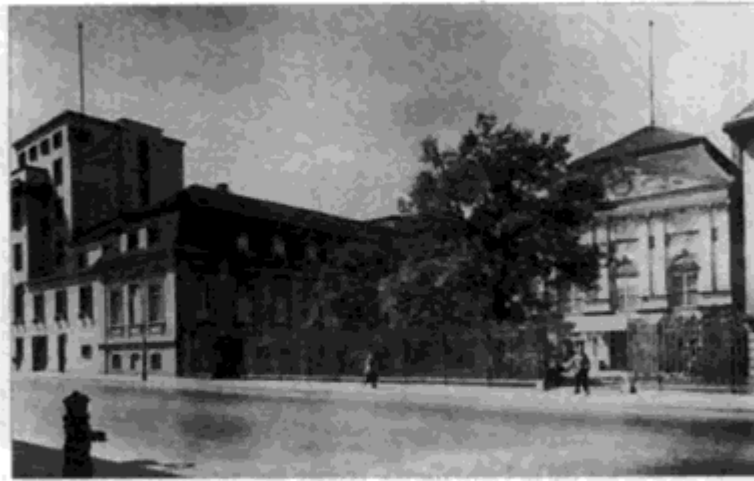
La cafetería del Hotel Kaiserhof, donde Hitler solía pasar las horas en compañía de seguidores y devotos. [UB]



El Reichstag, el edificio del Parlamento alemán, antes del régimen de Hitler. [BPKb]



El Reichstag después del Tercer Reich. El interior del edificio fue destruido en el incendio de febrero de 1933, y más tarde, bombardeado durante la segunda guerra mundial. [UB]



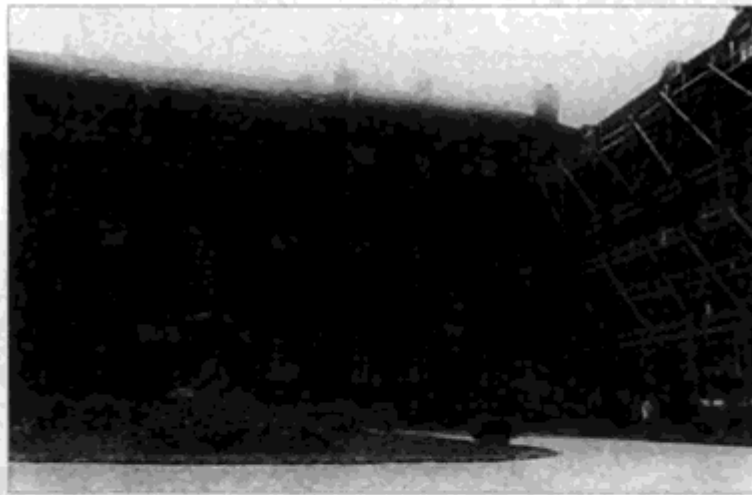
La Cancillería antes del Tercer Reich, vista desde la Wilhelmstrasse. El edificio original, residencia de un aristócrata prusiano, databa del siglo XVIII. La estructura que se ve a la izquierda fue construida a finales de los años veinte. Después de hacerse con el poder, Hitler erigió un nuevo edificio fastuoso al sur de este anexo. [LbsB]



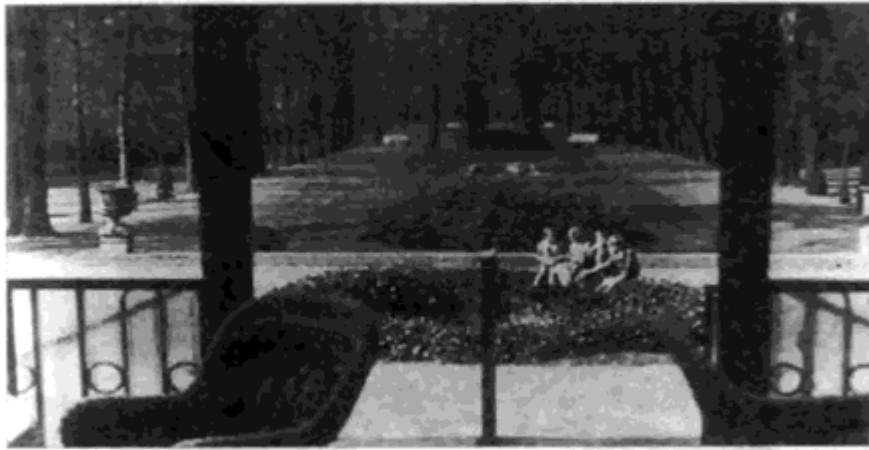
La Cancillería después del gobierno de Hitler (1946). [LbsB]



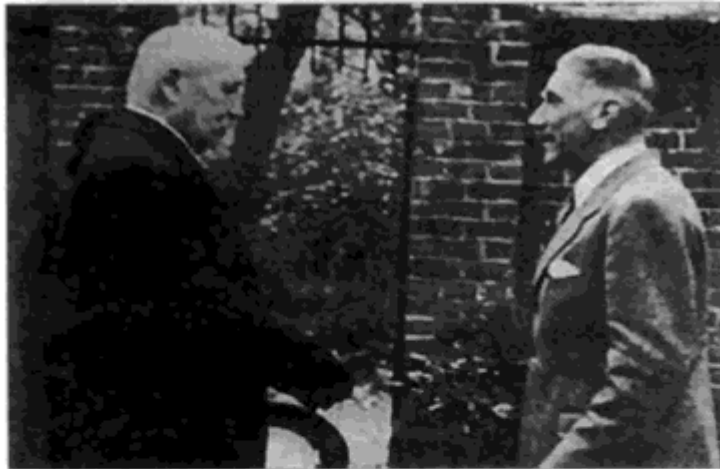
Fachada posterior de la Cancillería, frente al frondoso jardín que se extendía a sus espaldas. Hitler fue investido canciller en la habitación que corresponde a las tres ventanas del ala izquierda de la segunda planta, después de que Franz von Papen lo introdujese en el edificio por la puerta trasera. [BAK]



El Palacio Presidencial, tres edificios al norte de la Cancillería en la acera oeste de la Wilhelmstrasse, fue sometido a una restauración en profundidad desde la primavera de 1932, lo que obligó a Hindenburg y la familia de su hijo a mudarse a la Cancillería. [BAK]



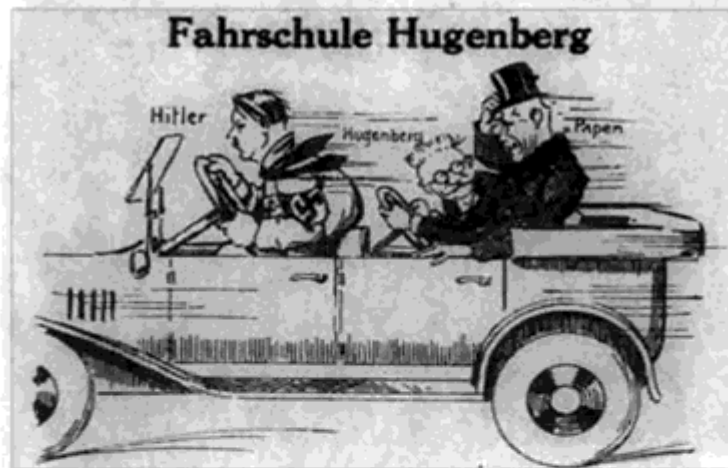
Los jardines del Palacio Presidencial, con los nietos de Hindenburg sentados en una fuente. [FAHV]



El presidente Hindenburg y Franz von Papen en una de las puertas de los muros que separaban los jardines de los edificios oficiales a lo largo de la Wilhelmstrasse. Para visitar al presidente en enero de 1933 sin llamar la atención del público o la prensa, Von Papen, que vivía en un apartamento del Ministerio del Interior, sólo tenía que atravesar estas puertas. [FAHV]



«Listos para atacar», representación republicana del canciller Schleicher mientras lo minan en todas direcciones. Pie: «No lo entiendo. Antes era yo el experto en colocar minas». [*Vorwärts*, 43 (16 enero 1933)]



«Autoescuela Hugenberg», dibujo que se hace eco de la opinión (muy extendida) de que Hitler estaba en manos de los conservadores de su gabinete. Pie: «Hugenberg a Von Papen: "¡Deja que el novato de delante siga creyendo que conduce mientras nosotros trazamos el curso de la economía!"». [*Vorwärts*, 53 (1 febrero 1933)]



Hitler, Von Papen y Hugenberg deliberando en la Cancillería el 30 de enero de 1933. A la izquierda, Frick y Otto Wagener (de espaldas a la cámara). [BPKb]



Hitler sale del Hotel Kaiserhof para asistir a la primera reunión de su gabinete la tarde del 30 de enero de 1933. [UB]



El gabinete de Hitler del 30 de enero de 1933. Sentados, de izquierda a derecha, Goering, Hitler y Von Papen. De pie, el barón Konstantin von Neurath (ministro de Asuntos Exteriores), Günther Gereke (comisario de creación de empleo), el conde Lutz Schwerin von Krosigk (ministro de Finanzas), Wilhelm Frick (ministro de Interior), el general Werner von Blomberg (ministro de Defensa) y Alfred Hugenberg (ministro de Agricultura y Economía). El barón Paul von Eltz-Rübenach (ministro de Correos y Transportes) se hallaba ausente. [BPKb]



El canciller Hitler y Frick, ministro de Interior, salen de la Cancillería el 30 de enero de 1933. [BAK]



El canciller Hitler con sus esbirros nazis en el Hotel Kaiserhof, el 30 de enero de 1933. De izquierda a derecha, Otto Wagener, Wilhelm Kube, Hans Kerrl, Wilhelm Frick (sentado), Joseph Goebbels, Hitler, Ernst Röhm, Hermann Goering, Walter Darré, Heinrich Himmler y Rudolf Hess. [BAK]

La misma fotografía, retocada para eliminar a Ernst Röhm después de que hubiese sido asesinado por orden de Hitler en junio de 1934, y cortada para que no apareciesen Wagener ni Kube, que habían corrido la misma suerte el año anterior. [BSB]



La fotografía fue recortada de nuevo para eliminar a Hess después de que volase a Escocia en 1941. [BSB]





Hitler saludando a los seguidores que desfilan por la Wilhelmstrasse desde una ventana del edificio anexo a la Cancillería la noche del 30 de enero de 1933. [UB]

UNIVERSITÄT
BIBLIOTHEK
VERGLEICHENDE POLITIKWISSENSCHAFT
UND SYSTEMLEHRE
LEHRSTUHL FÜR VERGLEICHENDE POLITIKWISSENSCHAFT
UND SYSTEMLEHRE
VERGLEICHENDE POLITIKWISSENSCHAFT
UND SYSTEMLEHRE



Desfile de antorchas protagonizado por los soldados de asalto nazis a lo largo de la Wilhelmstrasse la noche del 30 de enero de 1933. [BAK]



Reconstrucción posterior del desfile de antorchas para una película propagandística nazi. [UB]



La primera fotografía de Adolf Hitler como canciller alemán, en su despacho de la Cancillería, el 30 de enero de 1933. [BPKb]

La primera fotografía de Adolf Hitler como canciller alemán, en su despacho de la Cancillería, el 30 de enero de 1933. [BPKb]

Notas

[1] Iniciales de *Sturm Abteilung*, «Sección de Asalto». (*N. del T.*)

<<

[2] Huida hacia delante. (*N. del T.*) ≤≤

[3] Thomas Woodrow Wilson (1856-1924) diseñó en 1918, siendo presidente de Estados Unidos, un programa de paz para poner fin a la primera guerra mundial que se conoce con el nombre de los Catorce Puntos y que, entre otras cosas, reivindicaba el derecho a la autodeterminación nacional. (*N. del T.*)[<<](#)

[4] Franz von Papen, *Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952. (*N. del T.*)[<<](#)